

*Emilio  
Calderón*

# LA BIBLIOTECA



Lectulandia

Cuando Pepe Dalmau regresa a Madrid de Nueva York para enterrar a su padre, muerto en extrañas circunstancias, aprovecha para retomar una vieja relación con su vecina Natalia, que es hija de un afamado librero de viejo apellidado Santos.

Reanudado de nuevo el contacto con Natalia, ésta desaparece de pronto. Entonces Santos le confesará al joven que todo es fruto de una extorsión, que la muchacha ha sido secuestrada por haber incumplido un acuerdo comercial: robar por encargo un libro que se encuentra en la Biblioteca Nacional de Madrid.

Ante la imposibilidad por parte de Santos de llevar a cabo el mencionado robo, Pepe Dalmau se ofrecerá a cumplir el encargo con el único propósito de salvar a Natalia.

Sin embargo, los problemas sólo acaban de comenzar, pues cuando Pepe Dalmau lee el primer capítulo del libro que ha de sustraer, descubre que la historia que contiene es la suya propia, la historia que él mismo está viviendo.

Emilio Calderón

# La biblioteca

ePub r1.0

Titivillus 12-06-2020

Título original: *La biblioteca*  
Emilio Calderón, 2013

Editor digital: Titivillus  
ePub base r2.1

# Índice de contenido

Capítulo 1  
Capítulo 2  
Capítulo 3  
Capítulo 4  
Capítulo 5  
Capítulo 6  
Capítulo 7  
Capítulo 8  
Capítulo 9  
Capítulo 10  
Capítulo 11  
Capítulo 12  
Capítulo 13  
Capítulo 13 bis  
Capítulo 14  
Capítulo 15  
Capítulo 16  
Capítulo 16 bis  
Capítulo 17  
Capítulo 18  
Capítulo 19  
Capítulo 20  
Capítulo 21  
Capítulo 22  
Capítulo 23  
Capítulo 24  
Capítulo 25  
Capítulo 26  
Capítulo 27  
Capítulo 28  
Capítulo 29  
Capítulo 30  
Capítulo 31

Capítulo 32  
Capítulo 33  
Capítulo 34  
Capítulo 35  
Capítulo 36  
Capítulo 37  
Capítulo 38  
Capítulo 39  
Capítulo 40  
Capítulo 41  
Capítulo 42  
Capítulo 43  
Capítulo 44  
Capítulo 45  
Capítulo 46  
Capítulo 47  
Sobre el autor

Delante del nicho cinerario de mi padre recordé una frase que le había oído repetir en los últimos años: «Un hombre puede ser esclavo de otro hombre y conservar la dignidad, pero no ocurre lo mismo con quien es esclavo de sí mismo. El éxito y el fracaso son sólo estados alterados de la conciencia y resultan siempre transitorios». El hecho de que se hubiera quitado la vida era la prueba irrefutable de que la frustración se había tornado en una dolencia crónica, en una de esas enfermedades que si bien el organismo se acostumbra a soportar acaban a la larga minando el espíritu, hasta disolverlo por completo. Pero incluso cuando uno ha tomado la decisión en firme de acabar con su vida, tiene la opción de hacerlo de la manera más indolora posible y, hasta bajo esas circunstancias, la elección de mi padre había resultado tan traumática como incomprensible: salió a la terraza de su ático de la calle Virgen de los Peligros (en el edificio conocido como Casa de los Portugueses), se roció con gasolina y se prendió fuego. Lo hizo además pasada la medianoche, cuando Federico, el hijo de doña Consuelo, la portera de la finca, joven prometedor licenciado en Ciencias Económicas que, a tenor de la situación económica general, había decidido consagrar su vida a la observación de la ciudad de Madrid desde la azotea del edificio, al menos hasta que su madre se jubilara o abdicara de su cargo para heredarlo como si fuera un reino, no pudiera intervenir o, en su defecto, dar la voz de alarma. Fue el aspirante a portero, por tanto, quien divisó el cuerpo carbonizado de mi padre a la mañana siguiente, sentado en una posición tan extraña que, de no conocer todas y cada una de las esculturas de coronación que adornan las cúpulas de los más nobles inmuebles de esta zona de Madrid, hubiera asegurado que se trataba de una nueva Victoria Alada, como la que culmina el vecino edificio Metrópolis. Según declaró Federico a la policía, mi padre parecía un funambulista a punto de subirse al alambre cuando una ráfaga de viento derribó su cuerpo carbonizado. El impacto que semejante escena causó en el espíritu del joven tuvo que ser comparable a mi asombro cuando me fue

comunicada la noticia (con todos sus detalles escabrosos), pues mi padre siempre se había manifestado partidario de la incineración, de modo que carecía de sentido que fuera él mismo quien iniciara el proceso de cremación. ¿Quemarse vivo sabiendo que iba a ser incinerado después de muerto? El sinsentido de la pregunta lleva consigo la respuesta.

El declive de mi progenitor había corrido en paralelo al de su propia familia, cuyo momento de esplendor había tenido lugar en los meses posteriores a la victoria de Franco, cuando mi bisabuelo fundó el anticuario Dalmau, cuyo nutriente principal fueron las obras de arte de estraperlo durante los años de la posguerra. En aquel entonces, no había capricho que Jaime Dalmau, mi bisabuelo, no pudiera conseguir para un cliente, haciendo valer en la mayoría de los casos su condición de catalán antinacionalista afincado en Madrid, su desprecio por la lengua catalana (ni siquiera me atrevo a emplear la expresión «lengua madre» por temor a que se revuelva en su tumba), el yugo y las Hechas que se había hecho tatuar en el brazo derecho, su antiparlamentarismo furibundo y sus contactos con la élite del régimen. Según le gustaba decir a mi bisabuelo de sí mismo, el hecho de haber nacido «entre el estruendo de las armas», cuando se libraba la guerra de Cuba, y de haber participado en la contienda del Rif, le había dotado de un genio atrabiliario y beligerante, idóneo para prosperar en tiempos revueltos. Jaime II, mi abuelo, heredó por tanto un negocio consolidado en una España en pleno desarrollo económico, donde los ricos y los pobres eran cada vez más ricos a decir de los más pudientes. Años después, la crisis del petróleo del setenta y tres y el cambio de régimen dieron paso a una lánguida decadencia del negocio primero y a un pertinaz ocaso más tarde, del que fueron víctimas mi padre, recién llegado como quien dice a aquel mundo a punto de la obsolescencia, y, en última instancia, también los clientes, que se habían desconchado a la par que las paredes del local. Renovarse o morir, reza el dicho. Mi padre no hizo lo uno ni lo otro. Se dejó arrastrar por la nostalgia y la añoranza, que es lo mismo que hacer el camino de la vicia en la dirección opuesta, la que nos lleva hacia el futuro.

Ahora, con la urna cineraria entre los brazos —una suerte de trofeo deportivo que no hacía sino aumentar la sensación de confusión que me embargaba—, a punto de depositarla en el pequeño nicho del columbario elegido para albergarla durante los próximos cincuenta años, sentía que una certeza existencial apretaba mi garganta con dedos tan firmes que apenas si podía respirar: toda vida es insignificante, incluso la de aquéllos que han pasado la existencia tratando de significarse.



—Es hora de marcharse, muchacho —me susurró el señor Santos, el hombre que había servido de báculo y sustento de mi padre en los últimos años, pues gracias a que había arrendado el local del negocio familiar para convertirlo en una librería de viejo, mi progenitor recibía la renta que le permitía subsistir.

—Sí, ahora mismo —intervine.

Luego Santos apoyó suavemente una de sus huesudas manos sobre mi hombro para procurarme un consuelo que, para ser sincero, yo no demandaba. Siempre había sentido una profunda lástima por mi padre, al que un cúmulo de malas decisiones había conducido al derrumbadero. He oído decir que cuando un hombre levanta un imperio (en el caso de mi familia un modesto negocio), su hijo lo mantiene y su nieto lo dilapida. Ése había sido el caso de mi progenitor, quien nunca había conocido el hábito del ahorro. Si comparamos el trayecto que lleva a un hombre de la vida a la muerte con un viaje en metro, mi padre había llegado a la última parada pasando primero por las estaciones de la bebida, el juego y la vida licenciosa. En ese viaje, naturalmente, nos perdió a mi madre y a mí.

—No quiero parecer pesado, Pepe, pero tengo muchos asuntos que atender —insistió el señor Santos.

El timbre de voz del librero era agudo y desgarrado, y recordaba al sonido que emite el cuero viejo de un sillón cuando entra en contacto con el cuerpo de una persona. Hombre de largos huesos y carnes magras como las de un galgo de carreras, su físico presentaba cierto deslabazamiento, semejante al de una marioneta; sus pómulos, resecos y macilentos, tenían el pellejo tan pegado al hueso que ni siquiera admitían un pellizco. Vestía con una elegancia desusada, y sus ademanes y modales, llenos de mansedumbre y corrección, eran propios de alguien que ha recibido una educación esmerada. Poseía además una vastísima cultura, y hablaba y leía en no menos de seis lenguas, si bien su cualidad más relevante era el amor devoto que sentía tanto por los libros como por Natalia, su hija, quienes alimentaban su espíritu y llenaban de luz su vida. Como todo amante de los libros, era más propenso a coleccionarlos que a venderlos, y como buen padre entusiasta tendía a acaparar a su hija más de la cuenta. Una inclinación que, en su caso, estaba más que justificada considerando que Natalia padecía porfiria cutánea, enfermedad de origen metabólico cuyo síntoma más evidente es la aparición de ampollas en las partes del cuerpo que están más expuestas a la luz solar. Como decía el propio señor Santos, Natalia era un sol en sí misma y su sola

presencia bastaba para iluminar la estancia en la que se encontrara, aunque tuviera que vivir con las cortinas corridas.

Según me había contado el señor Santos esa misma mañana, cuando fue a recogerme a la T4 del aeropuerto de Barajas, Natalia se encontraba bien, aunque demasiado centrada en la lectura, hasta el punto de haber decidido convertirse en escritora después de estudiar filología hispánica en la universidad a distancia. Que el señor Santos, bibliófilo compulsivo, considerara la afición de Natalia por la lectura y su vocación por la escritura como un motivo de preocupación, no era sino la manera de decir que su hija salía y se relacionaba poco o nada, es decir, que vivía en un régimen de aislamiento poco saludable, sobre todo considerando que ya había cumplido los veinticinco. Yo mismo había tenido que saltar en numerosas ocasiones por encima del muro de incomunicación que la propia Natalia había levantado en torno a su persona, habida cuenta que sólo consentía salir los días nublados y bajo una capa de ropa tan abundante que únicamente dejaba a la vista el óvalo de su rostro. Una vez en la calle, sentía una querencia natural por las salas de cine o de teatro, donde la oscuridad reinaba a sus anchas y en cuyo seno podía vivir las vidas de otros. Creo que su enfermedad era la punta del iceberg de un trastorno más profundo que, entre otros síntomas, había adquirido la categoría de complejo debido a las peculiaridades que presentaba su aspecto físico. La piel de Natalia no era blanca, sino transparente como el cristal, donde resaltaba el río de venas que surcaban su cuerpo, un manojo de finos alambres de color gris-azulado. Otro tanto ocurría con su faz, nívea y fría, como si jamás hubiera sido mancillada por torrente sanguíneo alguno; o sus manos, exangües y desvaídas como las de un hermoso cadáver. En cuanto a su mirada, lánguida y apagada, en consonancia con el resto de su organismo, parecía añorar la luz del sol. Aunque la fragilidad de Natalia era sólo aparente, puesto que en su interior bullía una fragua que había forjado un carácter de hierro y un temperamento firme y decidido. Cuando se lanzaba en pos de algo no cejaba en su empeño hasta lograrlo, pues era tenaz como un perro de caza. Pese a poseer un alma noble, no estaba en cambio especialmente dotada para las relaciones sociales, por lo que a veces se mostraba huraña y esquiva en el trato. Todavía recordaba la respuesta que me dio el día que le propuse que nos convirtiéramos en algo más que amigos, a pesar de que habían transcurrido casi diez años desde entonces.

—Mira, Pepe, a todos los efectos soy como un vampiro. La luz del sol me provoca ampollas y corroe mis huesos. Además, es probable que en un futuro mis labios se deformen, mis encías se descarnen y mis orejas y nariz sufran

horribles mutilaciones. Cuando eso ocurra, no querré ver a nadie, o mejor dicho, no querré que nadie me vea.

Natalia vivía aquejada por una sempiterna anemia, un estado de consunción permanente, que entre otros efectos le provocaba desgana hacia todo lo que resultara novedoso o implicara un esfuerzo, por lo que no me extrañó la contundencia de su rechazo.

Decidí, por tanto, esperar a que su estado de salud mejorara para insistir de nuevo. Algo que no ocurrió. Todo lo contrario. La porfiria se apoderó definitivamente de su organismo cual parásito. Luego, tras el divorcio de mis padres, empecé a frecuentar cada vez menos la casa familiar, puesto que me fui a vivir con un madre, y más tarde me marché a Estados Unidos para estudiar arquitectura en la Universidad de Cornell, con lo que nuestra relación se transformó en un intercambio de correos electrónicos que, al carecer de las más mínima pulsión amorosa, hizo que mis sentimientos evolucionaran hacia el terreno de la nostalgia. Natalia se convirtió entonces en el referente más visible (y entrañable) de mi paso por la adolescencia, un hermoso barco velero que se iba alejando poco a poco de esa costa árida y pedregosa que conforma la edad adulta.

A Natalia le debía yo mi afición por la lectura, pues de otra manera no hubiera aceptado relacionarse conmigo, y si existían unos versos que encajaran como anillo al dedo con su forma de ser y su gusto por las cosas intangibles, eran éstos de «La oda a un ruiseñor» de John Keats que dicen: «¡Ya estoy contigo! Suave es la noche / y tal vez en su trono aparezca la luna / guardada alrededor por todas sus hadas de estrellas. / Pero aquí no hay luz, / salvo la que acompaña desde el cielo el soplo de la brisa / a través de oscuros verdores y caminos tortuosos de musgo».

Sí, Natalia vivía aferrada a las sombras como otros llenaban la vida de sueños, de ahí que prefiriese la suave noche al cálido día, la penumbra a la claridad. Como gustaba decir de sí misma, era una lunática, un trozo de hemisferio sur viviendo en el hemisferio norte, donde el agua giraba en los desagües en dirección opuesta debido al efecto coriolis y las estaciones del año iban a contracorriente.

Ahora sentía curiosidad por saber cómo el tiempo y la enfermedad la habían tratado.

- ¿Cuándo podré saludar a Natalia? —le pregunté al señor Santos.
- Había pensado que comieras con nosotros en casa —sugirió.
- Me parece una idea estupenda.
- Deja las cosas en casa de tu padre y luego te unes a nosotros.

—De acuerdo.

—Así que te has convertido en todo un arquitecto —se descolgó el librero a continuación.

—Acaban de concederme una beca para empezar a trabajar en un estudio de arquitectura en Nueva York. Comienzo dentro de dos meses.

—Ya te imagino proyectando el rascacielos más alto del planeta. Tu padre se sentía muy orgulloso de ti.

—Nunca me lo dijo —reconocí sin ocultar cierta decepción.

—Me lo decía a mí. Y a todo el que compartía con él una copa.

—Y supongo que también a sus compañeros de timbas —dije a modo de reproche—. No creo que sea lo mismo. No creo que sea suficiente.

—A veces las enfermedades del alma son las que peor diagnóstico tienen. Si me permites que lo exprese sin ambages, tu padre se sentía un fracasado y temía contagiarte. Por eso no hizo nada por retenerte a su lado. Siempre creyó que te iría mejor con tu madre.

—En estos últimos seis años, he hablado con él una docena de veces por teléfono, y en cinco de ellas me llegó el aliento a alcohol a través del auricular, a pesar de que nos separaban cinco mil kilómetros.

—Heráclito dijo que el destino de un hombre es su carácter, y a tu padre le fallaba el suyo, lo que a su vez originó que su vida se complicara. Se le fue de las manos.

Era probable que tanto Heráclito como el señor Santos tuvieran razón. Aunque había un detalle que el librero había pasado por alto. No era la gravedad, la solemnidad o la fugacidad de la existencia lo que había hastiado a mi padre; sino el hecho de no haberse tomado la vida en serio, como quien, de tanto acudir a fiestas, acaba aborreciéndolas. De modo que, paradójicamente, llevar un estilo de vida superficial y despreocupado, sin echar jamás el ancla o atar las amarras al embarcadero, era lo que había minado sus ganas de vivir, o mejor dicho de seguir viviendo, y provocado la zozobra. En realidad, lo que yo le reprochaba a mi padre era que hubiera tomado la decisión de quitarse la vida sin avisarme, sin enviarme una señal, tal vez a través de una llamada o de una carta llena de palabras graves o dolorosamente sentidas, que siempre hubiese callado el motivo de sus sufrimientos. Lo cierto era que, haciendo gala de una estoica resignación, mi padre se había limitado a vivir por inercia, como si desde su nacimiento hubiera estado desahuciado para la vida, y, en consecuencia, renunciado a tratar de conjurar a la muerte llegado el momento.

## 2

Los dos edificios que conformaban la Casa de los Portugueses en los números 11 y 13 de la calle Virgen de los Peligros y el 24 de la calle Caballero de Gracia, conservaban el mismo aspecto extemporáneo que siempre, si bien ahora era capaz de apreciar su singularidad. No en vano, se trataba de un diseño ciertamente moderno para 1919, año de su construcción, donde destacaban la estructura metálica vista, los grandes ventanales y el original tratamiento de los volúmenes, con un novedoso sistema de terrazas en el ático, que incluía también cúpulas, torretas y buhardillas, además de una serie de falsos arcos segmentados que formaban parte de la balaustrada de la terraza superior. Aunque, desde mi punto de vista, lo más interesante del conjunto estribaba en el hecho de que mientras en las primeras plantas, dedicadas a uso comercial, el material predominante era el cristal, a partir del cuarto piso prevalecía la cantería. A pie de calle se tenía la impresión de que los dos edificios eran más altos de lo que en realidad eran, pues el pináculo ondulante que coronaba el edificio le confería el aire estilizado de ciertas crestas. De hecho, la torre hexagonal con decoración cerámica que daba a la fachada, en la intersección de las calles Virgen de los Peligros y Caballero de Gracia, semejaba una roca pelada, tal que un remoto vestigio esculpido por la erosión sobre una cima.

Pese a que se trataba de un edificio más comercial que noble, la ubicación del mismo, a escasos pasos de la Gran Vía, la calle más concurrida de Madrid, compensaba la falta de elementos ornamentales que otorgaran distinción o fastuosidad a su fachada. Su singularidad, empero, era tal que provocaba que quienes contemplaban la Casa de los Portugueses se formularan la siguiente pregunta: «¿Qué clase de gente vivirá aquí?».

En julio de 1939, mi bisabuelo había adquirido un local comercial que ocupaba parte de la primera y segunda planta, y un espacioso ático con una amplia terraza y una torreta circular, desde la que se divisaba casi todo el centro de Madrid. Como el propietario era un republicano que había tenido

que abandonar el país a la conclusión de la Guerra Civil y la finca estaba a punto de ser objeto de incautación por parte de las autoridades, el precio del lote resultó una ganga, según oí decir en mi casa. Ni el piso ni el local eran suntuosos, aunque tampoco eran humildes. Para empezar, todas las estancias miraban hacia el exterior, aunque no se trataba de un capricho del arquitecto —el insigne don Luis Bellido y González—, sino de una obligación, habida cuenta que la finca se levantaba sobre un solar demasiado estrecho. Luego, cuando mi abuelo tuvo necesidad de independizarse, compró un piso en la cuarta planta, el mismo que mi padre vendió años más tarde al señor Santos, quien consiguió además que le fuera arrendado el local comercial que, hasta entonces, había albergado el anticuario Dalmau. La mala venta efectuada por mi padre, por tanto, vino a compensar la buena compra realizada por mi bisabuelo, como si el arte del latrocinio también tuviera su justicia poética. Yo tenía por aquel entonces trece años, pero ni aunque hubiera contado con medio siglo a mis espaldas hubiera aceptado unirme como prosélito a las desastrosas empresas que emprendía mi progenitor. Además, estaba mi madre, quien necesitaba parte del dinero que el señor Santos había pagado por el piso de mi abuelo para rehacer su vida y procurarme una buena educación.

Poner los pies en el portal y oír la voz de doña Consuelo, la portera, fue todo uno.

—¿A qué piso va, joven? —me interrogó como si yo fuera un desconocido, al tiempo que me escrutaba de pies a cabeza.

—¡Pepe! ¿Eres tú? ¡Si hace esto —la mujer juntó las falanges de los dedos pulgar e índice de la mano derecha para indicar poquedad— eras una raspa! —añadió al reconocerme—. ¡Pero dónde tengo la cabeza! Lo primero es lo primero: mi más sentido pésame.

Ahora la misma mano dibujó una cruz en el rostro de la mujer.

—Muchas gracias —dije.

Desde pequeño había albergado la creencia de que doña Consuelo era una mezcla de ser entre imaginario y real. Ficticio en tanto que su aspecto recordaba al de una bruja de nariz ganchuda, ojos profundos y maliciosos, espalda encorvada, y una mata de cabello de tono entre amarillento y verdoso semejante a las retamas que se emplean para fabricar escobas. Por no señalar que tenía cierta vena de malicia. Efectivo por cuanto que había convertido el chiscón que servía de portería en el tabernáculo donde se guardaban los sagrados secretos de todos y cada uno de los vecinos de la finca. Nadie

traspasaba la frontera que separaba la calle del portal sin su consentimiento, de la misma manera que nadie incurría en un impago o en un desliz sin que llegara a su conocimiento. Semejante información le otorgaba un poder omnímodo, pues se arrogaba el derecho de amonestar al culpable como si le estuviera trasladando una confidencia, y si al cabo de los días esta muestra de condescendencia no era recompensada, ya fuera en especias o con un estipendio, se convertía entonces en una implacable delatora capaz de arrastrar por el lodo la reputación de su víctima. Su arsenal de epítetos era muy superior al que reconocía la Real Academia de la Lengua, y a ser posible gustaba presentarse ante su interlocutor como una epifanía, como una aparición, de sopetón, por sorpresa. Doña Consuelo se bastaba y sobraba para crear un ambiente de comunidad del que los inquilinos carecíamos, en el que los chismorreos, por descontado, habían sido elevados a la categoría de ritual. Tan pronto su boca se llenaba con un «Ave María purísima sin pecado concebida» como de su garganta brotaba una retahíla de improperios tan lesivos para quien iban dirigidos como el ácido sulfúrico. El resto del tiempo lo pasaba rezongando y susurrando entre dientes, hablando en un idioma más parecido al arrullo de las palomas que a cualquier lengua creada por el hombre. «Me pilla usted rezando al Santísimo Cristo de la Agonía», decía entonces. Se refería a la imagen del crucificado que colgaba de una de las paredes del vecino Oratorio del Caballero de Gracia, donde, de hinojos, pasaba buena parte del sábado y del domingo. Doña Consuelo tenía además un cómplice, un enorme espejo que ocupaba la pared que quedaba justo enfrente de la entrada, con lo que estudiaba el reflejo de su oponente antes de enfrentarse a él. «Me basta con echarle un vistazo al retrato para saber cómo está pintado el cuadro, si la pintura es buena o mala», decía jactanciosamente, como si fuera, en efecto, una experta en arte tanto como en psicología.

—¿Y mamá, cómo se encuentra? —me preguntó a continuación.

—Mamá está bien, gracias —respondí.

—¿Sigue viviendo en Málaga?

—Sí. Volvió a casarse y allí vive.

—Yo no conozco Málaga, porque me pasa lo mismo que a Natalita Santos: el sol me derrite. Dale recuerdos de mi parte a tu madre cuando la veas.

—Lo haré. ¿Y por aquí, cómo van las cosas?

—Peor que nunca, hijo mío, peor que nunca. Si yo te contara...

Mujer dotada de un proverbial pesimismo, bastaba con que su interlocutor aludiera al sol que brillaba esa mañana en la calle y a la buena temperatura,

para que respondiera: «¡Ya lo pagaremos!».

—¿Y Federico? —me interesé por su hijo.

—En las nubes, nunca mejor dicho. Se pasa el día en la azotea. Aunque, para ser sincera, prefiero que no se mueva de allí. Hace unos meses lo dejé a cargo de la compra familiar, para que no se entumeciera demasiado de no hacer nada, tú ya me entiendes. Pues bien, el primer día todo fue sobre ruedas, pero a partir del segundo empezó a demorarse, a llegar cada vez más tarde. Además, noté que se emperifollaba más de la cuenta, se disfrazaba de galán. Cuando le pregunté los motivos de tanto retraso y acicalamiento, me respondió ufano: «Es que me he enamorado de una de las ninfas del Casino de Madrid». Le dije al muy idiota que era preferible que buscara consuelo en el regazo de una fulana antes que darse de cabezazos contra un trozo de piedra. Desde entonces me dirige la palabra lo justo y ha duplicado las horas que pasa en la terraza.

—Ya se le pasará.

—¿El amor por las piedras? Sólo me falta que ahora me diga que quiere estudiar Geología. Para lo que nos ha servido la carrera de Económicas... Francamente, me preocupa Federico porque no quiero que acabe ahogándose en un vaso de *whisky*, como le ha pasado a tu padre.

—Comprendo.

Un sahumero con olor a cocido y repollo salió de la casa de la portera a nuestro encuentro.

—Tengo en la olla cónclave de garbanzos. Parece que ya hay fumata blanca. Tengo que dejarte —se excusó.

Hollar la casa de mi padre fue lo mismo que penetrar en su intimidad, en su alma. A pesar de que había vivido allí mi infancia y parte de mi adolescencia, nada más abrí la puerta me embargó una sensación comparable a la que tuvo que sentir Jonás cuando fue tragado por la ballena. Me sobrevino un sentimiento de miedo y de desamparo, como si acabara de adentrarme en un lugar inhóspito y hostil, como si nunca hubiera pertenecido a aquel lugar, de ser un intruso. De hecho, la casa había sido despojada de casi todos aquellos objetos que habían adornado la vida de mi bisabuelo primero, de mi abuelo y mi padre después, y hasta la mía propia en época más reciente. Por ejemplo, no había rastro de la sobria cómoda de estilo Biedermeier que había pasado los últimos sesenta años anclada en el *hall*, o del recibidor de cerezo Chippendale, o del librero de vitrina de estilo Reina



Ana, o del velador de caoba de Thomas Sheraton, o de la pareja de asientos Bergere de estilo Imperio, tan vistosos como incómodos. ¿Qué había sido de aquellos muebles pesados y de aquellas habitaciones llenas a rebosar, exuberantes? Resultaba evidente que mi padre había convertido el tradicional amontonamiento en vacío, algo que, en definitiva, estaba en consonancia con la situación general de su espíritu. Incluso la porción de suelo que otrora cubrían las alfombras persas de Keshan había sido invadida por una miríada de haces perpendiculares que, después de atravesar los ventanales y una nube de polvo flotante, saltaban en chispas de luz al chocar contra la madera. Aquella irradiación, empero, no hacía sino agrandar la sensación de desnudez que se había adueñado de la casa, de la misma manera que la luz que entra por la vidriera de una catedral da medida de la proporción de su espacio. Pensé en una mujer elegante y siempre bien arreglada que de pronto se ve obligada a despojarse de sus joyas y abalorios. Su piel vuelve entonces a recobrar la luminosidad de antaño, que ocultaban las galas y alhajas. Pero como estamos acostumbrados a la artificiosidad, es la naturalidad recobrada la que llama nuestra atención. Lo más extraño de todo era que aquella casa había sido el reino de mis años adolescentes, un lugar vivo, un refugio seguro, y sin embargo ahora era incapaz de reconocerla. Cuando era pequeño y regresábamos de mi viaje o de unas vacaciones, experimentaba una emoción que, de tan intensa, yo la equiparaba con la felicidad plena. Claro que no era la felicidad la que había cambiado, sino mi forma de relacionarme con ella. Según los científicos, el cuerpo mudaba sus átomos cada siete años, el tiempo aproximado que yo llevaba sin pisar la casa de mi padre. Eso significaba que había completado una renovación, que ya no era la misma persona física, mental y espiritualmente, aunque algunas de estas modificaciones resultaran imposibles de mensurar. ¿Por qué no pensar que este mismo principio era también válido para las casas?

Después de llevar a cabo un exhaustivo reconocimiento de las habitaciones, descubrí que los únicos muebles que había eran dos camas individuales (una de ellas en el que había sido mi dormitorio), dos mesitas de noche, un viejo arcón con ropa de hogar, un armario y un butacón tapizado en cuero con su correspondiente escabel. Ni siquiera había cubertería o vajilla, exceptuando un par de vasos para beber tragos largos alrededor de una botella de *whisky*, menos aún una mesa donde poder comer. Estaba claro que mi padre hacía tiempo que había perdido todo interés por aquella casa. Incluso pensé que, de no haberse quitado la vida, no habría tardado mucho tiempo en desprenderse de ella.

Antes de bajar a casa de los Santos, abrí las puertaventanas que unían el interior de la vivienda con la terraza a modo de sortilegio, como si creyera que fuera necesario alguna clase de encantamiento, confiriéndole al aire fresco un poder regenerador.

### 3

Atravesé el corredor que me separaba de Natalia como si me encaminara a vivir una aventura, con el corazón latiéndome apresuradamente y una vitalidad exagerada. Desde luego deseaba encontrarme con ella, pues siempre había sido para mí un estímulo, pero en cambio no le hallaba explicación a mi estado de excitación desmedida, a la intranquilidad que me hacía estremecer como el enamorado que, vencida la desesperación que provoca una larga ausencia, sabe próximo el encuentro con la persona amada. Los seis años transcurridos desde la última vez que nos viéramos habían revestido mi corazón de una gruesa coraza que me protegía de los embates del amor, al menos eso creía. O mejor dicho, en el tiempo que habíamos pasado separados había llegado a la conclusión de que mis sentimientos obedecían a un impulso más propio de la adolescencia que a un afecto consolidado. El tiempo, pues, había puesto las cosas en su sitio, como suele decirse, había cicatrizado las heridas, y en mi opinión esa circunstancia me otorgaba cierta ventaja —poner un poco de distancia en el mundo de las emociones siempre lo es por cuanto que amplía nuestra perspectiva—, que desde luego quería conservar. Ahora, un instante antes de que se celebrara la justa, me daba cuenta de que las flechas de Cupido eran invisibles y que ninguna armadura, por recia que fuera, podía detenerlas. Mi amor se había revelado inalterable y profundo, tanto que, con el paso de los meses, había dejado de agitarse para terminar aposentado en la región más recóndita e insondable de mi corazón. ¿Dónde estaba el hombre seguro de sí mismo que llevaba seis años viviendo en Nueva York? ¿Acaso no había viajado conmigo? ¿Por qué no podía controlar mi ardor de amante cuando unos instantes antes ni siquiera creía serlo? ¿Es que el amor podía quedar suspenso en la memoria como una mota de polvo en el aire, sin que uno lo percibiera? Verme en esa situación me hizo sentir vergüenza, no porque no hubiera calibrado en su justa medida mis sentimientos hacia Natalia —que también—, sino por el hecho de haber encontrado un acicate el mismo día que había depositado las cenizas de mi

padre en el frío nicho de un columbario. De modo que me impuse contención justo en el momento del reencuentro, pues, aunque sólo fuera eso, le debía cierta lealtad póstuma a mi progenitor. El hecho de que me quedara atónito al verla, me sirvió de gran ayuda cuando sus ojos se levantaron para ir al encuentro de los míos. El amedrentamiento me duró tanto tiempo que tuvo que ser ella la que tomara la iniciativa.

—Siento mucho lo de tu padre, Pepe. ¿Cómo te encuentras? —dijo.

Sus palabras acariciaron mi rostro como una brisa fresca.

—Gracias. Me encuentro bien dentro de lo que cabe. Ha sido todo tan inesperado... ¿Y tú, qué tal estás?

Por su aspecto, era obvio que Natalia se encontraba perfectamente. Pese a que la enfermedad había impedido que la belleza floreciera en sus facciones, en cambio sus rasgos eran regulares y buscaban la armonía. Ya he mencionado que su tez era de una palidez sobrecogedora, pero he omitido señalar que estaba iluminada por dentro, de modo que contemplar el rostro de Natalia podía compararse con mirar el óvalo de la luna. En este escenario figurado, sus ojos eran dos cráteres sumidos en una eterna penumbra. Si uno se acercaba con el fin de observarlos con más detalle, descubriría entonces que estaban ocupados por un magma negro como el carbón que ocultaba una mirada tímida y al mismo tiempo ansiosa.

—Sigo atada a la porfiria, pero si bien la enfermedad no ha conseguido corromper mi cuerpo, he dejado que los libros hagan lo propio con mi espíritu —respondió—. Me he entregado a ellos por entero. Me alimento de ellos. Mi padre siempre dice que los libros son espejos donde buscamos reconocernos...

—«Porque hoy vemos como en un espejo, confusamente...», Epístola a los Corintios, I, 13 —se inmiscuyó Santos en la conversación.

La intervención del librero me devolvió bruscamente a la realidad, representada en este caso por una estancia de aspecto lúgubre y algo sofocante. Las paredes estaban revestidas de viejos libros, dispuestos en severas filas, tal que pequeños soldados en formación, que destilaban una fragancia rancia, tan densa como la propia pulpa del papel. Los había de lomo púrpura, verde claro, verde esmeralda, azul, burdeos, etc., con vistosos florones, nervios y tejuelos; unos ejemplares estaban forrados en tafilete; otros, en cambio, estaban encuadernados en cordobán. También los había empastados en piel francesa de ternera u oveja, con jaspeados que imitaban la concha de las tortugas, o a la inglesa en badana castaño, más humildes en cuanto a aspecto. El único hueco de la pared donde no había libros lo ocupaba

una tablilla admonitoria, idéntica a otra que había en la librería propiamente dicha, que rezaba: «Aquél que robe o se lleve en préstamo y no devuelva un libro a su propietario, que se convierta en una serpiente en su mano y le desgare. Que le aqueje parálisis y todos sus miembros se malogren. Que languidezca con dolor pidiendo misericordia...». Aunque no resultaba fácil leer el texto o apreciar la filigrana de los lomos por la falta de luz, ya que de las ventanas colgaban dos gruesas cortinas de terciopelo de color granate. La madre de Natalia había muerto de una variante aguda de la enfermedad que ella padecía, de modo que mantener una atmósfera de oclusión no sólo perseguía evitar a toda costa que la luz del sol penetrara en la vivienda, sino también que la parca diera con su paradero. De nada había servido que los médicos aseguraran que la vida de Natalia no corría peligro, siempre y cuando siguiera unas pautas de comportamiento: la primera de todas evitar la luz del sol, naturalmente; no ingerir alcohol o tomar medicamentos que pudieran precipitar un ataque; y seguir una dieta rica en carbohidratos. Pero la posibilidad de que Natalia corriera la misma suerte que su madre atormentaba al señor Santos sobremanera, por encima incluso de cualquier docta opinión, de ahí que hubiera transformado la casa en un oscuro santuario para su hija, que en realidad no era otra cosa que la morada de sus miedos y temores. De hecho, el señor Santos llevaba a cabo continuas búsquedas por las distintas estancias, examinaba éste o aquél rincón, como si anduviera detrás de uno de sus tesoros bibliográficos que se hubiera descarriado del rebaño, cuando lo que pretendían aquellas maniobras era comprobar que todo estaba en orden, que ningún peligro se había colado en la casa de manera subrepticia. Como en todo hogar donde habita un enfermo crónico, la superstición y lo cotidiano se confundían como si compartieran la misma inmanencia.

—Tienes que contarme un millón de cosas sobre Nueva York —se desmarcó Natalia.

La falta de armadura me dejó de nuevo desguarnecido, hasta el punto de pensar que detrás de aquellas palabras se escondía una petición: que le abriera mi corazón.

—Deja que el muchacho respire —se inmiscuyó de nuevo el señor Santos.

—Es a mí a la que le falta el aire encerrada entre estas cuatro paredes todo el día —se quejó.

¿Era un reproche dirigido a sí misma?

—Ahora que Pepe ha vuelto, podrás salir más a menudo a la calle —sugirió el librero.

—¿Esta tarde? ¿Tienes algo que hacer esta tarde? —me interrogó Natalia.

¿Había cierto grado de súplica en sus palabras o me lo estaba figurando? De lo que no cabía duda era de que había formulado su propuesta con vehemencia. Desde luego, su forma de hablar había ganado en energía con respecto a cuando era una jovencita de dieciocho años y su discurso resultaba demasiado extático e incomprensible, como si la enfermedad que la mantenía aislada del mundo la hubiera dotado a su vez de un lenguaje propio, tan oscuro como la falta de luz que marcaba su existencia. A estas alturas me había vuelto exorable a cualquier petición que saliera de su boca, así que dije:

—No, no tengo nada que hacer.

—Podemos ir a la Casa del Libro primero y luego nos damos una vuelta por Chueca. Quiero comprar la última novela de Serafín Estébanez.

—Perfecto.

—Recógeme en cuanto el sol se ponga.

«Recógeme en cuanto el sol se ponga». ¿Cuántas veces había oído esas palabras? ¿Cien, doscientas, tal vez doscientas cincuenta? Y cada vez que las escuchaba experimentaba el mismo estallido de emoción. Salir a la calle con Natalia, dadas sus circunstancias, no era un acto trivial, pues suponía alejarla momentáneamente de sus particulares hábitos. Su obsesión por los libros, por ejemplo, no facilitaba las cosas; todo lo contrario, la incomunicaba, como si estuviese buscando y con cada nueva lectura aumentara la profundidad de la inmersión. Siempre he pensado que los libros surten un efecto beneficioso en las personas, por cuanto son como tablas que flotan en medio del vasto océano a las que poder asirse en caso de naufragio, nos ayudan a comprender el mundo que nos rodea con mejores armas, con un número mayor de elementos de juicio. En ese sentido, la lectura sería comparable a disponer de un comodín en esa partida de naipes que es la vida. Natalia, en cambio, experimentaba el efecto contrario con cada nueva lectura, que a la postre se convertía en un lastre para su espíritu, el cual se veía a su vez arrastrado hacia las abisales profundidades de la conciencia. Daba la impresión de que en vez de acercarse a las cuestiones mundanas a través de los libros, su intención era la de alejarse de ellas, como si éstas no estuvieran en consonancia con su verdadera esencia. ¿Acaso no había ya suficiente oscuridad en su vida? ¿No era la hora de que venciera su desconfianza, de que se enfrentara de una vez por todas a la realidad, la misma que pintaba el mundo de colores y lo perfumaba con brisa fresca? Sí, la calle era el símbolo de la superficialidad, de los comentarios intrascendentes, el lugar donde yo podía llevar a cabo mi particular cruzada para arrastrarla al mundo de la luz.

—De acuerdo.

—Ahora, háblame de Nueva York —insistió.

—Nueva York puede esperar hasta la sobremesa —interfirió otra vez el librero, quien había comenzado a poner la mesa.

—¡Está bien, papá, primero los carbohidratos y luego la conversación! —exclamó Natalia.

—¿Y bien, muchacho, qué planes tienes? ¿Cuánto piensas quedarte? —me interrogó el señor Santos.

—He de arreglar el asunto de la herencia de mi padre, si es que hay algo que heredar, poner en orden los papeles, y luego quiero viajar a Málaga para reunirme con mi madre. Calculo que, día más o menos, en tres o cuatro semanas podré regresar a los Estados Unidos.

Claro que en aquellas cuentas no figuraba el gasto extra que acababa de realizar, la suma más importante de todas: mis sentimientos hacia Natalia.

—El que hereda no hurta, dice el refrán —apuntó el señor Santos—. Aunque conviene señalar que no hay peor ladrón que un mal libro.

Dado que tanto Natalia como su padre se alimentaban a base de libros, y que mi propio duelo me había cerrado el estómago, el almuerzo, además de frugal, resultó toda una lucha contra la inapetencia.

A las cinco menos cuarto de la tarde regresé a casa y me asomé a la terraza para respirar un poco de aire fresco. El cielo de Madrid, purgado por una suave brisa que había barrido las nubes hasta teñirlo de lapislázuli, parecía pintado por el pincel de Velázquez, y era acarreado sobre sus espaldas por las dos altivas cuadrigas que coronan los torreones del edificio del BBVA, por la escultura del Ave Fénix que culmina el Hotel Petit Palace «Alcalá Torre» de la calle Virgen de los Peligros, por la Minerva que preside el edificio del Círculo de Bellas Artes, por la Victoria Alada que innata la cúpula del edificio Metrópolis, en la confluencia de las calles Alcalá y Caballero de Gracia, y por la estatua de una mujer con un niño a sus pies que ocupa uno de los aleros del edificio de Seguros Generali.

—¡Olé qué elegante por detrás y por delante! —exclamó la voz de Federico a mis espaldas.

Al girarme lo vi sentado sobre una silla de tijeras con los ojos pegados a unos prismáticos que enfocaban hacia la esquina de la calle Virgen de los Peligros con la Gran Vía. Parecía la escultura de coronación del edificio oteando el horizonte de Madrid.

—Un día de estos saldrás volando cual Ave Fénix, o darás un traspié y te despanzurarás contra la acera. ¿Qué miras con esos prismáticos? —dije para que se percatara de mi presencia.

—Mirar, no miro nada, Pepe. Contemplo y admiro los monumentos con faldas y piernas que caminan por la Gran Vía. ¿Cuándo has llegado?

La alopecia había terminado el trabajo que había comenzado una década antes, con lo que los últimos rayos solares resbalaban sobre la superficie lisa de su cráneo tal que oro pulverizado, creando en torno a su perímetro una suerte de chisporroteantes reflejos que caían como guedejas de cabello sobre sus hombros.

A pesar de que Federico había cumplido los treinta y de las brillantes calificaciones que había obtenido en la universidad, la característica principal de su personalidad era la animosidad de la que hacía gala, que reverdecía con cada nuevo amanecer. No es habitual encontrar a una persona capaz de renovar su interés por el mundo —por la vida y sus mecanismos en general— de continuo, más bien al contrario, de modo que podía afirmarse que Federico, al alejarse de lo uniforme y lo complaciente, estaba aquejado de una clase de enajenación lúcida que lleva a quien la padece al ensimismamiento, a veces parcial y otras absoluto, según las circunstancias. Cuando este aspecto de su personalidad se manifestaba en todo su esplendor, daba la impresión de haber sido arrancado violentamente de un placentero sueño. Entonces los ojos se le embotaban y el rostro se le abotagaba. Sea como lucre, no era una persona taciturna y circunspecta, ni tampoco su talante era abierto del todo, aunque siempre se conducía con naturalidad, libre de todo cinismo, sin ocultar el disfrute que le proporcionaba encontrarle un nuevo sentido a cualquier cosa conocida. Natalia decía de Federico que, como el escritor G. K. Chesterton, era «un gran aturdido con mucha inteligencia».

—He llegado esta mañana, pero he tenido que ir a recoger directamente las cenizas de mi padre —respondí.

—Encontré su cuerpo un metro y medio más a la derecha de donde te hallas —señaló—. No pude hacer nada, porque aunque considero que dormir es una pérdida de tiempo, aún no he conseguido convencer a mi organismo para que me haga caso.

De manera instintiva miré en la dirección que indicaba, donde únicamente había unas cuantas macetas de enjutas flores y dos enhiestos enebros que, con claros signos de chamuscamiento, agonizaban de sed en la terraza.

—No te crees mala conciencia. No hubieras podido hacer nada en ningún caso —traté de exculparle—. ¿Por qué no bajas? Ahí arriba parece una



estatua.

—Todos tendemos a convertirnos en estatuas. Por ejemplo, cuando nos paramos a esperar que el semáforo cambie de color, o cuando nos plantamos en la parada del autobús, o cuando nos detenemos a contemplar un escaparate, o cuando nos sentamos a comer, nos reclinamos sobre la barra de un bar o nos tumbamos a dormir. ¿Y qué es un difunto sino un hombre convertido en estatua? ¿Y qué es lo que coloca en su tumba la familia de ese mismo difunto? Una imagen. Por no mencionar que cuando una persona sobresale en una actividad, lo que hace la sociedad para mostrar su reconocimiento y agradecimiento es erigirle una efigie. Un busto, una escultura, una figura, una imagen, incluso un simple blasón colocado en la casa donde moramos es una forma de perpetuarnos, de buscar la inmortalidad frente a la existencia perecedera. Para que Madrid dejara de ser una ciudad provinciana en mitad de la meseta y adquiriera el estatus de metrópoli, tuvo que llenarse primero de pináculos, torreones, aleros, saledizos, balaustradas, cúpulas, templetos y estatuas de coronación, porque tan importante es lo que se ve en el suelo como lo que adorna el cielo.

Con la espalda encorvada, al tiempo que su cuerpo espigado se balanceaba como un junco agitado por una suave brisa, hablaba acunando las palabras dentro de la boca antes de pronunciarlas.

—Desde luego, eres la primera estatua con prismáticos que veo en mi vida —respondí con ironía a su alarde dialéctico.

—La Minerva del Círculo de Bellas Artes porta lanza, coraza y casco; la Victoria Alada del edificio Metrópolis parece estar entregando los laureles a los vencedores; los aurigas del BBVA hacen restallar sus látigos en los lomos de sus corceles; el Ave Fénix está siempre a punto de emprender el vuelo; y yo cargo con mis prismáticos, pues soy el farero que vigila desde su faro este mar proceloso que es el centro de Madrid. Te pondré un ejemplo. Hace unos meses hubo una reyerta que terminó con un apuñalamiento en la Red de San Luis. Pues bien, el agresor, en su huida, arrojó el arma del delito a un contenedor de la calle Caballero de Gracia, luego giró por el Casino Militar, justo aquí mismo, delante de mis narices, cruzó la Gran Vía por el paso de cebrá que está frente al Hotel de las Letras, prosiguió su tuga por la calle Clavel y, al llegar a la plaza de Vázquez de Mella, se ocultó en el aparcamiento público que hay en dicho lugar. Llamé a la policía, les conté lo que había visto y, móvil en mano, guié al coche patrulla hasta el malhechor primero y hasta el arma del delito más tarde.

Sin duda serás tan buen delator como tu madre, pensé.

—Sin duda serás un buen portero —dije.

Oyendo a Federico comprendí la preocupación de su madre. De tanto contemplar la ciudad desde lo alto de aquel acantilado de ladrillo que era la terraza de la Casa de los Portugueses, él mismo se estaba transformando en una estatua de piedra, en un adorno del edificio, de ahí que no resultara extraño que hubiera perdido el seso por una de las ninfas de cuerpo entero que decoraban el interior del Casino de Madrid.

—Aunque nadie lo reconozca —prosiguió con mi arenga—, la piedra ha sido la materia prima más utilizada por los hombres siempre que han querido materializar sus sueños. Levantamos nuestras casas y templos con piedras, de un bloque de mármol esculpió Miguel Ángel su David, cuando nos comunican una noticia inesperada decimos habernos quedado de piedra, si dejamos de sentir nos acusan de tener un corazón de piedra, y cuando los hombres pelean, se arrojan piedras. Créeme, la primera lucha que el hombre ha mantenido, antes incluso que consigo mismo, ha sido con la piedra, con el propósito de someterla a su voluntad.

Cuando el horizonte dejó de sangrar y el velo de la noche cayó sobre la ciudad, bajé de nuevo a casa de los Santos.

Natalia me esperaba en el recibidor. Se había arreglado con cierto desaliño, mezclando diversos estilos y acumulando capas de ropa cual cebolla, según su costumbre. Como única concesión a la coquetería se había cepillado el cabello con esmero y se había pintado una raya negra en el contorno de los ojos. En cuanto colgó su mano de mi brazo, con esa clase de espontánea naturalidad que sólo otorga la confianza, sentí que algo se resquebrajaba dentro de mí (¿tal vez la armadura?). Un paroxismo, un creciente ardor que, al traspasar su punto más álgido, me dejó a las puertas del embelesamiento, de convertirme en un bloque de piedra. Mi corazón cabalgaba con tanto ímpetu dentro de mi pecho que a mí mismo me sorprendió que semejante estruendo quedara fuera del alcance de su oído. ¿Acaso a ella le estaba sucediendo lo mismo? ¿Era yo incapaz de escuchar los latidos apresurados de su corazón de la misma manera que ella parecía no percibir los míos? Presioné su antebrazo contra mi costado y emprendí la marcha, en busca de la calle.

La Gran Vía nos absorbió con el ímpetu con que un desagüe se traga dos gotas de agua, y como si el sumidero nos hubiera arrojado directamente al mar, nos vimos sumergidos en una marea humana que se agitaba en todas direcciones.

—«Sombra, trémula sombra de las voces. / Arrastra el río negro mármoles ahogados. / ¿Cómo decir del aire asesinado, / de los vocablos huérfanos, / cómo decir del sueño?» —recitó Natalia pegando su cuerpo al mío un poco más, hasta clavar su languidez en mis costillas.

—Es bonito, ¿lo has escrito tú? —le pregunté.

—¿Qué te hace pensar que yo podría escribir unos versos tan hermosos? «Sombra, trémula sombra de las voces. / Negra escala de lirios llameantes. / ¿Cómo decir los nombres, las estrellas, / los albos pájaros de los pianos

nocturnos / y el obelisco del silencio?». Es un poema de Octavio Paz titulado «Nocturno». Siempre que piso la Gran Vía recuerdo esas estrofas. ¿Acaso la calle no parece un «río negro» y la gente que la transita un campo de «lirios llameantes»? ¿No es esta contaminación lo mismo que asesinar al aire? ¿Y el murmullo de las conversaciones, no son «vocablos huérfanos», trémulas sombras de infinidad de voces?

—¿Y los edificios, qué me dices de los edificios? —me interesé ante aquel alarde de lirismo.

—Algunos son obeliscos de silencio; otros, en cambio, estatuas derribadas en la luna. «Sombra, trémula sombra de las voces. / Estatuas derribadas en la luna. / ¿Cómo decir, camelia, / la menos flor entre las llores, / cómo decir tus blancas geometrías? / ¿Cómo decir, oh Sueño, tu silencio en voces?». Yo soy la camelia entre los lirios, la menos flor entre las flores. Y la blanca geometría, mi enfermedad.

—Yo prefiero las camelias a los lirios —aseguré.

Por descontado, Natalia descollaba como una camelia blanca en un campo de lirios. Verme caminar junto a ella por aquella avenida atestada de transeúntes, en dirección a la Casa del Libro, me hizo recordar cuando realizaba el mismo trayecto con mi madre, en la época en la que aún éramos una familia unida y yo vivía cosido a su falda. La Gran Vía era la frontera que tenía prohibido traspasar, el lugar donde habitaban todos y cada uno de los peligros que podían acechar a un pequeño de cinco o seis años: una calzada demasiado ancha (una suerte de río de aguas negras y profundas), un tráfico endemoniado, aceras densamente pobladas, presencia de forasteros, etc. Pero al mismo tiempo, la calle acumulaba uno de los mayores tesoros que la ciudad podía brindarle a un chiquillo: un sinfín de cafeterías con nombres tan cosmopolitas como California, Manila, Nebraska o Dólar, que ofrecían a la clientela sillones corridos acolchados de falso cuero, banquetas giratorias ancladas al suelo, y paneles encapsulados con su propia iluminación que anunciaban una amplia oferta de platos combinados, perritos calientes, batidos, helados en copa, tortitas con nata y una extensa variedad de dulces.

Tras sortear a un grupo de ruidosos adolescentes (capullos de lirios llameantes aún sin abrir) que aguardaban su turno para cruzar desde la Red de San Luis hasta la calle Fuencarral, un impulso de protección me llevó a rodear a Natalia con mi brazo, como si se tratara, en efecto, de una flor delicada. De inmediato percibí que su cuerpo temblaba en aquel ambiente rebosante de disonancias. Más que el ruido de los cláxones, vacilaba ante la deslumbrante estela que dejaba a su paso el enjambre de luciérnagas de los faros.

Unos metros más adelante, al alzar la cabeza por encima de la despreocupada multitud de peatones, comprobé que el luminoso de neón de la marca Schweppes que adornaba la fachada del edificio Carrión seguía, como antaño, ejerciendo de faro para quienes tratábamos de buscar un puerto donde fondear. Era el punto de referencia más visible por encima de aquel mar de cabezas. Según en qué zonas de la avenida, sobre todo en aquéllas donde las calles contiguas desembocaban como afluentes en el gran río, la corriente humana remansaba y ralentizaba su curso cual torrente de lava. De estas encrucijadas partían los transeúntes con el ímpetu de salmones que tuvieran que remontar un caudaloso río, y en su peripecia hubieran de mantener una lucha encarnizada contra los elementos de la que dependerá el éxito o el fracaso de la empresa: prostitutas de miradas sicalípticas, carteristas, hampones, limpiabotas, vendedores ambulantes, vocingleros, pedigüeños, etc. Era obvio que la calle había sido sometida a múltiples operaciones de cirugía estética en los últimos años, que el comercio tradicional había cedido su lugar a las grandes cadenas de la moda internacional, que los cines se habían reconvertido o desaparecido, que las cafeterías de antaño habían dado paso a los restaurantes de comida rápida, pero el estilo historicista de sus edificios denotaba que hay cosas que no son fáciles de transmutar, de la misma manera que hay arrugas que no pueden eliminarse en un quirófano por mucho que el cirujano estire la piel y la cosa detrás del cuello o de las orejas, que la pátina del tiempo, en definitiva, es una cicatriz indeleble en el rostro de cualquier ciudad. Otro tanto ocurría con su trazado, cuyo aspecto recordaba el espinazo de un gigantesco animal antediluviano que partía la ciudad en dos mitades.

Nada más fondear en la Casa del Libro, nos dimos de bruces con una pila de ejemplares de la obra que habíamos ido a buscar, colocada estratégicamente para que tropezásemos con ella. Natalia cogió un ejemplar para comprar y yo me dediqué a hojear otro. «Ahora que cualquiera puede escribir una novela, los escritores ni siquiera tienen cara de tales», pensé cuando me di de bruces con el retrato del autor que adornaba la contraportada, un tipo tan anodino (lo más reseñable era que la barbilla se adelantaba al resto del rostro) como el título de la novela que había escrito: *El palco*. Según leí en la contraportada, la novela narraba un crimen cometido en el palco de un teatro, durante la escenificación de una obra que representaba precisamente un crimen cometido en el palco de un teatro. Sin duda, estaba ante uno de esos escritores *à la mode* cuya notoriedad resulta tan efímera como duradero es el olvido que les tiene reservado el futuro.

—¿Desde cuándo te interesan las novelas de crímenes? —le pregunté a Natalia.

—Las novelas de crímenes no me interesan en absoluto. De hecho, las considero aburridas y previsibles —me respondió categóricamente.

—¿Entonces?

—Es el autor el que me importa —dijo ufana, al tiempo que pegaba la contracubierta del libro contra su pecho, como si fuera una adolescente que para sentirse plenamente viva necesitara restregarse por el corazón la foto que de su ídolo lleva estampada en la carpeta escolar.

—No sabía que el fenómeno fan hubiera llegado a la literatura —dije esbozando una mueca burlona.

—Hace cinco semanas ni siquiera había oído hablar de Serafín Estébanez —se desmarcó.

—Creo que no te sigo —reconocí.

—Digamos que estoy ultimando una pequeña investigación en la que Serafín Estébanez está implicado. Se trata de un descubrimiento que he hecho recientemente, o mejor dicho, que creo haber hecho. Prefiero no decir nada más hasta que no esté segura de que las piezas del rompecabezas encajan. Tal vez se trate de una locura, quizá lo que sucede es que estoy perdiendo la cabeza...

—¿De qué rompecabezas hablas? ¿Una investigación sobre qué? —me interesé.

—Sobre quién, sobre mí misma. Bueno, tampoco estoy muy segura de eso... Todo tiene que ver con un libro...

Pese a que a estas alturas de la conversación empezaba a sentir unos incipientes celos, en cuanto Natalia manifestó que el misterio que trataba de resolver tenía que ver con un libro, opté por pasar página, nunca mejor dicho.

—¿Qué pensarías si te dijese que un fragmento de nuestra vida está escrita en un libro? Que todo lo que estamos diciendo en este momento forma parte de una obra, figura entre sus páginas —añadió.

—Pensaría que tienes demasiada imaginación —me pronuncié.

En realidad, me quedé con ganas de decirle que había perdido el seso. Desde mi punto de vista, los libros eran un sucedáneo de la vida, la emulaban, la estimulaban incluso, pero en ningún caso podían suplantarla. El mismísimo Robert Louis Stevenson había escrito que los libros tenían su valor, pero que a la postre eran un sustitutivo de la vida completamente inerte. Natalia, en cambio, apenas había experimentado en ninguno de los órdenes de la vida, y esa circunstancia había provocado que para ella la realidad fuera más una

ilusión inconsciente que algo tangible, un mundo habitado por figuras de ensueño. La enfermedad, por tanto, no era lo único que mortificaba la vida de Natalia, sino también el exceso de horas de lectura.

—Pues me temo que eso es precisamente lo que está ocurriendo — insistió.

—¿Quién iba a querer escribir sobre nosotros? Eso carece de sentido. Somos personas corrientes —me desmarqué—. En todo caso, estamos en una librería, así que si tal libro existe pidámoslo y asunto resuelto.

—El libro, obviamente, no se encuentra a la venta. Ni siquiera ha sido escrito en nuestros días, y eso es lo más sorprendente de todo.

—¿Cuándo fue escrito entonces?

—Mucho antes de que tú y yo nacióéramos.

¿Había oído bien?

Recordé haber leído en alguna parte que si bien es el ojo el instrumento de visión exterior de una persona, en cambio son los tejidos nerviosos los que determinan la visión interior, la imaginación y la ilusión, y ponen a prueba la vivacidad y hasta la cordura de nuestro pensamiento.

—¿De veras? ¿Y cómo se llama el autor de semejante libro, Nostradamus?

—No, Pepe. Si no estoy equivocada se llama Serafín Estébanez. De ahí que haya venido a comprar su novela.

—Es decir, según tú, el tal Serafín Estébanez habría escrito un libro sobre nosotros antes de que hubiéramos nacido, un libro que, para complicar más el asunto, ni siquiera está publicado.

—El libro está editado, naturalmente, aunque no se puede comprar. De hecho, según mis pesquisas, el autor se encuentra debatiendo en estos momentos si escribir o no el libro.

—Te recuerdo que acabas de decirme que el libro está editado, ¿cómo entonces su autor va a estar dudando sobre si escribir o no la mencionada obra? No tiene sentido. Además, ¿cómo puedes saber lo que está pensando el autor si ni siquiera lo conoces? ¿Cómo es posible que sepas que Serafín Estébanez es el autor de un libro que, según tú, ni siquiera él sabe si va o no a escribir?

—Porque he leído esta página —aseguró ufana, al tiempo que señalaba con sus dos dedos índices en derredor suyo, como si aquel espacio formara también parte de la trama.

¿Cuándo había pergeñado aquel delirio? ¿Un minuto antes de verme o durante la comida? ¿Era su forma de decirme que no me acercara a ella, de

ahuyentarme? ¿O quizá era un síntoma del empeoramiento de su enfermedad? Ciertas porfirias presentaban compromiso neuro-psiquiátrico: ansiedad, depresión, psicosis aguda, confusión, alucinaciones, etc.

—¿Esta página?

Busqué sus ojos y comprobé que se habían encendido chispas en ellos.

—Sí, la página del libro donde se relata esta conversación —dijo a continuación con una avidez que terminó de despertar mi preocupación sobre su salud mental.

—Comprendo.

—No, no comprendes nada. Ni siquiera me crees —me recriminó—. En realidad, no estás capacitado para hacerlo, porque para que pudieras creerme primero tendrías que aceptar un principio básico que todo el mundo —editores, autores, críticos y lectores incluidos— pasa por alto: el lector es un personaje más de la obra, por cuanto se trata de un interlocutor necesario. Gracias a él, los personajes cobran vida. El lector tiene la llave del maravilloso juguete, sólo cuando la hace girar la maquinaria se pone en funcionamiento, y en ese sentido su papel es comparable al que tiene Dios en nuestra creación. ¿No lo ves? El lector es un demiurgo, dios creador y principio activo del libro impreso. El escritor se encarga de la partitura, pero es el lector quien dirige la orquesta. Tan es así que incluso está facultado para leer entre líneas y hasta para subvertir el mensaje inicial del Sí, Pepe, todos somos protagonistas de los libros que leemos.

Natalia tenía razón. No comprendía una palabra, aunque, a tenor de sus comentarios (y del entusiasmo febril que acompañó la última parte de su discurso), estaba claro que había perdido la razón. Ella misma lo había sugerido. Natalia buscaba encontrar la luz —que la enfermedad le negaba— en los libros; sin embargo, abusar de la lectura había provocado en su lucidez —en la claridad de su razonamiento— el efecto contrario, la había dejado a oscuras. Ahora confundía la realidad y lo imaginario como si fueran una misma cosa. Lo real se vestía —se disfrazaba— de ficción, y viceversa. De esa forma, los personajes y acontecimientos de las novelas que leía pasaban a formar parte de su propia vida, llenaban los huecos que la soledad había ido horadando en su interior y suplían la falta de amigos y de cariño.

El señor Santos se desvivía por Natalia, pero sus atenciones no bastaban para cubrir las necesidades afectivas de su hija. Por ejemplo, existían ciertas cuestiones de índole puramente femenina que no sabía resolver, de modo que Natalia acabó buscando la figura —el modelo— de una madre, de una tía o incluso de una hermana en sus lecturas, puesto que tanto padre como hija



estaban de acuerdo en que en los libros se podía encontrar respuesta a cualquier consulta. Madame Bovary, Ana Karenina, La Maga, Lolita, incluso Meg, Jo, Beth y Amy, las cuatro jóvenes protagonistas de *Mujercitas*, eran quienes le habían mostrado a la postre el camino que conduce de la adolescencia a la edad adulta. Poco o nada importaba que, en muchos casos, la vida de estas heroínas de novela no fuera ejemplarizante, puesto que lo importante era aprender cuantos mecanismos de defensa estuvieran a su alcance frente a las vicisitudes, frente a los hombres y la sociedad. A fin de cuentas, había que reconocer que se podía aprender más de una mujer baquetada que de una mojegata, puesto que lo que predominaba en la vida eran las escaramuzas. La pregunta que ahora me formulaba era cuánto tenía yo de real y de personaje de ficción a los ojos de Natalia, en qué medida me había convertido para ella en una cuestión de estilo, en un ideal estético. Lo peor de todo era que nunca antes había deseado con tanto ardor ser el personaje de sus sueños, como si mi corazón hubiese decidido desligarse de la razón y aceptado el juego que Natalia proponía: ser lo que ella determinara, incluso formar parte de un delirio. Mi padre había muerto, Natalia vivía atada a su enfermedad, yo apenas tenía amigos, la humanidad y el planeta se desangraban en un proceso que parecía cada vez más irreversible, ¿qué de malo podía tener aquella realidad inventada, aquel confuso sueño que lo que pretendía era, en última instancia, liberar el espíritu de Natalia de la aprensión? ¿Acaso no era el mundo merecedor de nuestra desconfianza? Además, si bien yo no poseía un remedio para curar la porfiria, en cambio sí que podía aportar cordura, mostrarle la incongruencia de los dos mundos que se empeñaba en mezclar, enseñarle a distinguir entre lo real y lo ficticio, entre la luz y la sombra. Si me lo proponía, en pocos días podía hacer que Natalia regresara al mundo de los vivos, por decirlo de forma melodramática.

Al salir de la librería, la calle me pareció más falta de simetría que antes, como si la aureola de indiferencia que arrastraba a su paso la corriente de transeúntes hubiera acentuado aún más su naturaleza multiforme. El torbellino se había transformado en aluvión, y ahora el río estaba a punto de desbordarse. Bastaba con detener la mirada sobre alguno de aquellos seres para comprender que la soledad más apartada se encuentra precisamente en medio de una multitud. Busqué a Natalia con los ojos y descubrí que me observaba con una expresión que mezclaba temor y malestar pintada en el rostro, como si hubiera descubierto de pronto que la Gran Vía era el reino de una criatura maléfica, de una hidra policéfala de aliento venenoso, cuyas cabezas (tal vez diez o veinte mil) renacían a medida que se las iba cortando.

Entonces fui yo quien recordó una frase de otra de las heroínas literarias de Natalia, la Columeta de *La plaza del Diamante*: «Y me miró como uno que se estuviese ahogando entre la gente, entre las flores, entre tantas tiendas...».

Todavía anduvimos un rato más por la zona, hasta que la ciudad comenzó a dar síntomas de ebriedad.

Cuando por fin cerré la puerta de la casa de mi padre, tenía la sensación de que algo, en algún momento, se había desbordado.

Tenía deseos de dormir, pero no podía. Ahora era yo quien creía ser una hidra policéfala. Una de mis cabezas pensaba en mi padre, en su fallecimiento, en el hecho de la muerte como contrapunto de la vida; otra, en cambio, tenía presente en todo momento a Natalia, cuyo comportamiento durante la noche se había convertido en un desafío para mí y a la que profesaba, ya no me cabía ninguna duda, un sentimiento puro y diáfano; una tercera se ocupaba de todo lo que tenía que ver con la casa, incluyendo los reflejos de la luna, que habían teñido el suelo y la pared del dormitorio de color plata; y una cuarta luchaba contra las otras tres y hacía por entregarme a Morfeo. No parecía haber jerarquía entre aquellas cabezas, con lo que tampoco en mi estado de ánimo había transición entre la aflicción y el contento, entre la excitación y el cansancio. Todo se mezclaba, se amalgamaba sin admitir siquiera la intercesión de mi conciencia o de mi voluntad. El hecho de que me sintiera un extraño en aquella casa tampoco ayudaba, más bien al contrario, pues la propia desnudez de las estancias —mi habitación se me antojaba inmensa— me hacía sentir incómodo, desnudo también. Y si trataba de no pensar, era lo mismo que dejar de respirar. Me asfixiaba. Para colmo, entre tanto, había surgido una nueva cabeza de hidra que no paraba de recordarme que, de continuar así, no cumpliría con mi cometido inicial: resolver los asuntos de mi padre, los trámites de su herencia, viajar hasta Málaga para reunirme con mi madre y regresar cuanto antes a Nueva York.

Al cabo me dejé hipnotizar por el resuello acezante de la Gran Vía, semejante a una canción de cuna, que llegaba a mis oídos amortiguado por el doble cristal de la ventana.

Me despertó el aliento templado del primer sol de la mañana, que alcanzó mi rostro con el ímpetu de un perro fisgón que se hubiera detenido a olisquear una trufa. Me quedé un par de minutos en la cama, con los ojos abiertos, permitiendo que la lengua de aquel imaginario can untara de aspereza mis mejillas. El hecho de que el cielo estuviera despejado implicaba que no podría hacer planes con Natalia hasta que el sol se ocultara. Un fastidio. Aunque, a decir verdad, ya estaba acostumbrado. Siempre había sido así desde el primer día. Todo lo que tuviera que ver con el astro rey resultaba peligroso para su salud, de modo que las luces que alumbraban nuestra relación eran las sombras de la noche. Además, tenía por delante la tarea de poner en orden los papeles de mi padre, en caso de que los hubiere.

Por fin decidí asomarme a la ventana y encararme con aquel día radiante, que en otras circunstancias hubiera bastado para despertar mi buen humor. La luminosidad era tan intensa que ensanchaba la visión de la ciudad y creaba un extraño efecto en los tejados, que parecían refulgir como escamas de un gigantesco pez. Más allá de Cibeles, un muro de calina y contaminación se erguía delante del Palacio de Comunicaciones, confiriéndole un aspecto turbio, etéreo, como si hubiera quedado aislado de la ciudad dentro de una nube flotante. Algo insólito teniendo en cuenta que el mes de noviembre entraba en su recta final. Pero el otoño parecía querer demorarse en llegar, cuando en realidad estaba a punto de extinguirse.

Bajé a por un café al Starbucks que había en la esquina de Virgen de los Peligros con Alcalá. El ajetreo de la calle resonó en mis oídos con cierta inclemencia, aunque no tardé más de un par de segundos en acostumbrarme. Al igual que le ocurría a Nueva York, Madrid podía llegar a ser una ciudad tan irritante como desenvuelta, donde el silencio era estrangulado en cada esquina, en cada casa, a cada paso. El resultado era un rumor obstinado, constante, semejante al que provoca el estupor o el estremecimiento, que contraía la faz de la ciudad hasta congestionarla.

En medio de aquel maremagno, la figura de doña Consuelo sobresalía como la de un coloso, imponiendo su poderosa voz por encima del rugido de los motores de los coches. Al parecer, trataba de convencer a la empleada de la Agencia Matrimonial Nazareth, cuyas oficinas se encontraban en la primera planta del edificio, para que le concertara una cita a su hijo, antes de que el corazón se le endureciera como una piedra.

—Federico no debe saber nada, por descontado. Otra cosa, la muchacha que quede con él ha de evitar acercarse al Casino. Tampoco quiero que pase por delante de las cariátides que adornan el edificio del Instituto Cervantes, que están labradas en buena piedra y van ligeras de ropa. Lo preferible es que la joven sea fea, cegata, recatada y que le gusten las matemáticas. Ya le digo que, en caso contrario, será ella la que no quiera tener nada que ver con mi hijo. El pobre tiene la misma cara de polizón que su padre...

Las palabras de la portera formaron un remolino delante de la nariz de la empleada de la agencia matrimonial, cuya réplica no se hizo esperar:

—Oiga, que aquí no hacemos milagros.

Pasé el resto de la mañana ordenando los papeles de mi padre, una colección de servilletas de los bares de los alrededores, de posavasos, de *kleenex*, en cuyos márgenes aparecían anotados números de teléfono, nombres o palabras sueltas. Por ejemplo, en un posavasos de la coctelería Del Diego, mi padre había escrito un número de teléfono móvil y un nombre: Marisa Puta. De la copia simple de la escritura de propiedad del piso o del local comercial no había rastro; en cambio, encontré una carta que mi abuelo le había remitido a mi padre en sus años de estudiante.

*En Madrid, a 15 de febrero de 1970*

*Querido hijo:*

*Te escribo para prevenirte por si algo me ocurriera. Hace tres días entraron a robar en la tienda. Lo extraño es que los ladrones se limitaron a registrar todos los muebles —abrieron cajones y lo pusieron todo patas arribas— y a llevarse los libros de asientos, desde el primero hasta el último, desde que tu abuelo fundó el anticuario hasta nuestros días. Imagino que te estarás preguntando por qué me alarma el hecho de que no hayan robado nada de valor, hasta el punto de considerar que mi vida corre peligro. Bueno, he de reconocer que tal vez estoy exagerando, pero permite que me explique.*

*Como muchos negocios a los que les tocó amamantarse durante la guerra, el origen del nuestro es, para expresarlo sin rodeos, turbio.*

*Una vez la Guerra Civil hubo finalizado, tu abuelo trabó amistad con un hombre llamado Paul Winzer, que era el jefe de la Gestapo en Madrid. Por aquel*

entonces, el general Martínez Anido y Heinrich Himmler habían firmado un convenio según el cual cualquier alemán sospechoso de no apoyar a la causa nazi en España podía ser detenido y repatriado sin más. Para llevar a cabo las investigaciones correspondientes entre los miembros de la colonia alemana en España, Winzer empleó no sólo a connacionales, sino también a un selecto grupo de falangistas que, infiltrados, ayudaban a tender trampas a los sospechosos o incluso a apresarlos. Uno de estos elementos fue mi padre.

Como recompensa por los servicios prestados, y en consideración a su condición de catalán, Winzer puso en contacto a tu abuelo con Kart Resenberg, cónsul del III Reich en Barcelona, quien le propuso tomar parte en un negocio que, a la postre, marcó el devenir de nuestra familia: la venta de un cuadro de Rembrandt, obra que había sido expoliada por los nazis, a través de la empresa Aduanas Pujol-Rubio, cuyo propietario era entonces un alemán llamado Karl Andreas Moser, y en la que también participó un marchante de arte de Barcelona apellidado Puigdemívol. Moser era además dueño de otra empresa farmacéutica, con sede en el Paseo Pujados, donde se reclutaban a agentes del Abwehr, que, una vez adiestrados, actuaban por toda la península.

A través de Moser, tu abuelo entró en contacto con un tal George Henri Delfanne, agente de la Gestapo y asesino que se refugió en San Sebastián, quien era un apasionado del arte e introdujo en España numerosas obras maestras de la pintura europea expoliadas por los nazis. Luego estableció tratos con Alois Miedl, marchante de arte y amigo de Goering, que llegó a España procedente de Holanda con veintidós cuadros de dudoso origen, la mayoría de ellos de la colección de Jacques Goudstikker, fallecido en 1940 mientras huía de la ocupación nazi. Pese a que se trató de dar visos de legalidad a la operación, puesto que el propio Miedl entregó en la aduana española una lista detallando el nombre del autor, el título y la procedencia de cada obra, hubo otras pinturas que el marchante de Goering introdujo en el país de manera clandestina y en cuya venta medió mi padre.

Hubo otros nombres, pero sería demasiado prolijo de contar. Lo importante es que sepas que tu abuelo participó de manera activa en la distribución del material saqueado, a la vez que se prestaba como testafarro de ciertos individuos en la compra de arte.

Emilio de Navasqués, subsecretario de Economía, Exteriores y Comercio, a quien el gobierno de Franco encargó estudiar qué hacer con los nazis afincados en España y sus testafarros, habida cuenta que al finalizar la contienda los aliados reclamaron la entrega de todos ellos, dividió en tres categorías a estos suplantadores: el hombre de paja de buena fe, que ha confesado su carácter; el hombre de paja contumaz, que lo niega; y el hombre de paja aprovechado. Tu abuelo, mi padre, pertenecía a este último grupo.

Pese a que al finalizar la guerra mundial se elaboraron censos con las obras de arte desaparecidas, muchas jamás aparecieron, lo que no fue óbice para que instituciones internacionales y cazadores de recompensas se pusieran manos a la obra para tratar de encontrarlas.

Desgraciadamente, tu abuelo tenía un temperamento demasiado enérgico e impetuoso, demasiado proclive a significarse, cuando lo que la situación requería era todo lo contrario: discreción y prudencia en los comentarios. Pasar desapercibido. Te pondré un ejemplo. En cierta ocasión, estando en Barcelona, me monté con él en el autobús de línea. A mitad de trayecto, dos parroquianos se pusieron a hablar en catalán. La reacción de tu abuelo no se hizo esperar: saltó de su asiento como un resorte, se dirigió a los dos hombres y, tras abofetearlos en público, les espetó: «¡Hablen ustedes correctamente o la próxima vez pongo este atropello al castellano en conocimiento de la policía!». Nadie se atrevió a rechistar.

*Por aquel entonces, tu abuelo conservaba en su poder un cuadro de una virgen lactante con niño, atribuido a Anton van Dyck, que había llegado a sus manos doblado en una maleta y cuya procedencia era, al parecer, el Kunsthistorisches Museum de Viena.*

*Como la presión internacional era cada vez mayor, no le quedó más remedio que deshacerse de la pintura en enero de 1949. En realidad, lo que hizo fue permutar el óleo de Van Dyck por una serie de antigüedades, muebles y porcelanas en su mayoría, con un marchante de arte malagueño llamado Serafín Estébanez. La finalidad de esta transacción, obviamente, era lavarle la cara al negocio familiar y zafarse de camino de la presión internacional, representada en la figura del subsecretario de Navasqués.*

*Bueno, los cazadores de recompensas, en nombre de los gobiernos agraviados por los nazis o de los particulares cuyas colecciones privadas fueron expoliadas, han intensificado su trabajo ahora que la ciencia detectivesca cuenta con mayores y mejores medios, y es en este escenario donde enmarco el robo de los libros de asientos.*

*Es probable, pues, que en ellos se hallen las claves para encontrar algunas obras de arte que desaparecieron durante la II Guerra Mundial. Desde entonces, me he formulado cien veces la misma pregunta: ¿supone este robo (inocente en apariencia) un preludio de un peligro mayor? ¿Nos están vigilando? ¿Qué quieren de nosotros?*

*Espero que tu estancia en Londres esté resultando provechosa.*

*Tu padre,*

*Jaime Dalmau.*

Siempre que mi abuelo se vanagloriaba del hecho de que todos los descendientes de la familia hubieran nacido varones, mi padre le replicaba diciéndole que probablemente era debido a que formábamos parte de uno de los exclusivos programas genéticos del doctor Joseph Mengele, amigo de la familia, quien, entre otras muchas habilidades, había sido capaz de fabricar bebés a la carta después de experimentar en Auschwitz con cobayas humanas. En las dos o tres ocasiones que oí a mi padre pronunciar el nombre de aquel médico con fama de carnicero, siempre pensé que lo hacía con tono jocoso. Por descontado, daba por hecho que mi familia no había mantenido relación alguna con semejante monstruo. Ahora veía claro que se trataba de un comentario sarcástico que escondía un reproche mucho más profundo. Incluso se me ocurrió pensar que el contenido de aquella carta era el verdadero motivo por el que yo había sido bautizado con el nombre de José y no el de Jaime, rompiendo así una tradición de cuatro generaciones. Se trataba de una mera suposición, pero el hecho de que mi padre hubiera conservado aquella carta ponía de relieve el impacto que le había causado. En 1970, mi padre era un joven de veintitrés años que se había trasladado a Londres para aprender inglés y curtirse en el mercado internacional de antigüedades. Sin embargo, a su regreso a finales de 1973, no dio muestras de querer continuar con el

negocio familiar, aunque fue obligado a hacerlo. Al parecer, mi padre no carecía de habilidades mercantiles, lo que le faltaba era ilusión, fuerzas para luchar por un negocio en el que había dejado de creer. Según tengo entendido, llegó a plantearle a mi abuelo la necesidad de cambiar de actividad empresarial, pues estaba convencido de que la convulsa situación política y económica, el desorden del sistema monetario internacional precipitado por la caída del dólar y el brusco aumento del precio del petróleo, suponía el final de la supremacía de la clase social a la que pertenecía mi familia. La España de Franco no volvería a ser la misma después de 1973, y eso era algo que sólo podía comprender quien, como mi padre, había tenido el privilegio de pasar unos años en el extranjero con mentalidad de expatriado. El sentido de inamovible permanencia, casi de eternidad, que pretendía transmitir el régimen franquista al país, no era más que el contrapunto de la verdadera realidad: España era una nuez aprisionada entre las tenazas de un cascanueces que estaba a punto de partirla en mil pedazos. Pero mi abuelo no se dejó convencer, persuadido por la idea equivocada de que el barco que estaba a punto de naufragar seguía siendo más seguro que el pequeño bote salvavidas que mi padre le ofrecía frente a la inmensidad del océano. Para mi abuelo, la crisis no era más que una de tantas, otra de esas revoluciones sustentadas sobre esa máxima que dice: «Si queremos que todo siga igual, es necesario que todo cambie». La pregunta era si en este proceso que llevó a mi padre al desaliento influyó, además de la crisis económica, el contenido de aquella carta. Teniendo en cuenta que nadie puede enmendar lo irreversible, la respuesta más plausible era que no, de lo contrario habría llevado a cabo la idea de cambiar de negocio a la muerte de mi abuelo, cosa que no hizo. La única certeza que tenía era que fue en aquella época cuando una tenaz amargura envenenó para siempre el corazón de mi padre, que acabó pudriéndose.

En cuanto a mí, había heredado los nervios templados de mi madre y su capacidad para encajar golpes, de modo que el contenido de aquella carta no me afectó demasiado. Siempre había sabido que el estraperlo y el contrabando estaban detrás del negocio fundado por mi bisabuelo, siempre había estado al tanto de los vínculos que ciertas organizaciones fascistas mantenían con mi familia, mi primer catón habían sido precisamente las arengas filonazis de mi abuelo, sus recuerdos de la División Azul primero y de la defensa de Berlín más tarde, justo antes de que la capital de Alemania cayera en manos de los rusos.

Sin embargo, había un nombre en aquella carta que llamó mi atención: Serafín Estébanez. ¿No se llamaba así el autor de la novela que Natalia había comprado la noche anterior? La carta de mi abuelo hablaba de «un marchante de arte malagueño». ¿Tenían algo que ver o se trataba de una mera casualidad?

Decidí pasar por casa de Natalia para que me dejara echar un vistazo a *El palco*.



## 6

Me di de bruces con el señor Santos en el rellano, justo cuando se disponía a cerrar la puerta de su casa.

—¿Puedo ver a Natalia?

—¡Naturalmente, pasa! Está haciendo sus ejercicios diarios de teatro — me dijo.

—¿Ejercicios de teatro?

—¿Qué esperabas de una libroadicta consumida por la anemia, que hiciera pilates por las mañanas? Cree ser lady Macbeth y yo uno de los antagonistas de su marido, al que piensa asesinar, así que me bajo a la librería antes de que le dé por clavarme el abrecartas a traición.

Encontré a Natalia, en efecto, en plena declamación.

—«La vida es una sombra tan sólo, que transcurre; un pobre actor que, orgulloso, consume su turno sobre el escenario para jamás volver a ser oído. Es una historia contada por un necio, llena de ruido y furia, que nada significa»...

Aplaudí.

—Me temo que este necio viene a llenaros la cabeza de ruido, lady Macbeth —dije al tiempo que improvisaba una reverencia caballeresca.

—¿A qué debo el honor de vuestra visita, mi señor? Si mis informantes no me han engañado, en la calle luce un sol gallardo y en esta madriguera se respira una atmósfera inmundada.

—Digamos que me trae hasta aquí una intriga.

—¡Qué interesante! ¿Afecta a Macbeth, mi marido?

—No, no se trata de una cuestión de estado.

—Vos diréis, pues, ¿de qué se trata y a quién incumbe?

—Estaba poniendo en orden los papeles de mi padre cuando he encontrado una carta que hace alusión, por decirlo con suavidad, al vergonzoso origen del negocio familiar. La misiva menciona un nombre que vos conocéis.

—Señor, me tenéis en ascuas. Hablad, os lo ruego.

—Serafín Estébanez.

—¿El autor de *El palco*?

—En su carta, mi abuelo se refiere a un «marchante de arte malagueño» que se llama como el escritor, así que he pensado que tal vez la biografía del autor que aparece en el libro pueda aclararnos algo.

—El libro está en la *toilette*, mi señor. Acompañadme.

—¿En el baño?

—Dejad que os explique. De tan buena lectora que soy, no me alcanza la división tradicional de géneros que la crítica literaria propone, con lo que he inventado uno que se intitula: género de cuarto de baño. Allí arrumbo los libros que, en mi opinión, no merecen ocupar un espacio en una balda: novelas de catedrales escritas no con palabras sino con piedras, delirios de cátaros, códigos misteriosos que vienen a desvelar que Jesús de Nazaret era padre de familia numerosa, profecías mayas que pronostican el fin del mundo cada año y medio, novelas de detectives suecos, noruegos o islandeses, y hasta de la Barcelona de Gaudí. Luego están las obras de los escritores que parece que han sacado plaza en unas oposiciones; escritores que, escriban lo que escriban, la fama les alcanza para toda la vida... Hace tiempo que se me secó la leche de la humana benevolencia.

—Una especie de infierno, vamos.

—Dejémoslo en purgatorio. Siento tanto respeto por los libros que ni siquiera quemaría aquéllos que detesto.

—Vayamos al grano, digo al baño.

A tenor del elevado número de ejemplares que purgaban sus pecados en el cuarto de baño, Natalia era una crítica implacable. Había columnas de libros en una pequeña banqueta, en el cesto de la ropa sucia, en los anaqueles del mueble-espejo, y hasta en el interior del bidé.

—Aquí tienes *El palco*. Aunque si lo que te interesa es la biografía del autor, tengo algo mucho mejor que ofrecerte. Toma asiento.

—¿En la taza del inodoro?

—¿Recuerdas que ayer te dije que Serafín Estébanez era el autor de un libro en el que aparecíamos nosotros, una obra que estaba publicada pero que no se encontraba a la venta?

—Sí, según tú, habías leído la página donde aparecía reflejada dicha información.

—Y así es. Pero también he leído otra hoja donde se habla de este autor. Creo que lo que dice de él es más interesante que cualquier reseña biográfica.

Voy a mostrártela.

El hecho de que aquel delirio pudiera tener visos de realidad me causó tanta sorpresa que acabé sentándome en la taza del inodoro, al tiempo que buscaba los datos biográficos que del autor figuraban en *El palco*. Sí, Serafín Estébanez había nacido en Málaga, en 1965. La pregunta era si le unía alguna clase de parentesco con el marchante de arte que mencionaba mi abuelo en su carta.

Al cabo apareció Natalia portando un cartapacio de badana del que extrajo una hoja impresa en caracteres bodoni, numerada con el guarismo 60 en el margen inferior. Desde luego, parecía la hoja de un libro viejo, si bien era incapaz de establecer su antigüedad.

—Parece una hoja arrancada de un libro —observé después de examinarla.

—Lo es. La hoja ha sido arrancada de un libro. Pero ahora, lee. Luego tendremos tiempo para las explicaciones.

Leí:

*Tres noches de vigilia habían bastado para que Serafín Estébanez abandonara la novela que llevaba meses escribiendo. Ahora, sin embargo, cada vez que cerraba los ojos era el edificio de la Biblioteca Nacional el que se apoderaba de su mente. No obstante, lo que más le fascinaba era que sus propias cuitas figuraran en una obra de «El Solitario» editada en 1838, ciento setenta y dos años antes de que hubiese tomado la decisión de escribir el libro que estaba a punto de comenzar. Fuera una paradoja, fruto de un milagro o una simple broma, lo cierto era que en el encabezamiento del opúsculo figuraba su nombre como autor del mismo, a pesar de no haber aportado una sola palabra al De modo que sólo tenía que dejarse llevar por la corriente, pues eso era exactamente lo que el libro en cuestión aseguraba que haría. Nada se lo impedía. Después de todo, no iba a ser el primer autor en apropiarse de la historia de otro. Incluso el poeta griego Naucrates había acusado en su día a Homero de plagio, asegurando que tanto La Ilíada como La Odisea eran obra de una mujer llamada Fantasía, cuyos originales se encontraban depositados en la ciudad de Menfis cuando fueron copiados por el vate. La literatura estaba repleta de casos similares. Inspiración sin expiación, podía llamársele. Intertextualidad. Reminiscencia. Por no mencionar que «El Solitario» era antepasado suyo, de quien había heredado nombre y primer apellido. Lo importante consistía en saber ocultar de manera conveniente el plagio. Y en su caso, al tratarse de un libro manuscrito por «El Solitario», cuyo papel, al parecer, había sido el de mero amanuense, no corría peligro de ser descubierto. Bueno, existía otra copia de la obra en cuestión, pero estaba diseminada por la Biblioteca Nacional y, según indicaba el manuscrito que obraba en su poder, su recuperación formaba parte de la trama de la novela, del contenido.*

*En todo caso, se trataba de una obra apócrifa, por cuanto su autenticidad era dudosa. Desde el punto de vista argumentativo, no dejaba de ser original el hecho de que el propio autor reconociera estar cometiendo plagio. Semejante punto de partida podía resultar strafalario, pero con todo confiaba en ganarse la simpatía del lector precisamente por tener el coraje de mostrarse ante él como un autor*

*taimado. La finalidad de esta estrategia pasaba por llamar la atención del lector denostándose a sí mismo, admitiendo ser un escritor mediocre. Bueno, se trataba de una «sincera impostura», si cabía expresarlo así, una forma de narrar que pretendía transmitir al lector la idea de estar leyendo una confesión por parte del autor. ¿Acaso la literatura no era eso de principio a fin, una gigantesca impostura? Claro que corría el peligro de que el ardid se interpretara en el sentido contrario, que el lector pensara que aquella artimaña era propia de alguien enfermo de egotismo...*

Al alzar la vista, comprobé que el rostro de Natalia era del mismo color que aquel papel, sobre el que se había depositado cierto cansancio ya antiguo, probablemente debido a las horas que le robaba al sueño para leer.

—Sí. *El palco* tiene esta misma aridez argumental, comprendo que se haya ganado un lugar de privilegio en tu cuarto de baño —me pronuncié—. Y ahora dejemos las bromas a un lado y hablemos en serio. ¿De qué va todo esto? ¿Quién demonio es «El Solitario»?

—Trataré de comenzar por el principio. Como ya sabes, mi padre se dedica a la compra y venta de libros antiguos. Libros en muchos casos raros, únicos. En muchos casos, también, quien demanda un libro raro es a su vez una persona especial, particular. En ocasiones, cumplir con los encargos por el procedimiento habitual, es decir, localizar el libro y realizar una oferta a su propietario, resulta imposible, con lo que hay que recurrir a otros métodos...

El repentino silencio de Natalia se me antojó una invitación para que fuera yo quien completara la frase:

—... ¿Como el robo?

—Siempre por encargo. Pero no quiero entretenerme tratando de justificar a Santos, porque en mi opinión lo que hace está mal. La cuestión es que hará cosa de tres meses aceptó un trabajo, digamos, inusual. Un cliente le pidió recuperar un libro que estaba desperdigado dentro de otros libros, por partes, por capítulos.

—¿Desperdigado dentro de otros libros? —pregunté sin saber muy bien a qué se refería.

—Así es. Verás. En este país ha habido épocas en las que estaba prohibido poseer cierta clase de libros, de modo que los bibliófilos se las tenían que ingeniar para introducir estas obras prohibidas a través de las fronteras. Uno de los métodos más habituales consistía en entregar a un extranjero el libro desencuadernado por completo, embutir sus hojas, por ejemplo, entre las páginas del periódico que dicho individuo portara consigo y, una vez en España, volver a encuadernar la obra. En 1838, había en España dos bibliófilos que se dedicaban a estos menesteres. Uno de llamaba don Luis

Usoz y Río. El otro era Serafín Estébanez Calderón, escritor, periodista y político, que firmaba con el remoque de «El Solitario».

—De nuevo aparece el apellido Estébanez —le hice ver.

—Hay algo que te va a gustar todavía más. Serafín Estébanez Calderón, «El Solitario», era natural de Málaga, como el marchante de arte Serafín Estébanez que menciona tu abuelo en su carta y como el autor de *El palco*. Que «El Solitario» es un antepasado del escritor Serafín Estébanez parece claro, así que lo que hay que averiguar es si el marchante de arte malagueño del mismo nombre y apellido es también familiar de los dos primeros. En mi opinión, tiene que serlo.

—¡Joder! —exclamé.

—Deja los exabruptos para el final y permite que continúe. Usoz, quien profesaba la confesión cuáquera y estaba empeñado en atesorar la mayor colección de libros prohibidos y heterodoxos de España, compró un extraño texto del que sólo había constancia de que existiera un ejemplar impreso. Se trataba de una obra apócrifa editada en Inglaterra pero escrita en castellano que hablaba precisamente de su colección de libros y de otras cuestiones relacionadas con la misma que tenían que ver con su futuro y con la construcción de la Biblioteca Nacional de Madrid, entre otros asuntos. El libro, que estaba a la venta en la librería Road de Londres, cruzó las fronteras desencuadernado, y aquí acabó en la imprenta de José Martín Alegría, quien tenía empleado a su vez a un impresor protestante llamado José Cruzado. Sin embargo, la rareza de la obra obligó a Usoz a tomar unas medidas excepcionales, y en vez de mandarla encuadernar tal cual la había adquirido, ordenó que fuera interfoliada por separado, en distintos ejemplares de la obra de Estébanez Calderón, de la que era editor. Naturalmente, ajustó el tamaño, la tipografía y el tipo de papel al del libro comprado en Londres.

—De modo que el cliente de tu padre lo que pretende es reunir las distintas partes del libro de manera que vuelvan a formar de nuevo un solo libro —razoné.

—Así es.

—¿Y qué tiene que ver esta historia contigo y conmigo?

—Me temo que no conozco todas las respuestas por una razón muy sencilla: sólo he tenido ocasión de leer lo que acabo de contarte. Santos contrató a una persona para llevar a cabo el encargo, es decir, acceder a los libros de Serafín Estébanez Calderón editados por Usoz y arrancar las páginas correspondientes a *La biblioteca*.

—¿*La biblioteca*?

—Sí, con ese nombre bautizaron Usoz y Estébanez Calderón el libro apócrifo.

—¿Y bien?

—La persona que mi padre ha contratado se ha esfumado cuando llevaba realizado una buena parte del trabajo, con lo que no podemos saber más.

—¿Dónde se encuentran los libros de Serafín Estébanez Calderón editados por Usoz? —me interesé.

—La biblioteca de Usoz fue donada a la Biblioteca Nacional por su viuda. Más de once mil ejemplares que dieron pie a la creación de una sala que lleva su nombre. La biblioteca de Estébanez Calderón, después de pasar por el Ministerio de Fomento, corrió la misma suerte. Pasó a formar parte de los fondos de la Biblioteca Nacional.

—Acabo de leer que Estébanez Calderón, «El Solitario», disponía de un manuscrito de *La biblioteca*.

—En efecto. Y ésa es la razón por la que estoy interesada en Serafín Estébanez. Por lo que se desprende de lo que hemos leído, «El Solitario» realizó una copia manuscrita de *La biblioteca* al mismo tiempo que Usoz insertaba los pliegos traídos de Londres en los libros que editaba de este autor. Ahora, el manuscrito de «El Solitario» está en poder de Serafín Estébanez, quien en estos momentos se tiene que estar debatiendo sobre qué hacer, si apropiarse o no de la obra.

—¿Es valioso ese manuscrito? —proseguí el interrogatorio.

—No más que cualquier otro libro escrito durante el romanticismo. No, desde el punto de vista crematístico no se trata de un manuscrito de gran valor. «El Solitario» fue un autor popular en su época, pero desde luego ni siquiera llegó a ser un gran escritor. No era Larra, por descontado. Tampoco se le puede comparar con Bécquer o Espronceda. No hay que olvidar que el papel de Estébanez Calderón en este caso es el de mero amanuense, y que el estilo de la obra es tan actual como el diálogo que estamos manteniendo en este momento. Lo valioso y singular, por tanto, es el texto que copió. Si uno conoce la historia que esconde el libro, entonces su valor monetario se dispara, pues se trata de una obra singular, única en su género. Imagina la sorpresa que tuvieron que llevarse tanto Usoz como Estébanez Calderón cuando descubrieron un texto que narraba al detalle lo que cada uno iba a hacer en el futuro, que mencionaba incluso el destino de sus bibliotecas cuando ambos estaban, como quien dice, iniciándolas. Por no mencionar la impresión que tuvo que causarles oírme a mí, una insignificante voz del futuro, hablar de lo que harían o dejarían de hacer.

—Francamente, todo esto se me antoja un disparate —me desmarqué.  
Natalia me respondió sacando una nueva hoja, casi idéntica a la anterior,  
donde leí:

*Pese a que a estas alturas de la conversación empezaba a sentir unos incipientes celos, en cuanto Natalia manifestó que el misterio que trataba de resolver tenía que ver con un libro, opté por pasar página, nunca mejor dicho.*

*—¿Qué pensarías si te dijese que un fragmento de nuestra vida está escrita en un libro? Que todo lo que estamos diciendo en este momento forma parte de una obra, figura entre sus páginas —añadió.*

*—Pensaría que tienes demasiada imaginación —me pronuncié.*

*En realidad, me quedé con las ganas de decirle que había perdido el seso. Desde mi punto de vista, los libros eran un sucedáneo de la vida, la emulaban, la estimulaban incluso, pero en ningún caso podían suplantarla. El mismísimo Robert Louis Stevenson había escrito que los libros tenían su valor, pero que a la postre eran un sustitutivo de la vida completamente inerte. Natalia, en cambio, apenas había experimentado en ninguno de los órdenes de la vida, y esa circunstancia había provocado que para ella la realidad fuera más una ilusión inconsciente que algo tangible, un mundo habitado por figuras de ensueño. La enfermedad, por tanto, no era lo que mortificaba la vida de Natalia, sino el exceso de horas de lectura.*

*—Pues me temo que eso es precisamente lo que está ocurriendo —insistió.*

*—¿Quién iba a querer escribir sobre nosotros? Eso carece de sentido. Somos personas corrientes —me desmarqué—. En todo caso, estamos en una librería, así que si tal libro existe pidámoslo y asunto resuelto.*

*—El libro, obviamente, no se encuentra a la venta. Ni siquiera ha sido escrito en nuestros días, y eso es lo más sorprendente de todo.*

*—¿Cuándo fue escrito entonces?*

*—Mucho antes de que tú y yo nacióéramos.*

*¿Había oído bien?*

*Recordé haber leído en alguna parte que si bien es el ojo el instrumento de visión exterior de una persona, en cambio son los tejidos nerviosos los que determinan la visión interior, la imaginación y la ilusión, y ponen a prueba la vivacidad y hasta la cordura de nuestro pensamiento.*

*—¿De veras? ¿Y cómo se llanta el autor de semejante libro, Nostradamus?*

*—No, Pepe. Si no estoy equivocada se llama Serafín Estébanez. De ahí que haya venido a comprar su libro.*

*—Es decir, según tú, el tal Serafín Estébanez habría escrito un libro sobre nosotros antes de que hubiéramos nacido, un libro que, para complicar más el asunto, ni siquiera está publicado.*

*—El libro está editado, naturalmente, aunque no se puede comprar. De hecho, según mis pesquisas, el autor se encuentra debatiendo en estos momentos si escribir o no el libro.*

*—Te recuerdo que acabas de decirme que el libro está editado, ¿cómo entonces su autor va a estar dudando sobre si escribir o no la mencionada obra? No tiene sentido. Además, ¿cómo puedes saber lo que está pensando el autor si ni siquiera lo conoces? ¿Cómo es posible que sepas que Serafín Estébanez es el autor de un libro que, según tú, ni siquiera él sabe si va o no a escribir?*

*—Porque he leído esta página —aseguró ufana, al tiempo que señalaba con sus dos dedos índices en derredor suyo, como si aquel espacio formara también parte de la trama.*

*¿Cuándo había pergeñado aquel delirio? ¿Un minuto antes de verme o durante la comida? ¿Era su forma de decirme que no me acercara a ella, de ahuyentarme? ¿O quizá era un síntoma del empeoramiento de su enfermedad? Ciertas porfirias presentaban compromiso neuro-psiquiátrico: ansiedad, depresión, psicosis aguda, confusión, alucinaciones, etc.*

*—¿Esta página?*

*Busqué sus ojos y comprobé que se habían encendido chispas en ellos.*

*—Sí, la página del libro donde se relata esta conversación —dijo a continuación con una avidez que terminó de despertar mi preocupación sobre su salud mental.*

*—Comprendo.*

*—No, no comprendes nada. Ni siquiera me crees —me recriminó—. En realidad no estás capacitado para hacerlo, porque para que pudieras creerme primero tendrías que aceptar un principio básico que todo el mundo —editores, autores, críticos y lectores incluidos— pasa por alto: el lector es un personaje más de la obra, por cuanto se trata de un interlocutor necesario. Gracias a él, los personajes cobran vida. El lector tiene la llave del maravilloso juguete, sólo cuando la hace girar la maquinaria se pone en funcionamiento, y en ese sentido su papel es comparable al que tiene Dios en nuestra creación. ¿No lo ves? El lector es un demiurgo, dios creador y principio activo del libro. El escritor se encarga de la partitura, pero es el lector quien dirige la orquesta. Tan es así que incluso está facultado para leer entre líneas y hasta para subvertir el mensaje inicial del Sí, Pepe, todos somos protagonistas de los libros que leemos.*

Si ver reproducidos en letra impresa los diálogos que Natalia y yo habíamos mantenido en La Casa del Libro me dejó perplejo, cuando comprobé que otro tanto ocurría con mis pensamientos, sentí una gran contrariedad. ¿Acaso no era para quedarse estupefacto? Desde luego, no podía tratarse de un hecho fortuito. Cabía que Natalia me estuviera gastando una broma, que dispusiera de medios técnicos para imprimir en una hoja de papel viejo todo aquello que habíamos hablado la noche anterior; sin embargo, era imposible que conociera mis pensamientos, que pudiera reproducirlos tal y como habían germinado en mi cabeza, palabra por palabra.

Toqué la tinta por si aún estaba fresca, con una exclamación en los labios dispuesta a ser disparada: «¡Si pretendías que el engaño surtiera efecto, tenías que haber esperado a que la tinta se secase!». Pero la tinta estaba seca, como si llevara siglos pegada a aquella hoja. Luego apreté el papel con los dedos, hasta que crujió, como si quisiera decirme que su linaje era el que era y que tratara de encontrar una explicación a lo que estaba ocurriendo utilizando el raciocinio y no poniendo en entredicho su autenticidad.

—Suponiendo que tengas razón, lo que estamos hablando en este instante tiene que figurar en uno de los libros de Estébanez Calderón que Usoz publicó, ¿no es así?

—Así es.



—¿Y se te ocurre algún motivo por el cual un diálogo banal e intrascendente como el que tuvimos ayer o como el que estamos manteniendo ahora merezca aparecer en un libro del siglo XIX que despertó el interés de un famoso bibliófilo de la época?

—Ya te he dicho que no conozco todas las respuestas. Aunque no te voy a negar que tengo mi propia teoría.

—Soy todo oídos.

—La vida es una novela. «Leer es vivir», como dijo Flaubert. La realidad no existe tal y como creemos. Nuestra existencia es pura ficción, un sueño del que despertamos cuando morimos. Lo que hacen los libros es ensanchar el campo de esa ficción, ponerlo a la par que nuestras vidas. Es entonces cuando intervenimos directamente en la vida del libro, de la misma forma que el libro se inmiscuye en la nuestra. ¿Cuántas veces oímos decir a un lector «el libro que estoy leyendo me tiene atrapado»? Lo dice porque es así como se siente. Leer es un proceso que está repleto de transferencias, hasta el punto de que el río de tinta que poco a poco se va mezclando con la sangre del lector desemboca a la postre en una adicción.

La digresión volvió a encender los ojos de Natalia, como si expresar lo que pensaba sobre la vida y los libros hubiera avivado pretéritos rescoldos, su gusto por mantener fascinantes y solitarios debates.

—¿Sabes cómo me siento yo? Me duelen las posaderas. Deberías cambiar el asiento de tu biblioteca-baño —dije al tiempo que me ponía en pie.

—Hay algo que sigo sin entender —añadí—. Si existe un manuscrito de *La biblioteca*, ¿por qué el cliente de tu padre ha encargado robar la copia impresa que, por lo que cuentas, es mucho más difícil de obtener? ¿Por qué no dirigirse directamente a Serafín Estébanez y ofrecerle una suma de dinero por el manuscrito?

—Porque no sabíamos de la existencia del manuscrito hasta que nos fue entregado el fragmento que acabas de leer. Y eso ocurrió hace dos semanas.

—Supongo que la aparición de ese manuscrito resuelve el asunto —observé.

—Salvo en lo que concierne a nosotros. Quiero decir que ahora siento una irrefrenable curiosidad por saber qué vamos a decir y cuándo. Y lo que es más apabullante, al saberme personaje de un libro, temo que lo que diga no esté a la altura de las circunstancias, que el lector, cuando lo haya, se pregunte, ¿dónde está el alma de Natalia? Parece un personaje plano, caprichoso, que sólo está al servicio de la trama.

—Visto de esa manera, si Serafín Estébanez se decide a publicar el libro, tendrás que confinarlo en el cuarto de baño, aunque seas la protagonista. Pero todavía estás a tiempo de enriquecerte como personaje —sugerí ya dispuesto a seguirle el juego.

—¿Cómo?

—Permitiendo que el amor te dé su mano. A la mayoría de lectores les satisfacen las historias de amor, incluso la mera posibilidad de que puedan producirse. Por ejemplo, si dijeras que me quieres, que sientes algo por mí, captarías de inmediato la atención del lector. La porfiria, tu obsesión por la lectura y por vivir de espaldas a la luz cobraría un nuevo sentido: el de los sentimientos. Leer no basta para hacernos más complejos, para enriquecernos por dentro; también hay que... vivir, sí, eso es, hay que vivir, experimentar.

—Nadie vive en la verdad exterior, entre sales y ácidos, sino en la cálida y fantasmagórica cámara de su mente, con las vidrieras y los muros de varios pies de altura. Esta reflexión del escritor Stevenson resume en pocas palabras mi filosofía de vida.

En cierta manera, el afán de Natalia por parecer un personaje de novela hacía que a ratos resultara grotesca, incluso cargante. Pero como se suele decir, el amor es ciego, así que sus defectos chocaban precisamente contra la coraza que había de protegerme contra sus encantos.

—En el mundo exterior hay otras cosas además de sales y ácidos. Yo, por ejemplo. No te pido que dejes de confiar en lo que dicen tus libros, sino que te fíes también de mí. No voy a hacerte daño; todo lo contrario.

—¡Ya me fío de ti! ¡Siempre lo he hecho! —exclamó.

Suspiré, agotado después de haberme dejado arrastrar por las continuas divagaciones de Natalia.

—Bueno, si me lo permite la obra de la que, al parecer, soy co-protagonista, todavía me quedan asuntos que resolver. Nos vemos luego.

—Sí, nos vemos en la página 80 —bromeó.

Salí a la calle convencido de que Natalia utilizaba los libros como fortín defensivo, como trinchera desde la que plantarle batalla al mundo, desde la que poder jugar a poner la realidad del revés. Desde luego, yo jamás había experimentado semejante sensación de asedio, de modo que en mi interior empezó a crecer la idea de que la artífice de este hostigamiento era ella y no al contrario. Era Natalia la que estaba en contra del mundo y no al revés. La imagen que me vino fue la de un niño que se obstina en molestar a un fiero animal que está en calma dentro de su jaula, por el mero placer de ver cuál es su reacción. Sabe que, pase lo que pase, los barrotes lo protegerán. Naturalmente, la fiera acaba revolviéndose y rugiendo, lo que provoca un estado de excitación en el pequeño. Da igual que la prueba haya tenido lugar en cautividad, para el pequeño se trata de una muestra práctica de lo que el animal haría en libertad. Ese pequeño del que hablo, naturalmente, es Natalia, acostumbrada a contemplar (a azucar) el mundo desde los barrotes, a través de los libros. Por otro lado, era indiscutible que, pese a que seguía desconfiando, Natalia me había mostrado íntegra la conversación que habíamos mantenido la noche anterior impresa en una hoja con unos cientos de años a sus espaldas, al menos en apariencia. ¿Y qué pasaba, por ejemplo, con la carta de mi abuelo que había leído aquella mañana en la intimidad de mi dormitorio, aparecería también en aquel libro apócrifo?, me pregunté. El simple hecho de dar pábulo a un texto de semejantes características (es decir, capaz de adelantar diálogos y formas de hablar de personas que ni siquiera existían cuando fue escrito) contravenía todas las leyes conocidas. Recordé entonces un viejo cuento del que Natalia solía hablar titulado «La biblioteca universal», de un autor desconocido para mí, Lasswitz, si no estoy equivocado, que narraba la posibilidad de crear una biblioteca que, a base de realizar todas las combinaciones viables de un número establecido de caracteres distribuidos en un espacio determinado —un libro, vamos—, daba como resultado todas las obras que ya habían sido escritas y también las que

estaban pendientes de serlo. Una biblioteca que incluso incluiría (o recuperaría) las obras perdidas de autores como Tácito, por ejemplo, a la vez que otros volúmenes mezclarían lo cierto con lo falso, lo que tuviera sentido con lo que no. La misma idea que, años más tarde, recogió Jorge Luis Borges en su cuento «La biblioteca de Babel»: el universo como biblioteca y el hombre como bibliotecario imperfecto. Sólo en ese escenario era posible que la conversación que Natalia y yo habíamos mantenido pudiera aparecer en un libro. El problema estribaba en que tanto «La biblioteca universal» como «La biblioteca de Babel» eran utopías, sendas paradojas entre lo finito y lo infinito, simples juegos matemáticos que jamás podrían llevarse a cabo. De modo que la probabilidad de que un libro escrito sabe dios cuándo fuera un trasunto de mi vida (de nuestras vidas, la de Natalia y la mía) era tan remota como la posibilidad que tenía un cohete espacial de salvar la distancia que separa la Tierra del sol sin fundirse por las altas temperaturas.

Claro que, desde que Lasswitz y Borges habían escrito sus respectivos cuentos hasta nuestros días, se había producido un cambio tecnológico que modificaba las cosas de manera sustancial: Internet y los ordenadores habían transformado por completo el sistema de recogida, de almacenamiento, de recuperación y de transmisión de la información. Sí, una máquina bien dotada podía hoy día encargarse de efectuar todas las combinaciones posibles de todos los caracteres conocidos, guardar los resultados en su memoria y al mismo tiempo difundirlos al mundo entero sin solución de continuidad. Es decir, para crear la biblioteca universal o la biblioteca de Babel ni siquiera se necesitaba ya papel y mucho menos disponer de un espacio —en los casos de los cuentos de Lasswitz y de Borges, inconmensurable, tan grande como el propio universo— adecuado. Todo lo contrario, la biblioteca invisible, que ni siquiera necesitaba existir físicamente, se había convertido a la postre en lo más parecido a la biblioteca global, puesto que se encontraba en todos los sitios a la vez; se podía acceder a ella desde cualquier lugar: nuestra casa, el parque, la oficina, etc. Pero ni siquiera este hecho explicaba la existencia de *La biblioteca*. ¿Quién iba a querer perder el tiempo programando tal número de combinaciones y con qué fin? Por no mencionar el tiempo que llevaría discriminar diálogos y demás que se correspondieran con lo que Natalia y yo hablábamos. Era absurdo.

Cuando quise darme cuenta, había caminado desde la Casa de los Portugueses hasta la boca de metro de Callao sin tener conciencia de haberlo hecho, mientras mi mente se afanaba en encontrarle un poco de lógica a una situación que carecía por completo de ella. No me parecía mal tomar parte en

el juego que Natalia me proponía, hasta podía resultar divertido si me servía para acercarme a ella, pero incluso admitiendo ese supuesto era importante no perder el contacto con las obligaciones cotidianas. Por regla general, en las novelas se evitaba que los personajes principales se vieran inmersos en eso que conocemos como engorros de la vida ordinaria, pues solían retardar la acción, ralentizar el ritmo narrativo y acababan restando nobleza al conjunto de la obra, salvo en los casos en los que el autor persiguiera precisamente ese efecto. Yo, en cambio, tenía pendiente una visita al registro de la propiedad primero y, una vez resuelto este punto, a la notaría donde estuviera depositada la escritura original tanto de la casa familiar como del local comercial. Episodios de lo más prosaicos que difícilmente podrían encajar en una novela sin que el autor perdiera en el camino un buen número de lectores. De hecho, especulando con la posibilidad de que todo lo que estaba pensando figurara ya en el manuscrito que obraba en poder de Serafín Estébanez, tal y como Natalia aseguraba, le sugerí al autor (mentalmente, claro está) evitar incluir este pasaje en la versión definitiva de su obra.

Cuando desperté de la siesta eran más de las siete de la tarde y había anochecido. Sin duda, el *jet lag* había hecho de las suyas. Algo por otra parte normal teniendo en cuenta que era mi segundo día y que había viajado en sentido opuesto a mi reloj corporal. Salí a la terraza con el ánimo de quien va a presenciar el desplome de las estrellas como primer acto del día del Juicio Final. Pero ni siquiera había estrellas en el cielo, sumido en una calma crepuscular. Un engañoso aire tibio hizo temblar los batientes de las puertaventanas, e instintivamente levanté la vista.

—¿Todavía sigues ahí, Federico? —pregunté tras apreciar que una figura se movía por encima de mi cabeza, a mi derecha, justo donde el aspirante a portero solía situarse.

—Federico ya se ha marchado. Tenía una cita —dijo la voz de Natalia.

—¿Con la ninfa del Casino de Madrid? Más vale que su madre no se entere. Empiezo a preguntarme qué tiene esa terraza que atrae a todo el mundo.

Natalia tenía los antebrazos apoyados en el antepecho de la azotea, con el cuerpo ligeramente inclinado hacia adelante, como si estuviera susurrándole a la noche. Ahora era ella la que parecía la escultura de coronación del edificio: una criatura delicada, espectralmente irreal, vestida de sombras.

—Cuando los ojos me duelen después de leer muchas horas, suelo subir aquí —dijo—. Madrid es un libro abierto y cada una de sus calles y avenidas una línea escrita por quienes las habitan y transitan. Toda persona es una letra dentro de ese libro: las hay que parecen vocales y las que, por el contrario, tienen forma de consonante. Hay letras —personas— mayúsculas y minúsculas, trazadas en negrita o en cursiva. El caballero vestido con abrigo oscuro que parece aguardar la llegada de un taxi es, sin duda, una «I» mayúscula en negrita —ahora señaló hacia un punto determinado de la calle—. En cambio, la anciana encorvada que se mueve gracias al andador es una «h minúscula en cursiva». ¿Ves esa pareja que camina justo enfrente de la Casa de los Portugueses? Son una «I» minúscula y una «o» agarradas del brazo, como en una de esas planillas que escriben los niños en la escuela. Y mira a ese otro hombre, el que está a punto de entrar en el bar del hotel de Las Letras, camina ebrio, por lo que parece una «s». Luego están los signos de puntuación. Por ejemplo, observa al indigente que está ovillado en la esquina de Virgen de los Peligros con Caballero de Gracia. Yo diría que, por la postura que ha adoptado, es una coma. Aunque también podría pasar por un signo de interrogación. Si combinas de manera acertada vocales, consonantes y signos de puntuación, no sólo obtendrás un enunciado cabal, sino también el movimiento y la cadencia de la oración, de cada calle, de cada rincón de la ciudad. Así es como yo lo veo.

No podía negar que Natalia tenía una imaginación desbordante, así como un extravagante y humorístico sentido de lo que, en su opinión, resultaba literario.

Fijé la vista en la calle, pero fui incapaz de componer palabra o frase alguna con las figuras de los transeúntes. Lo único que vi fue a un montón de personas que corrían de un lado a otro, evitándose las unas y las otras, una perfecta alegoría de nuestro mundo individualizado y deshumanizado.

—¿Según tú, qué letras nos corresponden a nosotros? —le pregunté.

—Eso depende de la ocasión. El hombre del abrigo negro que representa la «I» mayúscula en negrita, por ejemplo, en cuanto se ponga cómodo y tome asiento se convertirá en una «h minúscula», y en función a la inclinación que adopte su tronco, cabe incluso que acabe la noche pareciendo una «/; minúscula en cursiva». Es decir, cada uno de nosotros simboliza una letra en función de donde se encuentre y de lo que esté haciendo en cada momento. Te pondré otro ejemplo, cuando estamos sentados en la taza del inodoro todos somos una «G mayúscula».

—Sin ir más lejos, yo esta misma mañana cuando tomé asiento en tu biblioteca-baño. Me pregunto cuándo descansas, si es que lo haces. Deberías pensar más en ti y dejar de considerar a las personas como si fueran letras corriendo de un lado a otro de la calle con el propósito de formar frases.

—Me temo que te has ganado que te responda de nuevo con una cita de Stevenson: «El descanso es una cualidad propia del ganado; las virtudes son todas activas, la vida es una alerta, y es en el reposo donde los hombres se preparan para el mal». No olvides que vivo porfiando a la porfiria.

De nuevo tuve la sensación de que Natalia había engullido todas y cada una de las palabras que había leído a lo largo de su vida, pero que no había podido —o sabido— digerirlas.

—¿Lo ves? Vuelves a hablar como si de verdad creyeras ser un personaje de novela. Siempre tienes la cita de un autor en la punta de la lengua para que te sirva de coartada. Siempre que has de tratar con alguien te parapetas detrás de un libro. Te dan miedo las personas corrientes, de carne y hueso, que aman y sufren, y por eso las transformas en letras, en palabras, en personajes de cuento...

Desde donde me encontraba, la oscuridad, que no había cesado de crecer, aumentaba la sensación de levedad de Natalia, que ahora parecía flotar sobre un nimbo cargado de malos presagios.

—No le tengo miedo a la vida, pero, de alguna forma, quiero vengarme de ella. De la misma manera que mi existencia está limitada por la enfermedad, hago lo propio con la vida de los demás: establezco unos límites y los arrastro hasta mi terreno, donde poder tratarlos de igual a igual. Cada persona tiene un medio preferido en el que se desenvuelve con mayor soltura que en otros. El mío son los libros.

—Deja que te ayude —me ofrecí.

—¿A convertir en sapo al príncipe? ¿A convertirme en lo que a ti te gustaría que fuera? No, gracias —se desmarcó haciendo gala de su implacable poder de réplica—. El auxilio que me ofreces no pretende otra cosa que ayudarme a verificar cada hecho, a reconocer o discernir cuáles son ciertos o verdaderos y cuáles no según tu criterio. Aunque a ti no te lo parezca, soy feliz creyéndome otra persona distinta de la que en realidad soy. No hay en ese propósito la más mínima intención mística cuando digo que siento ser, que busco ser otra persona, sino el simple hecho de sentirme a gusto conmigo misma. No debería preocuparte tanto que no piense, vista o me comporte como el resto de la gente. Las personas tienden a sentirse más seguras dentro de la manada, pero ése no es mi caso. Yo nací con una diferencia, tuve que

mirar hacia mi interior para ver qué pasaba y comprender que era distinta, de modo que no necesito que nadie me salve. Aunque no lo creas, cuando abro un libro lo que estoy haciendo es abrir una ventana por la que la luz entra con forma de palabras.

Las últimas frases las pronunció con un tono de voz que daba a entender que había herido su sensibilidad.

La arenga hizo que mi sugerencia pareciera un patético llamamiento de súplica, como si mi interés por ella se hubiera convertido en una idea fija que me obsesionara sobremanera. Estaba claro que Natalia había abolido las convenciones en lo tocante a sus relaciones con los demás, de modo que nada había más peligroso que alterar ese nuevo orden. El más mínimo brote de entusiasmo por mi parte, cualquier iniciativa que tomara para ayudarla, por tanto, era lo mismo que admitir que amaba y creía en la vida, y lo que Natalia pretendía, según sus propias palabras, era vengarse de ella. ¡Como si algo así fuera posible! ¿Acaso uno podía tomar represalias contra el viento o contra el fuego? Lo más sorprendente era que el arma con que contaba para llevar a cabo su desquite era la lectura de unos cuantos libros, en torno a los cuales había construido un universo afín a sus deseos. Sí, en cierto sentido, empezaba a tener la sensación de que nuestras conversaciones, nuestra forma de ver el mundo y de entender la vida corrían paralelas y, en consecuencia, al ser equidistantes entre sí no existía la posibilidad de que pudieran encontrarse en un punto.

—De acuerdo, ¿y quién te gustaría ser? —le pregunté.

—No quién, sino qué. Me gustaría ser una gran viajera. Por ejemplo, me gustaría visitar el cementerio protestante de Roma, donde, además de John Keats y Percy Shelley, está enterrada Daisy Miller, el personaje de la novela homónima de Henry James. Ya lo tengo todo pensado, viajaré de noche y visitaré el camposanto cuando caiga la tarde.

Uno de los batientes volvió a golpear con estruendo el marco de la puertaventana, así que me dirigí un instante al interior para apestillarlo.

Al regresar, busqué a Natalia con la vista, pero me encontré un trozo de luna en el lugar que había ocupado. Se había esfumado.



Santos me pidió que pasara por la tienda, así que aproveché la ocasión para echar un vistazo en el local que durante cincuenta años había albergado el negocio familiar y del que ahora era propietario por herencia. Los estantes de libros habían sustituido a los muebles, cuadros y porcelanas, y la atmósfera era mucho más sombría, pues la luz del sol era tan perjudicial para los libros como lo era para Natalia. El ambiente, además, era pretendidamente frío, pues el señor Santos luchaba con denuedo contra la humedad y el calor excesivo. Recordé que cuando entré por primera vez en aquella librería, hacía ya de eso muchos años, tuve la impresión de estar pisando una oscura y fría cripta, donde los anaqueles hacían las veces de nichos y los libros olían tan fuerte como cadáveres en descomposición. Nada que ver con el amplio espacio decorado con molduras y paneles blancos que resplandecían a la luz de las lámparas que había sido el anticuario Dalmau. En mi condición de arquitecto, pensé cuán curioso resultaba la distinta utilización de un mismo espacio en base a diferentes actividades comerciales.

Santos ocupaba un viejo escritorio, atestado de libros viejos, pisapapeles, abrecartas, lupas y otros utensilios, y por supuesto la vista y toda su atención recaían sobre el ejemplar que en esos momentos manipulaba.

—«La voz que oí del cielo habló otra vez conmigo, y me dijo: “Ve y toma el librito que está abierto en la mano del ángel...”. Y fui al ángel, diciéndole que me diera el librito. Y él me dijo: “Toma y cómetelo; y te amargará el vientre, pero en tu boca será dulce como la miel”. Entonces tomé el librito de la mano del ángel, y lo comí; y era dulce en mi boca como la miel, pero cuando lo hube comido, amargó mi vientre», Apocalipsis de san Juan, capítulo 10. Acércate, muchacho —dijo Santos.

—¿Qué hace? —le pregunté.

—Busco devoradores de libros, bibliófagos. Que un hombre se coma un libro es algo verdaderamente inusual, entre otras cosas porque el papel no se digiere, de manera que tal y como entra en el organismo sale de él. Aunque ha

habido casos que contradicen esta opinión. El emperador Melenick de Etiopía, por ejemplo, comía hojas de las Sagradas Escrituras cuando se encontraba enfermo. Claro que hay quien asegura que su muerte fue causada por una indigestión de papel. En cambio, son innumerables los insectos especializados en comer papel. Algunos como la carcoma son expertos excavando sinuosas galerías. Por descontado, prefieren el papel artesanal, poco tratado desde el punto de vista industrial, lo que hace de los libros antiguos sus víctimas propiciatorias. ¡Ah, por fin te encuentro! ¡Ya te tengo!

Y me mostró un «pececillo de plata» que, atrapado entre las pinzas que portaba en la mano derecha, agitaba con desesperación los filamentos de su cola.

—Aquí donde la ves, esta pequeña es capaz de fabricar un cráter con sus afiladas mandíbulas. Aunque más peligrosa que la «*Lepisma saccharina*» son las larvas que, al consumir las hojas, segregan un jugo disolvente u hongo que produce unas manchas parecidas a las de la lepra. En más de una ocasión he llegado tarde, entonces no me ha quedado más remedio que recurrir al Instituto de Patología del Libro de Roma. Pero no te he pedido que vinieras para mostrarte a este pequeño devorador de papel, sino para regalarte un libro. Las bestezuelas que se alimentan de libros convierten el papel en energía utilizable para sobrevivir, y, en cierto modo, eso mismo es lo que hace el lector cuando lee un libro: absorbe su sabiduría, la fagocita, la incorpora a su experiencia vital. Un hombre no sólo es lo que come, como se suele asegurar, sino también lo que lee. A tenor de la experiencia que acabas de vivir, creo que lo menos que puedo hacer por ti es regalarte un libro, tu primer libro antiguo, para que a partir de él crees tu universo de sabiduría y conocimiento. Conforme aumente tu biblioteca, notarás que eres más fuerte y que estás más preparado para hacerle frente a las vicisitudes de la vida.

—Es usted muy amable, Santos.

—La única condición que te pongo es que has de prometerme que leerás el libro que te regale. No se trata de una cuestión baladí, ni siquiera sentimental. Verás, a veces una persona que posee libros echa en falta uno. Está segura de no haber prestado el ejemplar que no encuentra, ni tampoco de haberlo extraviado, puesto que es muy metódica a la hora de ordenar su biblioteca. Sin embargo, el libro en cuestión no está, ha desaparecido, y no encuentra explicación a ese hecho. Sin embargo, existe una explicación que yo calificaría casi de natural. Los libros, aunque no lo creas, son sensibles como cualquier ser vivo, de modo que si uno se siente de pronto abandonado, se marcha por una puerta espacio-temporal. Nada consume más la paciencia

de un libro que la inactividad, que sentirse huérfano. Por ejemplo, ese ejemplar que hemos comprado y que tenemos pendiente de lectura. Pues bien, lo más probable es que un día cualquiera, cuando de pronto nos acordemos de ese título, no lo encontremos porque haya desaparecido de nuestra biblioteca ¡VOLUNTARIAMENTE! Otro tanto ocurre con aquellos lectores que leen como si el libro fuera su peor enemigo, abriéndolo hasta alcanzar los 180°. Nada molesta más a un libro que su dueño no respete el ángulo de apertura que la encuadernación permite. ¡Y qué decir de aquellos libros que son extraídos de sus anaqueles por la parte superior del lomo! Lo más probable es que el ejemplar quede desgarrado y, en consecuencia, no quiera permanecer un minuto más en aquella biblioteca. La mejor forma de retirar un libro de una estantería pasa por empujar los ejemplares que están a cada lado, para luego deslizado hacia nosotros con suavidad. También hay que tener cuidado al devolverlo a su sitio, pues si el libro se encuentra demasiado apretado entre dos vecinos poco tolerantes, emigrará. Aunque no lo creas, los libros son muy orgullosos y exigen ser tratados como merecen. No en vano, tardaron muchos siglos en lograr la plena libertad, pues has de saber que desde la Edad Media hasta finales del siglo XVII y principios del XVIII, los libros vivían encadenados, literalmente, como esclavos. Durante esos siglos, en los que como ha dicho alguien los libros eran tan raros como la honestidad, las bibliotecas estaban basadas sobre un sistema de atriles, y sobre éstos se disponía un sistema de barras, que servían, ya digo, para mantener encadenados a los libros. Antes de eso fueron las palabras las que tuvieron que luchar por su libertad. Sé que puede parecer extraño, pero hasta la invención de la imprenta, los textos se escribían sin separación entre palabra y palabra, lo que equivalía a vivir encadenadas las unas a las otras. No es casualidad, por tanto, que en cuanto los libros lograron librarse del yugo de las cadenas, los hombres empezaran a buscar su propia libertad con denuedo.

—Prometo leer el libro que me regale —aseguré—. ¿De qué obra se trata?

—Del *Compendio histórico, geográfico y genealógico de los soberanos de Europa*, de Manuel Trincado, un ejemplar de la 5.<sup>a</sup> edición, publicado en Madrid en 1769.

El gesto del señor Santos me alegró tanto la mañana como el hecho de que unas nubes cargadas de agua, empujadas por una brisa invernal, comenzaran a invadir el centro de Madrid. Sí, nada podía hacerme más feliz que un cielo cubierto de negras nubes agitadas por una tormenta, pues sólo en semejante escenario respondía Natalia ante los estímulos de la vida.

Un sol imaginario volvió a salir un instante después de haberse ocultado, coincidiendo con la aparición de Natalia en la terraza. Ni siquiera el trémulo resplandor de las farolas podía igualar la luz que irradiaba, una suerte de aureola que cabía interpretar como el símbolo de sus virtudes.

—En mi habitación ya no caben más sueños por hoy, así que he pensado que tal vez te apetezca acompañarme a dar una vuelta —me propuso.

—Me parece una idea estupenda —admití.

E instantáneamente el frío que esa misma tarde había empezado a pasearse por la ciudad, anunciando la llegada del invierno con gélido aliento, se tornó en hálito de la felicidad que me embargó de pronto.

—Pero nada de salir para hacer un *tour* literario —añadí.

—No pensaba hacer un *tour* literario, por mucho que me resulte mucho más interesante contemplar el edificio en el que se hospedó Víctor Hugo cuando vino a Madrid que relacionarme con cierta clase de personas.

—¿Cierta clase de personas? —pregunté intrigado.

—Bueno, en realidad, todas las personas. Ya sabes que no me gustan demasiado las relaciones sociales, porque es precisamente la gente la que ha vuelto el mundo irreconocible.

—Sin embargo, los libros que tanto admiras están escritos por personas —observé.

—Por personas perplejas, inconformistas, rebeldes, heridas, que persiguen con sus escritos abrir los ojos de los lectores para que el mundo vuelva a ser reconocible. Pero abrir los ojos implica obligatoriamente también tener que cerrarlos, de ahí que el trabajo de los escritores resulte a la larga tan infructuoso.

En la calle se hizo más patente el efecto de brillo o fulgor que acompañaba a Natalia, pues las sombras parecían abrirse a su paso. Tal vez fuera cosa de su singular orgullo o de mi desmedido entusiasmo, que me hacía confundir la blancura resplandeciente de su piel con la luz del sol.

—El sol lo dilata todo, nos muestra con toda su crudeza el amargo rostro de la realidad; en cambio, la noche lo vuelve todo más íntimo, ciñe las cosas como un cinturón se ajusta a la cintura —dijo, como si me hubiera leído el pensamiento—. Incluso consigue que las arrugas de la ciudad desaparezcan. De modo que, como asevera Edgar Allan Poe en uno de sus cuentos, cuando algo requiere reflexión, es mejor examinarlo en la oscuridad. En ella hay calma y silencio, pausa y meditación, y al no permitirnos ver lo que nos rodea, nos obliga a mirarnos por dentro; mientras que al día le está vedada toda serenidad interior. Parece claro, pues, que la noche es muy superior al

día, y en mi opinión, todos los seres humanos deberían ser insomnes de nacimiento.

Dicho lo cual me tomó de la mano, como si semejante gesto formara parte de un rito de iniciación mediante el cual iba yo a convertirme en insomne para el resto de mi vida. Algo que, en las actuales circunstancias, no me hubiera importado, puesto que hasta la fecha siempre me había considerado a mí mismo inmune a los sueños. Me refiero a que, al contrario que ella, cuyo espíritu era eminentemente contemplativo, yo era una persona práctica, anclado firmemente a la realidad, y nunca me dejaba llevar por vanas ensoñaciones. Ahora, en cambio, estaba dispuesto a explorar los pliegues de la noche, uno a uno, hasta encontrar de la mano de Natalia una grieta por la que escapar de aquel mundo que parecía creado a partir de una dualidad maniquea: el día y la noche; el sol y la luna; el varón y la hembra; la paz y la guerra; el amor y el odio; la verdad y la mentira; la razón y la locura, etc. ¿Qué tenía de malo, por tanto, tratar de huir de aquella estrechez dicotómica que gobernaba nuestras existencias? ¿Acaso la noche no era más permisiva y elástica que el día? ¿No acentuaba el inmaterial encanto de Natalia? Sí, si existía la posibilidad de desaparecer del mundo en su compañía aquel era el momento, tomados de la mano y envueltos en el manto de la noche, que parecía investida de la calma que tan trascendente ocasión requería.

Pero como todos los sueños, no tardé en despertar cuando se desprendió de mi mano y, finalizado aquel felicísimo interludio, me vi de pronto navegando en un mar proceloso y oscuro, sin faro hacia donde fijar el rumbo. Para colmo, nada más Natalia soltó amarras, noté que la carga —del arrumaje se había hecho cargo mi corazón y había consistido en amontonar sentimientos, emociones y anhelos, unos encima de otros, siguiendo sus irracionales impulsos— se había desplazado y la embarcación escoraba.

—Perdóname —dijo al cabo de unos segundos con temperancia, cuando la corriente nos había separado lo suficiente como para volver a unirnos, y yo empezaba a temer seriamente en la posibilidad de zozobrar.

—¿Por qué he de perdonarte? —le pregunté.

—Porque no estoy preparada para esto.

A pesar de que la apreciación resultaba demasiado genérica y hasta cierto punto pueril, dije:

—Yo creo que sí lo estás.

—Estoy enferma, y siempre será así. El efecto que la enfermedad ejerce sobre mi carácter es determinante, casi diría aplastante. Nada puede cambiar eso. Como tampoco nadie puede evitar que, dadas las circunstancias, me

refugie en mi interior y busque dentro de mí los estímulos que el mundo exterior me niega.

La enfermedad no sólo había aguerrido a Natalia, también había hecho de ella una mujer independiente. Aunque, desde mi punto de vista, la acumulación de lecturas no era suficiente para procurarle la autonomía emocional que tanto anhelaba.

—¿Ni siquiera la noche? —me descolgué.

—Ni siquiera la noche. Porque, te guste o no, eres una persona solar, y mi forma de ser es inconciliable con el sol, con el día, con todo lo que tú representas.

Lo que más me dolió de aquellas palabras fue que las pronunció con un tono de voz que evidenciaba que no escondía reproche alguno, sino una profunda pena, pues ella misma era consciente de lo que yo representaba: la única posibilidad cierta de dejar atrás el desequilibrio anímico que regía su vida, que oscilaba entre la esperanza y la desesperación, desgarrada por un conflicto entre lo imaginario y lo real.

—Bueno, entonces tal vez debas tratar de encontrar un vampiro —dije con el propósito de quitarle hierro al asunto, puesto que no me quedaba más remedio que aceptar su peculiar sensibilidad.

—Tomarte de la mano ha sido lo mismo que verme de pronto sin escudo, vulnerable —reconoció—. Y bastante frágil me hace sentir ya la porfiria. Trata de ponerte en mi lugar, aunque sé que algo así es imposible.

Como la mayoría de personas que viven de espaldas al mundo o evitan su roce por encontrarlo demasiado grosero y peligroso, la naturaleza había dotado a Natalia de ciertas aptitudes que facilitaban su supervivencia. Era poseedora de una mente preclara y de una capacidad retentiva fuera de lo común, que le permitía llevar a cabo determinadas actividades sin aparente esfuerzo. Por ejemplo, era diestra con el dibujo, estaba dotada para la música, y tenía una facilidad pasmosa para los idiomas y también para imitar cualquier tipo de letra, incluso la de otros alfabetos. Los números le entusiasmaban, y podía pasar horas resolviendo problemas matemáticos. Cualquier cosa que emprendiera, en suma, la llevaba a cabo con una habilidad muy singular. Tales conocimientos eran los que utilizaba para amortiguar los golpes que la vida le propinaba e incluso para repelerlos, pues gracias a ellos había logrado forjarse un espíritu coriáceo.

No obstante, interpreté aquel encuentro como una mera tentativa, de las que esperaba tener muchas otras, pese a que ella se empeñara en creer que su destino estaba sellado.

Tardé más de una hora y media en conciliar el sueño. Buena parte de ese tiempo lo pasé contemplando, desde la oscuridad de mi terraza, la torre del edificio de Telefónica, en cuyo torreón, incrustado como el ojo de un cíclope, sobresalía la esfera ígnea de un reloj. Aquel reloj de estética *decó* era sin duda el faro de Madrid, visible desde cualquier punto de la ciudad. Recordé entonces una de las experiencias más emocionantes que había vivido junto a mi padre, hacía ya doce años y medio. Escrutábamos con unos prismáticos el torreón del edificio Telefónica, cuando de pronto divisamos un halcón peregrino que permanecía posado sobre uno de los pináculos de piedra caliza del lado sur del rascacielos. Se trataba de un animal de una hermosura sobrecogedora, de color azul casi negro, pechera blanca moteada, pico curvo y bigoteras oscuras. A su alrededor, en cambio, el espectáculo era desolador, pues en medio de un charco de sangre se divisaba la cabeza cercenada de una desdichada paloma, las patas, brutalmente arrancadas, y parte de su plumaje. Cuando después de contemplar la escena durante más de un minuto le pregunté a mi padre qué hacía un halcón en la cresta de aquel edificio, me respondió:

—Para un halcón, los rascacielos de Madrid semejan los farallones y acantilados en los que habita, y encima la ciudad ofrece sobreabundancia de comida: palomas, mirlos, etc. Su presencia en la ciudad puede también interpretarse como una metáfora de la propia condición de la especie humana, dividida en halcones y palomas.

Me despertó el ruido del timbre. Era doña Consuelo. Agitaba una carta al tiempo que gritaba que me había escrito un fantasma, que conocía la letra de mi padre al dedillo, y que era su grafía sin ningún género de duda la que figuraba en la dirección.

*Querido Pepe:*

*Cuando recibas estas líneas yo ya habré muerto. Imagino que te estarás preguntando los motivos que me han llevado a quitarme la vida. El primero y fundamental se llama alzheimer, enfermedad que me diagnosticaron hace nueve meses. A partir de entonces, me ronda la cabeza la idea del suicidio, sí bien es cierto que desde hace ya algunos años lo único que llena mi vida es el vacío, la soledad. El diagnóstico de la enfermedad que padezco no hizo sino refrendar que mi vida declinaba hacia su fin. ¿Qué iba a ser de mí cuando la primera fase de mi dolencia diera paso a la segunda y a la tercera? ¿Acaso ante esta perspectiva no estaba en mi derecho de adelantar lo que era de hecho inevitable? Recuerdo que me marqué como fecha límite el día que sufriera un grave lapso de memoria, pero al cabo dejó de importarme si me acordaba de mi nombre o si olvidaba dónde había dejado las llaves. Por el contrario, empezó a atormentarme la idea de haber sido un anacronismo durante toda mi vida. Fui educado en el pensamiento de que el fascismo no era un simple movimiento político, sino una alternativa total al sistema. Sin embargo, el propio régimen franquista se fue acomodando en el mero autoritarismo con el paso de los años, cercenando así su posibilidad de reproducirse, de trascender. Sí, desde joven tuve siempre la sensación de pertenecer a una generación condenada a la extinción, por culpa precisamente de nuestros padres, los padres de la patria, quienes en vez de llevar a cabo la revolución prometida después de ganar la guerra se dejaron hipnotizar por la vida burguesa y el mundo de los negocios. El siguiente paso, claro está, fue venderse a la derecha liberal-conservadora, cuyos miembros son los gusanos que ahora se alimentan de la morera. El 1969 ingresé en el Círculo Español de Amigos de Europa (CEDADE) y en 1972, estando yo en Londres, viajé hasta Múnich para asistir al congreso internacional que allí tuvo lugar. ¡Ele anhelado durante tanto tiempo el advenimiento de un hombre nuevo y de una Europa regenerada! Desde el punto de vista ideológico, soy lo que la sociedad de hoy en día llama un «enfermo», una persona que deplora el modelo actual de Estado mohoso y esclerótico, el sistema en su conjunto. En mi faceta humana, temo haber sido aún peor: un monstruo que ha creído desde su juventud en el racismo de Estado y en esa máxima de Adolf Hitler —hombre al que siempre he admirado— que asegura que sólo los imbéciles se dejan persuadir de la igualdad de todos los hombres, sin diferencia de raza ni color. Incluso llegué a tomar parte en uno de esos estudios*



revisionistas de la historia que negaba los asesinatos en masa y el exterminio de los judíos en los campos de concentración nazis. Como no existe enfermedad que no cure el tiempo o la muerte, ahora veo las cosas desde otra perspectiva. Todo está perdido. Tal vez lo haya estado siempre. Desde el principio. El fascismo ha desaparecido de la faz de la tierra sin dejar huella histórica. Y lo que es aún peor: la política se ha convertido en una actividad que sólo importa a quienes quieren sacar algún provecho de ella. Lamento haber convertido estas pocas líneas en una arenga ideológica, pero era necesario para que comprendieras lo que había detrás de mí. Quiero que sepas que si dejé tu educación en manos de tu madre fue precisamente para no contagiarte mi enfermedad. Nunca he querido acercarme demasiado a ti, ni que tú hicieras lo propio. Tenías que iniciarte en un mundo que no era el mío, que yo rechazaba, con lo que mi intervención hubiera resultado contraproducente. Mi vida ha carecido siempre de eso que se conoce por sentido práctico, adolezco de virtudes morales reconocibles, mi conducta nunca ha sido edificante, y ni siquiera he sabido cómo amar a mi prójimo, ¿qué podía aportarte yo salvo sufrimiento y confusión? Sí, imagino que habrás padecido por otros motivos, que habrás llorado a veces por mi ausencia, pero ya ves que era lo más conveniente. El hecho de que te hayas convertido en arquitecto sin mi ayuda demuestra que hice lo correcto. Algo de lo que me siento orgulloso. Créeme, todas las personas que se han acercado a mí con el propósito de brindarme su amistad, cariño o amor han acabado arrepintiéndose. Si piensas que exagero, pregúntale a tu madre. A mi regreso de Londres, desarrollé un carácter ciertamente autodestructivo debido a la radicalización ideológica que experimenté y a la situación política que encontré en el país, con la que estaba en completo desacuerdo. Cuando conocí a tu madre, creí que podía servirme de lenitivo, de bálsamo para curar las heridas del espíritu, pero desgraciadamente fue sólo un espejismo. Y lo fue, por descontado, por mí, por mi actitud. Siendo un adolescente, tanto mi padre como mi abuelo me enseñaron a no amar, pues cuando uno se enamoraba, a decir de ambos, el carácter se debilitaba. Siempre oí en mi casa que el amor era cosa de mujeres, de la misma manera que el honor y la guerra eran asuntos que competían a nuestro género. Hice de mi corazón, pues, una fortaleza inexpugnable, y por si esto no fuera suficiente, lo rodeé de un desierto donde habitaban serpientes y escorpiones, de modo que nadie pudiera conquistarlo. En ese escenario, era difícil —casi imposible— que nada provechoso pudiera echar raíces y crecer. Las tormentas de arena eran harto frecuentes y no hacían sino reforzar mi desánimo, aumentar la desconfianza que siempre le había profesado al mundo de los sentimientos. El calor era asfixiante y al nacer tú la carga se hizo insoportable. La responsabilidad me atenazaba tanto o más que el hecho de despreciarme a mí mismo. Todo lo que cogía se me escurría de entre los dedos. La vida acabó hastiándome, desesperándome. En definitiva, no estuve a la altura que las circunstancias requerían. Por lo que he de pedirte perdón. Ahora, aunque no lo creas, quiero morir para cambiar mi forma de ser. ¿Después de muerto?, te estarás preguntando. Así es. Creo en otra vida, en la vida eterna, donde espero poder redimir mis pecados.

Una última cuestión. Mi testamento y títulos de propiedad obran en poder de un abogado de Málaga llamado Carlos Font Feliu, quien es a su vez el representante legal de tu madre. Ponte en contacto con él.

Un beso de tu padre,

Jaime Dalmau.

Me arrojé a la calles de Madrid como si fueran los intrincados pasadizos de un laberinto del que no podría salir sin ayuda. Me encontré una ciudad borrosa que, debido al estado de aturdimiento que me embargaba, me pareció inescrutable. Figuras indistintas, sin forma definida, comenzaron a cruzarse en mi camino. Salían de todas partes y se dirigían a todas direcciones. Una enorme y fornida «I» mayúscula en negrita chocó contra mi hombro y me pidió disculpas. Luego me trastabillé y estuve a punto de caer al suelo. Mi manera de conducirme, por lo demás, era atropellada, pues en realidad trataba de huir de un fantasma, como había señalado la portera al entregarme la carta de mi padre.

Hasta ahora, la personalidad de mi padre, su forma de pensar o de actuar habían sido para mí una incógnita que yo resolvía cada cierto tiempo desarrollando infinitas conjeturas. Ni siquiera mi madre se avenía a ayudarme cuando yo le preguntaba esto o aquello sobre su figura, argumentando que a las personas no se las podía conocer de oídas, que había que tratarlas de manera directa. El problema era que mi padre, en efecto, rehuía todo contacto conmigo, y en caso de no poder evitarlo entonces se mostraba elusivo y distante, al menos ése había sido su proceder desde que mi madre y él se separaran. Aquella carta, en cambio, dejaba la verdad a la vista, en carne viva, si se podía expresar así. Por primera vez, veía a mi padre tal cual era. Y para ser sincero, me sorprendió su franqueza a la hora de definirse a sí mismo como un «enfermo» y un «monstruo» en la misma medida que me repugnó su ideario político. Así las cosas, no podía dejar de pensar que el comportamiento de mi padre en todos estos años ocultaba en realidad —en el fondo, muy en el fondo— una gran consideración hacia mi persona. Como él mismo reconocía, de habérselo propuesto me habría contagiado y convertido en alguien parecido a él. Comprendí además que si mi padre había conservado la carta de mi abuelo lo había hecho no como algo ejemplarizante, de lo que aprender una lección, sino por admiración, como quien guarda la reliquia de una santa —en este caso una ideología— de la que es devoto. Admiración por Winzer, por Rosenberg, por Moser y por todos los nazis que mantuvieron relaciones con la familia. Desprecio por todo lo demás, incluso por sí mismo.

Llegado a este punto de la reflexión, me di cuenta de que me había arrojado a la calle arrastrado por los escrúpulos que me habían provocado las confesiones de mi padre. Vagar por las calles de Madrid no tenía otra finalidad que refrendar mi condición de persona normal y corriente. Necesitaba darme un baño de multitudes, sentirme una gota insignificante en el vasto océano de la humanidad. Uno más de la manada, para emplear una

expresión cíe Natalia, un número, una posible víctima de mi propio padre o de su ideología; lo contrario, en caso de haberme quedado a solas con su carta, hubiera sido lo mismo que otorgarle una ocasión para convencerme, para exculparle, para hacerme sentir lástima y, en consecuencia, cierta empatía hacia su abominable «causa». Sí, mi padre merecía que sepultara su recuerdo en mi alma.

De nuevo en la Casa de los Portugueses, decidí refugiarme en el sanctasanctórum de Natalia, donde las palabras de mi padre no pudieran herirme. Entre otras cosas, había decidido adelantar mi viaje a Málaga ahora que sabía que el abogado que llevaba los asuntos familiares tenía su despacho en esa ciudad, y quería comunicárselo.

Encontré la puerta de la casa abierta de par en par. Del interior de la vivienda brotaba un extraño gemido entrecortado, semejante al maullido de un gato. El ejército de libros que flanqueaba el pasillo parecía haber iniciado una cruenta batalla fratricida, y las primeras víctimas yacían sobre el suelo, amontonadas. Libros bellamente encuadernados se presentaban ante mis ojos despanzurrados, en algunos casos partidos en dos mitades, como si hubieran sido objeto de una cruel masacre. Ni que decir tiene que la atmósfera mistificadora, debida en parte a la pulcritud y el orden con que los libros habían sido colocados en sus estantes, se había esfumado. Devolví unos cuantos ejemplares a sus baldas y pregunté:

—¿Natalia, estás ahí? ¿Te encuentras bien?

Me respondió el mismo gemido, si bien ahora me pareció más agudo.

Atravesé raudo el pasillo —en el último tramo la acumulación de libros en el suelo era aún más ostensible— y el salón-comedor —donde todas las sillas habían sido arrumbadas unas encima de otras, como si fueran a hacer una pira con ellas—, y me dirigí a la salita que el señor Santos había convertido en estudio y taller, pues de allí parecían provenir los sollozos.

Hallé al señor Santos tumbado sobre el suelo, atado de pies y manos y amordazado con cinta americana. Trataba de reptar en mi dirección, pero las mordazas se lo impedían.

En cuanto liberé su boca, exclamó con una voz desgarrada:

—¡Natalia!

—¡Cálmese! ¡Respire! ¡Así! ¡Eso es! ¿Qué ha pasado? —le di la réplica mientras boqueaba como un pez recién salido del agua que tratara de inspirar

el mismo aire que lo estaba asfixiando.

—¡Natalia! ¡Se han llevado a mi pequeña! —profirió a continuación.

—¿Quién? —pregunté.

Ahora estábamos los dos de pie, frente a frente, y en el rostro del señor Santos se había dibujado un semblante de gravedad.

—Si la exponen demasiado al sol... ni siquiera he podido darle sus medicinas...

Acto seguido, profirió un suspiro de abatimiento.

—No ha contestado a mi pregunta. ¿Quién se ha llevado a Natalia?

A mí mismo me sorprendió mi calma, si bien es cierto que se sustentaba sobre la desconfianza, pues no terminaba de creer que la representación que estaba llevando a cabo el señor Santos fuera real. Yo mismo había oído a Natalia declamando a Shakespeare, el propio señor Santos había asegurado que su hija hacía «ejercicios de teatro» todas las mañanas. Para padre e hija, la vida y la literatura estaban separadas únicamente por un intersticio del tamaño de una puerta, por la que entrar y salir, de modo que en el fondo de mi conciencia tenía la impresión de estar presenciando un simulacro.

—Ha sido un cliente con el que he tenido una desavenencia... Se ha presentado aquí en compañía de dos hombres y... ¡Mi pequeña!

Ahora el señor Santos comenzó a tocarse el rostro con las manos, como si no supiera de dónde provenía la fuente de dolor.

—¡Tranquilícese! Lo primero que tenemos que hacer es llamar a la policía —indiqué.

—Quien se ha llevado a Natalia sabe perfectamente que no puedo recurrir a la policía. He tenido que enfrentarme a varias acusaciones de compra y venta de libros robados, de modo que la policía no me tiene en muy buena consideración. Estoy atado de pies y manos...

El señor Santos expuso aquella excusa como si en realidad estuviera comentando un agravio del que hubiera sido víctima. Su actitud me recordó a la de mi padre, hasta el punto de que, por primera vez, acabé achacándole los males que padecía Natalia. Al parecer, tanta concupiscencia en torno a los libros había transformado la virtud en vicio. Pero no era momento de enzarzarnos en un debate estéril, sino de actuar.

—De acuerdo, olvidemos por ahora a la policía. En estos dos días, Natalia no ha hecho más que hablarme de un extraño libro que usted se había comprometido a... recuperar, ¿tiene algo que ver su desaparición con esa obra?

—En efecto, así es.

—¿Qué es lo que quiere exactamente ese cliente suyo? —me interesé.

—Exige que cumpla con mi parte del trato, que complete el trabajo que ha quedado a medias... Hasta ese momento, mantendrá retenida a Natalia.

—Entonces, manos a la obra. ¿A qué espera? —le conminé.

—Hay un problema. Tengo vetada la entrada a la Biblioteca Nacional. Hace años desapareció un valioso mapa de la Sala Cervantes, y me convertí en el primer sospechoso. El asunto se resolvió a mi favor por falta de pruebas, puesto que el mapa nunca apareció, pero la mácula quedó en mi historial para siempre. Ése fue el motivo por el que tuve que contratar a una persona para que realizara el trabajo...

La figura del señor Santos se tornó definitivamente borrosa, deforme, como si ahora contemplara su reflejo en uno de esos espejos fabricados ex profeso para realzar la desproporción. No obstante, transformé la retahíla de reproches que me vinieron a la cabeza en una nueva pregunta:

—¿Cómo se llama ese cliente? Imagino que tendrá una dirección...

—No es tan fácil como puede parecer a simple vista, Pepe. Hablo de una persona muy astuta y esquivada. ¿Has oído hablar del conde de Saint-Germain?

—No.

—Digamos que se trata de un personaje de leyenda, o mejor dicho, legendario. Entre las personas que aseguran haber tratado o conocido al conde de Saint-Germain se encuentran el señor d'Alvensleben, embajador de Prusia en la corte de Dresde, el escritor y filósofo Voltaire (quien definió a Saint-Germain como un «hombre que no muere nunca y que lo sabe todo»), el prosista Horace Walpole o el mismísimo rey Federico II de Prusia. Se cree que el conde de Saint-Germain llegó a Francia procedente de Alemania en 1743, acompañando al embajador de Luis XV, el mariscal de Belle-Isle, para quien montó un «laboratorio mágico» en el barrio parisino de Saint-Antoine. Las informaciones sobre el origen de este personaje y el año de su fallecimiento son tan confusas que Saint-Germain es una de las escasas personas que han sido vistas incontables veces después de su muerte, acaecida supuestamente en 1784. Otro tanto ocurre con su identidad, que abarca numerosos nombres: marqués de Montferrat; conde de Belmar; conde Soltikov; príncipe Rakoczi; caballero de Schoening, monsieur Surmont, etc. El propio conde de Saint-Germain se encargó de avivar el fuego de esta confusión asegurando ser inmortal y estar dotado de unos poderes extraordinarios como químico y alquimista que, en muchos casos, tuvo la ocasión de exhibir. Demostraciones de las que también hay constancia escrita, y que dieron lugar a numerosos comentarios. Según cuenta madame de

Adhémar en su obra *Souvenirs*, Saint-Germain habría advertido a la reina María Antonieta de la revolución que se avecinaba. Para unos, Saint-Germain era lo que decía ser: un hombre fuera de lo común, extraordinario; para otros, en cambio, no era más que un charlatán sin escrúpulos. Saint-Germain afirmaba poseer una fortuna incalculable (se cree que Alejandro Dumas padre se inspiró en él para crear el personaje de Edmundo Dantes, el conde de Montecristo), producto de sus numerosas habilidades. Además, aseguraba no tener la necesidad de comer como el resto de los mortales. De hecho, cuando asistía a almuerzos o cenas rara vez probaba bocado, sólo bebía agua. Así lo asegura la célebre madame Pompadour, dama que también trató al personaje. A una pregunta de ésta sobre su edad, Saint-Germain, respondió: «A veces me divierto dejando que crean que he vivido mucho tiempo». Sea como fuere, el barón Linden aseguró haber hablado con él en 1790, seis años después de su fallecimiento. Incluso el emperador Napoleón III se sintió tan atraído por la figura de Saint-Germain que ordenó a la policía que le fueran enviados los informes que se habían recabado sobre su persona. El incendio de las Tullerías de 1871 destruyó todos los documentos que el emperador guardaba en su biblioteca personal. La figura de un Saint-Germain inmortal y omnipotente se instaló en la sociedad europea después de aquel incidente, como si el propio conde hubiera sido el responsable de aquel incendio.

El señor Santos se tomó un respiro, como si hubiera llegado a una encrucijada de caminos y no supiera cuál de ellos tomar. O quizá, simplemente, leyó en mi rostro que su discurso estaba lleno de referencias a personas que eran desconocidas para mí.

—¿Está tratando de decirme que el tal conde de Saint-Germain es el misterioso cliente que ha secuestrado a Natalia?

—Así es.

—¿Un hombre inmortal? —pregunté confiriéndole a mi voz un enfático tono de incredulidad—. Que yo sepa, el único ser vivo inmortal que se conoce es una clase de medusa que se descubrió hace diez años.

—Eso es lo que se dice de él. Soy el primero en admitir que todo lo que te estoy contando parece fruto de una fantasía... pueril, pero en cambio tendría sentido si reconocemos que nuestra concepción del tiempo es errónea. En mi opinión, cada hombre atesora dentro de sí una biblioteca. Las palabras que aprendemos, los recuerdos que almacenamos, los pensamientos que recorren a la velocidad del rayo nuestro cerebro, conforman el caudal de esa biblioteca. Al mezclarnos unos con otros, esa biblioteca adquiere una dimensión universal. De modo que si lo que estamos hablando en este preciso momento

aparece en un libro editado años antes de que mantuviéramos esta conversación, es porque, como defiende Borges, el tiempo es circular. El tiempo no es una concatenación en la que al antes le sigue el después, sino que es cíclico, siempre vuelve, se repite. «De nuevo nacerás de un vientre, de nuevo crecerá tu esqueleto, de nuevo arribará esta página a tus manos...». Dice Borges que el número de todos los átomos es, aunque desmesurado, finito, y sólo capaz por tanto de un número finito de permutaciones. En un tiempo infinito, pues, el número de permutaciones posibles (al ser finitas) debe ser alcanzado y el universo tiene que repetirse. Pero no sólo se repetirían los acontecimientos, sino también los pensamientos, sentimientos e ideas. El pasado, el presente y hasta el futuro, no son más que repeticiones infinitas de la misma melodía. Has mencionado a una clase de medusa, pues bien, lo que hace este hidrozoo es, una vez ha alcanzado su estado de adulto, volver a rejuvenecer, repetir un ciclo vital, una y otra vez. Imagina que una mariposa volviera a ser oruga... En eso consiste la inmortalidad de este pequeño animal. La pregunta es si algo así está o no al alcance de los seres humanos.

Adentrarse en el terreno de la divagación metafísica, le devolvió cierta calma al señor Santos. Yo empecé a colocar cada silla en su sitio, al mismo tiempo que recogía los libros del suelo y se los entregaba con la delicadeza que requería tener entre las manos un objeto único.

—Partiendo de este principio, el medidor de tiempo más complejo creado por el hombre sería el libro, y no el reloj, como creemos —prosiguió—. Cada libro almacenaría una porción de tiempo, de tiempo repetido. Y a eso nos estamos enfrentando ahora: dentro de una vida que se repite, hemos dado con un libro donde queda reflejada esa repetición —añadió.

Por descontado, las palabras del señor Santos no me impresionaron más allá de la dosis de ingenio que contenían, pues en mi opinión carecían de fundamento científico.

—Al menos, podrá proporcionarme una descripción física de ese hombre —solicité, en un intento por devolver la conversación a un estado estrictamente terrenal.

—Desde luego. Saint-Germain tiene el aspecto de una gárgola: extremidades membranosas, cuello largo, ojos pequeños y hundidos, mirada desafiante, cejas pobladas, nariz delgada, potente mandíbula y una boca de labios finos y rectos donde siempre hay dibujada una mueca burlona. Si lo comparo con una gárgola es porque cierto día, cuando le pregunté a qué se dedicaba, me dijo que su principal actividad consistía en expulsar el mal de la



misma manera que un gárgola escupe el agua de lluvia. Si hay algo de lo que no me cabe duda es que se trata de un hombre sin escrúpulos, peligroso.

—Y aún así, aceptó recuperar ese libro para él —dije a modo de reproche.

—El negocio no marcha demasiado bien, la oferta monetaria que puso sobre la mesa era irrechazable, y para colmo el trabajo suponía un reto. Has de saber que no es la primera vez que se vende un libro desglosado; todo lo contrario. Se trata de una práctica común. A veces, lo que el librero pone a la venta son hojas sueltas, lo que nosotros conocemos como *honorables*, de manera que decenas de bibliotecas y coleccionistas puedan adquirir un fragmento de la obra. Por ejemplo, en 1994, un colega de París vendió una hoja del *Catholicon* de J. Balbus, obra impresa en 1469 por Gutenberg, por 10.500 €. Pero tienes razón, no debería de haber aceptado el trabajo desde el momento en que tenía vetada la entrada en la Biblioteca Nacional...

—Natalia asegura que ella y yo éramos protagonistas de ese misterioso libro, que la obra pertenecía a un tal Usoz, quien lo mandó encuadernar en distintos volúmenes de la obra de Serafín Estébanez Calderón, y que éste lo copió a mano en un cuaderno, por no sé qué razones. Yo mismo he leído un fragmento de la obra. ¿Por qué le interesa a Saint-Germain tanto ese libro, hasta el punto de llegar al secuestro? ¿Qué contiene?

—Vayamos por partes. Lo primero que tienes que saber es que el libro que Usoz mandó encuadernar en distintos volúmenes no llegó a la Biblioteca Nacional a través de la donación de su biblioteca de libros heterodoxos y prohibidos, tal y como se ha dicho, sino que lo hizo como parte de la biblioteca del propio Estébanez Calderón, cuyos fondos acabaron también en la Nacional. Sabemos que, después de 1840, la relación entre don Luis de Usoz y Serafín Estébanez Calderón se enfrió, y que con el paso de los años se fraguó entre ambos una manifiesta animadversión. Se dijo entonces que era debido a cuestiones tanto políticas como religiosas. En mi opinión, la razón de este distanciamiento tuvo que ver con el libro que nos ocupa. Creo que Estébanez Calderón no sólo se limitó a copiar *La biblioteca* a mano, sino que se las ingenió también para apropiarse de los ejemplares impresos que de su obra había editado Usoz y donde éste había insertado el libro apócrifo. ¿En qué me baso? En una prueba tan sencilla como inequívoca. Los ejemplares de la colección de Usoz que obran en poder de la Biblioteca Nacional tienen una signatura propia, la U mayúscula, y sólo pueden ser consultados en la Sala Cervantes o de libros raros. Se trata de un hecho incontrovertible, puesto que así lo exigió su viuda: la biblioteca de Usoz gozaría de una sala propia, en caso contrario no sería legada a la institución. En cambio, los ejemplares

donados por Serafín Estébanez Calderón no cuentan con una signatura específica que los identifique y, al haber sido editados después de 1831, pueden consultarse en la Sala General de Lectura. Entre 1800 y 1820, la imprenta perdió su carácter artesanal, de manera que se instituyó el año 1830 como frontera para establecer qué libros podían ser considerados antiguos y cuáles no. En pocas palabras, las signaturas convencionales de los libros de Estébanez Calderón que acogen *La biblioteca* evidencian que fue éste quien los incorporó a los fondos de la Biblioteca Nacional. Pero creo que me estoy yendo por las ramas. Me has formulado una pregunta y voy a responderte. La obra que Usoz compró en la librería Road de Londres, que luego mandó desencuadernar y volver a encuadernar en España para burlar la frontera y la censura, no hablaba sólo de él mismo, de Estébanez Calderón, de la creación de sus bibliotecas particulares primero y de la Biblioteca Nacional después, de vosotros o de mí, el protagonista sobre el que bascula la obra es en realidad el conde de Saint-Germain, y ahí es donde está la clave de todo lo que está sucediendo.

—Explíquese.

—Lo que voy a contarte es un rumor que lleva circulando desde hace muchos años entre quienes nos dedicamos a la compra y venta de libros antiguos y de lance. Siempre se ha creído que cuando se construyó la Biblioteca Nacional de Madrid Saint-Germain tuvo una participación activa por un motivo: buscaba un lugar seguro donde guardar una serie de libros, digamos, únicos. Libros que llevaba custodiando desde hacía siglos, cambiándolos de lugar según la situación política de los distintos países. Libros que reúnen muchos saberes, extraordinarios, y que, en la mayoría de los casos, se había oído hablar de ellos pero que nunca se habían visto. *El libro de Toht*; la *Esteganografía*, en su edición original, no la de Mathias Becker de 1610, sino la del abad Juan Tritemo; *Las estancias de Dzyan*; el *Necronomicón*, libro que todo el mundo cree una invención del escritor H. R. Lovecraft, pero que existe, etc. El surgimiento de las primeras Bibliotecas Nacionales supuso para Saint-Germain, por tanto, una ocasión única, pues no hay mejor lugar para esconder un libro que una biblioteca, sobre todo si las dimensiones de ésta son gigantescas. ¿Por qué eligió la Biblioteca Nacional de Madrid y no otra? Precisamente por el poco interés que los libros despertaban entre los españoles, empezando por sus representantes políticos. Por aquel entonces, España era el país con el mayor índice de analfabetismo de Europa, y hasta la propia reina tenía dificultad para leer. Como alguien ha sugerido, si se quiere guardar un secreto en España, lo mejor es depositarlo en

el interior de un libro. De modo que cuando la Biblioteca Nacional de Madrid fue inaugurada, los libros que Saint-Germain custodiaba fueron almacenados en sus entrañas. El sistema era relativamente sencillo. Las obras carecían de signatura, es decir, no habían sido catalogadas y, en consecuencia, nadie podía dar con ellas salvo que supiera el lugar exacto donde habían sido colocadas. Para que no se extraviaran, a cada poco se levantaba un plano con la ubicación de cada ejemplar y cuyas referencias eran las signaturas de los libros que sí estaban catalogados. Cada cierto tiempo se cambiaba el emplazamiento, de modo que las obras en cuestión se volvían de nuevo «invisibles». El problema surgió con las sucesivas reformas que se fueron produciendo en la biblioteca, así como la incorporación desproporcionada de nuevos fondos o los métodos de catalogación actuales. La estructura de hierro original diseñada por un discípulo de Eiffel para albergar el depósito general se mantiene, pero éste está ahora repartido por doce plantas y cuenta en la actualidad con más de setenta y ocho kilómetros de estanterías. El edificio ha sido modificado de manera profunda en los últimos años, hasta hacerlo inteligente. Las nuevas tecnologías y la informatización y digitalización de los fondos, que están en pleno proceso, convirtieron a la biblioteca en un lugar poco seguro. Saint-Germain, por unos medios u otros, el robo o el soborno del personal, ha ido evacuando estas obras que llamaremos comprometidas. Sin embargo, se encontró con un inconveniente. Su historia, todo el proceso que te estoy narrando, aparecía tal cual reflejado en un libro comprado en Londres por un particular, don Luis Usoz y Río, quien al introducir la obra en España había repartido cada pliego en una treintena de volúmenes de un autor del que era editor: Serafín Estébanez Calderón. Recuperar cada parte de este libro se ha convertido, pues, en una misión de vital importancia para Saint-Germain, puesto que *La biblioteca* habla de sus esfuerzos a través del tiempo por recuperar cierta clase de libros y ocultarlos precisamente en la Biblioteca Nacional. Más o menos, esto es todo.

—¿Y qué hay del manuscrito de la obra, el que llevó a cabo Serafín Estébanez Calderón, alias «El Solitario» y que ahora, al parecer, se encuentra en manos de un descendiente suyo, el escritor Serafín Estébanez?

—Supongo que Saint-Germain se ocupará de eso a su debido momento. Acaba de arrancarme de las manos los papeles donde se cuenta la existencia de ese manuscrito, así que imagino que tomará cartas en el asunto. Aunque, francamente, no es algo que me preocupe.

—¿Qué vamos a hacer?

—Tendré que buscar a una nueva persona que pueda encargarse de terminar el trabajo. El problema es el tiempo, que juega en contra de Natalia.

No parecía que mantener una actitud cavilosa pudiera ayudarnos, así que decidí dar un paso al frente y tomar la iniciativa.

—Yo lo haré. Yo arrancaré esas malditas páginas esta misma tarde y mañana todo se habrá resuelto —me ofrecí.

—No es tan fácil, Pepe.

Era la segunda ocasión que el señor Santos repetía la misma frase.

—El acceso a la Biblioteca Nacional es restringido —añadió—. Se necesita un carné de investigador. Las medidas de seguridad se han incrementado en los últimos tiempos, los lectores son registrados a la entrada y a la salida, las pocas pertenencias que permiten entrar (un ordenador sin funda, unos cuantos folios o apuntes, bolígrafos y lápices) han de introducirse en una bolsa de plástico transparente, hay vigilantes que pasean por las salas, cámaras de seguridad por todas partes, y la imposibilidad de solicitar más de tres libros a la vez. En definitiva, no se trata de un trabajo que se pueda llevar a cabo en una mañana.

—Yo lo haré —insistí.

El señor Santos se tomó unos segundos antes de decir:

—Sólo si prometes que seguirás las instrucciones que te dé.

—De acuerdo. Pero si el asunto no se va a resolver hasta dentro de varios días, es necesario que también nosotros pongamos algunas condiciones —me descolgué.

—¿Condiciones? ¿Qué clase de condiciones?

—A cambio de cada entrega que hagamos del libro, recibiremos una «prueba de vida».

A estas alturas, me había vuelto a enfundar la armadura y arrogado el papel de caballero andante.

—Por supuesto, me parece una petición justa —se pronunció el señor Santos.

Como no había tiempo que perder, durante las dos horas siguientes recibí un cursillo acelerado de cómo amputar unas hojas en un libro de la Biblioteca Nacional, esconderlas y sortear las estrictas medidas de seguridad. Lo primero que hizo el señor Santos fue proporcionarme un carné de investigador de alguien que, según él, lo había «extraviado». Pese a que el propietario (un tal Leonardo Malo de Molina) no se parecía demasiado a mí, la foto que figuraba

había sido realizada con una *webcam* y su calidad era bastante deficiente. El segundo paso fue proveerme de un viejo ordenador, cuyas tripas habían sido extraídas, con un ingenioso dispositivo que permitía levantar la carcasa del teclado cuando se le introducía un *pendrive* en uno de los puertos USB. El ordenador, que no funcionaba, me tenía que servir de receptáculo para sacar las hojas robadas. En cuanto a la obtención de éstas, el propio señor Santos me ayudó a rellenar las fichas de color rosa que había de entregar en el mostrador de préstamos para que, transcurridos entre veinte y treinta minutos, me fueran servidas las obras solicitadas. El único apartado que dejé en blanco fue el del número de pupitre, puesto que su asignación en la sala de lectura era aleatoria, salvo en casos en los que los lectores o investigadores requerían un puesto de lectura específico. En cuanto al orden en que habría de pedir los libros, era indiferente, salvo en el caso de uno —cuya signatura aparecía subrayada con tinta roja en la hoja donde Santos había apuntado todas las referencias—, que habría de consultar y «amputar» en último término, pues así lo había exigido Saint-Germain. Si se trataba o no de un capricho, el señor Santos lo desconocía, pero, por si acaso, me hizo prometer que respetaría la palabra que le había dado a su cliente el conde. Por último, elaboró un croquis de la sala y de la disposición de los pupitres y de las cámaras de seguridad. La Sala General de Lectura, que sería mi centro de «operaciones» (ésta fue la palabra que empleó), tenía forma cuadrada, y los pupitres (trescientos siete en total) estaban distribuidos en cuatro secciones también cuadradas. De éstas, tres estaban destinadas a lectores que llevaran ordenadores. El número de cámaras de la sala ascendía a seis: cuatro en los laterales y otras dos justo encima de las puertas norte y sur. En cada una de las esquinas del cuadrilátero colgaba un gran reloj. No obstante, la «intervención» no debía llevarla a cabo en la Sala General de Lectura, sino en una pieza contigua, conocida como el Salón Pequeño, pues allí había ordenadores de consulta y también parte de las colecciones de referencia general. Se trataba, en definitiva, de una sala de paso. El plan consistía en trasladar el libro de mi interés hasta esta zona, como si fuera a llevarlo a la sala de fotocopias, posarlo en una de las baldas donde se encontraban las enciclopedias, como si me dispusiera a efectuar una consulta, justo debajo de una de las cámaras de seguridad —aprovechando el ángulo muerto—, y proceder a amputar. Cuando pregunté con qué, Santos me mostró un zíper o cierre de cremallera, cuyo canto había sido afilado como una cuchilla. Según me explicó el señor Santos, el ordenador, tras pasar el primer control de la entrada, viajaría hasta el guardarropa en una tunda con cremallera.

Una vez en el guardarropa y recogida la bolsa de plástico transparente donde habría de introducir el ordenador, apuntes y demás, tendría que desenganchar el cierre de la cremallera-cuchilla e introducirlo en el bolsillo del pantalón. Para terminar, una vez cortadas las hojas, las depositaría en la bolsa de plástico transparente, entre los folios y fotocopias que llevaría conmigo, me dirigiría al aseo unos minutos antes de abandonar el recinto de la biblioteca y, encerrado en uno de los baños, procedería a embutir el material robado en las entrañas del ordenador. En cuanto a mi comportamiento, no debía ser ni demasiado tímido ni demasiado osado. Debía buscar la naturalidad y tratar de pasar desapercibido. Eso era todo.

Luego, como en casa de mi padre no disponía de conexión a Internet, entré en el dominio de la Biblioteca Nacional desde el domicilio de los Santos, con el propósito de hacerme una idea más precisa sobre el lugar. Navegando por sus páginas descubrí un detalle que, en mi opinión, podía facilitarme el trabajo. La Biblioteca Nacional disponía de un programa de petición anticipada a través de la red, según el cual se podía solicitar un máximo de diez volúmenes y reservarlos para su consulta durante quince días naturales. Bastaba con aportar los datos del investigador e indicar la fecha para iniciar la consulta de los libros solicitados.

Cuando puse al corriente de ese extremo al señor Santos, me dijo que le parecía buena cosa y que rellenara una solicitud de reserva para dos días después. De esa forma, veinte de los veintinueve volúmenes que faltaban por «consultar» (Santos era un experto a la hora de emplear eufemismos), quedarían a mi disposición durante un período de tiempo más que suficiente. Cuatro de los cinco ejemplares restantes podía pedirlos al día siguiente en el mostrador de préstamos, tres en una primera tanda y el cuarto una vez hubiera devuelto éstos. Otros cuatro podría consultarlos después de revisar cada uno de los lotes. De esa forma, el último día podía dedicárselo exclusivamente al libro que Saint-Germain había exigido que dejáramos para el final. Con todo, no me recomendaba llevar a cabo más de dos o tres «amputaciones» por día, repartidas entre la mañana y la tarde.

En mi opinión, contar con una reserva podía facilitarme las cosas, no sólo porque el hecho de tener repartidas el grueso de las obras en dos lotes me iba a permitir acortar los plazos, sino también porque si tardaba una semana en terminar el trabajo, por ejemplo, dispondría de unos días hasta que los volúmenes fueran devueltos al servicio bibliotecario. Eso me concedía un amplio margen para desaparecer sin dejar rastro.

De nuevo en casa de mi padre, con las sienes aún palpitándome por los últimos acontecimientos, se me ocurrió pensar que el señor Santos llevaba preparando aquella batalla mucho tiempo.

Lo primero que hice nada más poner los pies en la terraza fue buscar a Federico, puesto que el rapto de Natalia había tenido lugar en las horas que él dedicaba precisamente a vigilar desde su atalaya todo lo que acontecía en la calle. Me alegró encontrarme con una luz transida, que se consumía en un mar de nubes grises, pues que el cielo estuviera cubierto beneficiaba a Natalia.

Federico había tomado asiento en una silla veraniega plegable, y con unos quevedos del tamaño y la forma de sendas monedas de cobre antiguo, movía la cabeza como un girasol en busca de los rayos solares que, de cuando en cuando, todavía se filtraban por entre las nubes. Parecía un artista que hubiese agotado su genio tras horas de intensa creatividad. Aunque lo más probable era que su cabeza estuviera llena de pensamientos encaminados a cómo liberar a su amada de su cárcel de piedra, pese a que para lograrlo tuviera que alterar el curso natural de la evolución. Decidí no contarle nada de lo ocurrido. Ni siquiera le advertí de mi presencia. No quería que Federico involucrase a la policía, a pesar de que yo mismo seguía pensando que era lo más conveniente. En realidad, la única razón de peso para no hacerlo eran los antecedentes del señor Santos, los encontronazos que, según aseguraba, había tenido tanto con la propia policía como con la justicia. Un argumento que en ningún caso debía anteponerse al hecho de que la vida de Natalia corriera peligro, no sólo por el rapto en sí mismo, sino también por tratarse de una joven con una enfermedad crónica. Sin embargo, el señor Santos había conseguido llevarme a su terreno al asegurar que el asunto tendría una fácil solución siempre y cuando yo siguiera sus instrucciones y él las de Saint-Germain. Natalia, él y yo, incluso el propio Saint-Germain, compartíamos el mismo destino común, de modo que a nosotros y a nadie más correspondía resolver el asunto que nos traíamos entre manos. Éramos nosotros los protagonistas del libro, de *La biblioteca*. Yo tenía que comprender, me dijo, que los métodos de actuación de la policía eran hartamente burocráticos, demasiado toscos y prosaicos, y que lo que requería un caso como el de Natalia era precisamente lo contrario: reflejos, determinación y audacia. «La policía jamás creería en una historia como la que acabo de contarte, menos aún en la existencia de un personaje como Saint-Germain. Cuando quisieran reaccionar, sería demasiado tarde», me aseguró. Lo cierto era que estaba de acuerdo con

él en parte, puesto que yo era el primero en dudar, en desconfiar. Por descontado, yo tampoco creía en la existencia de un personaje como Saint-Germain. En mi opinión, al margen de lo que aseguraba el señor Santos, la supuesta naturaleza sobrenatural del conde —pues no se me ocurre otro modo de referirme a la inmortalidad—, escondía un sobrenatural engaño, si se me permite el juego de palabras. Ahora tenía la impresión de haber sido demasiado condescendiente con él.

Dejé a Federico tratando de enfocar su mirada parabólica en uno de los edificios vecinos, una vez que el movimiento de su cabeza —oculto ya el sol definitivamente— hubo cesado.

Como había decidido prescindir de Federico por temor a que llamara a la policía, bajé a la portería para hablar con su madre. Tanto Natalia como sus captores tenían que haber pasado por delante del chiscón.

—¿Ha visto salir a Natalia? —le pregunté a doña Consuelo.

La mujer levantó la vista de la revista que ocupaba su atención y me atravesó con una mirada de suficiencia, como si mi pregunta llevara implícita una ofensa.

—Huy, claro que la he visto —dijo con su habitual melindre—. Ha sufrido una recaída y vinieron unos enfermeros a por ella. A la pobre criatura la han tenido que evacuar en una silla de ruedas, porque, al parecer, ha sufrido un vahído de los fuertes. Pero ya está más recuperada, según acaba de contarme el señor Santos. Ha ido a verla al sanatorio.

Supuse que se trataba de una excusa esgrimida por el señor Santos, claro está, pues de saber doña Consuelo lo que en realidad había ocurrido, no habría dudado en llamar a la policía.

—Comprendo.

—Es la tercera vez en los últimos seis meses que sufre una recaída. Como sigan así las cosas temo que la pobre criatura corra la misma suerte que su madre, que Dios tenga en su gloria —apuntó la portera, al tiempo que se persignaba.

—¿Está segura?

Ahora me dedicó una mirada cargada de desaprobación. Que alguien cuestionara lo que había visto o dejado de ver, aunque fuera a través de una inocente pregunta como la que yo acababa de formular, era lo mismo que dudar de su profesionalidad.



—¿Cómo no lo voy a estar? Si hasta vienen siempre los mismos enfermeros. Tres jumentos de los buenos, pero con espaldas de Hércules.

Era obvio que Natalia no podía haber sido secuestrada en tres ocasiones en los últimos seis meses, encima por los mismos hombres, ¿o sí? En ese caso, el señor Santos no me había dicho toda la verdad, de ahí que se negara a llamar a las autoridades. Tal vez los motivos por los cuales aquellos hombres se llevaban a Natalia cada cierto tiempo, según aseguraba doña Consuelo, fueran más oscuros, si bien tenía que reconocer que, por el momento, mi grado de perspicacia no era el óptimo para resolver aquel enigma. Siempre me había vanagloriado de poseer una mente analítica, tal y como demostraba mi destreza con las matemáticas; en cambio, nunca se me había dado demasiado bien resolver enigmas, jeroglíficos y acertijos, máxime si me obligaban a elaborar conjeturas que atentaban contra la naturaleza misma de la inteligencia.

Pasé parte de la noche en vela, a oscuras, una suerte de luto que no pretendía otra cosa que facilitar mi concentración, para que nada me distrajesse. No quería desviarme un ápice del objetivo que me había marcado para la mañana siguiente. Trataba además de imbuirme pensamientos positivos, pues estaba convencido de que en caso de mantener una actitud desconfiada y pesimista, mis propios gestos acabarían delatándome. De modo que sólo tenía que conservar la calma y seguir las instrucciones del señor Santos. Pero aún así, de vez en cuando mis ojos se llenaban de una oscuridad que iba más allá de la que se había apoderado de mi dormitorio. Buscaba la inspiración, pero también podía oler el perfume del fracaso que se abría paso por debajo de la puerta, tan invisible y al mismo tiempo tan presente como la noche. Hasta hacía unas horas, yo había sido una persona con un propósito claro en la vida; ahora, por contra, tenía la impresión de no haberlo tenido nunca, o mejor dicho, de no haber estado nunca de acuerdo con él. La razón de este repentino cambio de rumbo tenía nombre de mujer: Natalia. ¿Acaso había confundido el sueño o, por el contrario, era el sueño el que trataba de enredarme? En las actuales circunstancias, era imposible dar respuesta a esa pregunta. Tenía que resignarme, pues, a vivir momentáneamente en una nebulosa, al menos hasta que las cosas se fuesen aclarando. Claro que era a mí a quien correspondía aclarar el horizonte, por lo que lo primero que habría de hacer era afilar mi voluntad, adiestrarla para que no desfalleciera, pues no existía bruma más densa e infranqueable que la falta de confianza en uno

mismo. Al cabo, un cansancio sin esperanza me inundó por dentro y mi ánimo se tornó oscuro e inestable como una sombra. A eso de las tres y media de la madrugada rompió por fin a llover, y el ruido de la lluvia comenzó a resonar en la calle como un sollozo en una gran sala vacía. Luego, el resplandor de un lejano rayo llegó electrizado hasta mis ventanas provocando un fogonazo de luz seguido de un trueno que desgarró el aire tímidamente. Un segundo rayo, más cercano que el anterior, iluminó el contorno de la Victoria Alada que coronaba el edificio Metrópolis —que yo veía por su espalda—, confiriéndole un aspecto espectral. ¡Cuánto hubiera dado por vivir ese momento al lado de Natalia! ¡Ella, que siempre me decía que el olor que más le gustaba del mundo era el de la lluvia, hasta el punto de haber escrito a no sé qué casa de perfumes para que fabricaran uno con esa fragancia!

Aunque no era una persona supersticiosa, de camino a la Biblioteca Nacional me propuse pasar por debajo de la Victoria Alada del edificio Metrópolis, puesto que simbolizaba el triunfo. Luego me uní a aquéllos que, en gran número, se dirigían a sus trabajos. Perderme entre la multitud era una forma de no reconocer lo que estaba a punto de hacer. La lluvia también ayudaba: ralentizaba mi paso, desviaba mi atención. Una parte de mí se negaba a aceptar que fuera a «amputar» unos cuantos libros en la Biblioteca Nacional; en cambio, otra deseaba hacerlo cuanto antes, como si el trabajo a realizar consistiera en arrancar un tumor maligno de las entrañas de un enfermo. Así, pues, lo peor de todo era ponerle freno a ese estado de desdoblamiento, controlar al mismo tiempo la parte noble de mi conciencia y la estragada. Incluso llegué a preguntarme si la hostilidad que cada una de mis mitades le dispensaba a la otra tenía reflejo en mi rostro, en mi forma de caminar o de conducirme. Desde luego, nada podía haber peor para un ladrón que cargar con un estigma que, a la larga, hiciera visibles sus intenciones. En realidad, mi verdadero problema eran mis intenciones, o mejor dicho, mi falta de malas intenciones. Opté por buscar el apaciguamiento respirando acompasadamente y escudriñando cualquier cosa que pudiera distraer mi atención. A pocos metros, en el número 49 de la calle Alcalá con vuelta a la calle Barquillo, me di de bruces con las cariátides que decoraban el edificio del Instituto Cervantes, las mismas que habían sido mencionadas en la conversación que doña Consuelo había mantenido la otra mañana con la empleada de la agencia matrimonial Nazareth. Con el eco de las palabras de la portera aún en mi cabeza, concluí que, en efecto, el drapeado de los paños estaba tan ajustado al cuerpo de aquellas estatuas que era una invitación a la lascivia. Pobre Federico, me dije, cuando en realidad estaba pensando en mí, en mi desdicha. Un segundo más tarde, empecé a temer que aquellas mujeres de piedra pudieran ejercer alguna clase de maléfico influjo sobre mí, al más puro estilo de las epopeyas griegas, así que opté por acelerar el paso y

alejarme de ellas. Pero de manera casi inmediata, aquellos pasos apresurados me recordaron los golpes del cincel o de la gubia contra el mármol o la piedra que el escultor trata de modelar. Quienquiera que fuese el artista, la tarea del desbastado ya había comenzado, y de su habilidad en el cincelado iba a depender el resultado final, mi futuro, mi destino. Por ejemplo, ¿el delito que me disponía a cometer, conllevaría pena de cárcel en caso de ser descubierto? ¿Qué sería de mí si fracasaba y acababa en manos de las autoridades? Una simple detención podía ser suficiente para que me fuera denegado el visado para poder entrar en Estados Unidos.

No sé en qué momento del trayecto terminé de transformarme en una escultura, pero para cuando llegué a la altura del edificio que el BBVA poseía en el Paseo de Recoletos, a medio camino entre Cibeles y mi destino, tenía el cuerpo envarado y las piernas me pesaban como bloques de piedra y apenas si respondían a las órdenes que les enviaba desde el cerebro.

Estaba al borde del síncope cuando al arreciar la lluvia pude por fin desembarrancarme. Como una flor sedienta, el agua que caía del cielo me devolvió de nuevo a la vida, engrasó mis piernas y mi cerebro, con lo que pude afrontar el tramo que me separaba de la Biblioteca Nacional.

Delante del edificio de la Biblioteca Nacional, sentí un estremecimiento que hizo que mis tripas bailaran. La fachada de orden dórico en el piso inferior y jónico en el superior, el majestuoso frontispicio, las inquietantes mansardas que coronaban las esquinas de la construcción, la imponente escalinata, en cuyo rellano se hallaban las gigantescas estatuas sedentes de San Isidoro de Sevilla y de Alfonso X el Sabio, y unos escalones más arriba, junto a la puerta de acceso, las esculturas de Cervantes, Lope de Vega, Luis Vives y Nebrija, el conjunto resultaba tan solemne y majestuoso que mi primera impresión fue la de estar a punto de mancillar un templo y no una simple biblioteca. Nada más comencé a ascender con la sensación de estar dirigiéndome hacia el patíbulo, sentí la mirada admonitoria e inquisidora de las esculturas, como si trataran de disuadirme. Por descontado, lo que estaba contemplando era el reflejo de mi propia sugestión, pero con eso y con todo consideré oportuno acelerar el paso y subir los escalones de dos en dos. Luego, cuando me crucé con una azafata y con un vigilante que se dirigían en mi dirección con el propósito de fumar un pitillo en la calle, cambié el paso y comencé a caminar despacio. El corazón me palpitaba como si acabara de correr una prueba de atletismo.

Ya en el interior del recinto, me encontré un control de seguridad a la derecha y otro a la izquierda. Este último estaba custodiado por un vigilante jurado y para franquearlo había que pasar por debajo de un arco detector de metales. Tuve la sensación de estar entrando en un castillo inexpugnable. Vacilé un instante, lo justo para que una de las azafatas que estaba sentada en uno de los laterales me preguntara si podía ayudarme. Opté por mostrar el carné de investigador que el señor Santos me había proporcionado. La joven me dijo que me acercara, que antes de pasar por debajo del detector de metales debía mostrarle a ella la documentación así como el ordenador, en caso de que llevara. Hice un comentario afirmativo al respecto, e inmediatamente me invadió la creencia de que mis palabras crepitaban dentro de mi boca como cristales de sal puestos en una sartén al fuego. «¿Lo tiene registrado?», me preguntó a continuación. «Sí», respondí. Acto seguido, haciendo uso de un lector electrónico, leyó un código de barras que alguien de la propia Biblioteca Nacional había adherido a la panza del aparato el día en que fue registrado, y me hizo entrega de una pegatina donde figuraba la fecha y la palabra «LECTOR». «Ya puede pasar el control de metales», me conminó. Nada más salvar éste, desenganché el cierre de la cremallera y lo introduje en el bolsillo del pantalón. Entonces caí en la cuenta de que tendría dificultades para rescatar lo que llevaba en el interior de la bolsa del ordenador portátil, pero ya era demasiado tarde para enganchar de nuevo el cierre de la cremallera. Gracias a la ayuda de la mujer que estaba al frente del guardarropa, pude solventar el problema. Me dije que, por encima de todo, debía mantener la calma, no ponerme nervioso, pues en caso contrario lo más probable era que acabara dando un paso en falso. Pensé en Natalia y en el hecho de que su libertad dependiera de mi destreza, pero este pensamiento, en vez de insuflarme ánimos, aumentó mi inquietud. Era como si yo fuera el dueño de su destino y dudara de mi capacidad para encaminarlo en la dirección correcta. Al fin y al cabo, ¿qué sabía yo de robar libros? ¿Y si no daba con las páginas adecuadas? ¿Y si en vez de amputarlas las destripaba como había hecho Jack el Destripador con sus víctimas? Entonces sería responsable de lo que le ocurriera a Natalia. Además, aunque me había llevado hasta allí un propósito concreto, yo seguía careciendo de maldad incluso ahora que mis intenciones no eran limpias. Aún tuve que sortear un segundo control, donde me fueron registrados todas y cada una de las hojas que llevaba, antes de encontrar por fin el camino franco.

Nada más atravesar el Salón Italiano, de cuyas paredes colgaban algunos retratos de quienes habían obtenido el Premio Cervantes, me topé de pronto

con la Sala General de Lectura, que me pareció mucho más grande de lo que había imaginado. Por la gigantesca claraboya del techo se precipitaba una cascada de luz azulada —daba la impresión de que las nubes estuvieran atravesando el cristal— que, como si siguiera las normas de comportamiento exigidas a quienes hollaran el recinto, rebotaba contra el suelo con monacal silencio. Las pinturas del techo y las ornadas paredes, así como los pupitres de madera, con aspecto de púlpitos, parecían originales. En cuanto a las enormes librerías que revestían la sala, llamaba la atención la filigrana del balconcillo de hierro forjado que las coronaba.

En cuanto tomé asiento en el pupitre 190, después de haber entregado mi carné y solicitado los tres primeros volúmenes de la obra de Estébanez Calderón editada por Usoz, recuperé mi capacidad de decisión y repasé mentalmente los pasos a seguir. Tendría que actuar con apremio, pero al mismo tiempo con suma cautela.

Mientras aguardaba a que me fueran entregados los libros solicitados, revisé la lista de títulos de Serafín Estébanez Calderón que el señor Santos me había proporcionado y sus correspondientes signaturas: *Poesías del Solitario*; *Cristianos y moriscos: novela lastimosa*; *El collar de perlas*; *Los costumbristas*; *De la conquista y pérdida de Portugal*; *Escenas andaluzas*; *Manual del oficial en Marruecos o cuadro geográfico, estadístico, histórico, político y militar de aquel imperio*; *Los tesoros de la Alhambra*, etc. De éstos, en realidad, no había más de dos o tres títulos de nuestro interés, puesto que lo que había hecho Usoz era distribuir gran parte del material a encuadernar en distintos ejemplares de un mismo título. Un detalle que podía hacer sospechar al personal bibliotecario, dado que me veía en la tesitura de tener que solicitar varios ejemplares de la misma obra. Pensé que tal vez debía inventarme una respuesta para el supuesto de que alguien me preguntara, pero en principio no se me ocurrió ninguna. Los libros que había solicitado estaban editados por la misma persona, en la misma fecha, pertenecían a la misma tirada y hasta era de sentido común que contuvieran también las mismas erratas, ¿cómo podría justificar, pues, haber solicitado idéntica obra tres veces al mismo tiempo, y el doble de veces en las peticiones de la reserva? De ninguna manera. Pero como suele pasar, tanta suspicacia era cosa mía. Las probabilidades de que alguien reparara en mi insólito interés por una misma obra eran ínfimas, por no decir nulas.

Cuando por fin la pequeña bombilla que había en la parte superior de la mesa se encendió y comenzó a parpadear en señal de aviso, el corazón me dio un vuelco. Me levanté portando la tarjeta en la que figuraba el número de mi

pupitre, y me acerqué hasta el mostrador de entrega. Mientras mis manos se prestaban a recoger los tres libros solicitados, tuve que apretar las mandíbulas y forzar una rigidez cadavérica para que mi cuerpo no se deshiciera en temblores. Luego, pegué los libros a mi pecho, con el ingenuo propósito de que amortiguaran el galope de mi corazón cabalgando en su interior, y regresé al pupitre de lectura.

Fue entonces cuando emprendí un reconocimiento exhaustivo de aquellos libros, pese a que mi desconocimiento en materia bibliográfica era palmario. Pero no buscaba yo unos libros bellamente encuadernados, con papel de hilo, tipos limpios, grandes márgenes y exquisita maquetación, sino los restos de un naufragio. Sin embargo, el aspecto de aquellos libros era corriente. Nada en ellos llamaba la atención o desentonaba. Incluso parecían humildes en comparación con los volúmenes que manejaba la gente que había sentada a mi alrededor. Otro tanto ocurría con el interior. El papel había perdido su blancura y adquirido una tonalidad marfileña semejante a la de un diente postizo, y su tacto era rugoso y áspero. La encuadernación, aunque de buena calidad, tampoco era sobresaliente si la comparaba con otros ejemplares que había tenido la oportunidad de contemplar en casa o en la librería del señor Santos. Los caracteres, eso sí, del tipo bodoni, eran idénticos a los que había visto en las hojas que Natalia me había mostrado.

Comencé a pasar páginas, al tiempo que realizaba una lectura transversal del texto, en busca de una frase que desentonara del resto. En mi opinión, el estilo de Serafín Estébanez Calderón, arcaico y relamido, era por sí mismo un lastre estético insalvable para el lector medio. En cuanto a su temática, repleta de estampas e imágenes costumbristas, rayaba, según qué pasaje, en lo pintoresco. Uno tenía la impresión de estar leyendo la obra de un favorecido que realiza una vivisección de la sociedad de su tiempo desde la atalaya que le otorga su posición de privilegio. Al parecer, Estébanez Calderón había sido siempre un hombre linajudo, orgulloso del lugar que le correspondía en la sociedad a pesar de no poseer fortuna propia —gracias a su matrimonio llegó a emparentar con el marqués de Salamanca, uno de los hombres más ricos e influyentes de su época—, y ese afán de presunción se traslucía claramente en su forma de escribir, que destilaba un exceso de ínfulas. Todas esas impresiones desaparecieron abruptamente al abrir la página 132.

Entonces, leí:

## **Inauguración de la Biblioteca Nacional**

**Madrid. 16 de marzo de 1896**

Para el conde de Saint-Germain, la inauguración de la Biblioteca Nacional de Madrid era más un alumbramiento que otra cosa. Claro que el embarazo había durado treinta años, los mismos que habían transcurrido desde que Isabel II pusiera la primera piedra del edificio, el 21 de abril de 1866. En este tiempo, había ocurrido de todo. La reina había sido expulsada del país, abriéndose un sexenio revolucionario. Se había traído a un rey extranjero primero, y más tarde, tras la renuncia de éste después de ser objeto de un atentado en plena calle, se había instaurado una república, para al final pedirle al hijo de la reina destituida que asumiera las riendas de la nación. Ahora el país estaba en manos de la mujer de éste, María Cristina, quien aguardaba el momento de entregarle el poder al pequeño rey Alfonso XIII, que aún no había cumplido los diez años. Pero así era España. Un país en el que los cambios se producían sólo en apariencia. En muchos casos, la agitación política tenía como consecuencia inmediata la paralización de las obras del Palacio de Museos, Archivos y Bibliotecas Nacionales. En otros, la culpable de la ralentización de las mismas era la mala situación económica del país.

Ni siquiera el entusiasmo que Saint-Germain ponía a favor de aquel proyecto, ya fuera con la aportación de capital a fondo perdido o con la compra de bibliotecas enteras que luego donaba al Estado español, habían logrado revitalizar las obras.

Así las cosas, el arquitecto Jareño había tenido tiempo para morir, como le gustaba decir a Saint-Germain. El contratiempo había obligado al aristócrata a estrechar lazos con el nuevo arquitecto asignado para completar el proyecto: don Antonio Ruiz de Salces.

Más receptivo que Jareño, Ruiz de Salces había comprendido de inmediato la importancia de lo que Saint-Germain le proponía.



Gracias a que 1892 estaba próximo, año del IV Centenario del descubrimiento de América, y a que se necesitaba un espacio de grandes dimensiones que estuviera a la altura de la efeméride, las obras del Palacio de Museos, Archivos y Bibliotecas Nacionales tomaron un nuevo y definitivo impulso.

Saint-Germain no sólo se alegró, sino que se ofreció voluntario para «arrimar el hombro», eso sí, renunciando a su salario.

Su ímpetu y disciplina como obrero de la construcción hizo que su fama aumentara y que su retrato apareciera en todos los periódicos que se publicaban en el país. Titulares como: «He decidido echar una mano porque empezaba a creer que las obras del Palacio de Museos, Archivos y Bibliotecas Nacionales iban a ser eternas como yo», o, «Saint-Germain: mi sueño es levantar un edificio inmortal que se convierta en el corazón de Madrid», estaban a la orden del día.

Ningún albañil era tan hábil como él con la espátula; ningún trabajador se aclimatava mejor a las cambiantes condiciones meteorológicas. Y de entre los cientos de obreros que participaban en la construcción de aquel gigantesco palacio, Saint-Germain fue el único que no faltó por enfermedad o perdió un minuto en comer o solazarse. Tanta llegó a ser su fama de hombre duro y resistente que sus compañeros acabaron bautizándole como «El hombre de hierro», pues siguiendo las nuevas corrientes arquitectónicas, el hierro era uno de los materiales predominantes en el edificio.

Además, Saint-Germain creó su propio sindicato y se ocupaba personalmente de organizar las cuadrillas de trabajadores según las habilidades de cada cual, de modo que las piezas de aquella gigantesca maquinaria encajaran a la perfección. Las obras avanzaron en las siguientes semanas de manera tan significativa que hasta el propio Consejo de Ministros se interesó en las fórmulas aplicadas por Saint-Germain, que ufano aseguró haber participado varios miles de años antes en la mayor obra civil levantada por el ser humano: la pirámide de Keops.

Ahora, mientras aguardaba la llegada de la regente y del pequeño rey, se entretuvo leyendo con delectación el artículo aparecido en el diario *La Época* dos días antes, pues la admiración vertida por el cronista equivalía a reconocer su dedicación, su esfuerzo, su éxito en suma:

*El lunes próximo se verificará la apertura del nuevo edificio de la Biblioteca Nacional. El hermoso palacio en donde se celebró la Exposición Universal, es ya el palacio del libro, monumento digno, él de piedra, de los monumentos escritos que en él se contienen.*

*Con orgullo lo decimos, la Biblioteca Nacional, tanto por las proporciones y grandiosidad del edificio, como por lo cómodo y bien dispuesto de las instalaciones, como, finalmente, por el número de sus volúmenes (un millón, si se cuentan los folletos y manuscritos), puede figurar dignamente entre las mejores de Europa.*

*Desde luego llama la atención de quien visita el salón del centro, vasto como una plaza, perfectamente decorado, rodeado de elegantes armarios, repletos de libros y poblado de mesas, en forma de doble plano inclinado, a cuyos lados están colocados grandes atriles de hierro contruidos de manera que puede fácilmente hacerseles girar para mayor comodidad del lector.*

*La impresión que se recibe cuando se sale de este salón, por la puerta del fondo, es semejante a la que se experimenta al visitar el entrepuente de un trasatlántico. Toda la armazón de esta parte del edificio, lo mismo que las estanterías, es de hierro pintado de blanco; escaleras del mismo metal ponen en comunicación todos los pisos, seis nada menos, y desde la planta baja hasta casi el alero del tejado, sólo se ven libros y más libros, perfectamente colocados con arreglo a un catálogo numérico.*

*Recorrer todas las demás salas de la Biblioteca equivale a hacer un viaje, para el cual es necesario un guía experto. En la sala del Índice, grandes cajas contienen las papeletas en que están anotadas las obras; hay otra sala donde se encuentran colocadas, en magnífico estante, multitud de ediciones de las obras de Cervantes.*

*Por cierto que este salón reclama a toda prisa un toldo que mitigue la luz intensa que penetra en él por una grandísima claraboya. La sala de los manuscritos, la de libros raros, la de geografía, la de varios y otras muchísimas, excelentemente decoradas y en las que se advierte el orden más escrupuloso, con mobiliario cómodo y elegante y con excelente luz, convidan a la lectura y al estudio.*

*En grandes escaparates pueden verse verdaderas joyas bibliográficas, tales como incunables, manuscritos de los más ilustres escritores, láminas grabadas por los más célebres artistas, encuadernaciones que son verdaderas obras de arte, mapas antiguos, pergaminos y vitelas que ostentan primorosas pinturas, un verdadero tesoro expuesto a la vista de cuantos visitan la Biblioteca...*

Ni siquiera la pésima redacción del artículo alteró al conde, pues lo único que deseaba era que la regente y el niño rey bajaran el telón de una vez, por así decir, para comprobar de primera mano que todo se había hecho según lo previsto.

Cuando al cabo de las horas Saint-Germain pudo por fin sentarse en uno de los puestos de lectura, sintió un gran alivio. Sí, todo parecía estar en orden. Los libros de los que era custodio estarían seguros en aquella biblioteca de dimensiones gigantescas.

Después de sacar un pequeño ejemplar que llevaba oculto en el forro de su levita, masculló para sí, pero como si estuviera hablando con el libro:

—Tú serás la primera aguja en este pajar.

La primera impresión que tuve fue la de estar leyendo un capítulo de una novela por entregas, pero al pasar la página para cerciorarme de que se trataba del fragmento que buscaba, que la pluma de Serafín Estébanez Calderón no estaba detrás de aquella escena, tan ajena por otro lado a su estilo y a su temática, me encontré con este otro texto:

*Acabas de leer y te sientes desconcertado, así que lees y relees una y otra vez. El texto parece, en efecto, dirigido a ti. Es el que persigues. El que has de sustraer. De nuevo te asalta la sensación de que te están engañando, tal vez incluso de que alguien te vigila, pero aún así sabes que seguirás adelante. Has empezado a aceptar que la literatura pueda ser un complot contra la realidad. Hasta es posible que sea cierto que formes parte de un libro, que seas uno de sus protagonistas. El libro, por tanto, parece haberse apoderado de tu vida. Ahora te invade otra clase de miedo: temes no poder salir del laberinto. Piensas que necesitas a Ariadna para salir de él, pero es precisamente a Ariadna a la que buscas. Sabes que sólo si ella te entrega un ovillo de hilo, el laberinto perderá su secreto para ti. Lo más curioso de todo es que hasta hace poco el catálogo bibliográfico de la Biblioteca Nacional se llamaba así, Ariadna, como la dueña del laberinto donde te hallas. De modo que Ariadna y Natalia son ahora la misma persona, simbolizan la misma cosa. Comprendes entonces que has de hacer lo mismo, transformarte en Teseo. Sólo así tendrás alguna posibilidad de éxito. Pepe Dalmau en el papel de Teseo. Recuerdas que tú mismo has asegurado disponer de una armadura, y determinas hacer uso de ella en caso de ser necesario. Pero para poder representar un rol tienes primero que aprenderte el Sí, la única forma de llegar hasta Ariadna son las palabras, ellas conforman el ovillo que ha de conducirte a la salida, puesto que son las que te han traído hasta aquí...*

Cerré aquel libro como quien entorna la puerta de una catedral tratando de huir en plena celebración litúrgica sin ser visto. Le han pedido que tenga fe y, en cambio, ha sentido un miedo atroz, pues es de él de quien hablan las Sagradas Escrituras. Sí, no cabía ninguna duda, yo era el destinatario de aquel mensaje, que se expresaba como un oráculo. Incluso reflejaba los pensamientos que mi cabeza generaba al mismo tiempo que analizaba lo que estaba leyendo. La impresión que me causó fue tan grande que incluso llegué a considerar la posibilidad de que el señor Santos estuviera en lo cierto, y que fuera el tiempo, en su circularidad, el artífice de aquel truco de prestidigitación. Levanté la vista convencido de que quienes se encontraban a mi alrededor habían oído el portazo. Nada más lejos de la realidad: cada cual estaba abstraído en sus asuntos, con la cabeza gacha y la mirada clavada en el libro que tenía delante de las narices.

No sabía cómo interpretar lo que acababa de leer, así que aparté el libro y me dispuse a enfrentarme al resto de volúmenes que había solicitado. Encontré el mismo lenguaje enjaezado con guirnaldas e idéntico pavoneo en el segundo volumen. De nuevo, la empalagosa y altiva narración hizo que mis

ojos resbalaran de una línea a otra, de un párrafo a otro, casi de puntillas. En este caso, encontré el texto que buscaba en la página 139.

**Abadía benedictina de Saint-Gall. Cantón de Saint-Gall****Futura Suiza. 5 de mayo de 926**

El príncipe Rakoczi de Transilvania, quien luego sería conocido como conde de Saint-Germain, llegó a la abadía de Saint-Gall horas después de que se hubieran apagado los últimos rescoldos del incendio que había asolado el lugar. El aire fresco aún olía a humo y a carne quemada, y por temor a que pudiera transportar restos de ceniza, se sacudió el impoluto uniforme militar que vestía. Era el último de la horda de caballeros magiars que habían pasado por aquellas tierras en dirección al corazón de Europa, quemando campos y edificios, violando mujeres y apropiándose de cuantas riquezas quedaban al alcance de la vista.

La misión del príncipe Rakoczi, en cambio, era completamente diferente a la de sus camaradas de armas. No buscaba oro, piedras preciosas o telas de finos brocados, sino que iba detrás de una señal: un cadáver. Empresa harto complicada teniendo en cuenta que la ferocidad de las huestes magiars —a quienes los lugareños confundían con los mismísimos hunos— había sembrado el campo de cuerpos desmembrados, irreconocibles. Claro que el cadáver que buscaba pertenecía a una mujer, a una monja de cuerpo menudo llamada Wilborada, que durante los últimos años había estado a cargo de la biblioteca de la abadía de Saint-Gall, y ese detalle podía facilitar su labor.

Trazó un círculo en derredor del campo asolado y fue estrechando el cerco conforme iba desechando los cadáveres de los varones, que eran mayoría.

Al cabo encontró los restos de la monja sobre un montículo. Al igual que había ocurrido con Hipada de Alejandría, el cuerpo de Wilborada había sido quemado y su piel arrancada con caracolas afiladas, el instrumento que se empleaba precisamente para borrar los escritos.

El príncipe Rakoczi sabía que Wilborada había tenido un sueño premonitorio el primero de mayo, un día antes de la llegada de los caballeros

magiares, y que, en consecuencia, había dispuesto de tiempo suficiente para enterrar los rollos y pergaminos justo debajo de donde yacía su cadáver.

Tras apartar los despojos de la mujer con la punta de su espada y horadar un pequeño agujero sobre un lecho de tierra removida, el príncipe Rakoczi escarbó con las manos durante un buen rato, hasta que sus dedos tropezaron con el pergamino del *Whaltarius*, el poema épico inspirado en las tradiciones germánicas que el abad Ekkelard había compuesto un año antes. Aquel pergamino era la punta del iceberg de lo que había ido a buscar. Por primera vez desde que llegara a Saint-Gall, notó que su corazón se aceleraba e inspiró el aire del lugar sin reservas, sin importarle el olor a carne quemada o las partículas de cenizas. Por último, se precipitó sobre el botín como una hiena sobre las entrañas de su presa. Le esperaban los cientos de manuscritos que durante el gobierno del abad Reichenau habían copiado amanuenses irlandeses y sajones. Un tesoro espiritual de un valor incalculable que la monja Wilborada se había encargado de poner a salvo.

A vuelta de página, me di de bruces con este otro texto:

## 13 bis

### **Curtiduría de Meudon. Oeste de París**

**Francia. Febrero de 1794**

Como toda curtiduría, la de Meudon olía a piel fermentada en curtientes. Saint-Germain, que en esos días respondía al nombre de Damien Pineau, abominaba del lugar, máxime cuando Robespierre y sus jacobinos habían ordenado sustituir la materia prima original, es decir, la piel animal, por piel humana. Según la propaganda del régimen, interesado en mantener aterrorizados a los enemigos del pueblo, la piel de los guillotinado era tratada y utilizada para encuadernar libros, trabajo que había recaído en monsieur Donatien Mercier, el mejor encuadernador de libros de París. Naturalmente, Mercier, el encuadernador preferido por la aristocracia, había sido obligado a realizar semejante trabajo bajo amenaza de ser guillotinado y su piel utilizada para encuadernar la vasta enciclopedia de Denis Diderot. Mercier y Saint-Germain habían tenido tratos comerciales cuando el encuadernador ejercía su profesión libremente y las guardas de sus libros se habían ganado la fama de ser las más hermosas de Francia. Sin embargo, desde que Mercier fuera confinado en aquel lugar, no habían vuelto a tener contacto por una cuestión de seguridad. Tenía que existir una razón de peso, por tanto, para que el encuadernador le hubiese hecho llegar una nota para que se encontrara con él en aquel lugar.

—Los nobles franceses se reían de las teorías de Rousseau, pero al final sus pieles han servido para encuadernar la segunda edición de su libro —dijo Mercier al tiempo que señalaba una mesa llena de libros—. Es prodigioso cómo os trata de bien el paso del tiempo, querido conde. Cualquiera que os conociera como yo desde hace más de veinte años, diría que habéis alcanzado un pacto con el diablo. Yo, en cambio, cada día que pasa me siento más ajado.

En efecto, la piel del encuadernador parecía apergaminada y deslucida, como las guardas de un libro demasiado viejo o demasiado usado.

—No me llaméis conde. Ahora soy monsieur Damien Pineau —corrigió Saint-Germain al encuadernador.

—Perdonad mi torpeza.

El taller de encuadernación ocupaba una pequeña sala anexa a la curtiduría propiamente dicha, separada de ésta por un bastidor sin puerta que dejaba a la vista las entrañas del local.

—Este lugar es, sin duda, el más infame que jamás haya pisado —observó Saint-Germain—. Su nauseabundo olor parece fragancia de rosas si lo comparamos con el hecho de que el hombre se dedique en nuestros días a encuadernar los libros que encierran su sabiduría con la piel de sus semejantes. Hay algo verdaderamente vesánico en todo ello.

—Esa piel de ahí, vaya usted a saber a quién perteneció, me servirá para encuadernar ejemplares de la nueva Constitución. Y ésa de ahí...

—Espero que no me haya hecho venir hasta aquí para enseñarme el catálogo de nuevas obras encuadernadas en piel humana ordenado por los jefes de la Revolución —interrumpió Saint-Germain el discurso de su anfitrión.

—No, querido Pineau, le he hecho llamar por otro motivo. Como imaginará, después de ser decapitados, los cadáveres nos son entregados a veces en un estado verdaderamente lamentable. Los lavamos y cuidamos antes de proceder a... En definitiva, ayer recibimos un cuerpo muy especial y me gustaría que le echara un vistazo.

Al levantar la cabeza, Saint-Germain se percató de que en el local contiguo, además de media docena de hombres trabajando, había bancos de descarnar, pieles colocadas sobre bastidores, cubetas llenas de curtiente, y numeroso instrumental desperdigado en mesas y taburetes. Pero incluso esta visión, que vino a empeorar la impresión del conjunto, quedó en suspenso cuando tuvo delante de sí el cadáver del hombre decapitado que Mercier quería mostrarle. En un primer momento pensó que tenía la piel llena de excoriaciones, pero en cuanto se aproximó hasta quedar a poco más de un palmo, se percató de que la piel de aquel hombre, fuera quien fuese, estaba escrita. Los caracteres, de diminuto tamaño, aparecían tan pegados los unos a los otros que dificultaba la transcripción, por lo que hubo de invertir tres o cuatro minutos hasta que logró desentrañar aquel. Entonces exclamó:

—¡Este hombre lleva escrito en la piel fragmentos del grimorio de San Cipriano de Antioquía! ¡Todo un tratado para pactar con potencias sobrehumanas!



—Sé qué clase de libros os solían interesar antes de que todo se derrumbara, así que cuando logré descifrar las primeras líneas, pensé de inmediato en vos. Lo más sorprendente es que el texto no ha sido escrito con tinta, sino con su propia sangre. Además, no ha sido escrito tópicamente, sino tatuado. Le recomiendo que ahora le dé la vuelta al cuerpo.

Saint-Germain obedeció sin dilación.

Tras realizar un nuevo escrutinio, dijo sin ocultar la excitación que aquella visión le provocaba:

—¡Es el *Libro de la Magia Sagrada de Abra-Merlín el Mago*! ¿Quién es este hombre?

—Me temo que sólo sea un libro sin cabeza, si me permite el juego de palabras —observó Mercier—. Para conocer su identidad, no tendrá más remedio que consultar la lista de decapitados del día de ayer. Pero aún así le será difícil relacionar un nombre con el cadáver. En la mayoría de los casos, los cuerpos que llegan hasta nosotros son los de aquéllos a los que nadie ha reclamado, que son casi todos, ya sea porque no tienen familiares vivos o porque éstos no quieren significarse por temor a correr la misma suerte que sus allegados.

—De todos modos consultaré esa lista.

—¿Qué quiere que haga con él? Podría mandar que limpiaran la piel a fondo, aunque no quedaría bien del todo. Por otro lado...

—Bueno, es la primera vez que veo fragmentos de dos libros de magia impresos en la piel de un hombre. El valor de esas obras es indudable... De hecho, las he estado buscando durante mucho tiempo... ¡Qué demonios! Si la arrancáis y la convertís en un pergamino, yo me quedaré con la piel del desconocido.

—Así lo haré. Aunque tardaré algunas semanas, ya que tendré que trabajar de noche, mientras duermen los comisarios políticos de la revolución —concluyó el encuadernador.

En la calle, Saint-Germain recibió con alivio una ráfaga de aire gélido que le dejó sin aliento.

Decidí tomarme un descanso y bajar a la cafetería para digerir lo que acababa de leer. Entre bocado y bocado, llegué a la conclusión de que lo más conveniente era no tratar de encontrar una explicación lógica a lo que estaba leyendo, primero porque no la había y segundo porque aumentaba mi desconcierto, me sugestionaba y, en consecuencia, me hacía más vulnerable. Por encima de cualquier otra consideración, lo más importante en aquel momento era arrancar aquellas páginas y esconderlas en el vientre del

ordenador que portaba conmigo, así que mi obligación pasaba por mantener la cabeza fría.

Aún tuve tiempo de examinar el tercer volumen antes de proceder a amputar. En este caso, el texto rezaba:

**Aeropuerto de Nuuk. Groenlandia****10 de noviembre de 2007**

Al inspector jefe Martín Sammartino no se le daban bien las despedidas. Si como aseguraba el doctor Arregui, al que había seguido consultando desde Nuuk a través de una *webcam*, todos representábamos un papel en cada momento de la vida, unos disfraces sentaban mejor que otros. De modo que si un disfraz nos apretaba demasiado o, por el contrario, nos quedaba demasiado holgado, lo cambiábamos. Al fin y al cabo, como había dicho Chesterton, cada cual se disfrazaba de aquello que era por dentro.

Sammartino llevaba dos años y medio disfrazado de «hombre que trata de recuperar la estabilidad mental perdida», y ahora temía que los problemas volvieran a aflorar a su regreso a España.

Afortunadamente para él, Aquí (su nombre completo era Aquiqiarjuk y significaba «la pequeña gaviota»), la mujer de la que tenía que despedirse, tampoco era muy dada a los sentimentalismos.

El pasado de Aquí también tenía su lado oscuro, y se remontaba a la II Guerra Mundial, cuando su abuela, una inuit afincada en Copenhague, cayó en manos del médico nazi Carl Vaermet. Durante tres meses, fue obligada a fornicar todos los días con un homosexual de Lyon, quien a su vez había tenido que presenciar cómo el hombre con el que mantenía una relación sentimental era mordido hasta la muerte por media docena de pastores alemanes, después de que le fuera cubierta la cabeza con un cubo. Una escena que había sido filmada y que Vaermet proyectaba regularmente a sus cobayas con el propósito de someterlas psicológicamente. Fruto de aquella unión había nacido la madre de Aquí, quien a su vez acabó casándose al cumplir los veintiún años con un meteorólogo danés destinado en Nuuk. Pese a que Aquí tenía por tanto sangre inuit, danesa y francesa, detestaba a los daneses, incluido su padre, y, por extensión, a todos los europeos. Algo que tenía que

ver con las reivindicaciones nacionalistas de los groenlandeses, que habían cobrado auge después de finalizada la II Guerra Mundial.

Sammartino y Aquí se habían conocido en el hotel Sheraton de Copenhague, en el mes de septiembre de 2004. Sammartino había viajado hasta Copenhague siguiendo la recomendación de su psiquiatra (quien tras finalizar cada nueva sesión le repetía la misma frase de Anatole France: «Viajar no para cambiar de lugar, sino para cambiar de ilusiones y de prejuicios»). Aquí, en cambio, estaba allí por trabajo. Era la encargada de un programa científico de la FAO que se estaba llevando a cabo en Groenlandia, y que consistía en poner a prueba la resistencia de determinados alimentos que se cultivaban en la zona templada del planeta en condiciones de frío extremo. Cuando se conocieron en el bar del hotel, Aquí pasó toda la velada hablando de una proteína llamada Vip3A, y defendiendo que la primera revolución genética se había producido durante el Neolítico, cuando los seres humanos comenzaron a domesticar plantas y animales, de modo que rasgarse las vestiduras en contra de los alimentos transgénicos era un acto de ignorancia. «Todos los alimentos que comemos, absolutamente todos, han sufrido alguna clase de mutación genética», repitió varias veces con vehemencia mientras sus pequeños pechos subían y bajaban dentro de su camisa. A Sammartino la genética de los alimentos no le interesaba en absoluto, pues tenía bastante con reunir las fuerzas suficientes para alimentarse como era debido. En cambio, le llamó poderosamente la atención el rostro de aquella mujer que tenía aspecto de cuadro cubista, ya que ningún rasgo de su fisonomía encajaba con el siguiente. Los motivos que le condujeron esa misma noche desde la barra del bar hasta el dormitorio de Aquí le resultaban tan confusos como su decisión posterior de seguirla hasta su tierra. Tal vez la respuesta estuviera en el hecho de que formaban una pareja de amantes desventurados y que, sobre esa certeza, se había establecido entre ellos cierta ternura cómplice. En realidad, lo único que Sammartino tenía claro era que había llegado a Copenhague huyendo, y dentro de ese proceso Groenlandia era un destino tan bueno como cualquier otro. O mejor dicho, era el destino perfecto para un hombre deprimido que fingía hacer el esfuerzo de querer dejar atrás la enfermedad de la depresión. En Groenlandia había poca gente, hacía mucho frío y la noche polar duraba unos cuantos meses. Una clase de mundo tan diferente al que conocía que, cuando menos, le brindaba la oportunidad de sentirse distinto. Y así fue. A los tres meses había cambiado tanto que hasta se había enamorado perdidamente de aquella mujer que, como él, desconfiaba del amor en la misma medida que de los

hombres. Por alguna razón, el hecho de que Sammartino no pudiera reír hizo que Aquí lo tomara en serio. Aquel hombre no era como los demás que había conocido. Ni siquiera parecía un europeo convencional, con su piel de color oliváceo y su cabello negro y ensortijado. El hecho de que tuvieran que comunicarse en inglés también había ayudado a fortalecer la relación, pues el dominio que Sammartino tenía de esa lengua era tan precario que a Aquí le resultaba romántico. Era como si aquel hombre surgido de la barra de un bar careciera de la capacidad para ironizar o para hablar con dobleces. Su lenguaje se reducía a liases directas y sencillas. Claro que allí donde no alcanzaban las palabras llegaban las caricias, los besos y los abrazos. Aquí interpretaba aquel lenguaje de gestos como una vuelta a la naturaleza, a otros tiempos, cuando la comunicación entre las personas carecía de la sofisticación de la civilización. Para Sammartino, en cambio, su incapacidad para comunicarse con fluidez le provocaba frustración, y durante los frecuentes viajes que Aquí realizaba por la costa occidental del país, él pasaba horas y horas leyendo libros en inglés para principiantes que tomaba prestados en la biblioteca pública de Nuuk, y tratando de recordar frases que le sirvieran para mantener una comunicación más fluida. *I can't, It's all right, That's great.*

Ahora los dos estaban frente a frente, como dos cazadores de focas que acaban de abrir un agujero en el hielo y han de permanecer inmóviles durante horas. El simple hecho de cambiar el peso de una pierna a otra puede hacer que el hielo vibre y que el animal huya.

En esta ocasión mi sorpresa fue mayúscula, pues el texto ni siquiera mencionaba el nombre de Saint-Germain. ¿Quiénes diablos eran el inspector jefe Martín Sammartino y la mujer llamada Aquí? ¿Por qué aparecían en *La biblioteca?*, me pregunté. Era evidente que estaba llevando a cabo la selección de libros de manera aleatoria, lo que suponía una dificultad añadida a la hora de encontrarle un sentido lógico a la narración, más aún teniendo en cuenta la fecha que figuraba en el encabezamiento del capítulo: 10 de noviembre de 2007. Es decir, dos años antes del secuestro de Natalia y de mi implicación en el robo de *La biblioteca*.

No sé cómo pude sustraerme a todo lo que había leído, pero lo conseguí. No era el momento de dejarme amedrentar o de sufrir un nuevo ataque de apocamiento, sino de pasar a la acción. De modo que, por tercera vez, cerré de golpe la puerta de aquella catedral, como si la ceremonia que se estaba oficiando en su interior no tuviera que ver conmigo, con la fe que yo

profesaba. Aunque he de reconocer que, en esta ocasión, experimenté una sensación más aterradora si cabe, como si hubiera logrado cerrar justo a tiempo las compuertas de una presa a punto de desbordarse.

Acuné los tres volúmenes en mi regazo y me dirigí hacia el Salón Pequeño, mi quirófano particular, caminaba a pasos cortos, rectos y lentos, cual funambulista que se deslizara a través del hilo de alambre sin red. Los propios libros me servían de barra para mantener el equilibrio, y de vez en cuando miraba en uno u otro sentido, pues temía que alguien pudiera descubrir mis intenciones con sólo reparar en la expresión de mi rostro.

Un minuto más tarde tenía apoyados los tres libros sobre la mesa de operaciones, una amplia balda en realidad, flanqueada por enciclopedias y clásicos latinos. Cogí un tomo de la Espasa al azar y lo abrí de par en par, como si se tratara de una ventana por la que respirar aire fresco, saqué el cierre de la cremallera del bolsillo con disimulo, manteniéndolo dentro del puño, y acto seguido hice lo propio con el primer volumen que había leído: lo abrí y lo coloqué junto al lomo de la enciclopedia. Acomodé el filo del cierre de la cremallera de tal forma que pudiera cortar con él, eché un vistazo al tomo abierto de la Espasa, como si en verdad estuviera realizando una consulta y, sin solución de continuidad, volqué mi cuerpo sobre el libro de Estébanez Calderón y hendí la cuchilla en su carne. La amputación resultó rápida y limpia, y tan atemorizado estaba que incluso me sorprendió el resultado incruento de la misma, como si esperase que el libro fuese a proferir un alarido de dolor o a sangrar al sentir el contacto con el afilado acero. Sin siquiera comprobar el resultado, realicé la misma operación en otras dos ocasiones.

De regreso a mi pupitre, procedí a abrir las obras por los capítulos mutilados y a colocar sobre ellos varios de los folios que llevaba supuestamente para tomar notas. Luego deslicé furtivamente a su vez las hojas cortadas, que junto con el ordenador fueron a parar a la bolsa de plástico transparente.

Fue entonces cuando caí en la cuenta de que aún me faltaba por consultar un cuarto volumen, según lo previsto. Ni corto ni perezoso, devolví las tres obras mutiladas, solicité el nuevo libro y aguardé pacientemente hasta que la pequeña luz del pupitre comenzó a parpadear en señal de aviso.

**Jermyn Street, n.º 15. Londres****Verano de 1840**

El fiel Benjamin B. Wiffen llegó al domicilio de don Luis Usoz en un estado de excitación impropio en él, pero que tenía una justificación: creía haber comprado en nombre de su buen amigo español el libro más extraordinario de cuantos podían adquirirse en una librería de Londres. Ni siquiera su dificultad para leer en castellano le había impedido reconocer lo que parecía claro: aquel libro estaba escrito con un estilo completamente diferente al de otras obras que había intentado leer en esa lengua. Por no hablar de su contenido, puesto que había reconocido su propio nombre impreso en uno de sus capítulos. Estaba hojeando el libro, cuando al abrir la página 153 leyó su nombre: Benjamin B. Wiffen. También reconoció el nombre de don Luis Usoz, el polígrafo español para el que trabajaba barriando las librerías de Londres en busca de joyas bibliográficas que engrandecieran la colección de libros prohibidos y heterodoxos que su jefe pretendía reunir.

La comunión entre los dos hombres era tal que cuando Wiffen alargó la mano para entregarle el libro ninguno de los dos pronunció palabra alguna. No obstante, la expresión soñadora de Wiffen bastaba para sugerir lo que el bibliófilo quería escuchar, aunque fuera sin palabras: había dado con una obra de sumo interés.

Don Luis Usoz, hombre íntegro de carácter meticuloso y de insaciable apetito bibliográfico, clavó sus negros y vivaces ojos en las guardas del libro, para al cabo de unos segundos encorvar la espalda, que siempre mantenía erguida salvo cuando caía en sus manos una obra singular, ora por su encuadernación, ora por su contenido. Era la señal que indicaba que para él, el mundo había perdido su redondez y adquirido la forma de un libro. Absorto en la contemplación del ejemplar permaneció un rato indeterminado, en el que el único ruido que pudo oírse en la estancia fue el del roce de las páginas

cuando, antes de caer de un lado u otro, se batían como alas de mariposa al contacto con las yemas de los dedos.

—¿Dónde habéis encontrado este libro, amigo Wiffen? —preguntó Usoz con tono grave.

—En la librería Road. Aunque, a tenor de lo que cuenta el libro, no estoy muy seguro de quién ha encontrado a quién, si yo a él o él a mí.

—Veamos quién es el impresor.

—Pickering, el impresor es Pickering —se adelantó Wiffen—. En cambio, no hay rastro del editor ni del autor.

Usoz, cuya curiosidad intelectual no tenía límites, pero quien también sabía mostrarse desdeñoso y suspicaz con aquéllos que pretendían engañarlo, leyó en voz alta:



**Jermyn Street, n.º 15. Londres****Verano de 1840**

El fiel Benjamin B. Wiffen llegó al domicilio de don Luis Usoz en un estado de excitación impropio en él, pero que tenía una justificación: creía haber comprado en nombre de su buen amigo español el libro más extraordinario de cuantos podían adquirirse en una librería de Londres. Ni siquiera su dificultad para leer en castellano le había impedido reconocer lo que parecía claro: aquel libro estaba escrito con un estilo completamente distinto al de otras obras que había intentado leer en esa lengua. Por no hablar de su contenido, puesto que había reconocido su propio nombre impreso en uno de sus capítulos. Estaba hojeando el libro, cuando al abrir la página 153, leyó su nombre: Benjamin B. Wiffen. También reconoció el nombre de don Luis Usoz, el polígrafo español para el que trabajaba barriendo las librerías de Londres en busca de joyas bibliográficas que engrandecieran la colección de libros prohibidos y heterodoxos que su jefe pretendía reunir.

La comunión entre los dos hombres era tal, que cuando Wiffen alargó la mano para entregarle el libro, ninguno de los dos pronunció palabra alguna. No obstante, la expresión soñadora de Wiffen bastaba para sugerir lo que el bibliófilo quería escuchar, aunque fuera sin palabras: había dado con una obra de sumo interés.

Don Luis Usoz, hombre íntegro de carácter meticuloso y de insaciable apetito bibliográfico, clavó sus negros y vivaces ojos en las guardas del libro, para al cabo de unos segundos encorvar la espalda, que siempre mantenía erguida salvo cuando caía en sus manos una obra singular, ora por su encuadernación, ora por su contenido. Era la señal que indicaba que para el mundo había perdido su redondez y adquirido la forma de un libro. Absorto en la contemplación del ejemplar permaneció un rato indeterminado, en el que el único ruido que pudo oírse en la estancia fue el del roce de las páginas

cuando, antes de caer de un lado u otro, se batían como alas de mariposa al contacto con las yemas de los dedos.

—¿Dónde habéis encontrado este libro, amigo Witten? —preguntó Usoz con tono grave.

—En la librería Road. Aunque, a tenor de lo que cuenta el libro, no estoy muy seguro de quién ha encontrado a quién, si yo a él o él a mí.

—Veamos quién es el impresor.

—Pickering, el impresor es Pickering —se adelantó Wiffen—. En cambio, no hay rastro del editor ni del autor.

Don Luis, cuya curiosidad intelectual no tenía límites, pero quien también sabía mostrarse desdeñoso y suspicaz con aquéllos que pretendían engañarlo, leyó en voz alta...

Usoz cerró el libro y lo acunó entre sus brazos como hubiera hecho con un hijo, al tiempo que miraba incrédulo a Wiffen, quien tras tomarse unos segundos, observó:

—Es extraordinario, don Luis, extraordinario.

—Sí, extraordinario, como verse reflejado en un espejo o escuchar el eco de tu propia voz —respondió el bibliófilo, dirigiendo acto seguido la vista a la ventana que quedaba a su izquierda, con el propósito de comprobar que el campanario de St. James's Church seguía en su sitio y que aquello que estaba experimentando no formaba parte del mundo de los sueños.

—¿Qué piensa hacer, don Luis? —preguntó Wiffen a continuación.

—Estudiar el libro a fondo, por supuesto, diseccionarlo por capítulos e introducirlo en España, tal y como hemos hecho con otros ejemplares. Aunque en esta ocasión no quiero correr ningún riesgo. Los portadores de los pliegos han de ser diplomáticos, y no simples viajeros extranjeros en visita por España. Quiero que las hojas entren en España vía valija diplomática, mucho más segura que un periódico convencional. En cualquier caso, por si el negocio se complicara, tened preparada una buena remesa de pesetas y cigarros para los cancerberos de la aduana.

—Veré lo que puedo hacer.

—Buen trabajo, Benjamin. Ahora permítame que me quede a solas. Necesito pensar.

Nada más estuvo de nuevo a solas, se acordó de Serafín Estébanez Calderón, quien, además de ser escritor y amigo, era poseedor de una biblioteca que, a decir de muchos, era tan inaccesible como un harén, y jamás

permitía que sus «huríes» —así gustaba llamar a sus libros— de pergamino con letras góticas franquearan el umbral de aquel paraíso. Sí, por el momento no se le ocurría mejor lugar para guardar los fragmentos que resultaran de desencuadernar aquel libro extraordinario que la biblioteca de Estébanez Calderón.

Una hora más tarde, después de haber examinado el contenido del libro con más detenimiento, cogió papel y pluma y escribió:

*Caro amigo Serafín, le escribo para comunicarle el hallazgo del libro más extraordinario que jamás hayan visto mis ojos. No se trata de un incunable o manuscrito iluminado —ni siquiera su valor monetario supera el de un libro corriente de nuestros días—, sino de una obra que habla de los hallazgos que tanto usted como yo estamos realizando en materia bibliográfica; incluso la obra en cuestión especula sobre los motivos que, en un futuro próximo, provocarán que nuestra amistad se convierta en una animadversión irreconciliable, más de su parte que de la mía, habida cuenta que su carácter, amigo mío, es más proclive a la espontaneidad y a la intemperancia que el mío. Pero no le escribo para reprocharle nada sobre su forma de ser, que es algo que, al parecer, ya tendré tiempo de hacer en un futuro, sino para compartir con usted la necesidad de guardar este secreto en el lugar más seguro de España, que sin duda es su biblioteca, lejos de las garras del Índice de la Inquisición y de los mojigatos que en nuestra sociedad española se escandalizan por todo lo que representa un avance intelectual, tanto en el campo de las letras como en el terreno científico.*

*Mi fiel Wiffen le escribirá para darle los detalles del traslado, que se hará por los cauces habituales. Haga el favor, pues, de tener listos a sus hombres, pues en breve tendrán que dirigirse a la frontera franco-española para hacerse cargo del material. Yo haré lo propio con mi agente en San Sebastián.*

*Reciba un cordial saludo,*

*Luis Usoz y Río.*

Por último, Usoz pegó el libro contra su pecho. Por un instante, presa aún de la agitación que le había provocado aquella breve lectura, creyó que era el libro quien latía y no su corazón.

Me dirigí de nuevo al Salón Pequeño, llevando el libro pegado a mi pecho siguiendo el ejemplo de don Luis Usoz, donde procedí a amputar las hojas correspondientes a *La biblioteca*. Por último, devolví el ejemplar en el mostrador de préstamos, recuperé mi carné, y antes de abandonar el recinto me encerré en uno de los baños de la zona norte. Fue entonces cuando me di cuenta de que las entrañas me quemaban tanto como para tener que hacer uso de aquel retrete.

## 16 bis

Hice el camino de vuelta con el ánimo de un penitente que pretende alcanzar la redención de sus pecados con su gesto: la cabeza gacha, los pies arrastrándose por el suelo y la aceptación de la mortificación. Al afrontar el primer repecho de la calle Alcalá en dirección a la Casa de los Portugueses, el ordenador se me hizo tan pesado como la enorme piedra que el atribulado Sísifo se vio obligado a empujar por una ladera empinada en un esfuerzo inútil e incesante, ya que antes de alcanzar la cima volvía a rodar hasta el punto de partida. Jamás había imaginado que la falta de honradez pudiera pesar tanto en la conciencia, hasta convertirse en una fuerza ineluctable. Como quien se agarra a una barandilla, traté de aferrarme a la idea de que mis actos perseguían un fin noble para completar el trayecto. Salvar a Natalia, intentarlo al menos, poniendo en peligro todo lo que había conseguido en la vida, había sido un acto de nobleza por mi parte. Pero resultó inútil, pues de inmediato la barandilla desapareció dejando los escalones al aire, expuestos al abismo, y en esa situación de precario equilibrio, sin tener dónde asirme de nuevo, comprendí que los actos nobles también podían causar aflicción a quienes los protagonizaban. Por no mencionar un detalle que hasta ese momento no había tenido en consideración: aquélla había sido la primera estación del vía crucis.

No volví a sentir las piernas hasta que no estuve en casa del señor Santos y a éste se le ocurrió estrecharme ente sus brazos con tanto ímpetu que acabó clavándome el rosario de huesos de su anatomía. Antes de tomar asiento, me desprendí del ordenador con verdadero alivio.

—¿Qué tal te ha ido, muchacho? —me preguntó, al tiempo que agitaba el portátil que acababa de entregarle como si se tratara de una caja de caudales.

—Bien, me ha ido bien.

—¿Has hecho todo lo que dije?

—Sí.

—Veamos.

Santos procedió a insertar el *pendrive* en el puerto USB y a desenganchar el teclado de su sitio. Cuando por fin tuvo las hojas entre las manos, exclamó:

—¡Sí señor, aquí están los primeros *honorable!* ¡Sabía que podía confiar en ti!

Luego examinó el material con más calma, como si en vez de simples hojas fueran diamantes a la espera de que alguien certificara su calidad.

—Habrás de llevar estos *honorables* a la iglesia de San Nicolás. Mañana a mediodía —dijo cuando hubo terminado su labor escrutadora.

Miré el reloj, eran las seis y media de la tarde.

—¿Y la prueba de vida? —le pregunté.

—Haréis un intercambio.

—¿Por qué en una iglesia? —me interesé.

Santos se encogió de hombros antes de decir:

—¿Tal vez porque se trata de un lugar tranquilo? No lo sé. Desgraciadamente, no puedo entrar en la mente de ese hombre. Luego, en cuanto termines, vuelve a la biblioteca para seguir con el trabajo.

—Me pregunto si sería conveniente seguir un orden a la hora de seleccionar los textos de *La biblioteca* —sugerí.

—¿A qué te refieres con eso de «seguir un orden»?

—Cada texto va encabezado por un número y un epígrafe donde se menciona el lugar y la fecha. Si ordeno los textos que vaya recopilando por fechas, el rompecabezas tal vez cobre un sentido del que ahora mismo carece.

—Perderíamos un tiempo precioso, o mejor dicho, lo perdería Natalia. Además, olvidas que el orden interno del libro se corresponderá siempre con el orden que tengan los textos que vayas recogiendo. Sí, el orden del libro ya está preestablecido de antemano. De modo que lo que resulta de capital importancia es precisamente deshacernos cuanto antes de esas páginas, salir de su influjo, para poder recuperar a Natalia.

—Tiene razón. Mañana dispondré de los diez ejemplares de la primera reserva.

—Selecciona tres o cuatro y haz lo mismo que hoy —sugirió el señor Santos.

Asentí con la cabeza, si bien mi decisión era la de «amputar» un número mayor de volúmenes, tal vez cinco o seis, con el fin de acelerar el proceso.

Pasé las dos horas siguientes recabando información sobre el escritor Serafín Estébanez en Internet. Mi plan era hasta cierto punto sencillo: ponerme en contacto con él a través de la red con el propósito de que, al facilitarme información sobre el manuscrito que obraba en su poder, un avance de lo que iba a ocurrir, por ejemplo, yo pudiera adelantarme a los acontecimientos, disponer de una ventaja adicional. Por otro lado, pensé, si *La biblioteca* era lo que el señor Santos afirmaba, a estas alturas el propio Serafín Estébanez tenía que estar al tanto de lo que había ocurrido e incluso de la petición de ayuda que yo estaba a punto de formularle. Es decir, cualquier cosa que yo pensara o dijera tenía que figurar obligatoriamente en el manuscrito que obraba en su poder. ¿Por qué entonces no había intervenido? ¿Por qué no había evitado el secuestro de Natalia? Una simple llamada telefónica a la librería del señor Santos hubiera sido suficiente. Claro que cabía la posibilidad de que no se pudieran alterar los acontecimientos en los que nos veíamos implicados, puesto que, según la teoría que defendía el señor Santos, cada una de nuestras obras y palabras formaban parte de una repetición infinita e inacabable. Además, incluso admitiendo la circularidad del tiempo, para que un acto, una palabra o un pensamiento se repitieran, tenían que dejar su impronta una primera vez. Eso significaba que el tiempo circular del que hablaba Santos era en realidad lineal, puesto que tenía que existir un principio y un fin, para que luego pudiese darse de nuevo el mismo principio. En eso consistía la teoría del eterno retorno. Sólo así los acontecimientos, pensamientos, sentimientos e incluso ideas se podían volver a repetir en el mismo orden, tal cual ocurrieron, sin ninguna posibilidad de variación.

Por desgracia, al parecer, Serafín Estébanez carecía de web propia y tampoco formaba parte de red social alguna, con lo que tuve que conformarme con la escasa información que sobre su persona aparecía en Internet. Al parecer era, en efecto, pariente del escritor y político Serafín Estébanez Calderón, si bien lo único que había heredado de éste era su nombre y el primer apellido. Su padre, según había manifestado el escritor en una entrevista, se dedicaba a la compra y venta de antigüedades. Es decir, con toda probabilidad el padre del escritor era la misma persona que mencionaba mi abuelo en su carta. ¿Se trataba de una casualidad? En cuanto a su obra, tampoco podía compararse con la de su antepasado, escritor prolífico, puesto que se limitaba a tres novelas publicadas, entre las que destacaba la más reciente de todas, *El palco*. Claro que yo sabía que existía una cuarta obra, *La biblioteca*, cuyo manuscrito obraba en su poder listo para ser publicado.

Cuando hube terminado, escribí en un pequeño resumen de lo que hasta ahora había deparado el caso, con el propósito de hacerme una idea general de la situación. Si bien era capaz de establecer, con alguna dificultad de comprensión, eso sí, una secuencia entre la compra de *La biblioteca* por parte de don Luis Usoz y el hecho de que el manuscrito del libro hubiese llegado a manos de Serafín Estébanez, en cambio las piezas relativas al inspector Sammartino y a la mujer llamada Aquí no encajaban en el rompecabezas. Tampoco tenía muy claro el interés que Saint-Germain podía tener en la obra, así como su papel en la misma.

Durante un buen rato, Federico y yo estuvimos contemplando cómo la noche embadurnaba el cielo de alquitrán a base de gruesas y rápidas pinceladas que al instante adquirían la forma de negros nubarrones, basta que la bóveda celeste terminó por convertirse en una masa viscosa y amenazante. Fue lo mismo que contemplar a un niño emborronar concienzudamente un papel en blanco con trazos tan disformes como determinantes, embriagado por una pulsión irracional. Conforme iba creciendo la oscuridad, más turbadora resultaba su extensión y mayor era nuestro silencio. Cuando la cerrazón terminó de enseñorearse del todo, las esculturas de coronación de los edificios vecinos fueron engullidas por las sombras, y al cabo surgieron regurgitadas con nuevas y extrañas formas. Una clase de transformación que semejaba una metamorfosis, el tránsito del orden al caos. Las formas hieráticas que la luz del día perfilaba y definía dieron paso a otras más extravagantes, criaturas de nuevo cuño nacidas del vientre de la noche. La Victoria Alada del edificio Metrópolis, por ejemplo, perdió su esbeltez, hasta el punto de que la negrura transformó su figura en una masa informe, que ensanchaba o adelgazaba siguiendo los estímulos de las tinieblas. Por un momento, tuve la sensación de estar experimentado un cambio parecido al de aquellas esculturas, pues ahora vivía gobernado por la confusión y la incertidumbre. Sí, la desazón íntima que me embargaba era comparable a aquella noche huérfana de luna, dúctil e inestable, sin rango, sin fisonomía. Al mirar de nuevo a Federico, me di cuenta de que su rostro, como también el mío, como todo lo que había a nuestro alrededor, se había ensombrecido.

A las once de la mañana salí de casa, portando conmigo las hojas mutiladas dentro de un portafolio. Había calculado que tardaría un cuarto de hora en salvar la distancia que separaba la Casa de los Portugueses y la Iglesia de San Nicolás, con lo que tenía tiempo de sobra. En realidad, lo que pretendía era reconocer el terreno antes de que tuviera lugar mi encuentro con quien quiera que fuese el encargado del intercambio. Quería evitar a toda costa caer en una encerrona, es decir, no pensaba entregar el material hasta que la prueba de vida no obrara en mi poder.

Puse rumbo hacia el oeste por la calle de la Aduana, descendí hasta la Puerta del Sol, proseguí mi camino por la calle Mayor, giré a la derecha por el empinado repecho de la calle Calderón de la Barca, atravesé por último la pequeña plaza del Biombo y desemboqué en mi destino.

Había empleado dieciocho minutos exactos.

Incrustada en el corazón del Madrid de los Austrias, San Nicolás de Bari o de los Servitas era la iglesia más antigua de la villa. Pese a haber sufrido numerosas reformas a lo largo de los siglos, lo más singular era su torre del siglo XIII, en realidad un antiguo minarete representativo del románico-mudéjar, que en el siglo XVIII había sido coronada por un chapitel de pizarra de estilo herreriano. La estrechez de la calle donde estaba ubicado el templo, así como el hecho de que la casa parroquial obstruyera la visión del conjunto, obligaba a contemplar la torre en escorzo, rompiendo las reglas de la perspectiva.

Me dirigí a la puerta principal, de estilo barroco con la imagen de San Nicolás grabada en relieve, puesto que a pocos metros había una segunda entrada de medio punto con jambas. Al adentrarme en el templo, me sorprendió que, pese a la hora, el interior estuviese sumergido en una inquietante penumbra. A pesar de esa circunstancia, recorrí las tres naves y el ábside, e incluso miré en el interior de las capillas y de los confesionarios. Todo parecía en orden.



De nuevo en la calle, me abordó un mendigo.

—¿El señor José Dalmau? —me preguntó.

—Sí, soy yo —respondí.

—Me han pedido que le entregue este carta —dijo a continuación, al tiempo que me tendía un sobre blanco.

Le arranqué el sobre de las manos y miré en su interior. Encontré una nota escrita con letra de ordenador. Decía:

«Camine hasta la calle Mayor y sitúese delante la puerta del Instituto Italiano de Cultura, con los pies junto al bordillo de la acera».

Tardé tres minutos escasos en llegar a mi nuevo destino, donde fui recibido por la mirada curiosa de unos cuantos estudiantes de italiano que conversaban a la entrada o a la salida de clase. Los examiné uno a uno, con el ánimo enardecido, en estado de máxima atención, pero un instante más tarde sonó un timbre en el interior del edificio y todos desaparecieron.

Completamente solo, por tanto, comencé a recelar de quienes caminaban por la otra acera, hasta que, de pronto, una berlina de color azul oscuro con los cristales tintados de negro se detuvo frente a mí. Acto seguido, las dos ventanillas del lado del acompañante bajaron al unísono, dejando a la vista el habitáculo, donde viajaban tres hombres y Natalia, que ocupaba el asiento trasero, justo detrás del conductor.

—¡Natalia! —exclamé al tiempo que volcaba mi cuerpo sobre la carrocería e intentaba aferrarme con ambas manos a una de las puertas.

—¡Pepe! —gritó.

Sin pensármelo dos veces, me arrojé al interior del vehículo y traté de aferrarme al reposacabezas más cercano, pero la maniobra resultó infructuosa, pues como consecuencia de la misma el hombre que ocupaba el asiento del acompañante me arrebató el portafolio de las manos.

Por último, el coche arrancó lentamente, momento que fue aprovechado por el individuo que custodiaba a Natalia en el asiento trasero para propinarme un fuerte empujón que dio con mi cuerpo en la calzada.

Pese a la rudeza del golpe, memoricé la matrícula del vehículo, si bien llegué a la conclusión de que aquella información, al no poder contar con la ayuda de la policía, era irrelevante. Gracias a la armadura de caballero que llevaba puesta, aún tuve fuerzas para reincorporarme y emprender una frenética carrera, ya que el semáforo que había en el cruce de la calle Mayor con Bailén estaba en rojo y había frenado la buida de la berlina.

Justo cuando mi mano alcanzó a golpear el maletero, el coche arrancó de nuevo y giró bruscamente hacia la derecha, hasta que el túnel de la calle

Bailén se lo tragó.

Deshice el camino con el rostro de Natalia superpuesto al mío, como una máscara, hasta el punto de nublar-me la visión. Supongo que para cualquiera que reparara en mi forma de caminar, pensaría que lo hacía como un sonámbulo o como un borracho, dando bandazos, sin rumbo, acelerando o deteniendo bruscamente mi avance. Además, me dolían los huesos, a los que ahora acariciaba un intenso frío, y la calle se me antojaba un paisaje lunar lleno de cráteres, inhóspito. Incluso el bullicio general me llegaba como un ruido lejano, que mi propio estado de aturdimiento se encargaba de repeler. Lo que yo perseguía era capturar y reproducir el rostro de Natalia durante los cinco segundos escasos que había durado nuestro encuentro. Me obstinaba en reconstruirlo, trataba de desentrañarlo como si tuviera que enfrentarme a un mapa sin leyenda (donde yo debía marcar el itinerario a seguir). Esa circunstancia motivó que la realidad se diluyera y distorsionara a mi alrededor, alejándola de mis sentidos, hasta hacerme perder la noción del tiempo y del espacio. De manera que podría decirse que, a todos los efectos, el mundo se redujo de pronto al tamaño del visor de un catalejo que apuntaba en la dirección de Natalia, o mejor dicho, de su recuerdo. La primera imagen que recuperé fue la de sus labios dibujando una mueca de alborozo al verme, que se llenó de pesadumbre una fracción de segundo más tarde. La segunda imagen que rescaté fue la de sus ojos, atónitos, vidriosos, errantes, a los que inundó la esperanza un momento antes de que la instantánea alegría que se había dibujado en su boca se tornara de nuevo en preocupación. La tercera fue su rostro lívido, desencajado. La cuarta tenía que ver con la carótida, que se le señaló con tanta fuerza que parecía querer decir todo lo que su boca no había sido capaz de pronunciar. Y cuando de sus empalidecidos labios brotó mi nombre, se desvaneció demasiado rápido, cual lejano eco, como si le faltaran las fuerzas para hablar. Por no mencionar las imprecaciones de quienes la retenían y las imágenes auxiliares a que dieron lugar, que no hicieron sino aumentar la confusión del momento.

En resumidas cuentas, todo había sucedido tan rápido que no había sabido reaccionar. Quizá mi error había sido abrir tantos frentes: tratar de introducirme en el vehículo, conservar el portafolio, plantarle cara a los captores y, por descontado, auxiliar a Natalia.

Demasiada acción, como cuando el león ataca a una manada de cebras y, por no centrar la atención en una presa en particular, la caza se le escurre de

entre las garras. El resultado era un rotundo fracaso, que ahora el recuerdo envilecía.

Fue la furia de la propia ciudad la que, en última instancia, me arrastró a través de su corriente hasta la escalinata de la Biblioteca Nacional, en cuyas entrañas me aguardaba un nuevo lote de libros.

Tuve que realizar dos viajes para trasladar los diez libros de la reserva desde el mostrador de entrega hasta mi pupitre. Una vez allí, los distribuí en tres montones de tres ejemplares cada uno, y los dispuse formando una U invertida, a modo de parapeto, pero dejando un espacio en el centro de la mesa donde coloqué el décimo ejemplar para consultarlo en primer lugar.

Como el día anterior, al enfrentarme con las primeras líneas del texto, me exhorté a mantener la calma.

#### LA BIBLIOTECA

«QUE PIERDA SU BUENA REPUTACIÓN, QUE JAMÁS SEA DICHOSO AQUEL QUE ME ROBE. QUE ARDA EN EL FUEGO DEL INFIERNO ESE MISERABLE».

*Eso sólo fue el prelude; allí donde queman libros, acaban quemando hombres.*

HEINRICH HEINE, *Almensor* (1821).

*Los místicos pretenden que el éxtasis les revele una cámara circular con un gran libro circular de tomo continuo, que da toda la vuelta a las paredes; pero su testimonio es sospechoso; sus palabras, oscuras. Ese libro cíclico es Dios.*

JORGE LUIS BORGES,  
*La biblioteca de Babel* (1941).

*Aquiles asedió Troya de nuevo; las mismas religiones, las mismas ceremonias renacerán; la historia humana se repite;*

*nada es que no haya sido ya.*

LUCILIO VANINI,  
*Sobre los secretos de la naturaleza (s. XVI).*

*Un libro llama a otro inesperadamente, creando alianzas por encima de culturas y de siglos diferentes. Una línea a medias recordada despierta el eco de otra por razones que, a la luz del día, siguen sin hacerse evidentes. Si la biblioteca parece por la mañana un eco del severo y razonablemente ilusorio orden del mundo, de noche parece regocijarse en la confusión festiva, esencial, del universo.*

ALBERTO MANGUEE,  
*La biblioteca de noche*

*¿Cómo se puede excusar al hombre que compra librerías de madera costosa y, tras apilar las obras de autores desconocidos y sin valor, se dedica a bostezar entre sus miles de volúmenes? Conoce los títulos y las encuadernaciones, pero nada más. Es en casa de los hombres más ociosos donde encuentras las mayores bibliotecas —una hilera tras otra, hasta el techo—. Pues hoy día la biblioteca se ha convertido en uno de los equipamientos esenciales de una casa, como si se tratara del baño. Se podría perdonar si todo ello viniera acompañado del debido celo por aprender. Pero estas librerías equipadas con obras de genio y piedad existen por afán de exhibición, para ornar las paredes de la casa.*

LUCIO ANNEO SÉNECA

Era evidente que lo que acababa de leer se correspondía con las citas que abrían el Me pregunté qué importancia podían tener para Saint-Germain aquellas frases sueltas, pero como mi papel no era el de llevar a cabo valoraciones, sino el de mutilar aquellas páginas, cerré el volumen y lo aparté para el sacrificio. A continuación, abrí un segundo ejemplar. Las páginas que buscaba ocupaban el pliego central de la obra.

**Auschwitz. Campo de concentración de Birkenau****Barracón número 31. Diciembre de 1943**

El conde de Saint-Germain, que por aquel entonces obedecía al nombre de conde Ottmar von Rudel, recordaría para toda la eternidad la cara que puso Josef Mengele cuando le extendió la orden firmada por Alfred Rosenberg, según la cual debía recoger (y custodiar) a la niña que el galeno había elegido para llevar a cabo un experimento médico. De haber sido posible, Mengele habría hundido el escalpelo en el corazón de aquel hombre, que acababa de arrancarle la presa de las garras. ¿Acaso los miembros de la *Einsatzstab Reichsleiter Rosenberg* no eran bibliotecarios, expertos, sí, pero bibliotecarios a fin de cuentas? ¿Cómo entonces las autoridades del Reich habían consentido entregarle a aquella niña al bibliotecario Rosenberg antes que permitir que él llevara a cabo un experimento científico de vital importancia? Para colmo, Rosenberg había mandado un intermediario. Si al menos se hubiera presentado en persona, habría tenido la ocasión de explicarle con argumentos científicos que llevándose a la pequeña cometía un error. Aquella niña judía tenía un cerebro prodigioso, capaz de retener todo lo que leyera de un simple vistazo. Otro tanto ocurría con las matemáticas, era capaz de realizar divisiones de cien decimales en unos pocos segundos o de memorizar calendarios enteros.

En su opinión, aunque en apariencia la pequeña no presentaba ninguna discapacidad cognitiva, tenía que existir algo patológico, alguna lesión cerebral detrás de aquellas habilidades mentales específicas, y la única forma de demostrarlo era sometiendo a la paciente a una intervención quirúrgica. No en vano, su labor como médico-científico, su responsabilidad para con el III Reich, pasaba por demostrar que semejantes cualidades no tenían un origen genético, pues lo contrario sería lo mismo que admitir que los judíos poseían también capacidades especiales. Claro que podía haberse ahorrado tamaña humillación si le hubieran nombrado médico de guarnición a él y no a Eduard

Wirths. Sí, aquella orden evidenciaba lo que ya sabía: ser el SS *Hauptsturmführer* del campo de enfermería de Birkenau no era suficiente. De seguir así, su trabajo en Auschwitz no sería reconocido por el Instituto Kaiser Wilhelm de Genética y Eugenesia. Debido a esta circunstancia, Rosenberg, como gran orador y teórico que era, había logrado que la niña le fuera entregada en su condición de «biblioteca viva», pues, al parecer, antes de ser enviada al pabellón 31, había sido obligada a memorizar decenas de libros cabalísticos y talmúdicos, horas o días antes de que fueran quemados.

—La pequeña no deja de ser una rata judía. Podemos llegar a un acuerdo, usted le vacía el cerebro y luego yo se lo opero. De esa forma, la ganancia del Reich será doble —observó al tiempo que devolvía el papel a su interlocutor.

La propuesta de Mengele no hizo sino aumentar la repugnancia que Saint-Germain sentía por semejante monstruo. Eran precisamente personas como Mengele las que habían propiciado que cierta clase de libros tuvieran que ser rescatados, para preservarlos del contacto con los hombres, empeñados en destruirse los unos a los otros por todos los medios a su alcance.

Durante unos segundos, mientras aguardaba una contestación, la boca del monstruo dibujó un rictus que dejó entrever una de las características distintivas de su anatomía: el espacio interdental entre los dientes superiores frontales.

—La niña ha de viajar conmigo hasta Frankfurt.

De modo que si quiere someterla a una operación, tendrá que solicitar un traslado a nuestras oficinas allí. Ésas son mis órdenes.

Teniendo en cuenta que la dieta de los internos, consistente en medio litro de un brebaje que no era café o té, una sopa clara a base de ingredientes podridos o en mal estado, un poco de pan y de queso, les provocaba diarreas crónicas por la falta de nutrientes, no había mucho tiempo que perder. La pequeña había de ser trasladada cuanto antes. Por no mencionar las posibles secuelas que semejante dieta podía haber provocado en su cerebro.

—Cometen un grave error. El cerebro de esa mocosa pone en entredicho todas las teorías sobre la superioridad de nuestra raza, por lo que hemos de buscar una anomalía que explique lo sucedido. Pero para lograrlo tengo que intervenirla. No hay otro camino —se revolvió Mengele en su silla.

—Le recuerdo que el doctor Rosenberg es el padre de esa teoría —observó Saint-Germain—. No lo olvide. Y sus órdenes son claras: he de llevarme a la niña a Frankfurt. Si tiene que formular alguna queja, ya conoce cuáles son los cauces reglamentarios.

Mengele sabía lo que significaban las palabras del conde: entrar en una guerra con Rosenberg era lo mismo que enfrentarse al todopoderoso ministro Goering. Aunque no estaba de acuerdo, tenía que aceptar la decisión de las altas instancias del Reich de crear una institución dedicada al estudio de «la cuestión judía», que se completaría con una biblioteca de textos hebreos. En ese instante, sintió cómo la presa se le escurría de entre las manos definitivamente.

—De acuerdo, recoja *su libro viviente*. Pero desde luego no se lo envolveremos en papel de regalo —ironizó Mengele.

Cuando Saint-Germain tuvo por fin delante a la niña, se percató al instante de un detalle que había irisado desapercibido entre las personas que llevan semanas estudiando su comportamiento: además de memorizar cuantas palabras o números quedaran al alcance de su vista, también recordaba los rostros de quienes habían sido masacrados en aquel campo de la muerte, lo que tenía su reflejo en una mirada cargada de estupor. Luego cargó su cuerpo desnutrido en brazos. La fina piel y apergaminada se había adherido a su esqueleto inflamándose y provocando heridas ulcerosas. La boca presentaba una profunda úlcera de noma, que le había ahuecado la mandíbula.

—¿Cómo te llamas, pequeña? —preguntó Saint-Germain.

—Me llamaba Hanna, pero ya no quiero volver a llamarme así —respondió la niña con una voz débil y meliflua.

—No te preocupes, a partir de ahora podrás llamarte como quieras. Incluso podrás cambiar de nombre cuantas veces desees. Aquí donde me ves, he leído ya más de cincuenta nombres.

Cuando el coche arrancó dejando atrás las vías ferroviarias que conducían al interior de Birkenau, la pequeña las miró como quien contempla una horrenda cicatriz sobre el terreno.

A la vuelta de la hoja, en la página 176, leí:



**Carta de don Luis Usoz y Río a Serafín Estébanez Calderón, alias  
«El Solitario»**

**Jermyn Street, n.º 15. Londres**

**Verano de 1840**

*Caro amigo Serafín, le escribo para comunicarle que la nueva remesa de libros está ya lista para partir con destino a España. Después de atravesar el Canal de la Mancha, emprenderán viaje por carretera hasta Bayona. Si no los mando directamente a Madrid es porque tengo un agente en San Sebastián, el señor Fernando de Brunet, y hemos pensado que es más seguro que los libros viajen a través de un tercer país. Da la casualidad de que el cónsul de Gran Bretaña en Bilbao tiene familia en Burdeos, así que será él el encargado de pasar la aduana con la mercancía. Es hombre amante de los libros, así que los pliegos están en buenas manos. No obstante, he trabado amistad con don José Sánchez Balsa, funcionario de la aduana de Madrid, por si el negocio se torciera. Si los libros fueran decomisados o surgiera algún otro problema, recurrid a él. Él sabrá obrar en consecuencia. Mi fiel Wiffen y yo mismo nos hemos encargado de encuadernar las obras con sumo cuidado, y también de embalarlas. En cuanto al opúsculo del que le hablé en mi anterior misiva, y que he bautizado como La biblioteca, puesto que así dice llamarse el propio libro, no quiero desvelarle su contenido, pues dejaría de causar en usted el efecto de sorpresa que yo mismo experimenté cuando tuve ocasión de leerlo. No obstante, el misterio en torno al librito sigue creciendo.*

*Según consta en la portada, la obra fue impresa en casa de Pickering, que como sabrá es gran amigo mío. De hecho, en su imprenta he impreso alguno de mis libros prohibidos. Con motivo de sonsacarle información acerca de quién le había encargado trabajo tan singular, me dirigí a su casa. Pues bien, tenía usted que ver la cara que puso el impresor cuando vio aquel libro. Por descontado, reconocía que se trataba de un trabajo llevado a cabo en su taller, no le cabía duda por las matrices empleadas, pero en cambio no recordaba haber aceptado semejante encargo ni tampoco el nombre de la persona que lo realizara. Créame que nunca había visto tan contrariado al viejo Pickering, hombre ordenado y metódico como pocos. Dijo que de inmediato pensaba abrir una investigación interna, por si alguno de sus empleados estuviera utilizando la imprenta en beneficio propio, cosa que el propio Pickering dudaba, puesto que, según aseguró, hay días de trabajo que duran las veinticuatro horas.*

*Así las cosas, me dirigí a la librería Road, que fue donde Wiffen halló la obra. Tampoco su propietario recordaba cuándo y en qué circunstancias había llegado La biblioteca hasta su establecimiento. De hecho, ni siquiera aparecía en los*

*asientos de entradas del negocio, de ahí que cuando mi colaborador fuera a pagar, el librero decidiera poner un precio a ojo, en consonancia con la clase de papel y de encuadernación de la obra. No obstante, el propietario asegura que dos días después de que Wiffen comprara La biblioteca para mí, un caballero que dijo llamarse conde de Saint-Germain quiso también adquirirla. Da la casualidad de que el tal conde de Saint-Germain es uno de los protagonistas de la obra, quien es calificado como uno de los mayores ladrones de libros de todos los tiempos. ¿Podría usted corroborar este extremo? ¿Sería tan amable de indagar sobre ese personaje? Le ruego, pues, que ponga el máximo celo y custodie «nuestro» libro en cuanto llegue a su poder.*

*Y hablando de casualidades, resulta que me estoy tomando la molestia de escribir estas líneas de mi puño y letra, cuando la misiva forma parte del libro que le mando desencuadernado.*

*Sí, amigo Estébanez, ni he perdido el juicio ni trato de escribirle de manera críptica. En cuanto reúna la obra, la recomponga y la lea, entenderá mis palabras.*

*Reciba un afectuoso saludo,*

*Luis de Usoz y Río.*

Cerré el volumen, lo coloqué en la columna de los que iban a ser sacrificados en primer lugar, y sin solución de continuidad abrí otro y comencé a inspeccionarlo. En esta ocasión, el texto perteneciente a *La biblioteca* había sido insertado en la página 178.

**Consulta del doctor Pablo Arregui****Madrid. 21 de junio de 2004**

Al inspector jefe Martín Sammartino le incomodaba acudir a la consulta de un psiquiatra tanto como saber que estaba especializado en pacientes que habían perdido la capacidad de reír.

El hecho en sí mismo de no poder reír y de tener encima que reconocerlo le parecía ridículo.

—¿Cuánto tiempo hace que no consigue reír? —le preguntó el médico sin rodeos.

—La última vez que reí fue el 11 de marzo último respondió Sammartino.

—¿Qué ocurrió el 11 de marzo?

Sammartino pensó que tal vez aquella pregunta formaba parte de alguna clase de protocolo psiquiátrico, pues todo el mundo sabía lo que había ocurrido aquel día. De modo que quizá el doctor le hacía recordar lo obvio para que las cosas quedaran claras desde un principio.

Después de los atentados de Madrid, Sammartino procuraba ahuyentar los recuerdos en la medida de lo posible, de modo que respondió a regañadientes:

—El 11 de marzo tuvieron lugar los atentados de Madrid. 191 personas murieron en una docena de explosiones que tuvieron lugar en vagones de distintos trenes de cercanías.

—¿Dónde estaba usted en el momento de las explosiones? —preguntó a continuación el psiquiatra.

—En la estación de Atocha. Tomaba café en una de las cafeterías de la estación cuando se produjeron tres explosiones en sendos vagones de un convoy que acababa de detenerse en un andén.

—¿Y cuál fue su reacción?

—Soy policía. Acudí al lugar de los hechos —dio por sentado.

—¿Y qué vio allí?

Sammartino empezaba a sentirse como un jabalí herido acosado por un sabueso. El animal sólo quiere que le dejen en paz para lamerse las heridas, pero los ladridos del perro consiguen desquiciarlo.

—¡Joder! ¿Es necesario que responda a sus preguntas? —se rebeló.

—Ha sufrido usted lo que técnicamente se llama un «estrechamiento del campo de la conciencia». Por eso es necesario que intente integrar la experiencia traumática en su vida cotidiana, y para lograrlo es conveniente que trate de verbalizar lo que sintió —expuso el médico.

Sammartino se tomó unos segundos antes de decir:

—Las palabras que pudieran servirme para expresar lo que sentí aún no se encuentran en el diccionario.

—A menudo las imágenes y sensaciones de terror se acumulan en la memoria emocional, y ésta carece de palabras. Al menos, trate de describir la escena —expuso el médico.

Esta vez Sammartino dijo con cierta aspereza:

—Hierros retorcidos y cuerpos desmembrados. Humo, fuego y olor a carne quemada. Libros abiertos y sonido de móviles. Los vivos llamando a los muertos. Eso fue lo que vi.

—Está bien. Su incapacidad para reír es la punta del iceberg —observó el psiquiatra—. Sumergido en el agua se esconde un trauma de grandes dimensiones. El filósofo John Morreall sostiene que el origen biológico de la risa humana puede estar en una expresión compartida de alivio tras pasar el peligro. Eso supone que la laxitud que sentimos tras reírnos puede ayudar a inhibir nuestra respuesta agresiva. Sabemos que la risa está ligada al sistema límbico, que es la parte del cerebro asociada a las emociones y que nos ayuda en las funciones de supervivencia básica. De modo que quien no se ríe, deja de liberar cortisol, que es la hormona causante del estrés. ¿Ha notado algún cambio en su conducta después de los atentados?

—No en lo que concierne a mi agresividad. Me cuesta dormir, de hecho no logro pegar ojo si no es con una pastilla. Y he adquirido ciertos hábitos que calificaría de extraños —reconoció Sammartino.

—¿Extraños?

—Me lavo las manos al menos treinta veces al día, y detesto tener que abrir la correspondencia. A veces, laido semanas en abrir una simple carta del banco. Odio que me comuniquen una noticia, con independencia de que sea buena o mala.

El doctor Arregui se retrepó en su silla antes de decir:

—Lo de lavarse las manos parece claro: se siente sucio por lo que vio. Cabe incluso que lo haga porque se siente culpable por aquello que no hizo. En cambio, no le encuentro sentido a lo de la correspondencia...

—Una mujer a la que ayudé a salir de un vagón me entregó una carta para que la echara al buzón aclaró el policía.

—¿Ha vuelto a tener noticias de esa mujer? —se interesó el médico.

—Falleció en la ambulancia.

—Comprendo. ¿Eché la carta al buzón?

—Sí, lo hice.

—Entonces es posible que, de manera subconsciente, tema recibir esa misiva y que esté llena de reproches hacia usted.

—La carta no iba dirigida a mí, sino al marido de la mujer. Un tipo llamado Ezequiel que vive en Perú —aclaró Sammartino.

—No hablo de su yo consciente, sino de su subconsciente —precisó el psiquiatra—. Fue testigo directo de un acontecimiento espantoso, y ahora cree que todo lo que tenga que ver con el mundo es una prolongación de aquel horror. Asegura que no le interesa recibir noticias, sean buenas o malas. La realidad es que ni siquiera considera que existan buenas noticias. Por eso rehúsa abrir la correspondencia. Ahora voy a mostrarle una fotografía de un cuadro famoso. Quiero que me diga qué le sugiere la sonrisa de esta dama.

El cuadro era *La Gioconda*.

—Que ríe con desgana —se pronunció Sammartino.

—¿Y cree que tenía motivos para posar sonriendo con desgana? —volvió a preguntar el médico.

—Tengo entendido que posar para un pintor resulta extremadamente tedioso y pone de mal humor al modelo —respondió el policía.

—De acuerdo. Ahora quiero que escuche con atención la historia que voy a contarle. Se cree que la modelo del cuadro se llamaba Lisa di Antonio di María Naldo Gherardini, esposa de Bartolomeo del Giocondo (de ahí que se la conozca como la Gioconda), un notario florentino. Al mismo tiempo, Mona sería una apócope de la palabra italiana Madonna, es decir, Señora. Mona Lisa no tiene cejas ni pestañas, siguiendo la costumbre florentina en aquella época de rasurarse el vello de esa zona. Según Vasari, biógrafo de Leonardo, para lograr la sonrisa de la Gioconda, el pintor pedía que alguien tocara o cantara a su alrededor, o que varios bufones le alegrasen para alejar la melancolía que suele transmitir la pintura de retrato. A partir de aquí, se ha especulado hasta la saciedad sobre el origen de la sonrisa de Gioconda. Se ha afirmado que Mona Lisa estaba embarazada, de ahí que sostenga sus manos

sobre el vientre, y que su cara y sus dedos estén hinchados, como los de una mujer en estado de gestación. Se ha dicho que la sonrisa estaba motivada por una tumefacción a nivel del primer metacarpiano, lo que le habría provocado una atrofia facial. Hay quien asegura que la sonrisa de Mona Lisa es la típica de una esquizofrénica. Otros mantienen que la sonrisa no está en su boca, sino en sus ojos. Incluso hay quien defiende que el cuadro es un autorretrato del propio Leonardo, aficionado a travestirse. Para colmo, la sonrisa de Gioconda se está resquebrajando después de quinientos años. Los especialistas opinan que es debido a que fue pintada sobre un panel de álamo muy inestable. Yo, en cambio, creo que la culpa la tienen los seis millones de turistas que cada año la contemplan en el Museo del Louvre. Leonardo tardó cuatro años en completar la obra, a pesar de su pequeño tamaño. Y cuando lo hubo hecho, no quiso desprenderse de ella. De modo que Mona Lisa y Leonardo permanecieron juntos hasta la muerte del artista. Ningún especialista en arte ha reparado en un detalle de suma importancia: después de pintar *La Gioconda*, Leonardo no volvió a recurrir a bufones a músicos para que le alegraran mientras trabajaba. ¿La razón? Le bastaba con la sonrisa de Mona Lisa.

—¿A dónde quiere llegar? —se adelantó Sammartino.

—Intento decirle que nadie está obligado a tener que mostrar su sonrisa delante de seis millones de personas todos los años, tal y como le ocurre a Mona Lisa. Basta con encontrar a un Leonardo que sepa apreciar nuestra manera de reír. La cuestión es que usted ha sufrido un trauma, y ahora cree que tiene derecho a odiar a todo el mundo. Ha dejado de creer en *La Gioconda* y en lo que representa su sonrisa. Su diagnóstico está claro: depresión más estrés post traumático. Un trastorno caracterizado por el agotamiento emocional y acompañado de un sentimiento de culpa. Desde luego, no se trata de que llegue a olvidar la agresión, pero sí que restablezca su paz interior aceptando que el odio y la maldad son partes inherentes de la existencia. Aunque le resulte paradójico, la única forma que tiene el ser humano de vivir en paz pasa por reconocer que la violencia y la maldad forman parte de la vida cotidiana.

En ese momento, Sammartino se percató de que la mirada cálida y llena de comprensión del médico, además de su aspecto apacible, era el calmante más efectivo, la prueba irrefutable de que era posible la metamorfosis que le devolviera a la normalidad.

—¿Qué he de hacer entonces? —se interesó.

—Tomarse un tiempo de descanso, someterse a una terapia y, si me permite la recomendación, viajar.

—¿Viajar?

—No para cambiar de lugar, desde luego, sino para cambiar de ilusiones y de prejuicios, como dijo Anatole France. Quiero que tenga en cuenta una cosa de suma importancia: el sufrimiento que experimentamos no suele ser consecuencia del problema que lo ha causado, sino de nuestra forma de afrontarlo. ¿Sabía usted que la palabra latina «persona» significa «mascara de actor, personaje teatral»? Por eso, cuando el personaje que representamos se viene abajo es tan importante no perder la capacidad de reír. En Oriente, la risa es muy apreciada, tanto que los budistas zen buscan la iluminación a través de una carcajada. Yo siempre digo que de la misma manera que la línea recta es la distancia más corta entre dos puntos, la risa es la distancia más corta entre dos personas.

Cuando el inspector jefe Sammartino salió de la consulta, llevaba consigo media docena de recetas y una baja médica indefinida.

Tras comprobar que no había texto complementario a la vuelta de la página, cerré el ejemplar, lo apilé junto con los otros en la columna de los que iban a ser sacrificados, y abrí un nuevo volumen, hasta que di con lo que buscaba:

**Restaurante de Emilio Larhdy****Madrid, 1 de junio de 1865**

El olor a cocido madrileño era lo único novedoso para Saint-Germain. Ni siquiera el hecho de tener a una reina embelesada a su lado era nuevo para él. Para Isabel II, por contra, aquel conde «sin edad», según las malas lenguas, era la última novedad «masculina» de la corte. A falta de otros entretenimientos, y dada su manifiesta incapacidad para leer, escribir o sumar con soltura, el pasatiempo preferido de la reina consistía en dejar caer su menudo y rollizo cuerpo entre los brazos de un caballero. La culpa de su vida disoluta, en cualquier caso, no era responsabilidad directa suya, al menos eso pensaba ella, sino de su madre, de la que había heredado una ardiente sensualidad, un carácter temperamental y apasionado, y la obligación de casarse con un hombre sin una sexualidad definida de quien el pueblo afirmaba que orinaba en cuclillas. De modo que la lista de sus amantes era tan extensa como la de caídos durante las guerras carlistas, e incluía a militares, políticos, aristócratas y hasta un cantante de ópera. Para colmo, los talentos de Saint-Germain eran comparables en número a la cifra de queridos de la reina. De él se decía que era un excelso poeta, que componía música, que cantaba, que tenía una memoria prodigiosa, que le permitía repetir hojas enteras con sólo echarles un vistazo, y que hablaba sin acento alguno alemán, inglés, italiano, portugués, francés, español, griego, latín y árabe, además del sánscrito. Era un diestro alquimista y un profundo conocedor de las ciencias positivas y, entre otras muchas, había ejercido la profesión de diplomático en numerosas cortes europeas, desde Francia a Rusia. Saint-Germain afirmaba haber tratado íntimamente a la Sagrada Familia y asistido a las bodas de Caná. Se jactaba de haber conocido en persona a Jesucristo, de quien decía que era el mejor hombre del mundo, pero novelesco y arrebatado, y al que había predicho que acabaría mal. También aseguraba haber participado en el Congreso de Nicea y de haber sido él quien intercedió en favor de la madre de



la Virgen, Santa Ana, para que fuera canonizada. Con estos antecedentes, Saint-Germain era un firme candidato a la excomunión según la opinión de los consejeros religiosos de la reina, en especial para sor Patrocinio y para el padre Claret. Pero la beatería de la soberana no era más que una impostura de cara al exterior, por lo que terminó perdiendo el seso por aquel enigmático personaje que, para colmo, era delgado y bien proporcionado, de bellos ojos pardos y cabello oscuro.

Cuando llegó la sopa del cocido, Saint-Germain rehusó que le sirvieran.

—De modo que es cierto lo que dicen de usted, que ni come ni bebe —observó la reina.

—Beber sí bebo, Majestad, pero sólo agua.

—¿Y qué hace con el hambre? —se interesó la reina, a la que le sobraban unos cuantos kilos.

—Cada mañana, cuando me levanto, le doy esquinazo —bromeó Saint-Germain.

—Cuénteme la anécdota de la mancha del diamante de Luis XV —solicitó la soberana.

—Es una historia muy aburrida, pero si desea oírla, complaceré a Su Majestad. Para empezar, he de señalar en mi defensa que la causante de ese episodio fue madame Pompadour, a la que un día conté mi habilidad para «arreglar» piedras preciosas defectuosas. Pocos días más tarde, estando en compañía de la mencionada dama en presencia del rey Luis XV de Francia, Su Majestad me aseguró poseer un diamante de tamaño mediano con una mancha, cuyo valor ascendía a seis mil francos, pero que valdría diez mil sin el defecto. Así que no tuve más remedio que examinar la piedra y aceptar el encargo de eliminar la mancha. Cuando devolví el diamante un mes más tarde, el rey lo mandó pesar para comprobar que se trataba de la misma piedra, y luego se la entregó a su joyero sin decirle nada, simplemente para que la examinara y tasara. El resultado del análisis determinó que se trataba de un diamante de aguas muy puras, sin mácula, y el joyero le ofreció a Su Majestad nueve mil seiscientos francos. El rey quedó tan sorprendido que decidió conservar la piedra como muestra de mis raras habilidades.

—Siempre me han gustado los hombres con habilidades raras, pero dentro de la más estricta masculinidad —comentó la reina—. Ahora muéstreme esa jarretera suya de la que habla todo el mundo.

La reina se refería a una liga cuajada de hermosísimos diamantes que otrora Saint-Germain había exhibido en casa de madame Pompadour, noventa años antes, y que era motivo de admiración entre los invitados de ésta.

—De la que hablaba todo el mundo, si me permite que corrija a Su Majestad. La moda ha cambiado, y ya los hombres no llevan jarreteras como antaño. Aunque como lo último que deseo en este mundo es contrariar o defraudar a Su Majestad, utilizaré uno de mis poderes para que la prenda se haga visible en mi cuerpo.

Un segundo después, Saint-Germain comenzó a subir lentamente la pernera del pantalón, hasta dejar a la vista una liga constelada de diminutos diamantes. Luego dejó caer la tela como si se tratara del telón de un escenario.

—De modo que todo lo que dicen de usted es cierto —dijo la reina a modo de constatación.

—También es cierto todo lo que no dicen de mí, Majestad —respondió Saint-Germain haciendo un juego de palabras.

Lo único que le preocupaba a Saint-Germain era la actitud del tercer comensal: el arquitecto Francisco Jareño y Alarcón, un personaje tan árido como La Mancha, de donde era natural. Al arquitecto Jareño le había sido encargado el proyecto para la construcción del Palacio de Bibliotecas y Museos del Paseo de Recoletos. Una obra gigantesca que iba a levantarse sobre el solar de la antigua Escuela Veterinaria, de trescientos cincuenta mil pies cuadrados de extensión. Teniendo en cuenta que el plan iba a aprobarse en el plazo de diez días, Jareño no entendía qué pintaba él en aquella comida, en compañía de la reina y de aquel aristócrata salido de no se sabía dónde, pero al que todo el mundo había mistificado en la corte.

Tras tomar la sopa en silencio, decidió descubrir el motivo de su presencia en aquella mesa emitiendo un leve carraspeo.

Pero los modales de la reina dejaban mucho que desear, así que tuvo que ser Saint-Germain, siempre atento a todo, quien reparara en las señales que enviaba el arquitecto.

—Me temo que estamos aburriendo al señor Jareño, Majestad —observó el aristócrata.

Ni siquiera la reina era consciente de que había convocado al arquitecto a instancias de Saint-Germain, que era quien de verdad estaba interesado en conocer los detalles de aquel proyecto.

—Jareño, ¿lo tiene todo a punto? —preguntó la reina, como siguiendo un guión preestablecido que le resultara incómodo.

—Todo está listo para que el proyecto sea aprobado el día diez de este mes en el Consejo de Ministros, Su Majestad —respondió el arquitecto.

—Hábleme de él. Pero hágalo como si tuviera que contarme cómo fue su primer amor.

Jareño empezó a sentir que el respaldo de la silla se le clavaba en la espalda, aunque lo que en realidad le incomodaba era la extraña petición de la reina. Solicitarle que hablara de su proyecto como si se tratara de un amor de juventud era lo mismo que tratar de simplificar una pieza musical de Mozart en una sola nota.

—Majestad, se trata de un edificio de planta rectangular que está dividido por la mitad por dos brazos en forma de cruz, dando lugar a cuatro patios. La sala de lectura, que se encuentra situada en el centro de la estructura principal, será de planta octogonal. La iluminación se hará cenitalmente, a través de numerosos cimborrios que se cerrarán formando una cúpula ochavada, y el número de salas del edificio ascenderá a treinta y cinco —expuso Jareño.

—¡Pues sí que fue triste su primer amor! Dígame, Jareño, ¿cuántos lectores podrán acudir a la nueva biblioteca?

—El salón de lectura tendrá capacidad para trescientos veinte lectores —respondió el arquitecto.

—¿Tantos? Con lo aburrido que es leer...

Que la reina se quejara del hábito de leer cuando hablaba con el arquitecto que acababa de proyectar la mayor biblioteca de España, no hacía sino poner de manifiesto el sinsentido de aquella reunión.

—He oído decir que en la fachada principal destaca un pórtico central, con dos cuerpos, que alternarán los estilos jónico y corintio, coronado por un frontón. Muy propio de la escuela de Schinckel —intervino Saint-Germain.

El rostro del arquitecto Jareño mudó al oír ese nombre. Mientras que la reina ni siquiera era capaz de mantener un libro abierto sin que le venciera el sueño, Saint-Germain, en cambio, acababa de hacer alarde de una erudición propia de alguien que estuviera al tanto de las últimas tendencias en materia de arquitectura.

—¿De qué conoce a Schinckel? —preguntó el arquitecto sin salir de su asombro.

—Yo conozco a todo el mundo, amigo mío —se jactó Saint-Germain.

Ni la reina ni Jareño podían imaginar que el proyecto del que hablaban fuera a modificarse sustancialmente y a tardar treinta años en completarse, y que ninguno de los dos lo vería terminado por distintas razones.

—Jareño, quiero que escuche los consejos que Saint-Germain tenga a bien darle, pues como ve es un maestro en todas las ciencias y artes. No en vano, el conde ha cumplido ya los ciento... ¿ciento cuántos años tiene usted, conde?

¿O son doscientos? —intervino la reina pasando de un tono enérgico a otro más suave.

—Los hombres son demasiado desmemoriados o demasiado niños para orientarse en la cronología, Majestad —respondió Saint-Germain—. Para ellos, un centenario es un prodigio, un portentoso. En la Antigüedad, e incluso en la Edad Media, se recordaba todavía algunas verdades elementales que la orgullosa ignorancia científica ha hecho olvidar. Una de estas verdades es «que no todos los hombres son mortales». La mayoría muere realmente después de setenta o cien años; un pequeño número sigue viviendo indefinidamente. Los hombres se dividen, desde este punto de vista, en dos clases: la inmensa plebe de los extinguidos y la reducidísima aristocracia de los «desaparecidos». Yo pertenezco a esa pequeña élite y en 1784, año de mi supuesta muerte, ya había vivido no un siglo, sino varios.

La reina y Jareño se quedaron estupefactos. Pero la sorpresa habría sido aún mayor si hubieran sabido que esas mismas palabras las repetiría Saint-Germain delante del escritor y filósofo italiano Giovanni Papini, a bordo del *Prince of Wales*, navegando hacia la India, ochenta años más tarde.

—¿Ha oído esos versos que repite todo el mundo cuando se refieren a usted, Saint-Germain? —preguntó la reina.

—No —respondió el aristócrata.

—Dicen: «El mentir de las estrellas / es muy seguro mentir, / porque ninguno ha de ir / a preguntárselo a ellas».

—Incluso para una persona que ha vivido varios siglos como yo, sería una pérdida de tiempo rebatir un argumento que se sustenta en un chascarrillo —se defendió Saint-Germain.

Pasaron el resto del almuerzo hablando del tema que ocupaba todas las tertulias que tenían lugar en Madrid: el pavoroso incendio que había acabado con la vida del señor duque de Granada de Egea y convertido en cenizas una de las principales bibliotecas de España. El suceso, que estaba siendo investigado por la policía, había dado un repentino giro cuando se supo que el señor duque profesaba la religión de los cuáqueros, rama del evangelismo, razón por la cual, según la Iglesia oficial, se había descerrajado un tiro en la sien después de prenderle fuego a la biblioteca. «Consciente de que el diablo se había colado en su residencia a través de las hojas de aquellos libros malditos», rezaba el comunicado de la autoridad eclesiástica. De manera casi refleja, el suicidio del duque de Granada de Egea había sido comparado con la locura de don Quijote, pues ambos casos tenían en común el hecho de que los

protagonistas hubieran perdido el seso por el efecto pernicioso de la lectura, que en el caso del aristócrata también le había corroído el espíritu.

—El único miedo que me da su biblioteca, Jareño, es que pueda acabar convirtiendo a mis súbditos en quijotes y herejes, tal y como le ha ocurrido al pobre duque de Granada de Egea. Incluso he oído decir que tenía en su biblioteca un libro escrito por el mismísimo Diablo —observó la reina.

—Su Majestad no tiene nada que temer. La lectura bien encauzada provoca el efecto contrario a la locura. Los pueblos más desarrollados son precisamente aquéllos que más leen —argumentó Jareño.

—¿Y de la herejía qué tiene que decirme? ¿No hay peligro de que quienes lean libros caigan en la apostasía? —se interesó ahora la reina.

—Los libros son ángeles de la guarda, Majestad, cuya misión consiste en ayudar a modelar la conciencia de los seres humanos —intervino Saint-Germain—. Cierre los ojos y piense en un libro abierto. ¿Acaso no tiene la forma de las alas de los ángeles? Créame, Majestad, no hay mejor escultor para el alma del hombre que un libro. De modo que puede asegurarse que cada libro no sólo es el reflejo del alma de su autor, sino también de quien lo lee. Cada lector reescribe el libro que lee en función a su capacidad lectora, a su educación y a sus gustos, de manera que el hereje lo es antes incluso de empezar a leer. El libro, por tanto, nada tiene que ver con su pecado.

—Dice usted cosas tan razonables en apariencia, Saint-Germain, que una ni siquiera tiene que preocuparse de entenderlas. Aunque mi confesor, el padre Claret, no estaría de acuerdo con usted. Siempre que tiene la ocasión me sugiere que los escritores depositan sus ideas en los libros envueltas en palabras, pero pronto las crisálidas se convierten en mariposas que vuelan por todas partes, y legiones de orugas acaban royendo las hermosas plantas de la virtud que adornan el jardín de la sociedad —argumentó la reina.

—Si me permite el comentario, Majestad, la observación de su confesor es harto enrevesada, más propia de un inquisidor que de un clérigo. Las plantas de la virtud, como las llama el padre Claret, crecen gracias al mundo de las ideas. Una sociedad sin ideas no es siquiera un páramo yermo, sino un desierto en toda regla —objetó Saint-Germain.

—Voy a serle sincera, Saint-Germain, ya que usted lo está siendo conmigo: el padre Claret es un tostón tan grande como cualquier libro tostón. Y ahora, dígame: ¿comerá conmigo mañana? Bueno, lo de comer es un decir...

—Será un placer, Majestad —respondió el aristócrata, al tiempo que inclinaba la cabeza.

—Entonces hasta mañana a la misma hora. Y no lea demasiado. Vaya a recalentarse el seso como al pobre duque de Granada de Egea. Quiero que reserve todo su talento para mí. Es una orden.

—Así lo haré, Majestad.

Cuando el carruaje regio giró en dirección a la calle del Arenal dejando a los dos hombres parados sobre la acera, Saint-Germain aprovechó para decirle al arquitecto Jareño:

—Ahora que la reina se ha ido, podremos hablar más detenidamente de ese proyecto que se trae entre manos. Tal vez pueda hacer algo por mí.

—¿Puedo preguntarle sin que se ofenda a qué viene lauto interés por *mi* biblioteca? —se interesó Jareño.

—Si tiene un poco de paciencia, pronto lo sabrá. Pero no se trata de un tema que pueda abordarse en mitad de la calle. Vayamos a un lugar más tranquilo. ¿Qué tal si me acompaña a mi casa?

—¿Y dónde está su casa? Tengo entendido que no tiene domicilio fijo. Al menos, eso es lo que se rumorea en la corte.

—Y así es. Jamás duermo más de dos noches seguidas en el mismo lugar —reconoció Saint-Germain.

—¿Y puede saberse por qué? —se interesó Jareño.

—Porque soy depositario de una pesada carga que alimenta cada día —respondió Saint-Germain.

—¿Qué clase de «carga» puede obligar a un hombre a tener que cambiar de domicilio todos los días? —preguntó a continuación el arquitecto.

—Libros, amigo Jareño, libros.

—¿Libros? ¿Acaso libros prohibidos?

—Ángeles de la guarda, Jareño.

—Yo no soy como la reina, Saint-Germain, así que sea más explícito si desea mantener viva esta conversación.

—Digamos que se trata de libros de un valor incalculable en más de un sentido. No sólo en el material. Libros que ocultan arcanos secretos, libros que necesitan ser guardados en un lugar seguro... Pero no me haga hablar más de la cuenta en plena calle. Sígame, Jareño. Yo le enseñaré...

Y Saint-Germain se desabotonó la levita, en cuyo forro habían sido cosidos media docena de bolsillos de los que sobresalían otros tantos libros de pequeño tamaño.

—¿Esconde una biblioteca en el forro de la levita? —preguntó atónito Jareño.

—Sólo llevo encima los ejemplares que, por su tamaño, caben en la prenda. Pero el número de libros que tengo a mi cargo es muy superior.

—Asegura no comer, tampoco duerme dos noches seguidas en la misma cama. Hace una hora le ha mostrado a la reina una jarretera constelada de diamantes, y ahora resulta que su levita es una biblioteca ambulante. ¿Quién es usted, Saint-Germain? ¿Y qué arcanos secretos esconden esos libros?

Por un instante, Saint-Germain recordó el rostro del hermano Adrien en la entrada de la abadía de Nôtre-Dame de Tamié y la pregunta que éste le formuló.

—Preguntas y respuesta, Jareño, lo que estos libros esconden son preguntas y respuestas esenciales —respondió.

**Cuartel general de la Einsatzstab Reichsleiter Rosenberg (ERR)  
en Frankfurt**

**15 de febrero de 1944**

El conde de Saint-Germain, alias conde Ottmar von Rudel, encajó su uniforme de oficial de las SS antes de traspasar el umbral de la salita donde le esperaba un invitado.

—¿El señor Jaime Dalmau? Soy el conde Ottmar von Rudel. Para mí es un placer que haya aceptado reunirse conmigo.

El invitado saltó como un resorte de su asiento y al instante su figura compuso el saludo nazi.

—Heil, Hitler —dijo—. Poder servir al Führer es un gran honor para mí.

—Lo sé. Estoy al tanto de sus méritos en el frente ruso como miembro de la División Azul. Aunque lo que más destaca en su expediente es su negativa a ser repatriado para permanecer al lado del pueblo alemán dijo el aristócrata al tiempo que mostraba el *dossier* que llevaba bajo el brazo.

—Juré fidelidad al Führer y estoy dispuesto a dar la vida por él.

—¿Y si yo le dijera que el Führer quiere que lleve a cabo otra clase misión, que realice para él un trabajo, digamos, más sutil, aunque no por ello menos importante?

—Los deseos del Führer son órdenes para mí.

—El Führer quiere que regrese a España con un libro, que ha de proteger incluso con su vida —expuso el conde.

—¿Un libro? ¿Qué clase de libro? —preguntó Dalmau sin ocultar la decepción que semejante propuesta le causaba. Había sobrevivido a la División Azul y renunciado a regresar a España, de modo que convertirse en custodio de un libro no era lo que esperaba que se le pidiera en aquel momento.

—Acompáñeme y se lo mostraré.



Después de recorrer un largo pasillo, los dos hombres llegaron a una pequeña sala donde aguardaba la niña que Saint-Germain había arrancado de las garras de Joseph Mengele.

—¿Y bien? ¿Dónde está ese libro? —preguntó Dalmau.

—Lo tiene delante de sus ojos.

—Lo único que hay en esta habitación es esta pequeña —observó Dalmau con un tono de voz que evidenciaba cuán desconcertado estaba.

—Ella es el libro, amigo Dalmau. O mejor dicho, ella es la biblioteca que usted ha de custodiar.

—Explíquese, se lo ruego.

—La niña tiene una memoria prodigiosa, tanto que es capaz de recordar todo, absolutamente todo lo que lee. Si le pone delante de los ojos una guía telefónica, la memorizará en unas pocas horas, y hasta está capacitada para aprender un idioma nuevo en diez días. Desgraciadamente, se trata de una judía, de manera que su vida corre serio peligro en Alemania.

—¡Una judía! ¿El Führer quiere que me haga cargo de una niña judía?

Dalmau no pudo evitar que su voz brotara de su garganta con un tono de manifiesta incredulidad. ¿Acaso una de las primeras cosas que había aprendido de los alemanes, con el Führer a la cabeza, no era precisamente a desembarazarse de los escrúpulos, sobre todo los relativos a la raza judía?

—Así es —aseveró Saint-Germain—. Queremos a esta judía viva, y creemos que usted es la persona idónea para ocuparse de ella en España. Sabemos que mi padre es testaferro de alguna de nuestras empresas, y que gracias a que le permitimos mediar en la venta de un óleo de Rembrandt, el negocio que posee ha adquirido, digámoslo así, cierta relevancia. Ahora necesitamos que devuelvan el favor al Reich haciéndose cargo temporalmente de la pequeña. Antes de ser enviada a Auschwitz, la niña fue obligada a memorizar una docena de libros judíos. Tal vez más. Lo más probable es que estemos ante a un cerebro prodigioso, fuera de lo común. Ya conoce usted la importancia que tiene la cuestión judía para el Reich, de ahí que Herr Rosenberg y el ministro Goering estén interesados en rescatar los secretos que la pequeña esconde, del primero al último. Sin embargo, ni siquiera el Reich, en las actuales circunstancias, es capaz de garantizar la seguridad de un judío dentro de sus fronteras, de ahí que sea necesario evacuar a la pequeña. Naturalmente, le proporcionaremos documentación con una identidad nueva para la niña. Los gastos de repatriación y de mantenimiento, por descontado, correrán de nuestra cuenta. Nadie, bajo ningún concepto, ha de saber que se

trata de una judía. Tampoco ha de revelar las cualidades que, digámoslo así, adornan a la chiquilla.

Estaba claro que el discurso de Saint-Germain incluía las claves por las cuales no se podría negar a aceptar lo que se le proponía, así que preguntó:

—¿Hasta cuándo he de hacerme cargo de la cría?

—Hasta nueva orden, por supuesto. Llegado el momento, yo mismo viajaré a España para recogerla.

Si Jaime Dalmau había aprendido algo en la guerra, era precisamente la importancia que tenía respetar la cadena de mando, obedecer las órdenes sin cuestionarlas, aceptar los sacrificios, puesto que éstos estaban encaminados a preservar el mundo en el que creía, así que asintió con una reverencia, como el pecador que tras confesarse acepta la penitencia impuesta con resignación.

Según se desprendía de lo que acababa de leer, mi abuelo Jaime se había ocupado de cuidar a una niña judía capaz de memorizar un libro con sólo echarle un vistazo. Me quedé sin palabras, tratando de ordenar el revuelo de sensaciones que me había causado semejante descubrimiento. Desde luego, había oído a mi abuelo hablar de su paso por Alemania después del fracaso de la División Azul en el frente ruso, pero jamás había oído mencionar a esa pequeña. Otro tanto me ocurría con el conde de Saint-Germain, cuyo nombre jamás había oído pronunciar en mi casa. Pero había algo mucho más inquietante: el hecho de que el conde de Saint-Germain se cruzara de nuevo en la vida de un Dalmau, en este caso yo, persiguiendo otro libro. ¿Se trataba de una casualidad? La librería del señor Santos ocupaba el local del viejo anticuario de los Dalmau, Saint-Germain reclamaba un libro que se guardaba dentro de otros libros que se conservaban en la Biblioteca Nacional de Madrid, y yo, el último de los Dalmau hasta el momento, sin tener conocimiento de ninguna de estas circunstancias, me había ofrecido como voluntario para sustraerlo. No, no podía tratarse de una casualidad. Daba la impresión de que detrás de todo lo que estaba ocurriendo existía un plan maestro, o cuando menos un maleficio. ¿Acaso lo que estaba aconteciendo tenía algo que ver con la historia de mi familia? En el supuesto de que así fuera, ¿con qué sentido y con qué propósito? El problema era que carecía de elementos de juicio suficientes que me permitieran resolver el enigma, pues para empezar me enfrentaba a un hombre que había coincidido en el tiempo con mi abuelo y conmigo. Algo que cualquier persona en su sano juicio (y yo lo era) se negaría a aceptar como posible. El hecho de que todo lo que

pensaba figurara en el texto, tampoco ayudaba; todo lo contrario. Ver mis pensamientos impresos por adelantado me transmitían la sensación de estar releendo por enésima vez el mismo libro, la misma frase, que decía: «No puedes rebelarte contra tu destino, porque el tiempo ha desaparecido. Lo que quieres ser, ya lo eres, ya lo has sido». Por no mencionar que cada nuevo capítulo que leía acrecentaba la incoherente sarta de episodios que componían el relato.

Llegado a este punto de la reflexión, y tras repasar por encima los capítulos ya leídos y los que aún me faltaban por examinar, descubrí que en ninguno hablaba yo en primera persona, en ninguno era yo el narrador, tal y como ocurría en el apartado que Natalia me había mostrado en el cuarto de baño. Sólo en los capítulos como éste, en los que yo llevaba a cabo reflexiones sobre el contenido del mismo, éstas aparecían reflejadas en él. La explicación que se me ocurrió fue que la persona a la que Santos había encargado la sustracción de *La biblioteca* hubiera llevado a cabo su trabajo siguiendo la cronología que encabezaba numerosos capítulos del libro. Algo que, hasta cierto punto, se antojaba como lógico. No en vano, yo mismo le había propuesto al señor Santos recopilar los textos siguiendo un orden.

Pero como no tenía tiempo que perder, dejé las disquisiciones para otro momento, abrí un nuevo volumen y busqué el texto que me interesaba:

**Abadía de Nôtre-Dame de Tamié. Alta Saboya Francesa**

**Otoño de 1785**

Cuando el jinete alcanzó a ver la abadía de Tamié al final del camino, sintió que su corazón galopaba dentro de su pecho más rápidamente que el propio animal. Iba al encuentro de un moribundo, y temía llegar tarde. Ni siquiera había tenido ocasión de deleitarse con el paisaje de las montañas de Tarentaise, pintadas con los colores del otoño, que incluían los blancos mechones de las cumbres nevadas.

Descabalgó con la premura de un correo urgente que llega a una posta. Bajo un arco chato de piedra aguardaba un monje trapense con un hábito de lana raído, e insuficiente para protegerle del frío.

—¿El hermano Tomás de Fontenay? —se dirigió el jinete al fraile.

—¿Sois el conde de Saint-Germain? —le respondió el monje con otra pregunta.

El jinete asintió.

—Yo soy el hermano Adrien —añadió el fraile—. Seguidme.

Dentro de la abadía olía a cabra y a turba quemada. Al traspasar el claustro, el monje dijo siguiendo la costumbre siempre que atravesaba aquel espacio:

—*Memento mori.*

A Saint-Germain le hizo gracia que aquel monje andrajoso aludiera a la mortalidad del ser humano, precisamente delante de él que era inmortal, así que le replicó:

—¿Conocéis el significado de esa frase, hermano Adrien?

—Naturalmente. Significa: «Recuerda que eres mortal».

—Doy por hecho que conocéis el latín a la perfección. En cambio, desconocéis que se trata de una expresión pagana.

—¿Pagana?

—*Memento mori* era la frase que oían los generales romanos cuando entraban en Roma para celebrar una victoria en el campo de batalla. Se trataba de que la gloria no les ofuscara la razón y les hiciera olvidar su condición de seres vulnerables. Pero ni siquiera la locución es exacta. La verdadera expresión era: *Respice post te! Hominen te esse memento!*, «¡Mira detrás de ti! ¡Recuerda que eres hombre!», nada de *Memento mori*.

—¿Cómo podéis estar seguro de eso? —se interesó el fraile.

—Muy sencillo. Porque viví en la Roma de Octavio Augusto, y presencié el desfile de muchos generales victoriosos.

El hermano Adrien llegó a la conclusión de que hablaba con un demente.

—Comprendo.

Luego volvieron a internarse por un estrecho pasillo, cuya fábrica había menguado por efecto del roce de los cuerpos. No en vano, la poderosa constitución de fray Tomás de Fontenay, así como su carácter taciturno, le había granjeado el apodo de «Buey Mudo», el mismo mote que cargara desde la juventud santo Tomás de Aquino. Claro que la corpulencia no era la única coincidencia entre Fontenay y el santo de Roccasecca. Ambos desayunaban lo que comía una persona en todo el día; ambos contaban con una mesa especial donde poder acoplar la panza; y ambos iban a morir en una abadía cisterciense, pese a que los dos pertenecían a la orden de los dominicos. De no ser por el escaso interés que Fontenay había demostrado por la teología a lo largo de su vida, podría pensarse que el monje francés fuera la reencarnación del santo italiano.

Aún tuvieron que superar otro pasillo, aparentemente más ancho, antes de llegar a la celda del enfermo.

A Saint-Germain le sorprendió sobremanera tanto el olor a pesebre del aposento como el hecho de que el moribundo tuviera los mofletes arrebolados, e instintivamente pensó que el ocaso del monje iba a resultar más lento que el propio crepúsculo.

—Temí que hubierais muerto —dijo a modo de saludo.

—¿Y perderme vuestra visita? He alcanzado un pacto con la parca. He de quitarme la vida después de que os marchéis. ¿Habéis traído el veneno como convenimos?

El rostro de Saint-Germain terminó por ensombrecerse del todo.

—¿Es necesario que recurráis a él? —preguntó a continuación.

—Lo es. Tal vez esta tarde o mañana me suba la fiebre y me dé por hablar más de la cuenta. Verted el veneno en el caldo de tortuga. Lo beberé cuando

os hayáis marchado. Pero antes le diré al hermano Adrien que os prepare unos quesos de la abadía para el camino.

—¿Dónde están los libros? —se interesó Saint-Germain.

—Debajo del catre, por supuesto. Mi propio cuerpo impide que nadie pueda tocarlos sin que yo me entere. Durante años estuvieron guardados en cofres, pero las últimas hambrunas nos obligaron a desprendernos de ellos. Eran hermosos y estaban laboriosamente tallados. De entre los numerosos delitos que puede cometer un *chanfre*, vender los cofres de los libros es el más venial de todos.

—Seguro que habéis sido un buen bibliotecario, a pesar de haber tenido que desprenderos de los cofres comentó el visitante.

Acto seguido, Saint-Germain se postró de hinojos, dobló el espinazo e introdujo los brazos por el hueco que había entre el camastro del moribundo y el suelo, hasta que sus manos se toparon con un bulto. Tras comprobar con el tacto que se trataba de un saco de arpillera de cierto volumen y numerosas aristas, dijo:

—Son más de los que pensaba. Tendréis que moveros un poco.

—Tendréis que moverme vos —replicó el fraile.

Saint-Germain empujó el cuerpo del moribundo con todas sus fuerzas, hasta que logró ponerlo de lado, con la panza apoyada sobre la pared. Un fuerte olor purulento le golpeó el rostro.

—¡Que me parta un rayo! ¿Cuánto tiempo lleváis sin levantaros de este catre? ¡Vuestra espalda es una llaga!

—¿Dos meses? Puede que sean tres. No lo sé con certeza. No quería que la muerte me pillara lejos de los libros. Los he estado custodiando durante los últimos veinte años, tal y como se me ordenó. Lo que no entiendo es el motivo por el cual han de abandonar la abadía. Aquí hay una buena biblioteca, y no se me ocurre un lugar más seguro para esconder unos cuantos libros que la biblioteca de una remota y apartada abadía. Estoy seguro de que el hermano Adrien podría ocuparse de custodiar el lote. Aunque a veces pregunta más de la cuenta, es cumplidor y obediente con todo lo que se le ordena, y no tiene familia. Está solo en este mundo. Creo que se trata de la persona idónea para que me sustituya.

—Ni siquiera vuestra muerte tiene que ver con el motivo de mi visita. Aunque tuvierais una salud de hierro y la providencia os permitiera vivir otros cien años, yo tendría que llevarme los libros. La decisión es irrevocable.

—¿Se puede saber por qué?

—Los libros han de abandonar esta abadía por una razón de peso: dentro de unos años habrá una revolución en Francia, y entonces este lugar dejará de ser seguro.

Ni siquiera la cercanía de la muerte impidió al fraile interesarse por el vaticinio de aquel hombre que, además de ser un diestro químico, tenía fama de visionario.

—¿Una revolución? ¿Qué clase de revolución? —preguntó Fontenay.

—Una que cambiará la faz del mundo. Los reyes perderán la cabeza, los nobles las tierras, y la Iglesia buena parte de las prerrogativas de las que hoy goza.

—Eso suena al fin del mundo.

—Lo sería si el mundo existiera tal y como creemos que es —replicó Saint-Germain—. Pero para que el mundo siga pareciendo lo que es, ya estamos nosotros, ¿no le parece, fray Tomás?

—Si eso es lo que va a ocurrir, si el mundo va a volverse loco, ¿por qué entonces no destruimos los libros y en paz? Muerto el perro, se acabó la rabia.

—Hay temas cuya naturaleza resulta demasiado delicada para que se divulguen, pero al mismo tiempo los libros han de seguir mostrándose a determinadas personas, con el fin de que se adhieran a nuestra causa y nos protejan. Por eso no se pueden destruir. Por otro lado, hay que mantener los libros lejos de los vindicadores y de los inquisidores —expuso Saint-Germain.

—*Contemplari et contemplata aliis tradere* («Contemplar y dar a los otros el resultado de vuestra contemplación»). Es una de las máximas de la orden dominica. Pero siendo franco, ni siquiera sé cuál es *nuestra causa*, como vos decís —reconoció el fraile con cierto tono de amargura.

—Vuestro cometido era custodiar los libros y habéis cumplido de sobra. Lo demás no debe preocuparos —observó Saint-Germain.

—He de reconocer que un día les eché un vistazo, pero ni siquiera están escritos en latín o en otra lengua romance que yo conozca —confesó el fraile.

—No deberíais haberlo hecho, aunque ya no tiene importancia.

—¿Tan peligrosos son? —preguntó el fraile a continuación.

—Se han dado casos de locura y de ceguera entre aquéllos que han conseguido descifrarlos.

—De modo que son ciertas las cosas que se dicen de ellos.

—Desde luego —aseguró Saint-Germain.

El fraile se tomó unos segundos antes de atreverse a hablar de nuevo:

—Francia entera sabe que vuestro verdadero nombre no es Saint-Germain —dijo—. Incluso hay quienes aseguran que no sois más que un vendedor de

forraje para ganado convertido en tahúr. Un charlatán. Un impostor.

Saint-Germain respondió a la observación del fraile con una sonrisa.

—¿Cómo os llamáis de verdad? Voy a morir en cuanto os marchéis, de modo que vuestro secreto bajará conmigo a la tumba —añadió el fraile.

Saint-Germain volvió a sonreír.

—¿Rakoczi? ¿Welldone? ¿Surmont? ¿Marqués de Montferrat? Todos esos nombres me pertenecen. Elegid vosotros el que más os guste. Mi nombre carece de interés —se pronunció.

El moribundo miró a Saint-Germain con recelo antes de atreverse a formular una nueva pregunta:

—¿Es verdad que sois inmortal?

—Si le preguntáis al príncipe Carlos de Hesse-Cassel, os dirá que falleció el año pasado en su casa, y hasta os enseñará mi tumba, en cuya lápida ha mandado grabar el siguiente epitafio: «Aquél que se hacía llamar conde de Saint-Germain y Welldone, y del que no hay otras informaciones, ha sido enterrado en esta iglesia».

—¿Adónde iréis? —preguntó a continuación el fraile.

—Desapareceré de Europa para ir a la región del Himalaya. Allí descansaré. Tengo que descansar. Dentro de ochenta y cinco años se me volverá a ver. Ahora he de marcharme.

—Id con Dios. Os espera un viaje casi tan largo como el mío —se despidió el fraile.

—El viaje entre la vida y la muerte ni siquiera requiere dar un paso, así que vos llegaréis a vuestro destino antes que yo al mío —observó el conde.

El hermano Adrien acompañó de nuevo a Saint-Germain, que cargaba sobre sus espaldas el fardo lleno de libros. Al pisar el claustro, el joven fraile volvió a decir:

—*Memento mori*.

A lo que Saint-Germain respondió en esta ocasión:

—*Bos locutus est* («Habló el buey»).

—¿Me estáis llamando buey?

Saint-Germain esbozó una sonrisa cargada de ironía.

—En absoluto. Digo que acabo de oír mugir a un buey —se desmarcó.

—El hermano Fontenay me ha ordenado que os dé unos quesos para el camino —dijo a continuación el fraile.

—Decidle al hermano que me sobra alimento con estos libros. Pero gracias de todas formas.



Extramuros, la lluvia tamborileaba sobre el tejado, y una luz tenue y azulada anunciaba que la noche estaba a punto de caer.

—En los ocho años que llevo en esta abadía, no he visto al hermano Tomás separarse de esos libros un solo día. Me pregunto qué contienen para que tan grande haya sido su celo durante todo este tiempo —observó el hermano Adrien.

—Preguntas y respuestas, hermano Adrien, preguntas y respuestas —contestó Saint-Germain, al tiempo que acomodaba el saco de libros sobre la grupa del animal.

Un estertor procedente de la abadía rompió el silencio que reinaba en el paraje.

—¿El hermano Tomás? —preguntó el hermano Adrien en voz alta.

—Agoniza. Corred a su lado —le recomendó Saint-Germain.

—Disculpadme —se excusó el fraile.

Cuando Saint-Germain se quedó a solas, pensó con añoranza en lo mucho que le hubiera gustado experimentar la sensación de la muerte para sentirse verdaderamente vivo. Luego montó sobre su corcel, clavó las espuelas en los flancos del animal y cabalgó sin descanso hasta la frontera suiza. Tras su estela, se desató una tormenta de viento y aguanieve.

Acometí la amputación de aquellos seis volúmenes con la saña y la cólera de un Jack el Destripador contemporáneo. Hundir la cuchilla en aquellas hojas me resultó tan fácil como clavar un pico en un trozo de tierra grasa y esponjosa. Era como si la rabia que me embargaba me hubiera insuflado una dosis de determinación que me hacía invulnerable. Si hubiera arrancado aquellas hojas con mis propias manos en medio de la Sala General de Lectura, nadie se habría percatado de mi delito, o mejor dicho, nadie se habría atrevido a recriminármelo, como si la ira me otorgara el derecho moral a hacer lo que me viniese en gana, sin importar que lo que estaba destruyendo pudiese ser una joya bibliográfica.

Era consciente de que arrancar las hojas de aquellos volúmenes como si estuviese desplumando gallinas no servía de gran cosa, pero al menos me ayudaba a sentirme un poco menos vencido. Siempre me había gustado dominar las situaciones, manejarlas; sin embargo, conforme más avanzaba en la recuperación de aquel libro, mayor era la sensación de que todo mi esfuerzo era tan inútil como tratar de aprehender agua con las manos. La aparición de mi abuelo en el texto, por ejemplo, tenía que reconocerlo, había resultado determinante, pues añadía un elemento más de contusión: el peso del pasado de mi familia. De modo que encontrar el nombre de mi abuelo en aquel libro no sólo me había enfurecido; también me había hecho vacilar. Había sumado una nueva inquietud a las muchas que ya me seguían como sombras cosidas a mis talones. La suma de inquietudes, pues, daba como resultado una creciente preocupación. Una retahíla de preguntas a las que no encontraba respuesta se unió a las preguntas que todavía no había logrado desentrañar. En ese instante, me percaté de que mi mente había entrado en una espiral que frenaba el empuje que necesitaba para llevar a cabo el robo de los *honorables* sin ser descubierto. Mutilar aquellos libros con el ímpetu y la determinación de un asesino en serie no era suficiente, también tenía que ocultar los cadáveres entre los sudarios con forma de folio que llevaba en la

bolsa de plástico transparente. Resultaba necesario, pues, que recuperara la calma y la sangre fría.

Cuando hube finalizado la acción de entremezclar hojas robadas y folios en blanco, devolví los diez volúmenes de la primera reserva y me encerré en el mismo cuarto de baño del día anterior.

El exceso de material, no obstante, me obligó a esmerarme a la hora de introducir todas aquellas hojas en el vientre del ordenador, que acabó por fagocitarlas a regañadientes, como el animal que es cebado para el sacrificio.

En el Paseo de Recoletos algo parecía estimular el ruido de los coches y el bullicio de los transeúntes. Aunque tal vez ese «algo» fuese yo mismo. Era yo quien desafinaba en aquella orquesta de estruendosos acordes cuyo resultado era una sinfonía del caos, cuando lo que yo trataba precisamente era encontrar orden en un libro que, en apariencia, carecía de él, o para seguir con el razonamiento del señor Santos, el desorden era su orden. Recordé entonces que un profesor de la universidad de Cornell había dedicado una clase a explicar que en el pensamiento complejo el orden puede reducirse a normas y códigos, que el orden era fácil de contar, que disminuía las posibilidades de error, y que, en definitiva, se comprendía mejor que el desorden. Ninguna de aquellas premisas podía aplicarse a *La biblioteca*, cuyo relato se componía de episodios en apariencia inconexos.

Al cabo, me di cuenta de que aquel ruido que amplificaba todos los demás caía del cielo con forma de lluvia.

Encontré al señor Santos desmontando la casa y empaquetando sus pertenencias. Parecía más agitado de lo que era habitual en él, si bien creo que a mí me sucedía lo mismo.

—¿Qué ocurre? —le pregunté.

—He decidido que en cuanto Natalia regrese, nos trasladamos de casa. Nadie me garantiza que, una vez resuelto este desagradable asunto, Saint-Germain no vuelva a utilizar a mi pequeña como moneda de cambio. Hace apenas un par de horas ha llamado para quejarse de tu comportamiento esta mañana, y para indicar el lugar donde has de realizar la nueva entrega. Sí, estaremos más seguros si nos mudamos de domicilio.

—La prueba de vida era Natalia. Pude verla unos segundos en el interior de un coche en compañía de tres hombres. Hice todo lo que estuvo en mi

mano para frenar el avance del vehículo, pero acabé rodando por el asfalto — dije para justificar mi comportamiento.

—Mañana tendrás que dejar los *honorables* a los pies de la Fuente del Ángel Caído que hay en el Parque del Retiro. Y nada de hacer tonterías. Se acabaron las pruebas de vida.

—¿Y si llueve? —objeté.

—¿Y si llueve? Te mojas y punto.

—Lamento que todo se haya complicado por mi culpa.

—Lo importante es que Natalia se encuentra bien, ¿no es así?

—Sí, la encontré entera y serena —dije con el único propósito de contemporizar.

—Bueno, habla, ¿cómo te ha ido hoy en la Biblioteca Nacional?

—Bastante bien. Me he permitido mutilar seis libros. He tenido algún problemilla a la hora de hacerle tragar tanto papel al ordenador, pero al final lo he conseguido.

—Veamos.

Después de llevar a cabo la operación que permitía la apertura y la extracción de las hojas, y de comprobar el estado de las mismas, el señor Santos añadió:

—Están perfectas, aunque no deberías asumir tantos riesgos.

—Una de esas hojas habla de mi abuelo Jaime —observé.

—¿De veras?

Santos comenzó a analizar el texto de las hojas con más detenimiento.

—Al parecer, mi abuelo mantuvo relaciones comerciales con el conde de Saint-Germain durante la II Guerra Mundial —le hice ver—. Tuvo que hacerse cargo de una niña judía cuyo cerebro era capaz de almacenar no sé cuántos libros que memorizaba con sólo echarles un vistazo.

—Conozco la historia.

—¿La conoce? —pregunté sin ocultar mi sorpresa.

—Se trata de una famosa *savant*. Hoy el síndrome del sabio está bastante estudiado, pero en aquella época el *savantismo* parecía ser cosa del diablo. Mi padre ya se dedicaba en esos años a la venta de libros de ocasión, así que llegó a sus oídos que aquí, en la casa de los Portugueses, el anticuario Dalmau custodiaba una biblioteca que no era otra cosa que una niña judía. Madrid era por entonces poco más que un pueblo, y guardar un secreto de esa naturaleza no resultaba tarea fácil.

—¿Aquí, en la Casa de los Portugueses?

—Eso fue lo que mi padre me contó.

Y aprovechando que me tomé unos segundos para digerir lo que acababa de oír, añadió:

—¿Me ayudas a embalar?

Mientras ayudaba al señor Santos a introducir libros en cajas, llegué a la conclusión de que a partir del día siguiente, cuando tuviera que enfrentarme a un nuevo texto de *La biblioteca*, lo haría sin emitir juicios de valor, sin pensar siquiera en lo que estaba leyendo, pues al hacerlo, al ver mis pensamientos impresos por adelantado, todo se volvía demasiado nítido y al mismo tiempo también demasiado irreal, y eso me hacía dudar de mi propia existencia, al menos tal y como siempre la había conocido, con un pasado, mi presente y un futuro. Me resistía a admitir que mi vida se hubiera convertido de repente en un círculo, en una rueda, en un disco, en una órbita en suma.

Era indudable que estaba sugestionado por las teorías del señor Santos sobre el tiempo, de modo que cuando salí a la terraza para cerrar las puertaventanas, la ciudad que vislumbré detrás del lienzo de sombras que la noche había tejido, me pareció llena de arrugas y cicatrices, como si, en efecto, llevase miles de años repitiendo los mismos gestos, las mismas muecas y ademanes, la misma vacía oscuridad, idéntico destino, idénticas certidumbres. ¿Qué sentido tenía, pues, correr hacia el futuro cuando éste ya había tenido lugar? ¿Para qué tratar de olvidar o superar el pasado cuando éste volvía a nosotros una y otra vez?, me pregunté.

**País de los hiperbóreos****Año 1800**

Cuando el conde de Saint-Germain recibió la orden de regresar de inmediato a Hiperbórea, jamás pensó encontrar lo que encontró. Los libros que llevaba recopilando desde antaño, y que había ido depositando en una gigantesca biblioteca construida para albergarlos, habían comenzado a echar raíces primero, y a crecer a lo alto y a lo ancho como auténticos árboles más tarde. El fenómeno era tan extraordinario que incluso causó asombro y preocupación entre los hiperbóreos, pese a estar acostumbrados a vivir entre una vegetación exuberante. De hecho, la generosidad de la naturaleza era la característica principal del país, cuyos habitantes disfrutaban, entre otros, del don de la inmortalidad. El dios Apolo, por ejemplo, viajaba en su carro a Hiperbórea cada diecinueve años, con el fin de someterse a una cura de rejuvenecimiento. Y no era el único. Heracles y Perseo también habían sido asiduos de aquella tierra pródiga y misteriosa, situada más allá del septentrión y donde habitaba el dios Bóreas, el frío y terrible viento del norte. En Hiperbórea se desconocían tanto los rigores del invierno como las sombras de la noche. Incluso la felicidad crecía con exceso en Hiperbórea, pues el mal no existía en aquella tierra, de manera que lo que había ocurrido con aquellos libros era, hasta cierto punto, previsible. Del mismo modo que manzanas, peras y naranjas adquirían un tamaño descomunal en los jardines de Hiperbórea, los libros arraigaban de nuevo en la tierra, echaban fuertes raíces y se transformaban en árboles. Algunos habían crecido con tanto vigor que habían atravesado las ventanas y claraboyas de la biblioteca y alcanzado tal altura que su copa podía divisarse desde cualquier punto del país. Especialmente desmesurado había sido el crecimiento del *Thesaurus Chemicus* del monje y filósofo inglés Roger Bacon, de cuyas páginas había brotado una gigantesca secuoya que, según los cálculos de los naturalistas de Hiperbórea, alcanzaría los 108 metros de altura y un peso de mil toneladas en

los próximos cien años. Otro tanto había ocurrido con *De Oculata Philosophia*, del médico, alquimista y cabalista Cornelius Agrippa de Nettesheim. Lo más sorprendente, en todo caso, había ocurrido con la llegada del otoño, cuando los libros-árboles comenzaron a deshojarse, y las calles y caminos de Hiperbórea se llenaron entonces de hojas impresas, llenas de palabras, que bailaban bajo los pies de los caminantes. Un río de sabiduría que, al cabo, terminó por distraer a los hiperbóreos de sus ocupaciones habituales, pues a cada paso encontraban un nuevo motivo para detenerse. Una frase, cualquiera, podía sumir a quien la leyera en una reflexión durante horas. De esa forma, los felices hiperbóreos conocieron más sobre los hombres allende las fronteras del río Océano, seres mortales que volcaban todas sus energías en autodestruirse, humanos deshumanizados.

Fue entonces cuando Férices de Siros, quien había iniciado a Pitágoras en las matemáticas, y quien se había convertido en un referente moral para los hiperbóreos, se dirigió a Saint-Germain:

—Querido conde —le dijo—, no es la primera vez que ocurre algo parecido. Hace muchos siglos, siendo emperador León Isáurico, existía en Constantinopla, muy cerca de Santa Sofía, una espléndida morada a la que podríamos llamar «huerto ameno». Dicho lugar estaba repleto de árboles que producían libros, y también contaba con un pequeño bosque sembrado de bellísimas plantas de toda clase de doctrina y de sabiduría. El número de libros superaba los treinta y tres mil. Entre éstos figuraba la piel de un dragón de veinte pies de longitud, donde estaban escritas con letras de oro la *Ilíada* y la *Odisea*, de Homero. Tal huerto y tal bosque estaban confiados al cuidado y la lealtad de un hombre privilegiado que aventajaba a los demás en doctrina y sobresalía por los resplandores de su ciencia. Podrías llamarlo muy acertadamente un nuevo Adán. Habitaban con él otros capitanes como de segunda categoría nombrados por el mismo emperador. Éstos, tantos en número cuantos son los signos del Zodiaco, instruían a los ávidos de ciencia y de doctrina, y arrancaban a sus oyentes el velo de la ignorancia. Gozaban de tal prestigio y virtud que ni siquiera los emperadores pensaban proyectos o emprendían algo nuevo o insólito sin llamarlos a consulta. Pero el emperador Isáurico se reveló enemigo de todas las virtudes y, como no logró hacer partícipe de sus pecados a estos sabios, mandó amontonar en el «huerto ameno» materiales secos y combustibles de leños bien curados, a los que prendió fuego junto con los libros y los sabios. Así son los hombres mortales, se detestan a sí mismos tanto como deploran la sabiduría...

Félices de Siros se tomó unos segundos para que Saint-Germain tuviera tiempo de reflexionar, antes de concluir su exposición con unas palabras que años más tarde repetiría otro célebre hiperbóreo, Friedrich Nietzsche:

—Somos hiperbóreos y sabemos cuán aparte vivimos... Más allá del septentrión, de los hielos, de la muerte, se encuentra nuestra vida, nuestra felicidad... Nosotros hemos encontrado la felicidad, conocemos el camino, hemos hallado la salida después de pasar muchos milenios perdidos en el laberinto. ¿Quién más la encontró? ¿Acaso el hombre moderno? «Yo no sé ni salir ni entrar. Yo soy el que no sabe entrar o salir», suspira el hombre moderno. Los mortales utilizan las palabras como armas con las que atacarse, con las que infligirse daño. El resultado es un odio inveterado que crece con cada nueva teoría, con cada nueva tesis, con cada nuevo libro que es publicado. De modo que debemos mostrarle nuestra superioridad a la humanidad por la fuerza, por el temple y, sobre todo, por el desprecio... Me temo que Hiperbórea, tan exuberante en su naturaleza como en su inocencia, no está preparada para albergar todos esos libros que llevas siglos recolectando. Tendrás que llevártelos a otro lugar por el bien de todos.

Saint-Germain comprendió de inmediato que se enfrentaba al mayor reto de su vida: limpiar las calles de Hiperbórea de aquellas hojas llenas de palabras que el otoño había esparcido como una plaga, realizar una recopilación de los libros que aún no se habían convertido en árboles y, una vez llevada a cabo esta labor, buscarles un nuevo acomodo, a ser posible en un país de clima templado. Claro que no sólo hacía falta encontrar un país adecuado, sino también una biblioteca que reuniese las condiciones necesarias para albergar varios cientos de libros de un valor incalculable.



**Estación de Cercanías de Atocha. Madrid****11 de marzo de 2004. 7,30 de la mañana**

Como cada mañana, el inspector jefe Martín Sammartino tomaba café en una de las cafeterías de la rotonda del vestíbulo principal. El brebaje era deplorable, pero la sensación que le transmitía el ajeteo de la estación de trenes de cercanía le infundía la vitalidad necesaria para afrontar un nuevo día. Era como contemplar un enjambre de abejas en plena efervescencia, justo antes de que cada una asumiera el rol que tenía asignado dentro de la colmena. A medio camino entre la comisaría y su casa, la Estación de Atocha era ese espacio donde Sammartino le tomaba el pulso a la ciudad. De hecho, a estas alturas, estaba convencido de que su dependencia a ese lugar era superior a su adicción por la cafeína y la nicotina imitas.

Según su costumbre, Sammartino escrutó el poso del café antes de pedir una segunda taza al camarero. Un gesto que tenía algo de hipnótico. Por alguna razón que desconocía, al contemplar el abismo negro que escondía el café acababa estableciendo un paralelismo con su vida. No tenía mujer ni hijos, y vivía solo. En la comisaría, todo el mundo le llamaba «el Ermitaño», por su tendencia a no relacionarse con sus compañeros fuera del horario de trabajo. Encuentros que, según Sammartino, derivaban en conversaciones que escondían envidias y reproches encubiertos. Casi nadie estaba medianamente satisfecho con el trabajo que realizaba. En el fondo, era como si todo el mundo necesitara sentirse alienado para poder gritarlo, pero no con la intención de ponerle remedio, puesto que a la postre las obligaciones y la tiranía del trabajo hacían la vida más fácil. La felicidad era esquiva para todo el mundo por igual, y desde luego su búsqueda resultaba mucho más extenuante que trabajar ocho, diez o incluso doce horas diarias. Por esa razón, en su opinión, vociferar los problemas o atacar al prójimo apoyado sobre la barra de un bar podía ser considerado como una forma de catarsis. La

diferencia con los demás era que él no se quejaba. Lo consideraba una pérdida de tiempo.

Apuró el segundo café de un trago, encendió un cigarrillo y transformó la primera bocanada de humo en dos volutas que parecían sendos halos de santidad.

Siempre le había gustado obnubilarse contemplando la liviandad del humo suspendido en el aire. Cuando se disponía a exhalar una nueva bocanada de humo, que previamente había mantenido en el interior de los pulmones y del estómago, se escuchó un estruendo que paralizó la mueca de sus labios. La experiencia adquirida como artificiero de los Tedax durante sus primeros años en el Cuerpo Nacional de Policía, le indicó que acababa de explotar una bomba en uno de los andenes que estaban situados una planta por debajo, a ras del suelo.

Nada más alcanzar la escalera mecánica que conducía hasta el andén, se produjo una segunda deflagración, y cinco segundos más tarde una tercera. Entonces se desató una tormenta de destrucción que expandió su furia arrasando todo lo que quedaba a su paso.

Lo siguiente que vio desde la atalaya de la escalera mecánica fue a un centenar de cuerpos bailando la danza de la muerte. Una danza macabra que desmembraba a quienes tomaban parte en ella. A cada paso, a cada brusco movimiento, los bailarines de esa coreografía iban perdiendo brazos, piernas o incluso la cabeza. De sus bocas salían gritos sofocados de dolor, una música lastimera y desafinada que chirriaba tanto como el metal retorcido de los vagones.

Sammartino tuvo que abrirse paso a codazos para dirigirse allí de donde huía todo el mundo en estampida. La mayoría de sus oponentes caminaba con el rostro tiznado de negro, la ropa hecha jirones y trozos de metralla en la cara y en las manos. Parecían fantasmas.

Una vez logró llegar al andén, por el que se había extendido una densa humareda impregnada de olor a carne chamuscada, se escucharon nuevas explosiones, tal vez tres o cuatro, pero esta vez fuera de la estación. Siguió adelante, sorteando a los supervivientes rezagados, hasta que se dio de bruces con un hombre que cargaba a una niña en brazos. El pecho de la pequeña humeaba como una fogata recién apagada, y Sammartino pensó que la mayoría de las víctimas que pudiera haber dentro de los vagones afectados habrían muerto o morirían en las próximas horas con los pulmones hechos papilla. Cuando se producía una explosión en un recinto cerrado, los efectos de la onda expansiva se multiplicaban al no encontrar una vía de salida.

Entonces la presión atmosférica se expandía a una velocidad de siete kilómetros por segundo, triturando todo lo que quedaba a su paso. Así las cosas, los órganos que contenían aire eran los más vulnerables: tímpanos, pulmones y aparato gastrointestinal.

Cuando llegó a la altura del vagón número cuatro, el último que había reventado del convoy, la garganta le quemaba y sentía un fuerte pitido en los oídos. Encontró un hueco entre el amasijo de hierros por el que subir al tren. Se dio de bruces con un cuerpo partido en dos. Sintió que el estómago le daba un vuelco. Tras sortearlo, intentó levantar varios cuerpos inertes, por si les quedara un hálito de vida. Todos estaban muertos. Se detuvo un instante y realizó un reconocimiento visual del vagón. En uno de los extremos vio a una mujer que trataba de reincorporarse con dificultad, y que portaba un sobre en una de sus manos. Parecía tener más interés por mantenerse aferrada a él que a su propia vida. Sammartino se dirigió hasta la mujer y la levantó en brazos. Le sorprendió cuán menuda y ligera era. La sangre había convertido su cuerpo en una masa pegajosa.

—Tranquilícese y trate de no moverse. Voy a sacarla de aquí. Todo saldrá bien —le dijo.

—La carta, tome la carta y échela a un buzón. Va dirigida a mi marido — le replicó la mujer.

Sammartino guardó la carta en uno de los bolsillos de su chaqueta, y acto seguido trasladó el cuerpo de la mujer hasta el andén, donde un joven médico que viajaba en uno de los vagones que no había resultado dañado reconocía a los heridos.

En cuanto depositó a la mujer sobre el suelo, ésta comenzó a agitar el dedo índice de su mano derecha imperiosamente, al tiempo que sus brazos temblaban como cuerdas en tensión.

—¡Prométame que echaré la carta! —exclamó la mujer con un vigor que no se correspondía en apariencia con la menudez de su cuerpo ni con su estado de salud.

—Se lo prometo —accedió Sammartino—. En cuanto salga de aquí la depositaré en el primer buzón que vea.

Luego la vida regresó súbitamente a la plataforma, que se llenó de policías, de bomberos y de personal sanitario. Sammartino trató de unirse a ellos, pero un ayudante de sanitario pensó que se trataba de un herido y comenzó a hacerle un reconocimiento. Entonces se dio cuenta de que tenía la camisa y la chaqueta empapadas en sangre, y que su aspecto no difería mucho del de aquellos heridos que vagaban sin rumbo, aturridos o conmocionados.

Se miró las manos y comprobó que también las tenía ensangrentadas. Tras limpiárselas sobre la chaqueta como si fuera un delantal, dijo:

—No se preocupe por mí. Me encuentro perfectamente.

A continuación, trató de hallar respuestas sobre la marcha, pero sólo logró rescatar de su memoria un eufemismo que un antiguo jefe suyo empleaba para referirse a los escenarios donde se había producido un atentado con más de una víctima mortal: «Ostentación de la muerte».

Por último, echó un vistazo en derredor y vio cómo evacuaban a la mujer que había sacado del vagón. Una de sus manos colgaba de la camilla y se agitaba en el aire sin oponer resistencia. Le invadió la sensación de que con aquel movimiento la mujer trataba de decirle adiós o de recordarle que no olvidara echar la carta al buzón.

Durante cinco noches seguidas tuvo el mismo sueño. Soñó con manos llenas de sangre, manos que imploraban ayuda, manos que buscaban otras manos, manos desmembradas, manos muertas. Algunas servían a sus dueños de piernas. Otras, simplemente, parecían serpientes reptando por el suelo, buscando la forma de salir de aquel holocausto.

Fueron cinco sueños, cinco noches, cinco siglos, toda una vida.

### **Advertencia al lector**

Querido lector, el verdadero protagonista de esta obra soy yo y no el conde de Saint-Germain, Pepe Dalmau o Natalia Santos, pues nunca antes habrás tenido entre tus manos un libro cuyo autor sea el propio libro. Por tanto, aquéllos de vosotros que estéis acostumbrados a identificaros con el literato y, en consecuencia, a pedirle cuentas, tendréis en este caso que conformaros con interrogar al texto, pues quien escribe estas palabras carece de nombre y apellidos. En ese punto, he de reconocer que me parezco al propio Saint-Germain. Mi biografía es una incógnita, si bien aparezco de «oídas» en el *Índice de libros prohibidos* de la Inquisición española. Resuelto el quién, te preguntarás qué soy. La única referencia nominal que encontrarás de mi parte será la del título: *La biblioteca*. En cuanto al estilo, ¿qué puedo saber yo sobre esta materia cuando jamás he ejercido la crítica literaria? Si el mundo es redondo y el tiempo tiende a la elipsis, me atrevería a comparar mi estilo con las eses de una serpiente cuando reptaba por el suelo: se trata de un movimiento sinuoso, aparentemente errático. La diferencia entre la serpiente y mi estilo estriba en que mientras el ofidio se enrosca sobre sí mismo para

agazaparse o para pasar desapercibido, mis palabras tratarán de asfixiarte por sorpresa.

Como libro (he estado a punto de utilizar la expresión «como ser humano», puesto que empiezo a sentir el influjo que toda obra de arte ejerce sobre su autor), soy anárquico, brioso, temperamental, a veces precipitado y otras siento cierta inclinación por el engaño y la mentira. ¿Pero acaso existe un manual o código moral de cuál ha de ser el comportamiento de un libro? A los libros, querido lector, nos está permitido hacer lo que podríamos llamar «terrorismo moral». De modo que siendo consecuente con mi carácter, es probable que mi estilo esté plagado de «defectos estéticos».

Ésta, pues, no es sólo la historia del conde de Saint-Germain, y de los denodados esfuerzos que, a través de los siglos, llevó a cabo para poseerme. Es también mi historia, la de un libro que habla de otros libros y de quienes los escriben, conservan y destruyen. Es la visión que un libro tiene del mundo que le rodea. Mi alma, pues, está formada por palabras, mi sangre es de negra tinta, mientras que mi cuerpo son unas cuantas hojas de papel y dos guardas de cuero viejo. Aunque mi aspecto, que se ha ido modificando con las distintas reimpressiones —al principio, cuando fui joven, mi encuadernación era de piel delicada y mis hojas crujían como tallos tiernos—, siempre sujetas a las modas de cada momento, no tiene relación con mi edad, pues avino pasado, presente y futuro, hasta completar esa gigantesca esfera que es el tiempo. En la puerta del templo de Sais, en Egipto, bajo la estatua de Palas, se halla la siguiente inscripción que alude a Isis y que yo hago mía: «Soy todo lo que es, lo que ha sido y lo que será, y ningún mortal ha levantado todavía mi velo». Para ser franco (desconozco si ésta es una costumbre habitual entre los autores de libros), y para evitar la pérdida de tiempo de muchos lectores a los que únicamente les interesa la acción, quienes busquen en estas páginas la resolución de un enigma o de un misterio se sentirán defraudados.

**Hotel de madame Blavatsky**  
**Nueva York. Noviembre de 1877**

A Saint-Germain le sorprendió lo mucho que se parecía físicamente Helena Petrovna, más conocida como madame Blavatsky, a la reina Isabel II de España. Ambas tenían la cara ovalada y regordeta, los ojos claros y la mirada caída, y las dos mujeres llevaban el mismo peinado. Pero era en lo único en lo que se parecían. Mientras que la reina de España tenía un carácter timorato e infantil, madame Blavatsky era astuta y resuelta. Además, poseía una larga lista de talentos naturales. Por ejemplo, era clarividente, aseguraba poder leer documentos guardados en una caja fuerte, y tocaba el piano con la soltura de una concertista profesional. Aunque su biografía presentaba también algunas sombras. Con apenas diecisiete años recién cumplidos había contraído matrimonio por imperativo familiar con el coronel Blavatsky, un anciano octogenario al que había atemorizado empleando sus supuestos poderes paranormales, hasta que decidió separarse de él. Lo único que había conservado de aquellos años era el apellido de su marido, cuya sonoridad, en su opinión, le confería credibilidad a sus excepcionales habilidades.

Desde entonces, su vida se parecía más a la de una aventurera que a la de una dama de rancio abolengo. Tras abandonar su Ucrania natal, había viajado por medio mundo, estudiado magia en Egipto con un anciano copto, quien la había iniciado en el mundo de las sectas secretas. Además, había tomado parte en la batalla de Mentana contra las tropas francesas, al lado de Garibaldi, con el trasfondo de la unificación de Italia. Según su testimonio, después de la batalla «la recogieron de una fosa para los muertos con el brazo izquierdo roto por dos partes, balas de mosquetón hundidas en el brazo derecho y una herida de puñal muy cerca del corazón». Más adelante, había puesto en marcha un negocio de maderas y otro de flores, que abandonó para establecerse en la India, donde se convirtió en alumna de un mahatma.

Como Saint-Germain estaba seguro de que madame Blavatsky iba a confundirlo con uno de los periodistas que a diario se acercaban hasta su hotel para solicitar una entrevista, cuando penetró en la habitación de la dama lo hizo a sabiendas de que ésta, según su costumbre, iba a recibirlo llevando a cabo una representación. Helena Petrovna había sido motivada por el personaje de madame Blavatsky, la cual carecía de pudor a la hora de exhibirse, hasta el extremo de que le era indiferente actuar en un circo que delante del presidente de los Estados Unidos de Norteamérica, el republicano Rutheford Hayes, quien era un gran admirador suyo.

—El espíritu del hombre es prueba del espíritu de Dios, como una gota de agua es prueba de la fuente de donde procede —se arrancó a hablar madame Blavatsky con los ojos vueltos del revés, pero en la dirección de Saint-Germain—. Si a un hombre que nunca haya visto agua le decís que existe el océano, deberá creerlo por la fe o rechazarlo por completo. Pero dejad que caiga una gota de agua en su mano, y ya tendrá un hecho del cual infiera lo demás, y podrá luego comprender poco a poco la existencia de un océano ilimitado e insondable.

—Helena Petrovna, puede mirarme a los ojos sin temor. Conozco sus trucos —se desmarcó Saint-Germain.

A madame Blavatsky le desconcertó aquella respuesta. Ningún periodista se había atrevido jamás a hablarle con tanta seguridad y arrogancia. Hacía años que no conocía el miedo. Al contrario, era ella la que infundía temor en los demás. Le había pasado desde el mismo día de su bautizo, cuando un cirio provocó un incendio de tales dimensiones que perecieron la mitad de los asistentes al sacramento. Al menos, así lo creía y lo contaba. Su fama de persona con poderes paranormales se terminó de cimentar cuando un compañero del colegio, al que previamente había hipnotizado, se arrojó en estado de trance a un río y se ahogó.

Saint-Germain, que había encontrado la forma de leer el pensamiento de la dama, añadió:

—En realidad, fue su tía la causante del incendio durante su bautizo. Una niña de corta edad. Portaba una vela y con ella prendió fuego a los ropajes del pope, que resultó gravemente herido. Y aunque se produjeron escenas de pánico entre los asistentes, no hubo otros heridos de consideración. La cuestión es que usted prefiere creer y contar que fueron muchas las víctimas, porque de esa forma crece el temor y la leyenda en torno a su figura. En cuanto a lo de su compañero de estudios, la sugestión es a veces más fuerte que la propia mente... Así que no debe culparse por lo ocurrido.

Madame Blavatsky comprendió al instante que se enfrentaba a una persona tan poderosa mentalmente como ella misma.

—¿Quién es usted? —se interesó por fin.

—Soy el conde de Saint-Germain.

—Si no es usted periodista ¿a qué debo el honor de su presencia en mis aposentos, señor conde de Saint-Germain?

—Soy miembro de la Hermandad de los Santos Hermanos.

Los esquivos ojos azules de madame Blavatsky se posaron sobre Saint-Germain como las garras de un águila sobre su presa.

—¡Qué torpeza la mía! Saint-Germain significa Hermano Santo. Entonces viene a por el libro, ¿estoy en lo cierto?

—Lo está. Vengo a llevarme el libro.

Hablaban de un libro que el escritor francés Louis Jacolliot había bautizado con el nombre de *Las estancias de Dzyan*. Una obra maldita que, según se decía, ocultaba arcanos secretos sobre una raza de hombres y un mundo ya extinguido. Madame Blavatsky había aprovechado los conocimientos adquiridos a través del libro para crear la Sociedad Teosófica, una suerte de secta que promovía el estudio comparado de las religiones y el entendimiento fraternal entre los seres humanos, con independencia de la raza, las creencias o el sexo.

—¿Y si me negara a entregárselo? ¿Estaría dispuesto a matarme para conseguirlo? —preguntó la dama con el propósito de poner a prueba a su interlocutor.

—Desde luego —respondió Saint-Germain sin titubeos—. Pero no soy un asesino. Sólo quiero que me entregue el libro. Es lo único que me interesa. Con su vida puede hacer lo que le plazca.

—El libro... mi vida. Mi vida no sería nada sin ese libro —reconoció madame Blavatsky.

—Se le viene reclamando desde 1855. Pero usted siempre encuentra una excusa para no devolverlo —le recordó Saint-Germain.

—Aunque no lo crea, he tenido que pagar un alto precio por poseer *Las estancias de Dzyan*. En 1870, cuando regresaba de Oriente a bordo de un barco, hubo una explosión que acabó con la vida de la mayoría del pasaje. Salvé la vida de manera milagrosa. Luego fui objeto de un atentado en Londres cuando me disponía a dar una rueda de prensa, y más tarde, justo antes de mostrar *Las estancias de Dzyan* al mundo, el libro fue robado de la caja fuerte donde lo guardaba...



—Querida señora, eso es lo que usted declaró. Pero sabemos que el ejemplar sigue en su poder. Es hora de que lo devuelva. En cuanto al asunto de su infortunio, debería saber que poseer esa clase de libros suele provocar accidentes, por lo general fatales.

—Me gustaría poder disfrutar del libro un poco más de tiempo, pues parafraseando a Montaigne: «Apenas me ha dado tiempo para hacer un ramillete de flores escogidas».

—¿Y qué me dice de ese libro que está escribiendo?

—¿A qué libro se refiere?

—A uno que titulará *La doctrina secreta*, y en el que hablará de los conocimientos que ha adquirido gracias a *Las estancias de Dzyan*.

Madame Blavatsky comprendió que era inútil seguir fingiendo. Aquel hombre era capaz de ver el futuro.

—¿He de entregárselo, pues?

—Cuanto antes.

—Es una lástima —volvió a lamentarse la dama.

Cuando madame Blavatsky efectuó la entrega del libro al conde de Saint-Germain, lo hizo con el firme propósito de volver a recuperarlo. Algo que conseguiría años más tarde, si tenemos en cuenta el ejemplar que bajo el título *Las estancias de Dzyan* fue publicado en 1915 por la editorial Hermetic Publishing Company, de San Diego, y que se conserva en la Biblioteca del Congreso de los Estados Unidos de Norteamérica, en Washington. Aunque nadie puede asegurar que su contenido se corresponda con el original.

Antes de su muerte, acaecida en Londres en 1891, madame Blavatsky perdió la razón. Pasaba los días y las noches desvariando y repitiendo, una y otra vez, lo mismo:

—El enigmático libro de Dzyan se encuentra en la «Gran Biblioteca Universal», cuya sede central está situada en una enorme estancia de doscientos cincuenta metros de profundidad, debajo de una de las vertientes del Himalaya, y es propiedad del Rey del Mundo.

Saint-Germain, que había regresado a España para seguir de cerca las obras de la Biblioteca Nacional, leyó la noticia de la muerte de la dama en un periódico.

«Afortunadamente, sólo tuvo tiempo para hacer un ramillete de flores escogidas», pensó.

En cuanto hube mutilado los cuatro volúmenes de Estébanez Calderón que tenía pendientes, devolví el lote y procedí a ocultar el material robado en el vientre del portátil. Acto seguido, solicité dos de los cinco ejemplares que

habían quedado fuera de las reservas. Aunque tratar de introducir los textos de seis libros en el vientre del ordenador implicaba no poca dificultad, prefería correr ciertos riesgos para terminar el trabajo cuantos antes.

**Carta de don Serafín Estébanez Calderón, «El Solitario», a don  
Luis Usoz y Río**

**Madrid. Otoño de 1940**

*Estimado don Luis, llevo varios días debatiéndome sobre si escribir esta carta es o no oportuno, habida cuenta que usted ya la ha leído en tanto que forma parte de La biblioteca. ¿Pero acaso no escribir estas palabras equivaldría a contravenir el encadenamiento que todo hecho tiene con su antecesor y también con su sucesor y que, en conjunto, conforman eso que los mortales llamamos destino? ¿No es éste esa fuerza desconocida que obra irresistiblemente sobre los dioses, los hombres y los sucesos? No, no seré yo quien le plante cara al destino, pues si existe una doctrina filosófica con la que me identifico es con el determinismo. En mi opinión, no existe suceso o acontecimiento, llámeseles como se quiera, genuinamente aleatorio o azaroso. Todo lo que ocurre, en consecuencia, es el resultado inevitable de acciones precedentes. Y eso incluye a La biblioteca. Usted lo describe bien en uno de los diálogos que mantiene con Wiffen: leer en letra impresa por anticipado lo que uno está a punto de escribir es lo mismo que mirarse a un espejo, si bien en este caso la contemplación del reflejo resulta incómoda e inquietante. La primera reflexión que le viene a uno a la cabeza es cuán cruel resulta el tiempo en cualquiera de sus formas, incluso en su vertiente más metafísica. ¿Qué fue antes, el huevo o la gallina? En fin, creo que mi propia digresión da cuenta de la fascinación que me ha producido la lectura del libro.*

*En relación al conde de Saint-Germain y su interés por la obra, he encontrado algunas referencias sobre su persona en varios de los libros de mi biblioteca. Se trata, sin duda, de uno de los personajes más extraños y extravagantes que haya dado Europa, hasta el punto de que, según qué fuentes, hay quienes defienden que se trata de un ser inmortal, que lleva siglos recolectando libros de saberes arcanos con el propósito de ponerlos fuera del alcance de los hombres. Lo cierto es que, por mucho que leo y releo el libro de marras, no me queda muy claro cuál es el pecado cometido por los hombres para que seamos merecedores de ser despojados de aquello que, precisamente, puede otorgarnos un poco de sabiduría. En ciertos pasajes de la obra, da la impresión de que Saint-Germain atribuye a los seres humanos una suerte de pecado original, semejante al que condenó a Adán y Eva fuera del paraíso. En algunos textos, quienes hablan del conde de Saint-Germain lo llaman «pastor de libros», pues, al parecer, cada cierto tiempo trashuma con su rebaño, siempre en busca de lugares con mejor pasto y clima. Se le ha relacionado con Demetrio de Falero, el ideólogo de la que luego sería la Gran Biblioteca de Alejandría, y con Zenódoto de Éfeso, Calímaco de Cirene y Apolonio de Rodas, los tres primeros bibliotecarios principales de la institución. En Alejandría, al parecer, habría trabado también amistad con personajes como Arquímedes o*

*Euclides, quien desarrolló allí su famosa geometría. No en vano, era uno de los mayores mecenas de la época. También habría jugado un papel destacado en los acontecimientos que tuvieron lugar el 8 de noviembre del año 48 a. C., cuando Julio César, en su persecución de Pompeyo, provocó un incendio en el que ardieron más de cuarenta mil pergaminos, que se encontraban en el puerto de la ciudad a la espera de ser trasladados tanto a la Gran Biblioteca como a la «biblioteca hija», el Serapeo. Saint-Germain, que en aquellos días empleaba otro nombre, tomó parte activa en la extinción del fuego, que al final no afectó al edificio de la Gran Biblioteca, que ya entonces utilizaba para esconder las obras que iba requisando. En cuanto a éstas, se dice que las primeras obras que ocultó fueron la Historia del Mundo de Beroso, sacerdote babilonio del templo Baal-Marduk, y cuarenta rollos de pergamino de Manethón, de quien se decía conocía todos los secretos de Egipto.*

*Sea como fuere, y con el propósito de no desviarme un ápice del argumento de la obra de la que somos en parte protagonistas, en los próximos días procederé a copiar La biblioteca de principio a fin, siguiendo el ejemplo de las obras que llegaban a Alejandría y eran transcritas por diestros amanuenses para mayor seguridad.*

*Saludos afectuosos,*

*Serafín Estébanez Calderón, «El Solitario».*

**Casa de Elisabeth y Friedrich Nietzsche. Villa Silberblick.  
Weimar (Turingia)  
Noviembre. 1898**

Enfundado en una bata plisada, el pelo más revuelto que de costumbre y las cejas más tupidas que el propio bigote, la imagen de Friedrich Nietzsche era la de un hombre hundido mentalmente. Hacía más de diez años que Saint-Germain había advertido al filósofo que los continuos viajes a Hiperbórea podían causarle trastornos nerviosos, pero éste le había respondido con una cita de su obra *Así habló Zaratustra* que el filósofo había escrito precisamente después de trabar amistad con Saint-Germain: «Has venido hacia mí antes que el sol: hacia mí que soy el más solitario. Somos amigos de siempre: nos son comunes nuestra tristeza, y el fondo de nuestro ser: el sol mismo nos es común. Como sabemos demasiadas cosas, no nos hablamos; llamamos y nos comunicamos nuestro saber por medio de sonrisas».

El primer ataque de locura lo había tenido Nietzsche en Turín, en plena calle, pocos días después de haber realizado su primer viaje de ida y vuelta a Hiperbórea. En aquella ocasión abrazó el cuello de un caballo que estaba siendo castigado por su amo. Luego quedó tendido en el suelo repitiendo frases incoherentes, con medio rostro paralizado. A partir de entonces, a cada nuevo viaje a Hiperbórea, le seguía un nuevo episodio de demencia. Se daba la circunstancia de que, en muchos casos, los viajes a Hiperbórea los realizaba Nietzsche cuando se encontraba precisamente de viaje, con lo que al recobrar la conciencia el aturdimiento era aún mayor. Nombres como los de Venecia, Roma, Rapallo, Monte Sacro o Niza se confundían con el de Hiperbórea. Incluso continuó viajando cuando fue internado en sendas clínicas de Basilea y Jena respectivamente. De nada había servido que Saint-Germain abogara por espaciar más los viajes, pues a pesar de ser un hombre de recia corpulencia y buena condición física, los nervios de Nietzsche eran frágiles como cuerdas de violín. No obstante, Nietzsche aseguraba haber profundizado

en la búsqueda del «conocimiento cabal» en cada uno de los viajes realizados, por lo que prefería soportar aquellos brotes de delirio con tal de elevarse sobre la inferioridad de su época. Así las cosas, Saint-Germain había decidido utilizar a Nietzsche como enlace, como correo.

Aquella tarde, en cambio, daba la impresión de que el filósofo se había desmoronado para siempre, y ni siquiera cuando el conde se situó de pie delante de él, hizo ademán o gesto alguno, con la mirada perdida en un infinito que se antojaba elemental. Tan abstraído estaba el filósofo, que el conde se puso a ordenar los papeles que descansaban sobre la mesita que tenía delante y a revisar la columna de libros que él mismo le había proporcionado, a la espera de que Nietzsche reaccionara ante su presencia.

—¿Quiere cambiar algún título? —preguntó Saint-Germain.

Hablaba de las obras que servían precisamente para viajar hasta Hiperbórea. Bastaba con leerlas hasta la extenuación y, en estado de duermevela, dejarse arrastrar hasta el interior del libro. Una vez dentro, uno de los personajes de la obra en cuestión proporcionaba una clave que servía a su vez para abrir una nueva frontera, un nuevo libro, que había también que atravesar. Así se viajaba a Hiperbórea, desde el asiento de una butaca y con un libro determinado entre las manos. Para cualquier persona ajena a aquellos viajes, como era el caso de Elisabeth, la hermana de Nietzsche, lo que hacía Friedrich era descabezar un sueño con un libro abierto en el regazo. Algo que, en su opinión, facilitaba su cuidado. Mientras más dormía, menos problemas causaba el enfermo, si bien tenía que reconocer que la vida de su hermano se parecía cada vez más a la de un vegetal, como si se estuviese apagando poco a poco.

—¡Oh, está usted aquí! —reaccionó al fin el filósofo—. Cada vez me cuesta más regresar. Me siento como un horticultor que tras contemplar una hermosa rosa de pronto sintiera el pinchazo de las espinas en la yema de los dedos.

—Le he preguntado si desea cambiar alguno de los títulos que le sirven para viajar a Hiperbórea. Hay quienes acaban cansándose de realizar el trayecto a través de los mismos libros —reiteró Saint-Germain.

—¡Oh, no hace falta! Todas son obras de apreciable calidad literaria, y tampoco he tenido demasiados problemas con los personajes que las habitan. Bueno, tal vez haya un libro del que me gustaría prescindir.

Me refiero a los *Viajes de Gulliver*, del señor Jonathan Swift. Atravesar las tres primeras partes del libro no entraña el mayor problema; incluso resulta un viaje emocionante. En cambio, la cuarta parte es otra cosa. El viaje

a la isla de Houyhnhnms es de lo más desagradable. Allí los seres humanos, llamados yahoos, mantienen una naturaleza primitiva, mientras que los caballos son quienes están desarrollados intelectualmente y quienes gobiernan aquellas tierras. El problema está en el trato que estas bestias cerebrales dispensan a los yahoos, incluidos el señor Lemuel Gulliver y yo mismo. Los houyhnhnms nos consideran peligrosos por el hecho de conocer la mentira y utilizarla (ellos, por el contrario, no la conocen y la llaman «la cosa que no es»), así que siempre acaban expulsándonos de la isla.

—Bueno, lo que Swift defiende en su obra es el hecho de que el hombre no es un animal racional, sino simplemente un animal con capacidad de razón, algo que se corresponde con la realidad —argumentó Saint-Germain—. De hecho, ésa es una de las razones por las cuales *Los viajes de Gulliver* son parada obligada en el viaje que conduce a Hiperbórea. No obstante, si tanto le desagrada el trato que le dispensan los houyhnhnms, entraré en el libro y hablaré con ellos.

—Se lo agradecería. Sólo pido un poco más de consideración, habida cuenta que en realidad soy un hiperbóreo de pleno derecho. ¿No es así?

—¿Algún mensaje para mí?

En su última visita, Saint-Germain había entregado una carta al filósofo para que la portara hasta Hiperbórea. En ella daba cuenta de los progresos de su trabajo en la Biblioteca Nacional de Madrid, y también mencionaba la fundación de una organización dedicada al robo de libros llamada *Sanctus Germanus*, que habría de servir de tapadera para que sus actividades parecieran las de un vulgar delincuente, sin otro propósito que el enriquecimiento.

—Que tenga cuidado y que siga actuando con cautela como hasta ahora, y que no olvide nunca que aunque los seres humanos sean seres inferiores como los yahoos de la obra de Swift, su primitivismo los ha dotado de una violencia inusitada. El hombre es muy, pero que muy peligroso.

—Llevo siglos recibiendo el mismo mensaje —se quejó Saint-Germain.

—Tal vez se deba a que los hombres son cada vez más crueles...

En ese momento, Elisabeth Nietzsche asomó la cabeza por entre las jambas de la puerta, que estaba completamente abierta.

—No sé cómo lo hace, querido conde, pero sus visitas son las únicas que consiguen sacar a Friedrich de su letargo —dijo—. Sólo con usted deja de balbucear para construir frases inteligibles. ¿No es así, hermano? Debería venir más a menudo.

Elisabeth, quien no hacía mucho había creado el «Archivo Nietzsche» en casa de su madre, había logrado que ésta le vendiera las regalías sobre la obra de Friedrich y trasladado la sede de la institución de Naumburg a Weimar, donde Meta von Salis le había cedido una espaciosa villa. Desde entonces, no sólo controlaba la vida de su hermano, a quien había llegado a mostrar dormido o engullendo un trozo de pastel delante de un periodista, sino también su obra. No obstante, el «espíritu industrial y chabacano» con que Elisabeth había dotado al «Archivo Nietzsche», había hecho que la reputación de la fundación fuese puesta en duda. Se decía que Elisabeth manipulaba los textos a conveniencia, adecuándolos en muchos casos a su pensamiento antisemita, cuando ni siquiera estaba dotada desde el punto de vista intelectual para entender en profundidad la obra de su hermano.

—¿Serías tan amable de traernos un poco de tarta? —rezongó el filósofo.

—Por supuesto.

En otras circunstancias, Elisabeth no habría sido tan condescendiente con su hermano, pero la visita requería comedimiento, pues los rumores sobre los malos tratos que infligía al enfermo eran cada vez más frecuentes.

—No deja de vigilarme un solo instante, incluso me exhibe como un trofeo delante de sus amigos —expuso Nietzsche cuando la mujer hubo de nuevo salido de la habitación—. Cuando busco la antítesis más profunda de mí mismo, la incalculable vulgaridad de los instintos, encuentro siempre a mi madre y a mi hermana. Mi madre ha muerto, pero mi hermana... Confieso que la objeción más honda contra el «eterno retorno», que es mi pensamiento auténticamente abismal, son siempre mi madre y mi hermana. En cuanto a todo lo que he escrito... ¡Qué más da! ¿Comprende ahora por qué prefiero viajar a Hiperbórea antes que permanecer aquí, en este libro que llamamos realidad? Sí, si pudiera borrar lo que hay escrito en un libro, sería éste el elegido, haría que nuestro mundo desapareciera, palabra por palabra, hasta dejar de nuevo las páginas en blanco. Al fin y al cabo, la realidad es el ocaso de lo que creemos verdadero, y pronto yacerá ante nosotros como una fábula.



Antes de abandonar la biblioteca, tomé asiento frente a uno de los ordenadores de la sala de consulta y busqué en Internet la dirección a la que había de dirigirme, puesto que desconocía en qué lugar del Parque del Retiro se hallaba la Fuente del Ángel Caído.

Mi sorpresa fue mayúscula cuando descubrí que siendo el autor de la escultura el artista Ricardo Bellver, el pedestal, en cambio, era obra de Francisco Jareño, el arquitecto de la Biblioteca Nacional, con el que Saint-Germain conversaba en uno de los textos que yo había sustraído.

Al parecer, habían sido las estrofas tercera y cuarta del canto I de *El Paraíso perdido* de John Milton las que habían inspirado aquel monumento dedicado a Lucifer, que posteriormente había sido plantado en el centro de Madrid:

*Por su orgullo cae arrojado del cielo con toda su hueste de ángeles rebeldes para no volver a él jamás, agita en derredor su mirada, y blasfemo la fija en el empíreo, reflejándose en ella el dolor más hondo, la consternación más grande, la soberbia más funesta y el odio más obstinado.*

Una vez logré ubicar la Glorieta del Ángel Caído en el intrincado mapa del Parque del Retiro, puse rumbo a mi destino.

Subí por la calle Villanueva hasta Serrano, crucé la Plaza de la Independencia, bordeé el Retiro por la calle Alfonso XII, giré a la izquierda por el Paseo del Duque de Fernán Núñez y, en el cruce de los Paseos de Cuba y Uruguay, encontré la Glorieta del Ángel Caído. Cuando llegué eran las doce en punto y apenas había por la zona una docena de parroquianos. Como al monumento propiamente no se podía acceder, me planté delante del parterre circular de boj que rodeaba la fuente de forma ochavada que lo protegía. El señor Santos me había dicho que dejara los *honorables* a los pies del monumento, pero eso era completamente imposible, salvo que me despojara de los zapatos y atravesara la pileta de la fuente. ¿Qué hacer, pues? Decidí

entregar personalmente el portafolio. Era preferible que Saint-Germain se enfadara a que los documentos se extraviaran por culpa de un malentendido. Por otra parte, la expresión del cielo era verdaderamente sombría, y amenazaba con romper a llover en cualquier momento.

Un anciano que caminaba detrás de un perro que cuadruplicaba su energía, pasó delante de mí sin siquiera reparar en mi presencia; luego le llegó el turno a una madre con sus dos hijos pequeños, en cuyas muñecas habían sido prendidos sendos globos de colores.

Al cabo de otro par de minutos, reconocí a una persona que marchaba a paso rápido por el Paseo de Cuba en mi dirección.

—¡Santos! —exclamé sin ocultar mi sorpresa—. ¿Qué hace usted aquí?

—¿Tú qué crees? —me respondió, al tiempo que su esqueleto hacía todo lo posible por recomponer el descabalamiento que le había procurado tanto movimiento—. Saint-Germain ha llamado a casa para decirme que, después de repasar los fragmentos del texto de *La biblioteca* que obran en su poder, había leído que decidirías entregar personalmente el portafolio, contraviniendo su orden de mantenerte al margen, así que me ha pedido que sea yo quien se haga cargo de los documentos para entregarlos en un lugar que, por descontado, no pienso revelarte. Saint-Germain no se fía de ti.

Detecté cierto aire de reproche en su tono de voz, así que dije:

—Tampoco parece que usted se fíe mucho.

—No es eso, pero ayer te mostraste demasiado impetuoso, cuando lo que requería la situación era delicadeza. Si no hubieras perdido los estribos, tal vez ahora sabríamos mucho más sobre quienes tienen recluida a Natalia.

—Recuerdo perfectamente la matrícula del coche solté a modo de defensa.

—Probablemente, un coche de alquiler arrendado con documentación falsa. Me refiero a que en vez de intentar arrojarte al interior del vehículo, lo que tenías que haber hecho, puesto que al parecer estabas dispuesto a actuar a toda costa, era tomar un taxi y seguir el coche de los secuestradores. Ahora sabríamos el lugar donde tienen retenida a Natalia.

—Se trataba de un coche de alta gama.

—La ciudad está llena de semáforos que cambian continuamente de color.

—Está bien, lo reconozco, me precipité. Si desde un principio hubiera sabido que los secuestradores iban a aparecer en un coche, lo hubiera organizado todo para seguir sus pasos, hubiera tenido preparado un taxi, pero le recuerdo que me convocaron en la iglesia de San Nicolás, que allí recibí una nota de manos de un indigente, donde se me instaba a situarme frente a la

puerta del Instituto Italiano de Cultura, con los pies pegados al bordillo de la acera. Nada hacía pensar que esos hombres fueran a acercarse hasta mí en un coche, menos aún que Natalia fuera la prueba de vida que habíamos solicitado.

—Lo sé. No te estoy echando la culpa de nada. Sólo digo que, en cualquier orden de la vida, resulta mucho más eficaz una mente rápida que dos piernas veloces. En tus circunstancias, es comprensible que los acontecimientos te sobrepasen, porque, al fin y al cabo, descubrir la existencia de un libro como *La biblioteca* te ha hecho replantearte ciertas cuestiones sobre tu propia existencia. Para quienes andamos todo el día entre libros, estamos acostumbrados a esta clase de sorpresa «existencial», si se la puede llamar de esa forma. Descubrir que la vida que uno está viviendo es una repetición, no es fácil de asimilar. Pero si te sirve de consuelo, el tuyo, el nuestro, no es el único caso.

El señor Santos exhibió una sonrisa tranquilizadora al final de su comentario.

—¿De veras?

—Por supuesto. Sería pretencioso y hasta ridículo pensar que somos los únicos cuyas vidas están, en mayor o menor medida, reflejadas en un libro, con independencia de su título. En mi opinión, todos los libros que hay editados en el mundo se parecen a *La biblioteca*, puesto que todos capturan episodios de la vida de alguien. Incluso cuando el escritor cree estar componiendo un personaje de ficción, en realidad está contando la vida de una persona que existe en alguna parte. La vida del personaje de ficción y de la persona real coincide. No en vano, la literatura, como la vida, es un sueño, un sueño dirigido y deliberado.

Al igual que había hecho Natalia, el señor Santos se empeñaba en sublimar el valor de la literatura equiparándolo al de la propia vida, lo que, en mi modesta opinión, era un error por cuanto lastraba su capacidad de acción. Santos no podía hacerle frente a aquel libro, puesto que su contenido le parecía prodigioso.

—Si yo he admitido que me precipité, usted debería reconocer que su forma de enfrentar este asunto tiene algo de inexorable, como si de verdad creyese que ese libro tiene un poder incommensurable —me pronuncié.

—Es que este «asunto», como tú lo llamas, es en electo inexorable, y sólo hay una forma posible de solucionarlo: seguir al pie de la letra lo que indica el libro.

—Desconocemos el final del libro, así que deberíamos establecer un plan alternativo —sugerí.

—Creo que todavía no has entendido lo que está pasando en su verdadera dimensión, muchacho: no nos enfrentamos a Saint-Germain, que también, sino a un libro que es invencible. Y lo es porque su contenido ya está escrito, forma parte de nuestro destino, con lo que únicamente nos queda aguardar que se cumpla, que se materialice. Piénsalo, ¿qué sentido tendría retorcer un brazo que ya está siendo retorcido? Ninguno.

—Tal vez yo no sea más que un intruso en esta historia, al menos es así como me siento. Todos los libros tienen su héroe...

—¿De verdad piensas que has nacido para interpretar el papel de héroe, muchacho? Tú lo has dicho, tal vez seas un intruso en esta historia, de modo que el papel que mejor encaja con esa situación es el de villano, de ahí que me vea obligado a controlar tu excesivo ímpetu —me rebatió Santos.

Al alzar la vista, me pareció que el bronceo cuerpo del Ángel Caído, apoyado en precario equilibrio sobre su pedestal de granito, estaba a punto de caer sobre nosotros. Por un momento, tuve la impresión de que discutíamos como Dios y Lucifer un instante antes de que éste fuera expulsado del cielo. Lo que no estaba tan claro era quién era quién.

Descubrir que era viernes me proporcionó la excusa perfecta para viajar a Málaga, donde además de visitar a mi madre, tenía un par de cuestiones que resolver. Por un lado, estaba el asunto del abogado de mi padre, y por otro la conversación que tenía pendiente con el anticuario Serafín Estébanez, el padre del escritor en cuyo poder obraba el manuscrito de *La biblioteca*. Al instante, caí en la cuenta de que darle pábulo a lo que decía aquel libro, haciendo lo que el texto decía que haría, era lo mismo que reconocer que mis actos habían sucumbido a su influjo, que no era yo quien dominaba y controlaba mi vida, sino el personaje que encarnaba en aquella historia. Pero, por otra parte, parecía razonable entrevistarme con el señor Estébanez, habida cuenta de que el libro de marras también hablaba de la relación que había mantenido con algunos miembros de mi familia. Quizá supiera algo sobre la niña que mi abuelo había tenido a su cargo mientras se libraba la II Guerra Mundial.

Había algo inequívoco en la luz de Málaga que todo lo volvía más claro, incluidos mis pensamientos. La brisa era tan suave que la ciudad parecía estar envuelta en un susurro, y si algo transportaba aquel aire benéfico, además de microscópicas partículas de sal marina, era un sosiego que ralentizaba la vida, que parecía haber aminorado su paso hasta casi detenerse.

A la altura del paseo marítimo, mi vista acusó el impacto de la fuerte luz refractando sobre el mar. Una sucesión de brillos irisados que oscilaban siguiendo el vaivén de las olas, creando un efecto hipnótico. ¿Cuántas veces se había repetido aquel momento mágico? Y siendo así, ¿por qué no lo recordaba?, ¿no éramos todos y todos los momentos esclavos del eterno retorno?, me pregunté.

La vacilante morbidez del agua me acompañó hasta la casa de mi madre, un edificio de pisos situado frente a la playa, pero separada de ésta por la

carretera y por un gigantesco ficus, cuyas hojas el sol de mediodía pintaba del color del estaño.

Una ola de buenos recuerdos me alcanzó nada más poner los pies en el portal. No en vano, allí había pasado los últimos veranos de mi adolescencia. Para mí. Málaga representaba la laxitud y el abandono del estío, el estruendo de las olas, las blancas salpicaduras orlando sus crestas, los parasoles proyectando su sombra sobre las arenas onduladas, los rayos del sol parpadeando sobre el agua, las noches cálidas e interminables perfumadas por la dulce fragancia de las damas de noche y los jazmines.

Como no encontré a mi madre en su casa, dejé mi bolsa de viaje y puse rumbo al despacho de abogados que llevaba los asuntos familiares.

Después de recibir durante algo más de media hora toda clase de explicaciones sobre la situación financiera y patrimonial de mi padre por parte de su abogado, el señor Carlos Font, un hombre de ademanes resueltos y facilidad de palabra, éste me hizo entrega de una nueva carta:

*En Madrid, a 17 de junio de 2009.*

*Querido hijo:*

*He preferido que esta carta te la entregue en mano, junto con mi testamento y otros documentos, el abogado que lleva mis asuntos. ¿La razón? La desconfianza que me produce nuestro inquilino, el señor Santos.*

*Pero permite que empiece por el principio.*

*Corría el mes de junio de 1954, cuando se presentó en la Casa de los Portugueses un hombre alto, enjuto, alemán de origen, según oí decir en mi casa, que mi padre hizo pasar al salón. Era el primer alemán que veía en mi vida, por lo que dejé volar la imaginación. ¡Había oído contar tantas cosas sobre las gestas prodigiosas del ejército alemán durante la guerra! Era domingo y yo cumplía siete años ese día, así que estaba especialmente excitado, corriendo de un lado a otro de la casa. Como todas las habitaciones daban a la terraza a través de unas puertaventanas, logré burlar la vigilancia de mi madre y salir al exterior. Una vez allí, me aposté frente a la puertaventana que daba acceso al salón donde mi padre estaba reunido con aquel caballero alemán. Pese a que apenas pude seguir la conversación, oí que hablaban de una niña, la cual, al parecer, había estado a cargo de tu abuelo hasta finales de mayo del año 1945, pocos días después de que Alemania capitulara frente a los aliados. De los nombres que allí se pronunciaron, sólo recuerdo uno con claridad: conde Ottmar von Rudel.*

*Obviamente, yo olvidé aquella vista, hasta que hace unos años, con motivo de la difícil situación económica que atravesaba el negocio familiar, decidí alquilar el local que hasta ese momento había albergado el anticuario Dalmau.*

*En cuanto el señor Santos entró por la puerta de mi despacho con una generosa oferta de arrendamiento, sentí una extraña sensación de familiaridad, como si ya lo hubiera visto con anterioridad. No fue hasta dos o tres días más tarde cuando caí en la cuenta de a quién me recordaba aquel librero de aspecto extemporáneo: al conde Ottmar von Rudel. El problema era que habían transcurrido cuarenta años desde entonces y su físico (salvando los desvaríos*

propios de la memoria de un niño de esa edad) era el mismo que yo recordaba: alto, enjuto de una extrema delgadez, pómulos marcados y secos, elegante y frisando la cincuentena, con las patillas pintadas de blanco. El hecho de que apareciera con un niña, la pequeña Natalia, me desconcertó sobremanera, pues, como he mencionado unas líneas más arriba, uno de los temas de conversación de mi padre con Von Rudel fue precisamente una niña. Según mis cálculos, el conde von Rudel debía tener por entonces más de ochenta años, mientras que la pequeña debía rondar los cuarenta. Es posible que mis cálculos no sean del todo exactos, pero con todo y con eso era imposible que se tratara de las mismas personas. No en vano, yo había visto el rostro de Von Rudel a través de un cristal, que tamizaba la visión de la habitación.

Sea como fuere, coincidencia o no, ya sabes la fuerza que ejercen sobre nuestro subconsciente ciertas imágenes que captamos cuando somos niños, así que decidí seguir el rastro del conde Ottmar von Rudel.

¿Pero cómo hacerlo?

Muy fácil, me puse en contacto con el Centro Judío Simon Wiesenthal, y les conté el caso. De todos es sabido que los miembros de esta institución, con el señor Wiesenthal a la cabeza, se dedican a la caza de nazis que pudieran estar ocultos. Más de un centenar de oficiales nazis encontraron refugio en la Costa del Sol, en la Costa Blanca y en Baleares, gracias a la connivencia del régimen franquista, con lo que aceptaron investigar el caso, que además tenía un interés especial por haberse hecho cargo Von Rudel de una niña judía, según mi testimonio.

Pero me temo que vuelvo a ser demasiado prolijo.

El Centro Judío Simon Wiesenthal, después de más de un año de investigación, llegó a la conclusión de que el conde Ottmar Von Rudel jamás había existido, y que detrás de ese seudónimo se escondía la enigmática figura de un hombre que, durante siglos, se había hecho llamar conde de Saint-Germain, entre otros muchos sobrenombres. La lista de nombres utilizados por el personaje, al parecer, era interminable: Schoening, conde Soltikof, conde Tzarogy o Zaraski, señor Varmer, Daniel Wolf, Samuel Samer, etc. En 1745 se encontraba en Londres, donde adquirió cierta fama como diestro violinista y compositor. El manuscrito de una de sus composiciones, la titulada Música razonada, según el buen sentido, para las damas inglesas que aman el verdadero gusto en este arte, se halla en la biblioteca del viejo castillo de Daudnitz, en Bohemia, propiedad del príncipe Lobkowitz. Pocos años después, en 1763, se hacía llamar señor Surmont, de profesión industrial, y había regalado un cuadro del mismísimo Rafael de Sanzio al señor de Cobeni, ministro plenipotenciario de la Casa Habsburgo. Poco después se encontraba en Italia, según narra el conde de Lamberg en su Memorial de un mundano, a quien además de Saint-Germain menciona como marqués de Aymar o de Belmar, de trescientos años de edad. El propio Saint-Germain se encargó de asegurar que Lamberg era un necio que había tejido una malla de falsedades en torno a su figura. Luego se instaló en Leipzig, Alemania, bajo el nombre de conde de Welldone (que en inglés significa «benefactor»), y se decía de él que era de origen judío-portugués y que tenía «muchos cientos de años». Allí solía agasajar a sus limitados con una infusión de té de larga vida, mezcla de sándalo, hojas de sen, semillas de hinojo, anís, flores de saúco, crema de tártaro, etc. Durante una estancia en Dresde, mantuvo reuniones con el embajador de Federico II en Sajonia, el conde d'Alvensleben, a quien Saint-Germain confesó llamarse príncipe Rakozí, aunque había adoptado el nombre de Saint-Germain, que significaba: santo hermano. «Me llamaré Sanctus Germanus, el santo hermano», dijo. Aseguró, además, tener la naturaleza en sus manos y, como Dios, que creó el mundo, poder hacer surgir de la nada cualquier cosa que quisiera. Por último,

hizo entrega al embajador de un plan industrial para el reino de todo punto revolucionario. En cierta ocasión, al ser preguntado por la princesa Amalia, hermana de Federico II, de qué país era, Saint-Germain respondió:

—Soy, señora, de un país que por soberanos nunca ha tenido hombres de origen extranjero.

Esta vaga respuesta, por descontado, no aclaró nada sobre la identidad del enigmático caballero.

El siguiente paso fue trasladarse a Altona, sede del gobierno del ducado de Holstein, que era regido por el príncipe Carlos de Hesse, con quien Saint-Germain no tardó en trabar amistad. Junto al príncipe de Hesse permaneció los últimos cuatro años de su vida.

El conde de Saint-Germain murió, al parecer, de un ataque de parálisis, en Eckernförde, el 23 de febrero de 1784. Las exequias tuvieron lugar el 2 de marzo por la mañana, en la iglesia de San Nicolás.

Lo más sorprendente es que en 1789, cinco años después de su muerte, Saint-Germain frecuentaba la corte de Luis XVI, y no son pocos los testimonios de la época que hablan de su implicación en el proceso revolucionario, en su caso advirtiendo a la reina María Antonieta del inminente advenimiento de la Revolución. Incluso se conserva una nota autógrafa que Saint-Germain le envió a la señora condesa de Adhémar, que reza: «Todo está perdido, señora condesa, este sol es el último que se alzaré sobre la monarquía, mañana ya no existirá, habrá otro caos, una anarquía sin igual. Sabéis todo lo que he intentado para imprimir al asunto una marcha diferente, se me ha desdeñado, hoy es demasiado tarde. He querido ver la obra que ha preparado el demonio Cagliostro, es infernal; manteneos al margen, yo velaré por vos; sed prudente, y existiréis después de que la tempestad lo haya abatido todo. Me resisto al deseo que tengo de veros, ¿qué diríamos? Me pediríais lo imposible; no puedo hacer nada por el rey, nada por la reina, nada por la familia real, nada siquiera por el duque de Orleans... Sin embargo, si valoráis encontraros con un viejo amigo, id a la misa de las ocho, en los Recoletos, y entrad en la segunda capilla a mano derecha». Firmado: Conde de Saint-Germain.

Los propios comentarios de madame de Adhémar no dejan lugar a la duda:

«Ante este nombre, ya adivinado, un grito de sorpresa se me escapó: todavía vivía aquél a quien se daba por muerto desde 1784...

»La iglesia estaba desierta, aposté a mi Laroche de centinela, y entré en la capilla designada; poco tiempo después, y apenas me recogía ante Dios, vi venir a un hombre... Era él en persona... sí, él, con el mismo rostro de 1760, mientras que el mío se había cargado de arrugas y de señales de decrepitud... Quedé estupefacta; él me sonrió, se adelantó, tomó mi mano y la besó galantemente; yo me encontraba tan perturbada que le dejé hacer pese a la santidad del lugar...».

Saint-Germain y la condesa de Adhémar volvieron a encontrarse en otras cinco ocasiones en los meses posteriores, casi siempre coincidiendo con algún acontecimiento luctuoso relativo a la revolución y su sed de venganza.

A partir de ahí, Saint-Germain fue visto por personajes ilustres durante los siguientes cien años: en 1783 estaba en Rusia, en 1792 en París. En 1867 asistió a una reunión de la Gran Logia de Milán. En 1896, la teósofa Annie Besant aseguró haberse reunido con él, etc.

Pero volvamos al presente. Si detrás de Von Rudel se esconde el misterioso Saint-Germain, y éste y el señor Santos guardaban un parecido asombroso según mi recuerdo de la infancia, ¿quién diablos es el señor Santos? Ahora me gustaría añadir un detalle que no hace sino acrecentar el misterio de la identidad de nuestro inquilino. En el contrato de arrendamiento que suscribimos, figura el



*nombre de la sociedad bajo la que opera el señor Santos: Hermano Santo S. A., que es lo que al parecer significa Saint-Germain.*

*¿Son Saint-Germain y el señor Santos la misma persona? La cronología, por descontado, lo niega. Aunque como dice un aforismo de Villeirs de L'Isle-Adam: «Los magos reales, si desdennan vivir, se dispensan también de morir».*

*Según el Centro Judío Simón Wiesenthal, lo más probable era que Saint-Germain hubiera nacido en Frankfurt, hijo de un judío pobre y de una gran dama, de ahí su implicación en el rescate de la niña del barracón 31 del campo de concentración de Auschwitz-Birkenau. Naturalmente, el centro Wiesenthal ha encontrado una explicación lógica a la supuesta inmortalidad de Saint-Germain. Al parecer, a mediados del siglo XIX, el conde Libri-Carucci, quizá el ladrón de libros más famoso de la historia, formalizó una sociedad delictiva con un hombre que se hacía llamar Saint-Germain. El nombre de esta organización es Sanctus Germanus, y sigue adiva en la actualidad. Con el transcurrir de los años, por tanto, el nombre de Saint-Germain habría sido utilizado por aquellas personas que, a lo largo de este tiempo, han estado a cargo de dicha organización delictiva. De todos es sabido que Alfred Rosenberg fue la pieza maestra en el expolio de obras de arte que llevaron a cabo los nazis. El número de libros de gran valor, por tanto, fue considerable, de ahí que el Centro Wiesenthal considere la aparición del conde Ottmar Von Rudel junto a Alfred Rosenberg como un hecho no fortuito. Es decir, quien quiera que fuese la persona que se ocultaba bajo la identidad de Von Rudel, era en realidad el jefe de la organización conocida como Sanctus Germanus, de ahí que se le conociera también como Saint-Germain.*

*En cuanto a la pequeña de la que se hizo cargo mi padre por orden directa de Saint-Germain, no hay rastro. Ningún documento de los que sobrevivieron a la guerra menciona la existencia de la pequeña savant. Tampoco mi padre se refirió a ella delante de mí.*

*Hasta aquí lo que he podido averiguar. A ti te corresponde resolver el enigma de la identidad de nuestro inquilino. Aunque te recomiendo que te andes con mucho cuidado.*

*Un beso.*

*Tu padre,*

*Jaime Dalmau.*

De todos los textos que había leído en los últimos días, ninguno me causó tanta impresión como esta carta de mi padre. De ser ciertas sus sospechas, el escenario cambiaba por completo. Si Saint-Germain y el señor Santos eran la misma persona, significaba que éste era el máximo responsable en la actualidad de la organización conocida como *Sanctus Germanus*. Y no sólo eso. Si Santos era un vulgar ladrón de libros, entonces el secuestro de Natalia —¿la pequeña de la que se había hecho cargo mi abuelo?— se trataba de una farsa. El problema irresoluble que planteaba esta hipótesis era que atentaba contra las leyes de la naturaleza. Se mirara por donde se mirara, se trataba de una suposición desorbitada, absurda, que cualquier mente racional hubiera rechazado de plano. Natalia no podía ser aquella niña. La inmortalidad era una quimera, como también lo era el país de los hiperbóreos. Si Saint-

Germain estaba enterrado en el estado de Hesse, como parecía, todo lo demás —las apariciones y desapariciones *post mortem* del personaje— tenía que ser obra de un impostor. Cabía incluso que fueran varios los embaucadores, como sugería el informe Wiesenthal. Cualquiera timador se habría visto tentado de usurpar la personalidad de un personaje al que, en vida, se le atribuían dones extraordinarios. Posteriormente, cada época había difundido una versión espuria de los hechos, que con el paso de los siglos se había tornado en leyenda. El mundo estaba lleno de incautos, y hacerse con un disfraz era algo que quedaba al alcance de cualquiera. Mi propio padre, sin ir más lejos, había caído en aquella sugestión. De modo que lo que había hecho Santos era apropiarse de la identidad de Saint-Germain, hacer correr el pábulo, la idea de que era poseedor de unos poderes extraordinarios, diríase sobrenaturales. Con esos ardides lograba engañar al mundo, y adueñarse de las voluntades más frágiles. El hecho de contar con una hija como Natalia le había facilitado aún más las cosas, pues la joven podía ser tomada por la *savant* que, al parecer, mi abuelo había custodiado por orden del conde von Rudel. El problema era que habían llegado demasiado lejos fingiendo el secuestro de Natalia. No obstante, y admitiendo que quedaban por aclarar numerosos puntos, había uno que me preocupaba sobremanera teniendo en cuenta que afectaba directamente a mi orgullo: ¿por qué me habían elegido a mí como víctima propiciatoria? ¿Acaso pensaban que era tan vulnerable como lo había sido mi padre en vida? ¿Era ésa la opinión que tenían de mí?

Cuando salí del despacho de abogados, tenía un único propósito en la mente: desenmascarar al señor Santos.

El señor Estébanez me recibió en su casa, un chalet que coronaba una loma. El jardín, bien cuidado, estaba dispuesto en bancales, y partido en dos por una larga y empinada escalera. En el lado derecho abundaban los árboles frutales, limoneros y naranjos, separados los unos de los otros por alcorques de ladrillo, mientras que el margen contrario estaba cubierto por una alfombra de césped de un intenso color esmeralda, del que, de tanto en tanto, brotaba algún que otro árbol imponente. Una piscina con forma de riñón se desparramaba por una de las pendientes, creando un extraño efecto en el conjunto, como si el jardín estuviera inclinado hacia ese lado.

—La escalera tiene cincuenta y seis escalones. Si no quieres subirlos, hay otra entrada bordeando la finca. Claro que, como podrás imaginar, el camino es una cuesta tan empinada o aún más que esta escalera —me indicó mi

anfitrión, convertido en improvisado vigía de aquella casa con aspecto de atalaya.

—Subiré por la escalera —decidí.

—Lo celebro. No esperaba menos de un joven de tu linaje.

Cuando llegué a la explanada que ponía fin a la escalinata, me encontré a un hombre de baja estatura, pero de aspecto más juvenil del que hubiera imaginado.

—Sí, lo sé, parezco bastante más joven de lo que en realidad soy —se adelantó el señor Estébanez—. Tengo ochenta y tres años para ochenta y cuatro, y no aparento tener más de setenta, según todo el mundo. Ahora me resulta divertido, bromeo asegurando que es cosas de la verdura, que como a diario, pero cuando tenía veinticinco años mi aspecto era para mí la peor de las torturas posibles. Las mujeres me tomaban por un pipiolo, cuando yo era todo un alférez de carrera del Ejército del Aire. Pero dejemos de hablar de mí. Así que tú eres José Dalmau. Hace mucho que esperaba tu visita. Acompáñame.

Obedecí.

—No puedes negar que te parezcas tanto a tu abuelo como a tu bisabuelo —añadió—. Sí, muchacho, tienes la impronta de los Dalmau. Aunque tus facciones son un poco más duras que las de ellos. Tal vez el clima de la meseta haya operado en ti ese cambio. Mejor el clima de Barcelona que el de Madrid, ¿no te parece? Pero vayamos al grano: voy a enseñarte el cuadro atribuido a Anton van Dyck que permuté con tu bisabuelo a cambio de muebles, porcelanas y otras antigüedades.

Después de atravesar un luminoso zaguán y dar tres pasos por lo que parecía un pequeño recibidor, giramos a la izquierda, donde se abría un amplio salón cuyas paredes estaban decoradas con una tela de color damasco carmesí. Aunque para ser más exacto debería decir que lo que verdaderamente decoraba las paredes de aquel salón era una colección de pinturas de todas las épocas y estilos, desde vírgenes medievales hasta lo que parecía una réplica de un cuadro del Peruggino.

—Ven a este lado —intervino mi anfitrión agarrándome del brazo y arrastrándome hasta uno de los extremos de la habitación—. Aquí tienes la virgen lactante con niño. La cabeza que ves en el lado superior izquierdo de la pintura es la de Van Dyck. El óleo conserva las marcas de haber estado doblado, pues parece ser que entró en España en una maleta, al menos eso fue lo que me contó tu abuelo. Para serte Franco, yo no tenía necesidad de realizar la permuta que tu abuelo me propuso, pero éramos camaradas, fieles

fascistas afectos al régimen, así que terminé aceptando. La carrera militar no daba réditos suficientes como para mantener cierto nivel de vida, y yo quería prosperar económicamente, de modo que acabé iniciándome en el negocio de las antigüedades. Los años de la II Guerra Mundial y también los inmediatamente posteriores fueron muy prósperos para el negocio, sobre todo en un país como España que, aunque amigo de las potencias del Eje, se había declarado nación no beligerante. Al aceptar el trueque que tu abuelo me propuso, se me abrieron numerosas puertas, con lo que todos salimos ganando.

—¿Y qué puede decirme del libro? —le pregunté.

El señor Estébanez me utilizó como báculo hasta que alcanzó la orilla de un amplio sofá, donde tomó asiento. Luego me invitó con la mano a hacer lo mismo.

—Lo que ya sabes, que todo lo que estamos hablando figura en sus páginas, palabra por palabra. El libro estaba en la gaveta de un escritorio que le compré a un descendiente de un antepasado mío, Serafín Estébanez Calderón. Si algo tienen en común las familias linajudas es que siempre cuentan con una oveja negra, con un miembro manirroto que, más temprano que tarde, se ve en la obligación de enajenar el patrimonio heredado. Y por ese procedimiento, como digo, llegó el libro a mi poder. Mentiría si te dijese que soy un gran lector. Lo fui de joven, pero la literatura me dejó de interesar de forma paulatina, así sustituí las novelas por libros de arte, mucho más enjundiosos e interesantes desde mi punto de vista. La letra de Estébanez Calderón tampoco ayudaba, con lo que me costó tanto entender lo que mi antepasado trataba de escribir como su contenido. Sí, la obra adelantaba acontecimientos y hablaba de cosas que aún no habían ocurrido, pero precisamente por ese motivo no le di demasiada importancia. En fin, me olvidé de aquel libro, hasta que mi hijo Serafín empezó a escribir, digamos, profesionalmente. Por descontado, nunca alenté a mi hijo a dedicarse a semejante oficio, pero ahora me doy cuenta de que tampoco puse los medios necesarios para impedirselo. Mi hijo siempre ha llevado una vida cómoda y fácil, además de contar con la protección de su madre. En esas circunstancias, creo que no me quedó más remedio que permitirle hacer lo que le viniera en gana. ¿Acaso la misión de un hijo no es la de rebelarse contra los deseos de su padre?

—En la obra se habla de una niña, que estuvo a cargo de mi abuelo por recomendación de un oficial de las SS llamado conde Ottmar von Rudel,

también conocido como conde de Saint-Germain. ¿Qué sabe de estos personajes? —proseguí mi interrogatorio.

—Que llegué a tratarlos a comienzos de los años cincuenta del pasado siglo, cuando yo era un joven que empezaba a abrirse camino en el mundo de los negocios. Von Rudel o Saint-Germain, como quieras llamarlo, tuvo negocios en común con tu abuelo. Von Rudel introdujo a tu familia en ciertos canjes muy lucrativos que tenían que ver con las obras de arte expoliadas por los nazis. A cambio, cuando la guerra finalizó, tu familia comenzó a ayudar a Saint-Germain en la búsqueda de la cosa que más apreciaba del mundo: libros. Libros antiguos, raros. Algunos de ellos ni siquiera estaban impresos; es decir, buscaba los manuscritos. Y siempre se hacía acompañar de la joven que tu abuelo había mantenido oculta durante los últimos años de la II Guerra Mundial. La pequeña tenía una retentiva fuera de lo común, y Saint-Germain la utilizaba para que memorizara los libros que llegaban a sus manos. Ya ves que digo «llegaban a sus manos» y no «compraba», pues en muchos casos, en casi todos, las obras las obtenía mediante el robo. Ya en aquella época se decía que era la cabeza visible de una organización de ladrones de libros conocida como *Sanctus Germanas*. Como tu abuelo y yo mismo conocíamos en profundidad el mundo de la compra y venta de antigüedades, en ocasiones poníamos en contacto a Saint-Germain con quienes se dedicaban al robo de antigüedades, libros incluidos.

—De modo que usted también trató con Saint-Germain —observé.

—Lo mismo que tú, muchacho. Todos los que formamos parte de *La biblioteca* hemos tratado de una manera u otra con él —aseguró sin que le temblara el convencimiento.

—El librero Santos y Saint-Germain son entonces... —dije sin atreverme a completar la frase.

—¿La misma persona? Sólo estoy seguro de una cosa: por edad, Saint-Germain tiene que estar muerto. De hecho, su nombre está grabado en una tumba desde 1784, si bien es cierto que numerosos testigos aseguran haber conversado con él muchos años después de que se le diera por fallecido. En mi opinión, la vida del personaje es tan extraña y misteriosa como la existencia misma de *La biblioteca*. Sí, estoy al cabo de todas esas teorías, mejor llamarlas zarandajas del tiempo circular, del eterno retorno, pero para mí sólo existe una verdad incontestable: nacemos, vivimos y morimos. Si luego hay por ahí un Dios, pues mejor que mejor...

—El problema es que el señor Santos no aparenta tener más de cincuenta años, a lo sumo cincuenta y cinco, mientras que el conde Von Rudel o el

conde de Saint-Germain del que usted habla tendría que tener más de ochenta años —observé.

—Más incluso —me corrigió el señor Estébanez.

—¿Entonces?

—Tal vez no estenios hablando de la misma persona. Tal vez *tu* señor Santos sea heredero de *mi* Saint-Germain... Me refiero a que el nombre de Saint-Germain es, con toda probabilidad, simbólico. Una cáscara vacía en la que puede ocultarse cualquier insecto. Ya me entiendes. En fin, muchacho, me temo que aún te quedan por descubrir muchas cosas de tan enigmático personaje, aunque tendrás que hacerlo sin mi ayuda, no porque no quiera brindártela, sino porque, como ya te he dicho, la letra del manuscrito de Estébanez Calderón me resultaba ilegible, así que no me tomé la molestia de terminar de leer aquel libro que, por otro lado, no me interesaba más allá del hecho de que planteara un argumento original, pero novelesco a fin de cuentas. En cierta forma, yo también soy un instrumento del propio libro. Tal vez dejara de leer el manuscrito de mi antepasado porque ése era mi cometido, es decir, saber sobre el libro lo que sé, ni una palabra más ni una menos, para ahora contártelo a ti...

—Comprendo. ¿Y el manuscrito? ¿Y su hijo?

—Mi hijo y el manuscrito se encuentran juntos, si me permites expresarlo así. Pero tampoco él podrá ayudarte, puesto que forma parte de la trama de *La biblioteca*. Como todos los que se han topado con ese libro, se halla bajo su influjo. En mi modesta opinión, Saint-Germain, sea quien sea quien se esconda detrás de ese nombre, es el más interesado en que se publique la obra, pues entonces todo lo que estamos hablando se convertirá definitivamente en ficción, formará parte de una novela, desaparecerá el componente de realidad que tanto para ti como para mi hijo o incluso para mí tiene esta historia. La gente creará que todo es obra de la imaginación calenturienta de un escritor, los lectores se preguntarán si existió el conde de Saint-Germain, y cuánto hay de leyenda detrás de su figura. Vi dos o tres veces al conde de Saint-Germain en aquellos años de la posguerra, pero recuerdo que una ocasión, después de que le hubiéramos facilitado la compra de un libro raro y notable, según se refirió a él, y como le pregunté sobre qué versaba la obra en cuestión, me respondió: «Hay seres y acontecimientos ideales, que corren en paralelo a los reales, pero por lo general rara vez coinciden. Este libro trata precisamente de una de esas extrañas coincidencias, que los hombres no dudan en considerar sobrenaturales, pues van más allá de su humana comprensión. Dentro de unos años, usted mismo tendrá la

oportunidad de comprobar que lo que digo es cierto, pues vivirá una experiencia de esa naturaleza». Creo que Saint-Germain se refería a este momento.

En ese instante sonó el teléfono móvil del señor Estébanez, que me pidió disculpas antes de atender la llamada:

—Sí, soy yo. ¿De parte de quién?... Comprendo... Un seguro de vida... Por supuesto que estoy interesado, aunque tal vez sea usted quien no esté interesado en vendérmelo cuando oiga lo que tengo que decirle: voy a cumplir ochenta y cuatro años, soy diabético, he sido operado en dos ocasiones de cáncer de próstata, eso sí, con éxito, e ingiero todos los días una docena de pastillas, algunas por iniciativa propia y otras por prescripción médica. Entre éstas se encuentra una píldora para la depresión crónica que padezco y que me impulsa a querer morirme cuanto antes. ¿Cuándo desea que suscribamos la póliza, joven? ¿Se pasa usted por mi casa o me acerco yo a su oficina?... Bueno, parece que ha colgado. Es una pena que no haya estado presente en nuestra conversación; me hubiera encantado conocer la opinión de un corredor de seguros con respecto a la supuesta inmortalidad del conde de Saint-Germain. ¿Te das cuenta, muchacho? Se mire por donde se mire, el mundo es una eterna paradoja. Acaso a eso se refieran quienes hablan de la inmortalidad.

Pese a que eran más de las once de la noche cuando llegué a la Casa de los Portugueses, doña Consuelo me abordó nada más pisar el portal de la finca:

—El señor Santos me ha pedido que te entregue esta carta, y que te diga que puedes ahorrarte el trabajo de aporrear la puerta de su casa, porque ha salido y no volverá esta noche —me dijo.

El corazón me dio un vuelco, pues temí que hubiera huido. ¡Yo mismo le había ayudado a empaquetar! Lo más probable era que, a estas alturas, estuviera al tanto del contenido de la carta de mi padre, que como todo lo demás tenía que figurar en el libro de nuestros desvelos. Aunque mantener semejante línea argumental volvía a concederle al señor Santos todos los poderes que tanto mi padre como el señor Estébanez, en sus conjeturas, le conferían al conde de Saint-Germain. Con todo y con eso, parecía que Santos volvía a tomar la iniciativa haciéndome llegar un mensaje.

—¿Le ha dicho adónde iba?

—No, pero me ha dicho que Natalia ha recaído de su enfermedad, que lo del otro día fue algo más que un susto, y que la han tenido que ingresar de

urgencia.

—¿No ha dicho nada más? ¿El nombre del hospital, por ejemplo?

—No, no me ha dicho el nombre del hospital... Tal vez lo mencione en la carta.

—¡Oh, sí, la carta! Gracias.

—Dile a Federico que ya es hora de bajar.

—Lo haré.

Ni siquiera esperé a llegar a casa de mi padre para abrir la carta.

*Querido muchacho:*

*Sé que en estás atravesando momentos muy difíciles, y que el sentimiento que te embarga oscila, según la ocasión, entre la decepción y la rabia. Es de todo punto comprensible. Sé también que te debo un millón de explicaciones, pero por desgracia mi estado anímico no es el más idóneo para emprender en estos momentos una empresa de tanta envergadura. Sí, lo que he de contarte requiere su tiempo, además de una predisposición mental de tu parte. Así que, por ahora, tendrás que conformarte con este reconocimiento: soy un estafador a mi manera. Dicho esto, permíteme centrarme en lo verdaderamente importante. Natalia ha sufrido un empeoramiento de su enfermedad y su vida corre serio peligro. No es algo reciente, los primeros síntomas se manifestaron hace cosa de medio año. Todo comenzó con unos dolores abdominales, que luego dieron lugar a náuseas, vómitos, excesiva sudoración, taquicardias, hipertensión, etc. Al cabo, todos estos síntomas derivaron en una neuropatía sensitiva y motora. Para no aburrirte. Se trata de un síndrome clínico de alto riesgo si no se establece el diagnóstico en las fases iniciales. Desgraciadamente, ya sabes cuán reservada puede llegar a ser Natalia, de modo que no quiso darle importancia a algunos de estos síntomas por temor a preocuparme. ¿Puedes creerlo? En pocas palabras, cuando he tenido conocimiento de lo que estaba ocurriendo, el síndrome estaba, por decirlo así, en plena actividad. No te mentí en lo referente a que tenía un cliente dispuesto a pagar una elevada suma de dinero por los honorables de La biblioteca, la cantidad suficiente para costear buena parte del tratamiento que puede salvar la vida de Natalia. Tampoco te mentí cuando te dije que yo no podía ocuparme directamente del robo de los honorables, por lo que contraté a una persona, un ladrón profesional que, desgraciadamente, me traicionó dejándome en la estacada. Estaba desesperado cuando apareciste para enterrar a tu padre. Se te veía tan entusiasmado con Natalia que... En un principio pensé decirte la verdad, exponerte la delicada situación por la que estaba atravesando mi hija, pero temí que los acontecimientos te sobrepasaran e influyeran de forma negativa en el trabajo que, sin más remedio, te iba tocar a hacer: cercenar los capítulos de La biblioteca que estaban pendientes de ser entregados. Prometo contarte nuestra historia, la de Natalia y la mía, en cuanto termines de amputar y entregar los textos de La biblioteca correspondientes a la segunda reserva. Sé que lo que te estoy pidiendo, máxime cuando he reconocido no haber jugado limpio, es insólito, pero antes de tomar una decisión de la que, sin duda, te arrepentirías con el paso del tiempo, quiero que consideres que si no terminas el trabajo que has comenzado, Natalia morirá. Es así de sencillo y de dramático. Ella misma me ha pedido que le permita escribirte unas líneas, que son las que figuran en hoja aparte.*

*Si te decides, como espero, a completar el trabajo, cuando hayas reunido los honorables que faltan, entrégaselos a Federico. Él sabrá qué hacer con ellos.*



Un abrazo,

Santos.

Querido Pepe:

*Ya conoces el gusto de Santos por el melodrama, aunque sea cierto que mi enfermedad ha dado un giro inesperado, para peor, se entiende, en las últimas semanas. Lo cierto es que ni siquiera los médicos se ponen de acuerdo. Todo empezó a raíz de una visita al dentista, que me anestesió con lidocaína. A partir de ese momento, las cosas comenzaron a complicarse. Ahora las palabras que más escucho son «arginato de hemina», «beta-bloqueantes» y «glucosa», que tomo en infusión venosa. Creo que si salgo con bien de esta, lo haré con una sobredosis de glucosa. Lamento que en estos días hayas tenido que soportar tanta incoherencia e inconsistencia por mi parte, pero has de comprender que estaba sometida a una gran presión nerviosa. Por no hablar del plan de Santos, que incluía engañarte, utilizarte, para que nos echaras una mano. Después de la muerte de tu padre, Santos no quiso bajo ningún concepto plantearte el asunto del empeoramiento de mi enfermedad, decirte que mi vida corría peligro, pues posiblemente te habrías derrumbado, de ahí que decidiéramos fingir mi secuestro, cuando en realidad estaba en manos de los médicos. Se trataba de estimularte, de espolearte, de convertirte en mi héroe. Santos tenía vetada la entrada a la Biblioteca Nacional, y el ladrón al que había encargado el trabajo, como sabes, desapareció sin más. ¿Qué hacer? La desgraciada muerte de tu padre abrió una puerta... por la que al cabo entraste. ¡Te pido perdón, una y mil veces! Pero no imaginas lo que supone vivir como yo lo hago. A veces soy presa de un episodio de insomnio, que puede durar varios días; otras, en cambio, sufro alucinaciones o períodos de confusión. En esos momentos, ni siquiera me reconozco si veo mi reflejo en un espejo, he llegado a pasar nueve horas y media vomitando frases, párrafos, hojas, capítulos enteros de libros que había leído. Soy capaz de recitar veinte mil decimales del número pi, así como tocar al piano cualquier pieza que oiga. Hablo todas las lenguas que me interesan, y no cejo de preguntarme quién soy en realidad. Sí, soy la Natalia que crees, y también la otra, la que piensas que no existe. ¿Comprendes ahora por qué abrirte mi corazón hubiera sido un acto completamente egoísta y desconsiderado de mi parte? Siempre me ha costado mucho manifestar mis emociones, sobre todo a aquéllos que me estiman. Se trata, sin duda, de un resabio de mi niñez, en la que estuve sometida a un fuerte estrés psíquico. A pesar de todo, no me queda más remedio que mostrarme egoísta y pedirte que te avengas a recuperar el texto que falta de La biblioteca. Tal vez si logro sobrevivir a este trance, y debiéndole la vida tanto a ti como al libro —¡cuán paradójico resulta que mi vida dependa de un libro, cuando he vivido gracias a los libros!—, podamos afrontar el futuro con más optimismo.*

Un beso,

Natalia.

¿Acaso no hubiera sido mucho más sencillo contarme la verdad desde el principio?, fue la pregunta que me formulé tras leer aquellas cartas. ¿Qué necesidad había de complicar las cosas hasta el extremo de inventar un secuestro? Santos me había subestimado, sin duda, pues de haberme planteado la situación con toda su crudeza, yo habría aceptado cualquier cosa

que me hubiera propuesto. No sólo eso, incluso me hubiera prestado a encontrar una solución al problema económico que no pasara por el robo de aquel libro. Mi padrastro gozaba de una buena posición económica, y teniendo yo pendiente el asunto de la herencia de mi padre, no me hubiera costado llegar a un acuerdo con él.

En las actuales circunstancias, y sin tiempo que perder, no me quedaba más remedio que acabar lo que había empezado, pese a que las suposiciones a que daba lugar el asunto del libro seguían pareciéndome todas ellas más cercanas al terreno de lo irracional que al de la lógica más elemental. Es decir, el empeoramiento de la salud de Natalia y el engaño a que había dado lugar, no explicaba en ningún caso la existencia de un libro como *La biblioteca*.

Cuando vi el ascua del cigarro encenderse y apagarse, una y otra vez, en medio de la noche sigilosa, comprendí que Federico estaba aguardando mi llegada. En esta ocasión, su figura quedaba enmarcada dentro de la esfera del reloj de Telefónica, cuyo anillo ígneo parecía contemplarnos desde la distancia.

—Creo que me debes una explicación —dije.

La cabeza del cigarro volvió a encenderse, y el vago resplandor de aquella incandescencia fue suficiente para mostrarme un par de ojos chispeantes.

—Trabajo para Santos. Desde aquí vigilo todo lo que ocurre en la calle —reconoció con un tono neutro, tan alejado del arrepentimiento como del entusiasmo.

—Después del secuestro de Natalia, me he preguntado cien veces cómo no viste nada, por qué no llamaste a la policía. Incluso me sorprendió que no lucieras algún comentario cuando nos vimos ese día aquí, en la terraza. Ahora entiendo el motivo: porque Natalia nunca fue secuestrada.

—Así es.

—¿Desde cuándo trabajas para Santos?

Un golpe de aire frío terminó de correr la cortina de resquemor que la mutua desconfianza había tejido entre nosotros.

—Desde que me enamoré de Natalia. Hace unos meses empezó a frecuentar la terraza más de lo habitual. Al parecer, se asfixiaba en su casa, le faltaba el aire y eso le provocaba ansiedad. Hablábamos de las estatuas de coronación de los edificios vecinos y de otros muchos asuntos. Descubrí a una joven culta, misteriosa y frágil a la vez.

Recibí aquella revelación como un puñetazo en la boca del estómago.

—¿Y qué ha sido de la ninfa de piedra del Casino de Madrid?

—Necesitaba una excusa para que mi madre no se inmiscuyera en mis asuntos. Natalia es mi ninfa.

Estuve a punto de preguntarle a Federico si se trataba de un amor correspondido, pero al instante recordé las últimas palabras de la carta de Natalia, que dejaban una puerta abierta a la esperanza, a una futura relación entre ambos, así me conformé con exclamar:

—¡Joder!

Miré en derredor mío y, por primera vez en mi vida, sentí vértigo por la altura que separaba aquella terraza del suelo. Acto seguido, volví a clavar la vista en la figura de Federico, una sombra compacta adornada ahora por la aureola del reloj del edificio de Telefónica, que le confería el aspecto de un personaje del trasmundo. Por fin, el brillo del cigarro, cuyo comportamiento había sido durante los últimos segundos parecido al de una luciérnaga apresada en la mano de un hombre, se extinguió en la noche.

—¿Dónde está Natalia? —pregunté a continuación.

—Ingresada. A la espera de que tú arranques las hojas de ese libro, que yo las entregue y que Santos cobre el dinero que permitirá salvar su vida.

—Si arranco esas hojas nadie me impedirá que sea yo quien las entregue —aseguré.

Federico se tomó unos segundos antes de decir:

—Me parece justo, dejaré que me acompañes, pero seré yo quien lleve el peso de la operación. Santos ya me ha contado lo que ocurrió durante la primera entrega. Gracias a Dios, se trataba tan sólo de un simulacro.

El rugido de un autobús con alguna clase de problema mecánico vino a subrayar las palabras de Federico.

¿Hasta ese punto llegaba la confianza entre Santos y Federico? ¿Por qué entonces no le había pedido a él que se encargara del robo del libro? ¿Tal vez para no comprometer su relación, presente o futura, con Natalia? No, Santos no era de los que se conformaban con un yerno que se pasa las horas vigilando las calles de Madrid desde una terraza para ponerle sobre aviso de los peligros. Ni tampoco Natalia buscaba esa clase de hombre, tan solar como yo mismo, para emplear su misma expresión. Si Santos no le había encomendado la misión de robar los *honorables* de *La biblioteca* era precisamente porque no confiaba en él, al menos no lo suficiente.

—Sí, un maldito simulacro —dije con desdén.

—A cada uno nos ha correspondido representar un papel por el bien de Natalia, aunque por lo visto no todos lo hemos encarnado con la misma

fortuna dejó caer.

¿Qué había sido del Federico contenido y retraído? Era como si el amor y aquella terraza devorada por la oscuridad hubieran hecho de él un personaje proteico, capaz de cambiar de forma y también de ideas.

—¿Cómo se llama la clínica dónde está ingresada Natalia? —le pregunté pasando por alto sus insinuaciones.

—Desconozco esa información. Pero incluso si supiera dónde se encuentra, no te lo diría.

—¿Por alguna razón en particular?

—Porque sé que sientes por ella lo mismo que yo.

—¿Y si Natalia me prefiriese a mí? —le planteé.

—Eso nunca lo sabrás. Yo me encargaré de que sea así. Es a mí a quien le corresponde el honor de estar a su lado. Soy yo quien ha estado junto a ella en los momentos difíciles, es mi hombro el que ha empapado con sus lágrimas, en mi compañía ha pasado las noches en vela. Soy yo, pues, quien merece el premio de su atención.

—Natalia es mayorcita para saber qué es lo que quiere y al lado de quién —le espeté.

—Sí, en efecto, Natalia es mayor incluso de lo que imaginas, por eso conoce a la perfección a las personas que son como tú. ¿Acaso estarías dispuesto a vivir en un mundo distinto a éste? No, tu amor, tus sentimientos están limitados, digámoslo así, por esta realidad, por este entorno prosaico donde sólo tienen valor (comercial, por supuesto) las acciones y cosas extravagantes. Mientras que a ti te gustaría que Natalia te acompañara a Nueva York, yo en cambio estoy dispuesto a seguirla al fin del mundo, o para ser más preciso, más allá incluso del fin del mundo.

—No sé lo que te ha contado Natalia, ni me importa, pero sea lo que sea te ha hecho perder la cabeza.

—¿Lo ves? Sigues sin entender nada. Perder la cabeza, como tú lo llamas, es lo mejor que me ha pasado en la vida. Ahora me siento como el pintor que descubrió la perspectiva. El mundo ha adquirido una profundidad de la que antes carecía para mí. Todo gracias a Natalia.

—Créeme, Federico, estás confundido.

—Desde luego, no pretendo compartir mi supuesta confusión contigo, como tampoco me gustaría que tú hicieras lo propio con tu clarividencia. Quédatela para ti, te hará falta para sobrevivir en este mundo en el que crees.

Diríase que Federico se hallaba bajo el efecto de un hechizo que le impedía apreciar el verdadero sentido de las palabras de Natalia, para quien el

amor era algo más figurado que real, tenía la textura del papel, su corazón estaba tejido de palabras y habitaba entre las páginas de un libro.

A la mañana siguiente me levanté dispuesto a acabar de una vez por todas con aquel simulacro, como lo había llamado Federico. Abrí las entrañas del ordenador y terminé de eviscerarlo, con el propósito de aumentar su capacidad de almacenaje. Para lograrlo, tuve que desmontar el disco duro. Mi intención era mutilar aquel mismo día los diez volúmenes de la segunda reserva, además de los dos ejemplares que se habían quedado fuera de la misma.

**Biblioteca Nacional. Madrid****Noviembre de 1936**

Don Tomás Navarro Tomás corría de una sala a otra comprobando los desperfectos que las bombas incendiarias habían causado en el edificio, del que era responsable en su condición de director de la Biblioteca Nacional. A pocos pasos, pero tan nervioso y preocupado como el funcionario, le seguía el conde de Saint-Germain. Los dos hombres se habían conocido un año y medio antes, cuando don Tomás Navarro, mi experto en fonética que había estudiado en laboratorios de Montpellier, Marburgo, París y Zúrich, decidió poner en marcha en Madrid el Archivo de la Palabra, cuya finalidad era la de recoger las diferentes variedades del habla. Saint-Germain había accedido a dejar grabada su voz gracias a la intervención de un amigo común. El interés de don Tomás Navarro aumentó cuando, efectuada la grabación, comprobó que la voz de Saint-Germain no había sido registrada por el magnetófono. Después de revisar el equipo y de repetir varias veces el experimento, el resultado fue el mismo. Ni rastro de la voz de Saint-Germain. Fue entonces cuando don Tomás, un intelectual de lo más cabal que había por entonces en España, empezó a interesarse por aquel extraño personaje del que había oído hablar en tono de mofa. Lo cierto fue que Saint-Germain se reveló pronto como un profundo conocedor de algunas de las materias que interesaban a don Tomás, hablaba sin acento una docena de lenguas e incluso conocía a la perfección los rudimentos para descifrar los jeroglíficos, así que la amistad no tardó en surgir entre ambos.

Cuando don Tomás fue nombrado director de la Biblioteca Nacional a comienzos de la Guerra Civil, Saint-Germain le ofreció su ayuda en consideración a los amplios conocimientos que decía poseer del edificio, pues, según sus propias palabras, «lo había visto levantar piedra a piedra, además de haber sido asesor no sólo del arquitecto Jareño, sino también de su sucesor, don Antonio Ruiz de Salces».

Al entrar en la sala de Usoz, llamada así en honor del polígrafo que había donado su colección de libros heterodoxos y prohibidos a la Biblioteca Nacional, don Tomás perdió el habla.

Una bomba incendiaria había atravesado la claraboya del techo y se había incrustado en uno de los sacos terreros que el propio director había hecho colocar, a modo de barricada, para proteger los armarios metálicos donde se guardaban los volúmenes de incunables y obras raras de la Biblioteca Nacional.

—Ni siquiera respire, amigo mío —dijo Saint-Germain aproximándose al artefacto.

—No sea loco, conde, no se acerque tanto. Esa bomba no ha explotado.

—Lo ha hecho, don Tomás. Lo que ocurre es que la arena del saco ha ahogado la combustión del artefacto —expuso el aristócrata.

Una nueva explosión se oyó en el otro extremo del edificio.

—¡Ésa ha caído en la sala de Bellas Artes! ¡Acompáñeme! ¡Deprisa! —exclamó el director.

Don Tomás era capaz de distinguir entre el sonido de un Heinkel alemán y el de un Caproni italiano surcando el cielo nocturno de la capital, así que a Saint-Germain no le extrañó que estuviera tan seguro del lugar exacto donde había caído el artefacto explosivo.

Cuando llegaron a la sala de Bellas Artes, comprobaron que la bomba incendiaria había caído en el suelo, en el hueco que había entre las mesas que guardaban las estampas, dibujos y grabados de Rembrandt, Velázquez, Durero o Goya. Después de la escena vivida en la sala de Usoz, Saint-Germain destripó varios sacos terreros y volcó su contenido sobre las llamas, hasta que el fuego quedó extinguido.

Una tercera bomba cayó en la sala de lectura del Archivo Histórico Nacional. En esta ocasión, las planchas de hierro del armario que guardaba antiguos códices resistió el fuego.

—Han caído tres bombas incendiarias y se han producido otros tantos milagros. Pero aunque sólo sea por mera estadística, no siempre será así. Creo que vamos a tener que hacer algo para poner a salvo los fondos de la Biblioteca —observó don Tomás.

Al final de la noche, habían caído más de una veintena de bombas incendiarias sobre la Biblioteca Nacional, cumpliéndose así las peores predicciones del director.

Antes de que despuntara el alba, don Tomás había decidido trasladar hasta Valencia, sede del nuevo gobierno, los principales tesoros bibliográficos de la

institución. Saint-Germain se ofreció a llevarlos personalmente, puesto que pensaba incluir en el lote parte de las obras que custodiaba en las entrañas de la Biblioteca Nacional de Madrid.

Como los bombardeos también habían afectado al Museo del Prado, el aristócrata tuvo que aguardar hasta que la Junta de Protección del Tesoro Artístico (de la que don Tomás Navarro era vicepresidente) lo hubo dispuesto todo para que fuesen evacuados cuadros y libros.

Por fin, el 10 de noviembre, Saint-Germain partió en la primera expedición que trasladó obras de arte y libros desde Madrid a Valencia.

—¿Es verdad que eres conde, camarada? —le preguntó el miliciano del Quinto Regimiento que hacía las veces de copiloto y de escolta.

—Lo es —respondió Saint-Germain.

—Entonces te llamaré camarada conde.

—Llámame como te plazca.

—Es curioso, pero me han asignado la misión de custodiar incluso con mi vida los libros que viajan en este camión, y ni siquiera sé leer —reconoció el miliciano.

—La vida es un libro que no necesita ser leído. Es más, cada ser humano es por sí mismo un libro. La piel son las tapas, el alma las páginas, la sangre la tinta y las palabras la letra impresa —observó Saint-Germain.

—Tal vez tengas razón, camarada conde, pero a mí me gustaría poder leer la vida en un libro. Siempre he oído decir que leer hace a los hombres más libres —reconoció el miliciano.

—Así es. Pero no olvides que toda moneda tiene dos caras. Los libros no enseñan al hombre libre a ser más libre, sino que le muestran las limitaciones que sujetan su espíritu, y eso le produce una gran desazón; en cambio, para el oprimido, un libro es la mejor medicina porque en él verá reflejadas sus aspiraciones. Esta clase de personas son las que mejor entienden que muchos libros se han escrito con sangre.

Aquella noche, mientras el convoy ponía rumbo a Arganda del Rey, Saint-Germain era el único que sabía que el destino final de aquellos cuadros y libros no era Valencia, sino los sótanos del palacio de la Sociedad de Naciones, en Ginebra, una vez que la República diera la guerra por perdida. Pero Saint-Germain callaba, puesto que su compromiso no era con ningún gobierno, sino con aquellos libros.



**Casa de los Portugueses. Madrid****Marzo de 1944**

De todos los objetos curiosos y hasta extraordinarios que habían pasado por el anticuario Dalmau, ninguno podía compararse con aquella niña judía. Los comentarios que Saint-Germain había realizado sobre las capacidades de la pequeña eran poca cosa en comparación con la verdadera dimensión de las mismas. Tal y como había vaticinado el conde, la niña había aprendido a hablar en castellano en tan sólo once días. Lo que nadie podía imaginar era que dos días más tarde, al encontrar a su nuevo mentor enredado con unos números, fuera capaz de resolver el entuerto y, ya puestos, repetir veinte mil dígitos del número pi, en los que invirtió poco más de cuatro horas y media. Luego, cuando la pequeña se fue abriendo a su nuevo entorno y a quienes lo habitaban, confesó ser capaz de oler los colores y de saborear los sonidos, no de una manera metafórica, sino físicamente. Más adelante, llegó a asegurar que los números mayores de diez mil poseían tonalidades de color y sentimientos, y que cuando llevaba a cabo un cálculo matemático lo que veía era un paisaje. Fuera o no guiada por los números, la pequeña acabó destapándose también como una habilísima dibujante, capaz de reproducir con extraordinaria precisión todo aquello que quedara al alcance de su vista. Paisajes, personas, naturalezas muertas, todo cobraba una nueva dimensión bajo el lápiz de aquella chiquilla de once años.

Un día, Dalmau, quien había empezado a obsesionarse por establecer el límite del cerebro de aquella criatura extraordinaria, hizo que la niña escuchara el concierto n.º 1 de Tchaikovsky, y luego la sentó delante de un viejo piano Steinway & Sons que tenía en el anticuario, esperando comprador. Para su asombro, la niña ejecutó la pieza con una maestría que hubiera sorprendido al propio compositor, al menos eso creyó Dalmau, quien poseía un fino oído para la música.

Por último, la chiquilla comenzó a devorar libros y más libros. Nunca tenía bastante, hasta el extremo de que Dalmau creyó que no había publicaciones suficientes en el mundo con que saciar la avidez lectora de la criatura. Una tarde, después de leer una antología poética de Juan Ramón Jiménez, la joven se dirigió a Dalmau y le dijo que en aquel libro estaba resumida su compleja visión del mundo. Cuando el anticuario tomó el ejemplar para examinarlo, descubrió que había subrayado en el ejemplar una serie de frases:

*«En el cénit azul, una caricia rosa».*

*«Qué tranquilidad violeta».*

*«Por el verdor teñido de melodiosos oros».*

*«Es de oro el silencio. La tarde es de cristales».*

*«Chopos de música verde».*

—De modo que para ti las palabras son algo más de lo que parecen a simple vista —observó.

—Sabén y huelen, como casi todas las cosas. También tienen cuerpo, carne... y color. El número 7, por ejemplo, es de color amarillo. Y la palabra carne sabe y huele a carne.

Teniendo en cuenta que la guerra había entrado en una fase de incertidumbre para Alemania, Dalmau se congratuló de haberse hecho cargo de la pequeña, por la que había comenzado a sentir un afecto paternal.

**Comisaría de Leganitos. Madrid****26 de noviembre de 2009**

Cuando el inspector jefe Sammartino solicitó el informe que hablaba sobre la vinculación del escritor Marcos Casavieja con el robo de libros, jamás pensó que dicho documento fuese a retrotraerse hasta el año 1845 y a la ciudad de Londres, donde se había fundado la mayor organización internacional de ladrones de libros, conocida como *Sanctus Germanus* o por las siglas S. G. Al parecer, el nombre de la organización tenía su origen en el pseudónimo que utilizaba su fundador, «un ser anfibio, mitad francés, mitad inglés, a veces bribón, mistificador, tahúr, espía, parásito, y hombre pesado», que se hacía llamar conde de Saint-Germain.

Allí, en Londres, el tal conde de Saint-Germain, a través de lord Ashburnham, había trabado amistad con el mayor ladrón de libros de la época, el conde Guglielmo Libri-Carucci. Este noble y erudito toscano, asilado en Francia por cuestiones políticas, miembro de la Academia de Ciencias de dicho país, había sido nombrado por el estado francés inspector de Bibliotecas y recibido el encargo de elaborar un inventario de todos los manuscritos que se conservaban en cierto departamento de la República, pero lo que hizo Libri-Carucci fue modificar y falsificar los asientos, robar parte de las obras y huir a Inglaterra. Lord Ashburnham, a quien Libri-Carucci había ofrecido un supuesto manuscrito proveniente de Gratoferata, cerca de Roma, compró en realidad la obra más valiosa de las robadas por el italiano: el *Pentateuco de San Graciano*, joya propiedad de la catedral de Tours. Aunque no era ésta la única obra significativa del botín que Libri-Carucci había portado consigo a la capital británica, compuesto por varias decenas de baúles que contenían unos treinta mil ejemplares, que incluían, por ejemplo, obras de Galileo y Copérnico, así como 72 cartas autógrafas del filósofo y matemático René Descartes.

Un retrato de este personaje decía de él que era «admirable en los salones e incomparablemente amistoso, flexible, con amables toques de dulce humor y elegante coqueteo, buen escritor en francés e italiano, matemático profundo, geómetra, físico, conocedor de la historia, dotado de una mente analítica, más experto en la ciencia de los libros que un librero o un especialista en subastas, pero tenía un único defecto: era, en esencia, un ladrón».

En 1861, Libri-Carucci y su socio Saint-Germain organizaron dos grandes subastas de libros robados por el primero, en la ciudad de Londres, por las que obtuvieron más de un millón de francos de la época.

De Londres pasaron a operar en Roma, donde contaron con la colaboración del director del Banco Vaticano, el marqués Giovanni Pietro Campana, quien llevado por la pasión que sentía por los libros, había cometido desfalco en la institución financiera que regía. Después de que se descubriera el pastel, la colección de Campana fue embargada, y a él, perdida la reputación y el trabajo, no le quedó otro camino que adherirse como colaborador principal en Italia a la *Sanctus Germanus*.

En 1884, gracias a la mediación del propio Saint-Germain, el gobierno italiano se vio obligado a comprar dos mil libros que Libri-Carucci había robado de la Biblioteca Medicea Laurenziana. Constataron, pues, que no había mejor negocio que robar el patrimonio bibliográfico de un Estado para, al cabo de los meses o de los años, vendérselo a ese mismo Estado a cambio de una buena suma de dinero.

El siguiente ladrón en incorporarse a la nómina de esta organización fue el poeta, político y bibliópata español don Bartolomé José Gallardo, quien robó profusamente tanto en la Biblioteca Nacional (un lacayo recogía los ejemplares que su amo arrojaba por las ventanas) como en la Biblioteca del Congreso de Diputados, de la que llegó a ser bibliotecario. En la *Historia de los heterodoxos españoles*, se dice de él: que «estudió y expolió todo género de bibliotecas públicas y particulares, fue admirado y temido por cuantos tenían libros y amontonó joyas bibliográficas sin número en su dehesa de la Alberquilla, cerca de Toledo».

Fue en esta época y en esta dehesa cuando se tiene por primera vez constancia de la presencia del conde de Saint-Germain en España. A partir de ese momento, la dehesa de la Alberquilla propiedad de Gallardo se convirtió en almacén de los libros que *Sanctus Germanus* robaba en cualquier rincón del mundo.

Lo más llamativo de todo era que la organización había sobrevivido en el tiempo, y en 1943 se la vinculó con el pavoroso incendio que afectó al

antiguo edificio de la Biblioteca Nacional de Perú de la avenida Abancay, en Lima, y que dio lugar a la desaparición de un gran número de obras de gran valor. Los robos, no obstante, habían continuado después incluso de que la biblioteca fuera reconstruida. Algunas de estas obras sustraídas de la Biblioteca Nacional de Perú habían sido ofrecidas años más tarde en España por marchantes vinculados a esta organización delictiva. Los ejemplares contaban con una particularidad que hacía que fueran fácilmente reconocibles. En homenaje a la trágica fecha del incendio, habían sido sellados en la página 43, con lo que las obras robadas presentaban en esa página un raspado mal disimulado por una sustancia blanquecina.

Según Interpol, que seguía de cerca los pasos de dicha organización delictiva, en los últimos años había multiplicado sus ramificaciones, hasta el punto de ser capaz de operar en países como España, Uruguay, Argentina o Italia de manera simultánea. La mayor dificultad estribaba en que, en la mayoría de los casos, los robos eran perpetrados por encargo, lo que limitaba la capacidad de seguimiento de las obras sustraídas por parte de la policía. En una demostración de sofisticación, los miembros de la organización no operaban con documentación falsa, sino clonada. Utilizaban nombres y números de pasaporte reales, y cuando tenían que complementar un formulario que exigiese aportar los nombres de los padres, por poner un caso, éstos también eran reales. Semejante *modus operandi* ponía de manifiesto que la organización tenía acceso a partidas de nacimiento, de donde extraían la información correspondiente. Los miembros de *Sanctus Germanus*, además, contaban con logos de las instituciones que robaban, papel membretado, así como documentación falsa de la Biblioteca Apostólica Romana o la Biblioteca Nacional Argentina, entre otras.

Interpol creía que esta organización también estaba detrás del robo de siete libros y manuscritos de gran valor histórico y económico perpetrado en diciembre de 1998 en la biblioteca de la Universidad de Durham.

De entre los golpes más recientes, se le atribuía el robo de alrededor de trescientos libros pertenecientes a la biblioteca del Ministerio de Asuntos Exteriores de España, muchas de estas obras eran de un valor incalculable por estar catalogadas como integrantes del acervo patrimonial de España. El nombre del sospechoso del robo de un ejemplar de Émile Zola y de otro de Lucas Fernández era el escritor Marcos Casavieja, quien había sido visto en la sala de lectura de la mencionada biblioteca días antes de que un funcionario constatará la falta de dichas obras.

En cuanto al hecho de que siguiera apareciendo el nombre de Saint-Germain después de haber transcurrido más de ciento cincuenta años desde la fundación de *Sanctus Germanus*, era debido, en opinión de los investigadores, al hecho de que semejante nombre era el título que ostentaba el líder de la organización, de la misma manera, por ejemplo, que las logias masónicas contaban con un Gran Maestro.

Nada más terminó de leer el prolijo informe, Sammartino se sentó frente al ordenador y le escribió un *mail* a Aquí, pese a que los conocimientos que ésta tenía del castellano seguían siendo rudimentarios:

*Querida mía, como siempre en los últimos tiempos ando persiguiendo fantasmas. Algo que parece consustancial a mi persona desde que tuvieron lugar los atentados de Madrid. La muerte de un escritor venido a menos que se dedicaba al robo de libros para subsistir, me ha puesto sobre la pista de la mayor organización de ladrones de libros del mundo, llamada Sanctus Germanus, que es dirigida por un misterioso y escurridizo personaje que se responde al nombre de conde de Saint-Germain. Según Interpol, Saint-Germain es un sobrenombre que utilizan aquéllos que desde 1845 dirigen la organización, con lo que desconocemos la identidad del verdadero regidor de la Sanctus Germanus...*

Llegado a este punto, Sammartino, consciente de que lo que acababa de redactar era una suerte de resumen de lo leído en aquel informe, borró lo escrito y rehízo el texto:

*Querida Aquí, nos vemos esta noche a través de la webcam. Me sentaré delante del ordenador a las 9 p. m. en punto. En caso de que surja algún problema, te mando un SMS. Besos y hasta luego, Martín.*

Desde que regresara de Groenlandia, Sammartino y Aquí mantenían viva la llama del contacto a través de sendas *webcam*. Las imágenes llegaban borrosas, con cierto retardo y ralentizadas, como si cada uno habitara en un planeta sin atmósfera, pero, a la espera de tiempos mejores, ya se habían acostumbrado. Incluso Sammartino había mostrado su casa a través de aquella pequeña cámara, con el propósito de que Aquí se fuera acostumbrando al lugar donde habrían de vivir más adelante, cuando ella pudiese (o mejor dicho, se decidiese a) tramitar el pertinente traslado. Claro que una cosa eran esas imágenes de sí mismos que parecían congeladas en algún remoto lugar del espacio, y otra muy distinta la vida real. En opinión de Sammartino, Madrid podía resultar una ciudad inhóspita para alguien acostumbrado a la soledad y a los espacios abiertos precisamente por su numerosa población. Él mismo había experimentado la sensación de encontrarse solo en medio de la multitud, sobre todo después de los atentados del 11 de marzo.

## **Carta de don Luis Usoz y Río a Serafín Estébanez Calderón**

**Jermyn Street, Londres. Otoño de 1840**

*Caro amigo Serafín, estaba preparando mi viaje de regreso a España, cuando ayer por la mañana recibí una inesperada visita: el conde de Saint-Germain. Se trata de un caballero ya maduro de exquisitos y refinados modales que, en cambio, lleva impresas las borrascas de la vida en los ojos. Su mirada es a la vez desafiante e inquisitiva. Tiene también una voz extraña, ni ronca ni atiplada, como si ésta no brotara exactamente de su garganta, sino de un lugar más profundo. El efecto que causa es el de estar escuchando una vibración capaz de subyugar la voluntad de su interlocutor. Con suma amabilidad, me dijo ser el propietario legítimo de La biblioteca, obra que le había sido sustraída por un criado para venderla al mejor postor. De esa forma, según él, había llegado a los estantes de la librería Road. Me pidió que pusiese precio a la reventa; a cambio, él me ayudaría a introducir libros prohibidos en España. ¡Tantos como quisiera! Aseguró contar con una infraestructura a su servicio, que en los próximos años adquiriría la categoría de organización. Le respondí entonces que el libro en cuestión ya había sido desencuadernado y enviado a España, y que siendo él el legítimo propietario de La biblioteca como aseguraba, era algo que debía de saber, pues la conversación que estábamos manteniendo figuraba en el capítulo 36 de dicha obra. Reconoció al fin que había oído hablar del libro, pero que no lo había leído. Aseguró que, al margen del contenido, lo prodigioso era que el autor del texto fuera el propio libro, según tenía entendido, lo que venía a probar algo que ya se venía sospechando desde tiempo inmemorial: que los libros son seres vivos, capaces de engendrarse a sí mismos a raíz de la imaginación de una persona. Es decir, pensar en un libro es suficiente para que exista. Ahora temía que el contenido pudiera difundirse y su posición quedar comprometida. Le dije que la obra acabaría llegando a sus manos, más adelante, por lo que sólo tenía que esperar. No en vano, siendo él inmortal, el tiempo de espera no debería tener para él más valor que una propina. Añadí además que, llegado el momento de recuperar la obra, le daría una finalidad distinta a la que ahora tenía en mente, pero que para descubrir lo que iba a suceder tendría que esperar al futuro, como cualquier mortal. A esta observación respondió el conde con una sonrisa maléfica. A continuación, me aventuré a contarle que La biblioteca era el libro más extraordinario que jamás había tenido ocasión de leer, no en cuanto a su literatura, sino en lo concerniente a su contenido, que se antojaba casi siempre profético. Le puse como ejemplo que dentro de un par de años, usted y yo compartiremos estancia en la misma pensión de San Sebastián, sin saber ninguno que el otro se encontraba en la misma ciudad y en el mismo albergue, y que ese hecho pondrá de manifiesto que para entonces nuestra relación de amistad se*

*habrá enfriado, pues nuestros intereses en materia religiosa y política habrán cambiado de manera sustancial. Usted terminará diciendo de mí que me he vuelto reservado y distante en extremo, y yo le reprocharé haber vendido monedas árabes (pertenecientes al patrimonio cultural español) en Francia. Sé que, en las actuales circunstancias, la salud de nuestra amistad es buena, pero no voy a negarle que leer todas estas cosas sobre lo que va a acontecer en el futuro ha hecho que barajara la posibilidad de que no fuera usted quien llevara a cabo la transcripción de La biblioteca, sino don Juan Calderón, un antiguo franciscano que vive exiliado en Inglaterra y que, además de ser un hombre de mi entera confianza, es un diestro paleógrafo y calígrafo. Al final, las prisas me han hecho desistir de ese proyecto, por lo que será usted, amigo Serafín, quien haga las labores de amanuense.*

*Me pregunto si nuestro futuro —el suyo y el mío— está en verdad en manos de La biblioteca, tal y como parece. Pensarlo me resulta excitante, pues las teorías que sobre el tiempo plantea el libro son de lo más novedoso que he leído jamás, si bien entran en contradicción frontal con las creencias religiosas del buen cristiano. Perdóneme la herejía, pero tal vez nuestra interpretación de las Sagradas Escrituras no sea la más idónea, hasta el punto de impedirnos ver qué puede aportar la ciencia para una correcta comprensión del Universo. ¿Y si, en efecto, la vida de todos nosotros, la de todos los seres humanos, figurara en un libro, no sería motivo de regocijo para dos bibliófilos como nosotros? Sí, la vida como un libro que se repite cada vez que lo leemos.*

*Pero me temo que me estoy yendo por las ramas.*

*En resumidas cuentas, en el transcurso de nuestra conversación, mi propósito ha sido hacerle comprender a Saint-Germain que el destino de la obra que anda buscando es tan complicado como el de aquéllos que se cruzan en su camino. Aunque me temo que si existe una persona que entiende la complicación del mundo es el conde de Saint-Germain.*

*Reciba un cordial saludo,*

*Luis Usoz y Río.*



**Guarida del lobo. Rastenburg. Prusia Oriental****Diciembre de 1943**

El viaje desde Frankfurt a Rastenburg resultó tan premioso como pronta fue la recepción del Führer. Desde el fracaso de Stalingrado, Hitler se hallaba deprimido, hasta el extremo de haber suprimido los almuerzos y cenas en compañía de sus más allegados. La única que no tenía restricciones de ninguna clase era Blondie, la perra pastor alsaciano que el secretario de Hitler, Martín Bormann, le había regalado en 1941. Así las cosas, y ante la negativa del Führer a admitir a miembros del Estado Mayor en su mesa, la audiencia con la que se relacionaba era cada vez más limitada. Dejó, además, de escuchar música, y rara vez se refería delante de sus interlocutores a asuntos que tuvieran que ver con el frente o incluso con la situación del mundo más allá de la realidad de Alemania, o más exactamente, del nuevo imperio alemán que todavía, pese a los reveses militares, soñaba con levantar. En estas reuniones, las conversaciones —monólogos del Führer en su gran mayoría— resultaban cada vez más desalentadoras, lo que no ayudaba a mejorar la ya complicada situación militar. Para reconducir aquella situación, el secretario Bormann ideó una serie de visitas que, por decirlo así, estimularan de nuevo la mente y el ánimo del Führer. Y dentro de ese programa de «visitas vigorizantes», como gustaba llamarlas el fiel Bormann, se encontraban el doctor Alfred Rosenberg, hombre de gran reputación, con uno de sus acólitos, el conde Ottmar von Rudel, acompañados por una niña de origen judío a la que se le atribuían unas capacidades tan extraordinarias que eran merecedoras de que el propio Führer las conociera de primera mano. No en vano, el hecho de que Rosenberg, quien era el indiscutido padre del antisemitismo alemán, fuera el escolta de una pequeña judía, ponía de relieve la importancia del experimento que quería compartir con el Führer.

Cuando la mirada de águila del Führer se poso sobre los presentes, todos alzaron la mano y vociferaron al unísono:

—*Heil, mein Führer!*

—Rosenberg, me alegro de que haya aceptado nuestra invitación de visitarnos —observó el Führer—. Bormann asegura que habéis descubierto a alguien capaz de almacenar una biblioteca en su cabeza, y que podría sernos de mucha utilidad en un futuro inmediato.

—Así es. Se trata de esta pequeña, y me gustaría, *mein Führer*, que me permitierais demostraros la importancia que este hallazgo puede tener tanto para nuestros científicos como para nuestros servicios de seguridad.

El Führer escrutó minuciosamente a la niña, antes de preguntarle con un timbre de voz tierno, que nada se parecía al tono mesiánico que empleaba en público:

—¿De verdad? ¿Cuántos años tienes, pequeña?

—Once recién cumplidos, *mein Führer* —respondió la chiquilla.

Sosegado el espíritu, casi amable, el Führer volvió a dirigirse a ella:

—Yo empiezo a leer los libros por el final, luego abro la mitad y, si lo que he leído me convence, entonces llevo a cabo la lectura completa. Cuando un libro me gusta de verdad, lo leo cuantas veces sea necesario, hasta extraerle todo el jugo. En Viena, siendo joven, leí una biblioteca con más de quinientos volúmenes. Y soy capaz de citar a Schopenhauer o a Nietzsche, página por página. ¿Tú como lees?

La pequeña, a la que no parecía interesar la metodología, se encogió de hombros.

—*Mein Führer*, todo, absolutamente todo lo que lee queda grabado en su memoria para siempre, y sin límite —intervino Rosenberg—. De hecho, los rabinos de su comunidad la obligaron a memorizar un sinnúmero de textos sagrados hebreos antes de que los requisáramos para quemarlos.

—¡Astutos y miserables judíos! —exclamó el Führer.

—He traído conmigo un ejemplar de *Mi lucha*, *mein Führer*. Permitamos que la pequeña lo lea mientras almorzamos y luego le diremos que proceda a demostrarnos lo que recuerda.

—¿Alfred, cree que la niña será capaz de leer el libro en el rato que empleemos en comer? —preguntó Hitler.

—*Mein Führer*, la pequeña puede leer mil páginas en una hora, con independencia de que entienda o no el contenido —aseguró Rosenberg.

—Asombroso, sin duda.

—Von Rudel, haga el favor de acompañar a la niña hasta la sala contigua, y asegúrese de que nadie perturba la paz de su lectura —ordenó Rosenberg.

Saint-Germain, quien contemplaba la escena de pie y en silencio, clavó los tacones e hizo una reverencia marcial en señal de asentimiento.

—Obviamente —prosiguió Rosenberg con su explicación—, hemos llegado a la conclusión de que el hecho de que la pequeña sea judía es, naturalmente, circunstancial. Creemos que en el mundo puedan existir otras personas como ella, tal vez un centenar o más incluso, capaces de almacenar cuanta información se les suministre. Imagine, *mein Führer*, que una unidad militar asignada en el frente tuviera que cambiar de destino con premura o, Dios no lo quiera, cayera en manos enemigas. Pues bien, si la información de dicha unidad estuviera almacenada dentro de personas como la pequeña, no habría riesgo alguno de que secretos militares acabaran en manos enemigas. En caso de peligro extremo, bastaría con ejecutar al portador de dicha información.

—Entonces podríamos prescindir del almacenamiento de toneladas y toneladas de papeles que tanto lastra nuestra eficacia y que nos hace tan vulnerables frente a los espías enemigos... —elucubró Hitler en voz alta.

—Entre otras muchas aplicaciones. Otro de los descubrimientos que hemos hecho es que esta clase de personas están especialmente dotadas para las matemáticas, con lo que podrían sernos muy útiles para descifrar códigos y mensajes en clave de nuestros enemigos.

—Comprendo.

Cuando la pequeña hubo regresado a la sala después de cuarenta y cinco minutos, Rosenberg le preguntó:

—¿Cómo comienza el capítulo titulado «Mi patria»?

—«Muy útil me resulta hoy el capricho del destino al disponer que Braunau am Inn fuera el lugar de mi nacimiento. Esta pequeña localidad se encuentra en la frontera, entre los Estados alemanes cuya reunión constituye una empresa que nosotros, los jóvenes, miramos como digna de llevar a cabo consagrándole todos los recursos que estén a nuestro alcance»... —recitó la pequeña con su voz dulce y aflautada.

—¿Y el capítulo titulado «La revolución»?

—«Fue en 1915 cuando el enemigo comenzó a arrojar propaganda sobre nosotros desde el aire. El contenido de aquellos impresos era casi siempre el mismo, aun cuando variaban en lo tocante a la forma de presentación; la angustia crecía en Alemania a ojos vista; la guerra no concluiría jamás y las probabilidades de ganarla se reducían de día en día»...

—¡Prodigioso! —exclamó el Führer dando su aprobación.

—¿Qué dice el penúltimo párrafo del capítulo titulado «Ciudadanos y súbditos del Estado»? —preguntó Rosenberg una tercera vez.

—«Un alemán debe juzgar más honrosa la ciudadanía de su patria, aunque en ella desempeñe el oficio de barrendero, que la corona real de un país extranjero» —respondió la pequeña.

—¿Y es así de eficiente con todo lo que lee? —se interesó el Führer.

—Casi en un cien por cien, *mein Führer*.

—¡Bárbaro, Alfred, extraordinario! —volvió a exclamar el Führer, al tiempo que aplaudía sin apenas hacer ruido.

—*Mein Führer*, Von Rudel y yo hemos pensado que lo más conveniente sería mandar a la niña fuera de Alemania, donde su seguridad estuviera garantizada.

—Hoy toca Europa queda dentro de Alemania —corrigió el Führer a Rosenberg.

—Por supuesto, *mein Führer*. Nosotros habíamos pensado en España, donde por ser un país amigo contamos con muchos colaboradores.

—Franco está en manos de los curas, y si hasta los oídos de éstos llegan las habilidades de la pequeña, lo más probable es que los españoles la quemem en la hoguera —observó el Führer.

—Por descontado, obraremos con la mayor discreción. Von Rudel conoce a un falangista de la División Azul que colabora con la Gestapo y que nos debe varios favores. Él se hará cargo de la custodia de la pequeña. Quiero además, *mein Führer*, solicitar su autorización para poner en marcha una operación destinada a descubrir a cuantos niños prodigio haya en Alemania y en los territorios ocupados. Una operación que se llamará *Weiser*.

Antes de dejar marchar a sus invitados, el Führer tuvo tiempo de decirles que, para él, lector compulsivo con una biblioteca de más de quince mil ejemplares, leer no era un fin en sí mismo, sino un medio para un fin, pues lo que le interesaba de un libro era tomar de él lo que necesitara en cada momento. Y antes de dar por terminada la reunión, añadió:

—Espero, señores, que ustedes sepan hacer lo mismo y que elijan con buen criterio los libros que almacenar en esas bibliotecas vivientes.

Pero Saint-Germain, que había sido testigo del bibliocausto nazi y que sabía que el interés de Hitler por la lectura era meramente propagandístico, estaba pensando no en el proyecto propuesto por su inmediato superior, Rosenberg, sino en otro a más largo plazo, cuando la guerra hubiera finalizado, consistente en crear personas libros, capaces de memorizar textos y de recitarlos de memoria.

**Saint-Germain interviene en el capítulo VI de *Don Quijote de la Mancha***

De entre todas las labores que Saint-Germain llevaba a cabo, la que más le satisfacía era avisar a los personajes de los libros que corrían peligro de ser destruidos, de modo que pudieran ponerse a salvo. No siempre resultaba una empresa fácil, pero gracias a su intervención eran numerosos los personajes de ficción que habían podido sobrevivir al fuego y la destrucción. La satisfacción que experimentaba cuando esto ocurría no era comparable con nada, ni siquiera con su deseo de ser mortal, al menos durante un período de tiempo. Aunque, en ocasiones, el trabajo se complicaba sobremanera, sobre todo cuando la destrucción de libros formaba parte de la trama de un libro. Ése era el caso, por ejemplo, de don Quijote, en cuyo capítulo VI un cura y un barbero se dedicaban al «donoso escrutinio» —así lo llamaban— de las obras que el caballero andante guardaba en su biblioteca, con el propósito de quemarlas.

Así que ahora le tocaba ponerse manos a la obra con la intención de encontrar a los protagonistas de estos libros para advertirles del peligro que corrían. Lo peor de todo era que, en su inmensa mayoría, los libros que habitaban en la biblioteca de don Quijote eran de caballería, cuyos protagonistas eran a su vez los más díscolos por su vocación aventurera a la hora de aceptar consejos. ¿Que el libro del que eran protagonistas iba a ser pasto de las llamas? ¿Qué podía importarle eso a Amadís de Gaula, a Esplandián (hijo de Amadís), a Lisuarte de Grecia (hijo de Esplandián) o a don Florlisel de Niquea (nieto de Lisuarte)? Del primero al último, habían vivido en carne propia las aventuras más extremosas que se pudiese imaginar. En muchos casos, habían sostenido entre las manos el corazón apasionado de la mujer amada. ¿Acaso no era el fuego del amor el más ardiente de todos, el que más quemaba? Además, para prevenirlos de los peligros ya estaban Urganda la Desconocida y su marido, el sabio Alquife. Otro tanto ocurría con

personajes como la reina de las amazonas, Pintiquiniestra, que además de ser hermosa como un ángel y de contar con un par de ojos grandes como estrellas, era terca y ruda como una mula. Por no mencionar que a la reina Pintiquiniestra tampoco le impresionaba el fuego, pues no en vano las amazonas se quemaban el pecho derecho con el propósito de facilitar el uso del arco y de la lanza.

Por otra parte, el trabajo en sí mismo era complicado en extremo, pues tenía que colarse a través de un resquicio en la obra, convencer a los personajes a que la abandonaran y encontrar de nuevo el intersticio por donde todos pudieran abandonar el libro en cuestión. En la mayoría de los casos, los personajes de los libros quemados o destruidos exigían ser reubicados en otras obras de igual o mayor enjundia. En ese aspecto, los personajes de los libros se parecían muchísimo a sus padres, a sus creadores, pues anteponían la vanidad a cualquier otra consideración.

Claro que, de tanto repetir la misma operación a lo largo de los años (casi podría decirse de la historia), sabía cómo superar los problemas que planteaba la destrucción de libros y cómo tratar a los personajes, por endiosados que estuvieran. Era lo único bueno que tenía el eterno retorno. Todo se repetía, una y otra vez, *ad infinitum*. Así que después de interceder por las obras de caballerías que se mencionaban en el capítulo VI de *Don Quijote de la Mancha*, por tanto, le tocaba hacer otro tanto con la obra titulada, *Earth's Holocaust*, de Nathaniel Hawthorne, que hablaba de exterminar el pasado en una hoguera, que era avivada con libros. Más adelante tenía que hacerle frente al bibliocausto nazi, y también a la obra *Auto de fe* de Elías Canetti, cuyo personaje central, Peter Kien, especialista en China y hombre de espíritu fluctuante, era condenado a morir en la hoguera en compañía de toda su biblioteca, compuesta por veinticinco mil volúmenes. A pesar de todo, el protagonista le caía bien, pues lo había conocido siendo niño, cuando el amor que el pequeño Peter sentía por los libros era tan puro que lo llevó a esconderse en una librería para pasar la noche (sin el conocimiento de sus padres, por descontado) entre aquellos *amigos*. Luego Peter Kein descubrió que los libros no sólo le atraían a él, sino también a los fantasmas. «Diez mil libros y, sobre cada uno, un fantasma acuclillado... A veces oía cómo pasaban las páginas. Leían tan rápido como el... La mañana no llegó sino después de muchas noches». Más compleja si cabe era la intervención que le aguardaba en la novela *Fahrenheit 451* (la temperatura a la que arde el papel, equivalente a 233 °C), de Ray Bradbury, pues el mensaje de partida de la obra era que los libros sólo servían para provocar angustia y hacer sentir mal a las

personas. Guy Montag, el bombero protagonista cuyo trabajo no consistía en apagar fuegos sino en quemar libros, no era un hombre fácil, como tampoco lo era la sociedad a la que pertenecía, alienada y distópica. En realidad, pensó Saint-Germain, no había conocido una sociedad siquiera medianamente justa, de modo que los personajes de los libros que salvaba de la destrucción no eran más que el reflejo del mundo al cual pertenecían. Ni siquiera ellos, en su calidad de personajes de ficción, eran ajenos a la desazón del mundo que les rodeaba. En no pocas ocasiones, Saint-Germain acababa preguntándose qué sentido tenía su misión, cuando el hombre vivía enfrascado en la tarea de destruirse. En todo el tiempo que llevaba ejerciendo su labor, había conocido a decenas de miles de personajes literarios, y el influjo de ninguno de ellos había servido para detener la devastación moral del ser humano y su desintegración. A lo sumo, algunos denunciaban la situación, alertaban de los peligros, pero los lectores, la sociedad, en vez de hacerles caso se limitaban a admirar la visionaria agudeza de sus pensamientos. Al fin y al cabo, aquellos personajes eran creación de los escritores, y de todos era sabido el gusto por la pedagogía de éstos. Como solía decirse, nadie escarmentaba en cabeza ajena, menos aún si la testa en cuestión pertenecía a un personaje de novela. ¡Ah, salvar libros, qué trabajo más ingrato!

**Biblioteca Nacional de Madrid****6 de enero de 1955**

Saint-Germain, quien estaba al tanto de la ampliación del depósito de Biblioteca Nacional, que iba a permitir triplicar su tamaño, aprovechó que el día de Reyes el edificio permanecía cerrado al público para llevar a la joven a la Sala de Lectura General. Allí le esperaba un miembro del Cuerpo Facultativo de Archiveros, Bibliotecarios y Arqueólogos, quien por orden del aristócrata había rescatado una serie de obras de las entrañas del depósito. Una cincuentena de libros excepcionales que el conde temía que con la ampliación pudieran extraviarse para siempre. Había contemplado la posibilidad de trasladarlos a otro lugar, pero su volumen impedía que la operación pudiera llevarse a cabo con la discreción necesaria. No, sacar aquellos libros no parecía seguro por el momento. De modo que optó por utilizar las dotes nemotécnicas de la joven, que era capaz de leer un libro de mil páginas en una hora, con independencia de que versara sobre literatura, historia, matemáticas o cualquier otra materia. De los casi tres mil libros que ya había leído a lo largo de su corta vida, recordaba el noventa y ocho por ciento. Semejante porcentaje garantizaba que en el cerebro de la joven quedara almacenada una copia de seguridad de las obras seleccionadas que, en caso de necesidad, podían ser transcritas de nuevo.

La joven, a la que la luz del sol torturaba por padecer porfiria, agradeció la oscuridad de la sala profiriendo un profundo suspiro de alivio. Luego, tras mirar repetidas veces a su alrededor con delectación, tomó asiento en el pupitre 190.

—Si está de acuerdo, Saint-Germain, propongo que comience leyendo la biblioteca de libros que no existen —sugirió el facultativo.

—Me parece acertado —accedió Saint-Germain.

Acto seguido, el funcionario trasportó media docena de volúmenes desde un carrito con ruedas hasta el pupitre de la joven.



—Aquí tienes el *Sefer Yetzirah*, el *De Veermis mysteriis*, el *Heptamerón* de Pedro de Abano, *El Zohar* de Moisés de León, la *Physica y Mystica* y el *Orbis Tertius*. En cuanto termines éstos, te doy los cuatro volúmenes del *Necronomicón*.

Siete horas más tarde la joven bostezó como lo hubiera hecho cualquiera que, después de un banquete, sintiera sopor. En todo ese tiempo no había pronunciado una sola palabra, como si hablar pudiera desconcentrarla.

Tanto Saint-Germain como el facultativo estaban al tanto de esa costumbre de la joven, por lo que mientras terminaba de digerir las más de seis mil páginas que acababa de leer, los dos hombres seguían programando el orden de lecturas de los días posteriores:

—Mañana rescataré las obras que tenemos depositadas en el «Infierno», y cuando termine con ellas, puedo buscar la treintena de volúmenes de Serafín Estébanez Calderón que contienen *La biblioteca* —propuso el facultativo.

Se refería al depósito donde tradicionalmente se guardaban los volúmenes que figuraban en el *Índice de libros prohibidos* de la Inquisición, cuya última edición se había llevado a cabo en 1948. Al tratarse de material delicado, apenas se consultaba, lo que equivalía a disponer de una seguridad doble. Las frías temperaturas y la ausencia de humedad de la sala, idóneas para la conservación de los libros, hacían el resto.

—Estoy agotada, ¿podemos irnos? —habló por fin la joven, transida de cansancio y bajo el efecto del apaciguamiento y la concentración que conlleva toda lectura prolongada—. Además, tengo hambre.

—¿Dónde quieres que vayamos a cenar? —preguntó Saint-Germain.

—Tengo hambre de papel. Me comería un libro entero —se descolgó la joven.

—Recuerda lo que ha dicho el médico: nada de comer papel —intervino de nuevo Saint-Germain.

Y tras volverse hacia el facultativo, añadió:

—Padece porfiria, lo que, a su vez, le provoca severas anemias, en particular la llamada ferropénica, y de ahí que haya derivado al consumo incontrolado de sustancias sin valor alimenticio, en especial el papel. Como pasa la mayor parte del tiempo encerrada en casa, rodeada de libros, le ha dado por devorarlos, literalmente. El problema es que los libros no se digieren, con lo que obstruye el tracto intestinal. La verdad, al principio pensé que se trataba de una mera metáfora relativa a los beneficios que la ingesta de libros, de sabiduría, procura al lector, pues se limitaba a mordisquear la punta de las hojas, como si fuera un acto reflejo. Pero, claro, fue a más, hasta el

punto que raro es el día que si la dejo leyendo sola, a mi regreso no encuentre el libro roído hasta las entrañas. Una pesadilla, vamos.

—Voy a contarte una historia que tuvo lugar aquí mismo, pequeña —intervino el facultativo—. Ocurrió durante la Guerra Civil. Un fascista muy significado de un barrio burgués de Madrid cercano a esta biblioteca, ante el temor a ser represaliado por los republicanos, empezó a venir en calidad de lector. Aquí pasaba todo el día, hasta la noche, pues nadie vigilaba o registraba a los lectores de la biblioteca. Pero como la situación no hacía más que empeorar, un día, aprovechando el descuido de un compañero facultativo, se coló en el depósito y no se le volvió a ver. Bueno, me refiero a que no se le volvió a ver con vida. Tal que un roedor, vivía agazapado entre los libros. El problema era que si bien contaba con abundante agua con la que saciar la sed, en cambio, la comida escaseaba, a lo sumo las sobras de los bocadillos o las mondas y huesos que los empleados arrojaban a las papeleras, y que el intruso repelaba. Durante una larga temporada, como digo, nadie vio al señor Higuera, que así se llamaba el caballero, hasta que un día un facultativo encontró su cuerpo sin vida en el «Infierno», que es el depósito donde se guardan los libros expurgados por la Inquisición. Libros antiguos y en su mayoría prohibidos. Libros que están cubiertos por una capa de polvo tan gruesa como sus gualdas. Al parecer, el señor Higuera había comenzado a comerse los libros, sin tener en cuenta que en muchos casos el papel es portador de hongos y bacterias altamente nocivas para la salud. ¿Comprendes ahora por qué no se han de comer libros?

Ya en la calle, la niña recibió la luz moribunda del atardecer con alivio, lo que le permitió admirar la dignidad de la fachada del edificio que dejaba a sus espaldas. Luego, comenzó a caminar con una sensación de libertad y de familiaridad por el Paseo de Recoletos, atestado de coches y transeúntes que trataban de abrirse paso en aquel maremagno. No obstante, su atención estaba puesta en los periódicos doblados que la mayoría de los caballeros portaban debajo de las axilas, o en las revistas que sobresalían como pequeños capirotes de los bolsos de las señoras.

**Comisaría de Leganitos. Madrid****16 de noviembre de 2009**

La muerte del escritor Marcos Casavieja se habría convertido en un caso más sin resolver si el inspector Sammartino no hubiera solicitado que le fuera asignado. Después de los dos años y medio que había pasado alejado del Cuerpo, ahora solía ocuparse de los atestados que nadie quería. Era evidente que se trataba de un corolario consecuencia de sus traumas psicológicos, pero el asunto resultaba tan delicado que ningún superior se hubiera atrevido a abordarlo. Aunque de haber surgido la conversación, él no hubiera tenido inconveniente en reconocerlo. Por otro lado, era indiscutible que había experimentado (Sammartino prefería decir «padecido») una gran mejoría. Incluso su relación con Aquí había sobrevivido a varias tempestades, demostrando que para manejar una embarcación es tan importante el casco como la habilidad de quien lleva el timón.

Como siempre que tenía que enfrentarse con un nuevo caso, trató de retener los detalles biográficos de la víctima, pues el crimen casi siempre estaba vinculado íntimamente a la vida del inmolado.

La historia de Casavieja era la de tantos escritores que descollan a los veinticinco años, se mantienen como promesa a los treinta y entran en un declive irreversible a los cuarenta. Durante quince años han tenido la posibilidad de serlo todo en su profesión, pero al cabo, los editores, como las modas, cambian de preferencias, les dan de lado, y, de esa forma, casi sin darse cuenta, se ven arrinconados al tiempo que pierden el título de *enfants terribles* de las letras para convertirse en escritores a los que sólo les queda una salida: adherirse al malditismo (seducidos por la vieja idea de que el perdedor es el que verdaderamente alcanza el éxito). Piensan en Baudelaire, Rimbaud, sueñan con la vida de Kerouac o de Burroughs, pero al final del camino lo único a lo que pueden aferrarse es a una columna semanal en un periódico local donde poner en solfa a esos otros escritores que, en su

opinión, les han usurpado el trono que en buena ley —o literatura— les correspondería ocupar a ellos. El siguiente paso en este descenso a los infiernos es enseñar a escribir a futuros aspirantes a escritores, ya en talleres literarios o en seminarios organizados por alguna entidad financiera. Pero en el caso de Casavieja, había un elemento que había distorsionado el proceso, una nota discordante en aquella melodía que podía haber compuesto y declamado Tom Waits o Nick Cave, dos de sus artistas de referencia: el alcohol, no la absenta, pero sí el scotch con soda. Casavieja no podía levantarse por las mañanas, y a partir de las cuatro o cinco de la tarde comenzaba la liturgia del *whisky*, que prolongaba hasta altas horas de la madrugada, de modo que su franja de horas de lucidez se limitaba a tres o cuatro por jornada. Así las cosas, y dado sus profundos conocimientos sobre literatura, acabó aceptando el encargo de sustraer un determinado libro en una conocida librería de viejo. El primer robo le llevó al segundo, y éste a otro más, y así, casi sin darse cuenta, el autor de la aclamada primera novela *El Vístula pasa por Varsovia*, se convirtió en ladrón de libros. Por ese motivo, en opinión de Sammartino, los detalles de su muerte resultaban cuando menos extraños: Casavieja había sido atropellado en la calle López de Hoyos por un coche que había sido robado y que apareció calcinado al cabo de las horas en un descampado cercano a Madrid. Los primeros indicios, por tanto, indicaban que el escritor había sido víctima de un infortunado accidente. Según la versión oficial, lo más probable era que el conductor del vehículo robado se dispusiera a cometer un delito cuando Casavieja se cruzó en su camino, lo que obligó al primero a deshacerse del automóvil y purificarlo con fuego para borrar todo rastro. Sammartino, en cambio, en vez de archivar el expediente, incorporó una nueva hipótesis, que a su vez abría una nueva línea de trabajo: la posibilidad de que la muerte del escritor Casavieja no fuera accidental, sino un encargo, habida cuenta su historial delictivo, por magro que éste fuera. La experiencia le indicaba a Sammartino que la muerte de un delincuente había que abordarla desde el escepticismo, máxime si en ella estaba implicado otro delincuente, como parecía ser el caso. ¿Un delincuente que ha robado un coche posiblemente para perpetrar un delito atropella accidentalmente a otro delincuente? Despojado de las interrogaciones parecía un titular de *El Caso*.

Sammartino, pues, repasó la lista de antecedentes de la víctima, de donde extrajo una información que consideró valiosa: Marcos Casavieja había robado libros por encargo para algunos de los librereros de viejo o de los coleccionistas más famosos del país, según sospechaba la policía, si bien jamás había consentido delatar a ninguno de sus clientes, sabedor de que en el

supuesto de hacerlo perdería su reputación y, en consecuencia, la posibilidad de ser nuevamente contratado. Además, en todos los casos había eludido la prisión, ya fuera tanto por las argucias de su abogado defensor como por las fianzas que los jueces le imponían, cuyo importe siempre aparecía en el momento oportuno.

Pero había una segunda lista de sospechosos, los colegas de profesión a los que había denostado en sus artículos de prensa. La última andanada antes de su muerte había ido dirigida al escritor Serafín Estébanez, al que, en un artículo titulado «La insoportable levedad de cierta clase de literatura», llamaba «oligofrénico literario», entre otras lindezas.

Claro que si todas las malas críticas terminaran con el asesinato del crítico, nadie se atrevería a ejercer la profesión de crítico literario. Que él supiera, la animadversión entre críticos y escritores, y entre los propios escritores, solía dar lugar a un duelo de plumas, siempre dialéctico, que arraigaba luego en un odio visceral e irreconciliable. Pero de ahí al crimen había un salto considerable. ¿O no?

Sea como fuere, creía próxima la resolución del caso, pues quienquiera que fuese el ladrón del coche, había cometido un error. El fuego había calcinado todo el vehículo, salvo una parte del maletero, donde los de la científica habían encontrado unas huellas. El hecho de que no pertenecieran a alguien que estuviera fichado, en su opinión, facilitaba las cosas, pues en cuanto elaborara una lista completa y fidedigna de sospechosos, sólo tendría que contrastar las huellas encontradas con las existentes en los archivos del Documento Nacional de Identidad.

## Residencia de Nicolás Flamel

### Rue des Ecrivains. París. 1418

Saint-Germain observó la flor de lis que había grabada en la fachada de piedra del edificio, el símbolo que identificaba la casa de Nicolás Flamel, desenrolló un pergamino que llevaba en el interior de la levita, y leyó lo siguiente:

*Aunque yo, NICOLÁS FLAMEL, escribano y vecino de París, en este año de 1399, y residiendo en mi casa de la rue des Ecrivains, cerca de la capilla de St. Jacques de la Boucherie; aunque —digo— no haya aprendido más que un poco de latín, debido a los escasos medios de mis padres, que eran estimados, incluso de mis envidiosos, como gente de bien: sin embargo, por la gracia de Dios y la intercesión de los bienaventurados santos y santas del paraíso, y sobre todo de monseñor Santiago de Galicia, he podido llegar a los libros de los filósofos y aprender sus ocultos secretos.*

*Al acordarme de este bien y de rodillas, con toda sinceridad, nunca dejaré de dar gracias a este benigno Dios que nunca deja al hijo del justo mendigar por las puertas, y que nunca defrauda a los que esperan su bendición. Así pues, cuando tras la muerte de mis padres me ganaba la vida en el arte de la escritura, haciendo inventarios, cuentas, frenando los gastos de tutores y menores, me vino a las manos un libro dorado muy viejo y amplio, por tan sólo dos florines.*

*No era de papel ni pergamino como los demás, sino que era de cortezas (así me pareció) de tiernos arbustos. Sus tapas eran de fino cobre, grabado con letras y figuras extrañas. Creo que podían ser caracteres griegos u otra lengua antigua similar, pues no sabía leerlo, y no eran letras latinas o galas, ya que de éstas entiendo un poco. En el interior, las hojas de corteza estaban grabadas con gran perfección y escritas con buril de hierro, unas letras latinas coloreadas, muy bellas y claras.*

*Contenía tres veces siete folios; así estaban numerados en lo alto de la hoja. El séptimo de ellos no contenía escritura alguna.*

*En su lugar había pintado, en el primer séptimo, un látigo y unas serpientes mordiéndose.*

*En el segundo séptimo, una cruz con una serpiente crucificada.*

*En el último séptimo estaban pintados unos desiertos por donde corrían hermosas fuentes de las que salían varias serpientes que discurrían por todos lados.*

*En el primer folio aparecían en gruesas letras capitales doradas: Abraham Judío, príncipe, sacerdote, levita, astrólogo y filósofo. A la nación judía dispersa por la ira de Dios, SALUD, DA. Después de esto, aparecían grandes imprecaciones y maldiciones (con la palabra varias veces repetida: MARANATHA), dirigidas a todo el que posase ahí sus ojos, si no era sacrificador o escriba. El que me vendió el libro no sabía lo que valía, ni yo cuando lo compré...*

Saint-Germain enrolló el pergamino, lo guardó de nuevo en la levita y entró con paso decidido en el inmueble, cuya planta baja estaba ocupada por una escribanía, el antiguo bufete de maese Flamel, donde durante décadas había ejercido de jurisconsulto, contable, librero y escribano. Un hombre diminuto, amanuense de oficio, trabajaba concentrado sobre un documento.

—¿La residencia de Monsieur Nicolás Flamel? —se dirigió a él Saint-Germain.

—En la tercera planta —respondió el amanuense—. Pero llegáis tarde. La casa fue asaltada por una turbamulta nada más morir monsieur Flamel. Esperaban encontrar arcones repletos de oro, pero se dieron de bruces con la humilde morada de un hombre humilde. Se puede ser el hombre más rico de París y vivir de espaldas a la riqueza.

—No busco oro.

—Sé lo que buscáis. Pero tampoco lo encontraréis en la vivienda.

—Subiré de todos modos.

El amanuense se encogió de hombros y Saint-Germain comenzó a ascender por la empinada y estrecha escalera.

Encontró la casa completamente vacía. El populacho parisino ni siquiera había dejado una astilla de la puerta, pues se pensaba que cualquier objeto que hubiera pertenecido a Nicolás Flamel podía estar impregnado de sus poderes para transformar lo más vil en oro. No en vano, todo el mundo en París, incluido el rey, sabía que maese Flamel había pasado de la pobreza a la riqueza gracias a un libro con el que había soñado y que posteriormente había comprado, la obra del rabí Abraham.

—¿Dónde ha sido enterrado Monsieur Flamel? —preguntó Saint-Germain de vuelta en la escribanía.

—En el cementerio de Saint-Jacques-la-Boucherie. Pero tampoco allí hallaréis lo que buscáis.

—No os he dicho qué ando buscando, ¿cómo, pues, podéis estar tan seguro de que no lo encontraré? —se interesó el conde.

—Porque monsieur Flamel me advirtió de vuestra visita unos días antes de su muerte. Sois el conde de Saint-Germain.

—¿Qué más os ha contado de mí?

—Nada, puesto que me dijo que de hacerlo mi vida correría peligro. Sólo quería que os diera el siguiente mensaje: «Veo maravillas que me maravillan».

—¿Dijo algo más?

—Sí, me dijo que le gustaría ver la expresión de vuestro rostro cuando visitéis su tumba, pero que, desgraciadamente, no podrá hacerlo.

—Comprendo.

Saint-Germain aguardó a que cayera la noche antes de adentrarse en el cementerio para exhumar el cuerpo de maese Flamel.

Cuando por fin consiguió abrir la tapa del ataúd, descubrió que lo que había allí enterrado era un muñeco de madera, con una boca pintada de gruesos labios que ocultaban el siguiente mensaje: *Au revoir*. Luego repitió la misma operación en el ataúd de Perenelle Flamel, la esposa de Nicolás y la más fiel ayudante del alquimista. Encontró una nueva figura de madera vestida con harapos.

—Maldito Flamel, ¿qué habéis hecho con el libro? —se preguntó Saint-Germain en voz alta, como si quisiera que los muertos de las tumbas cercanas le escucharan.

Por último, al levantar la cabeza de la sepultura, se percató de que en un osario próximo alguien había mandado sombrear la figura de un hombre vestido de negro que observaba unos jeroglíficos, y a cuyo alrededor aparecía la siguiente inscripción en francés: *Je voy mereveille dont moult je m'ebahais*.

—«Veo maravillas que me maravillan». De modo, Flamel, que habéis huido llevándoos el libro y la receta de la inmortalidad. Pero algún día comprenderéis que el mundo es un lugar que se va haciendo cada vez más pequeño conforme uno va envejeciendo. Vivir eternamente es lo mismo que correr hacia el interior de una cueva cuyas paredes se van estrechando — añadió Saint-Germain.



**Casa de los Portugueses. Madrid****Marzo de 1946**

Se habían cumplido dos años desde que Jaime Dalmau se hiciera cargo de la niña, cuando el conde Ottmar von Rudel se presentó en el anticuario. En este tiempo, el único contacto que Von Rudel y el marchante de arte habían mantenido había sido a través de envíos, libros en su gran mayoría, que el militar le hacía llegar desde Alemania con sus correspondientes notas. En éstas, con letra clara y firme, el conde le pedía guardar los volúmenes enviados, además de darle ciertas instrucciones para que completara algún que otro negocio provechoso. El trasiego de obras de arte robadas había ido en aumento conforme se fue vislumbrando el final de la guerra, y gracias a la información que Von Rudel le proporcionaba en aquellas notas, los Dalmau se habían convertido en una pieza clave para darle visos de legalidad a ciertas operaciones mercantiles que no lo eran. Luego ofrecían lo obtenido en esas transacciones, casi siempre pinturas o esculturas de gran valor, a jefes del régimen franquista, con lo que se garantizaban inmunidad de cara a posibles reclamaciones, a la vez que una posición de privilegio dentro del régimen.

En cuanto a la pequeña, en Madrid había comenzado a circular el rumor de que se trataba de una huérfana de la que Jaime Dalmau se había hecho cargo después de masacrar a sus padres en una razia cuando era miembro de la División Azul. Al anticuario no le importaban estos rumores, incluso se encargaba de avivarlos no haciendo nada por desmentirlos, pues de esa forma ocultaba el verdadero origen de la pequeña. De cara a la imagen que los demás tenían de él, los pábulos le eran beneficiosos en el terreno de los negocios, puesto que si por un lado la fama de verdugo le confería cierto aire patibulario a su carácter, por otro también le había granjeado fama de ser una persona responsable de sus actos (puesto que se había hecho cargo de la huérfana).

—¡Von Rudel! ¡Empezaba a creer que no volvería a verlo en persona! — exclamó el anticuario sin ocultar la sorpresa de aquella visita—. He oído decir que los aliados y los judíos andan a la caza de nazis a los que poder juzgar y ejecutar. Temía que pudiera haber sido hecho prisionero.

Saint-Germain no consideró oportuno explicarle a Dalmau que su vinculación con el III Reich había sido meramente estratégica.

—Digamos que he tenido ciertas dificultades a la hora de poner en orden mi pasado, pero al final lo he logrado —dijo Saint-Germain—. No quiero que vuelva a pronunciar el nombre de Von Rudel. Ahora me llamo... Santos. Eso es, señor Santos.

—Comprendo.

—¿Y la pequeña? —preguntó el visitante.

—Ha crecido. Y ahora quiere llamarse Natalia.

—¿Natalia?

—Tiene una explicación sentimental, si me permite expresarlo así. Hace unos meses, la pequeña empezó a tener problemas con el sol. Al principio le dolía la cabeza y le salía un prurito en la piel en cuanto se exponía de manera prolongada a los rayos solares, pero al cabo la cosa se fue complicando, y le salieron llagas y empezó a padecer dolores musculares y convulsiones. La llevé al hospital. Le diagnosticaron una enfermedad llamada porfiria, y tuvo que ser ingresada. En el sanatorio compartió habitación con una pequeña que se llamaba Natalia, una enferma terminal que acabó falleciendo. Me dijo entonces que como su nombre, Hanna, llevaba muerto varios años, desde que fue internada en el campo de concentración y sus padres exterminados, ahora quería llamarse como su amiga.

—En su momento, le dije que podría llamarse como quisiera —observó Saint-Germain—. ¿Cómo se encuentra de su mal?

—La enfermedad la ha vuelto aún más reservada y retraída. Se pasa el día leyendo libros, devorándolos. El problema es que como apenas olvida nada de lo que lee, todo le afecta sobremanera. Me temo que ha dejado de leer para memorizar, como hacía al principio, y ahora sella una suerte de amistad con todos y cada uno de los libros que caen en sus manos. Todo el mundo piensa que se trata de una huérfana de guerra, que traje conmigo de Alemania. Incluso hay quien cree que soy el responsable de la muerte de sus padres. De otra manera no entienden que haya preferido adoptar a una niña foránea antes que a uno de los miles de huérfanos que dejó nuestra guerra.

—Eso tiene arreglo. Haremos creer a todo el mundo que soy su padre y que he venido a España para reencontrarme con ella. No en vano, soy la única

persona que le queda en el mundo.

El anticuario estuvo a punto de reivindicar su papel durante estos años pasados junto a la pequeña, pero al final se limitó a decir con cierto tono de decepción:

—No me gustaría perder el contacto. Le he tornado mucho cariño.

—No se preocupe por eso, Dalmau. Tengo intención de establecerme en Madrid. De hecho, ya vivía aquí antes de que la guerra comenzara.

—Puedo ofrecerle un trabajo...

En esta ocasión, la voz del marchante se llenó de entusiasmo.

—Se lo agradezco, Dalmau, pero tengo mis propios planes.

—¿Qué piensa hacer conde Von..., digo, señor Santos?

—Abrir mi propio negocio. Siempre me han interesado los libros. Creo que la remesa que le he ido enviando estos meses atrás será suficiente para comenzar. Cuento además con su ayuda. Necesitaré encontrar un local apropiado en una buena zona comercial. Tramitar los permisos pertinentes. Ya me entiende.

—Por supuesto. Cuento conmigo para lo que haga falta.

—¿Puedo ver a Natalia?

—Venga conmigo. Natalia está arriba, en la casa.

Al abrirse la puerta, la voz de Natalia salió al encuentro de los dos hombres. Leía en voz alta un texto:

*«Este libro es nuestro libro, el que presentíamos. Su voz fraternal responde a las intimidades de la nuestra; nos guía, nos conforta, nos redime, nos completa; traduce nuestras aspiraciones recónditas, nos revela el mundo impreciso que sentíamos latir en lo más hondo del ser. Este libro parece escrito para nosotros, exclusivamente, por alguien que conoce la imperceptible palpitación de nuestros más vagos deseos; parece escrito por nosotros mismos, en una existencia anterior o durante un sueño prodigioso...»*

*»¿Qué mano invisible puso este libro a nuestro alcance? ¿Qué misteriosa influencia nos impulsó a leerlo? Si hubiéramos seguido ignorando su existencia, si todas sus semillas que fructificaron en nosotros —de modo tal que las creíamos preexistentes en el espíritu y sólo reveladas por la lectura— se hubieran malogrado: ¿cómo seríamos ahora? ¿Qué parte indeterminable de nuestra alma hubiera permanecido estéril? ¿Qué no hubiera sido y qué continuaría siendo en nuestro ser moral?»*

*»Y pensamos con angustia en el hecho trivial que no pudo producirse, en la casualidad que nos aproximó y pudo separarnos, en el instante de indecisión que pudo resolverse desfavorablemente, en las complejas e impenetrables tramas del destino que urde la tela de nuestra vida...».*

**Providence. Rhode Island****10 de febrero de 1937**

Como cada noche, el escritor Howard Phillips Lovecraft salió a pasear. Providence era una pequeña ciudad provinciana, pese a ostentar el título de capital de Rhode Island, y la tranquilidad de sus calles la convertían en el lugar perfecto para un paseante proclive a las ensoñaciones. De hecho, lo que Lovecraft escribía en sus relatos eran sueños que experimentaba completamente despierto, entre aquellas apacibles y familiares calles. Desconocía cómo se activaba el mecanismo dentro de su cabeza, pero algo tan simple como la sombra de un árbol cruzándose sobre el asfalto con otra que proyectaba un poste del tendido eléctrico podía desatar la tormenta. Entonces crecía en su interior un mundo de monstruos y fantasmas que se apoderaba temporalmente de su yo consciente.

Cuando aquella fría noche de febrero, Lovecraft vio a un hombre apostado sobre la última farola de Swan Point, pensó que estaba soñando. Incluso cuando el hombre se dirigió a él llamándole por su nombre completo y presentándose como el conde de Saint-Germain, creyó estar enfrentándose al personaje de una de sus pesadillas.

—¿Cómo sabe mi nombre? —se interesó el escritor con el propósito de poner a prueba al fantasma.

Saint-Germain estuvo a punto de decirle que no sólo conocía su nombre, sino que también sabía que iba a morir el 15 de marzo de ese mismo año, es decir, treinta y cuatro días más tarde, a causa de un tumor intestinal —que se complicaría con una nefritis crónica— que le iba a ser diagnosticado al cabo de cinco días, pero se limitó a responder:

—Sé que se alimenta preferentemente de dulces y helados. Sé que detesta el mar y que trabaja con las persianas bajadas. También sé que estuvo casado con una mujer llamada Sonia Greene, con la que vivió en Brooklyn, aunque la cosa no terminó de funcionar.

—No está mal. ¿Qué más sabe de mí? —se interesó Lovecraft sin poder ocultar su sorpresa.

—Que en los cuentos que publica en la revista *Weird Tales* habla de antiguas civilizaciones que tratan de recuperar el poder perdido. Por eso he venido a verle.

Lovecraft estaba cada vez más convencido de que se enfrentaba de nuevo a un personaje literario, así que preguntó:

—¿Acaso es usted miembro de una de esas antiguas civilizaciones de las que hablan mis relatos?

Saint-Germain pensó que a pesar de que el paisaje de Nueva Inglaterra no se parecía ni remotamente al de la Alta Saboya francesa, el frío en cambio era el mismo.

—Podría expresarse de esa manera —respondió.

—Hace frío. Caminemos —propuso el escritor, al tiempo que ponía rumbo a Angell Street.

—En la orilla del Seeknok hará aún más frío —observó Saint-Germain como si fuera natural de Providence.

—Tiene razón. Tengo la costumbre de caminar por Angell Street hasta la orilla del Seeknok, porque desde allí hay una bonita vista de East-Providence.

En cuanto Lovecraft hubo terminado su explicación, se arrepintió de haberse mostrado tan locuaz. No en vano, seguía convencido de estar hablando con un fantasma.

—Y bien, ¿qué quiere? ¿Desea hacerme alguna nueva revelación? —preguntó a continuación.

—Digamos que el motivo de mi visita es otro. He venido a llevarme el *Necronomicón*.

Lovecraft había empezado a hablar de un libro titulado *Necronomicón* en 1922. Una obra de saberes arcanos que, como *Las estancias de Dzyan*, permitía contactar con un mundo sobrenatural, y que, entre otras muchas cosas, incluía rituales para resucitar a los muertos.

Lovecraft esgrimió una amplia sonrisa antes de exclamar con cierto desdén:

—¡Bah, ese libro no existe! Fue fruto de una noche como ésta, de un sueño como éste, de un encuentro como el que estoy teniendo con usted.

—Usted y yo sabemos que el libro existe, y ahí es donde está el problema. No puedo permitir que el *Necronomicón* caiga en manos inapropiadas cuando usted muera.

—No es usted más que un sueño —insistió Lovecraft, al tiempo que levantaba el cuello de su abrigo.

—Es posible. Pero puedo convertirme en una pesadilla para usted y sus tías Annie y Frankie.

—¿Conoce a mis tías? —preguntó a continuación Lovecraft con verdadero interés. Era la primera vez que uno de aquellos fantasmas creados por su mente hacía referencia a la única familia que le quedaba en el mundo.

—Vive con ellas desde que murió su madre. No sea obstinado, amigo Howard. Vamos a su casa, me entrega el libro y le prometo que no volverá a verme jamás. Podrá vivir tranquilo en compañía de sus tías.

—Ya se lo he dicho, el *Necronomicón* no existe.

—¿Acaso no lo ha entendido aún? Si el *Necronomicón* no existiese yo tampoco existiría. ¡Yo soy el *Necronomicón*, Lovecraft! Formo parte de él. El libro habla de mí y, en consecuencia, soy su legítimo dueño.

—¿El libro habla de usted?

—Habla de mi mundo, Lovecraft —observó Saint-Germain.

—Estoy seguro de que ese libro no existe, de que es única y exclusivamente fruto de mi imaginación —se enrocó Lovecraft.

—Lo cree porque el propio libro determina que así sea. Se trata de un mecanismo de defensa que posee la propia obra. Hay libros que saben cómo defenderse de sus lectores e incluso de sus propios autores. Los libros son seres vivos, aunque la gente crea lo contrario. Usted que es escritor debería saberlo.

—Abdul-Harzed, el autor del *Necronomicón*, no es más que un apodo que yo mismo utilicé en la infancia.

—Eso es lo que el libro quiere que usted crea, Howard. Pero de la misma manera que es real Ibn Khallikan, erudito al que usted atribuye la compilación del texto, también existió el poeta Abdul-Hazred, por mucho que usted piense que se trata de un personaje de su invención.

Lovecraft empezaba a tener la sensación de estar discutiendo consigo mismo.

—¿Y qué me dice del título original? Escogí el nombre de *Al Azif* porque el término árabe «Azif» designa el rumor nocturno que producen los insectos.

—Vuelve a equivocarse. El título del libro no es de su invención. El *Al Azif* fue traducido al griego por Theodorus Philetas, en el año 950. Desde entonces el libro es conocido como *Necronomicón*. ¿Sabe lo que creo, Howard? Me parece que es posible que tenga el libro en su poder y que ni siquiera lo sepa. Como le digo, la influencia que el libro ejerce sobre su mente

le hace creer que la obra no es más que una invención suya, como un relato o una novela. Si me permite que le acompañe a su casa y le eche un vistazo a su biblioteca, le demostraré que estoy en lo cierto.

—A mis tías no les gustan demasiados mis amigos. Creen que son una mala influencia para mí.

—Yo no soy su amigo, Howard. Bastará con que les diga que soy el nuevo bibliotecario, y que usted ha olvidado devolver en fecha un ejemplar de la biblioteca pública.

—Está bien. Acompáñeme a casa. Pero no encontrará lo que busca — claudicó el escritor.

En la pendiente de College Hill, Lovecraft creyó oír un zumbido de insectos.

—Ningún insecto puede sobrevivir a estas bajas temperaturas, ¿verdad? —habló Lovecraft rompiendo el silencio.

—Así es.

—¿Entonces ese rumor que estoy oyendo es...?

—El *Al Azif*, Lovecraft. Lo que significa que estamos cerca del libro.

—Eso no puede ser posible, salvo que me esté volviendo loco...

El zumbido de insectos era insoportable en la mesilla de noche del dormitorio de Lovecraft, sobre la que descansaban los cuatro volúmenes del *Necronomicón*, a modo de libro de cabecera.

—No ve los volúmenes, ¿verdad? —preguntó Saint-Germain.

—No, sólo oigo el zumbido de esos insectos dentro de mi cabeza. A veces parecen voces humanas pronunciando extrañas palabras... —reconoció el escritor.

—No se preocupe. Desde esta noche no volverá a oír ese desagradable zumbido. Podrá descansar mejor.

—Jamás volveré a escribir. No soporto que mis libros se vuelvan en mi contra. Es como oír a un hijo gritar a su padre.

Cuando Saint-Germain se marchó, Lovecraft se encerró en su cuarto con el propósito de dejar por escrito todo cuanto sabía sobre el *Necronomicón*. Creía que iba a volverse loco. A medianoche, su tía Annie entró en el dormitorio para llevarle un vaso de leche caliente:

—¡Qué hombre más raro ese Saint-Germain! ¡Sin embargo, sus modales eran de lo mejor que he visto en toda mi vida! Desde luego, no tiene aspecto de bibliotecario. Aunque, pensándolo bien, ningún amigo tuyo parece una persona normal —observó la mujer.

—Tía Annie, si algo me ocurriera, quiero que le hagas llegar este texto al señor Wilson H. Shepherd, de *The Rebel Press*, Oakman, Alabama. ¿De acuerdo? —se descolgó Lovecraft.

—¿Qué malo puede pasarte a ti, querido sobrino? Providence no es un lugar donde pasen cosas malas. Ahora bébete la leche antes de que se enfríe y vete a la cama.

Lovecraft volvió a acordarse de Saint-Germain y de algo que había dicho y que ahora se repetía en su cabeza con la insistencia y la fuerza de los golpes de un martillo: «Yo soy el *Necronomicón*». Entonces, inconscientemente, dijo en voz alta:

—Yo soy Providence.

—¿Qué es lo que has dicho, Howard? —preguntó la tía Annie, que había aprovechado para poner un poco de orden en la habitación.

—Nada, no he dicho nada que tenga importancia, tía Annie —se desmarcó el escritor tratando de arrancar de su cabeza aquellas palabras.

Sin darse cuenta, Lovecraft acababa de pronunciar el epitafio que figuraría en su tumba un mes más tarde: «Yo soy Providence».

Por último, comenzó a escribir sin siquiera encabezar la carta:

*No está muerto quien puede yacer eternamente, y con el paso de los años hasta la misma muerte puede fenecer...*



**Calle Maipú 994. Residencia del escritor Jorge Luis Borges****Buenos Aires. 1975**

Con su madre agonizante y su hermano Jorge Luis completamente ciego, Norah Borges era la encargada de abrir la puerta. La fama de su hermano, hombre demasiado accesible para su gusto, había llevado a la casa a toda clase de personajes. Algunos subían directamente de La Central, la librería de enfrente, donde Jorge Luis tenía su grupo de amigos, pero otros parecían recién salidos de un frenopático. De modo que cuando Norah Borges vio a Saint-Germain a través de la mirilla, no le extrañó su aspecto anticuado ni su porte altivo.

—¿Qué desea? —preguntó la mujer con el aire rutinario de quien ha abierto seis veces la misma puerta en las tres últimas horas.

—¿Es la casa de don Jorge Luis Borges? —preguntó Saint-Germain.

—Así es. ¿A quién debo anunciar?

—Dígale a don Jorge Luis que ha venido a verle el conde de Saint-Germain.

—Un momento.

El escritor apareció esgrimando una sonrisa pasajera, que pugnaba por liberarse de la opresión de unos labios finos y contraídos.

—De modo que es usted el famoso conde de Saint-Germain, el bibliotecario de la biblioteca que existe desde la eternidad. Hacía mucho tiempo que esperaba su visita —dijo—. Es un grato placer para mí conocerle.

—Lo mismo digo.

—Estaba a punto de salir a comer. Sería un honor para mí que me acompañara.

El silencio que siguió a la propuesta hizo que Borges tomara de nuevo la iniciativa:

—Ya sé que usted no come, pero podrá hacerme compañía. Es aquí al lado. En el hotel Dora. Luego regresaremos y le entrego el libro que ha

venido a buscar.

—*El libro de arena* —completó la información Saint-Germain.

—En efecto, *El libro de arena*. El libro infinito, cuyas páginas no se repiten jamás. Ahora deme su brazo y salgamos. La agonía de mamá hace cada día más irrespirable la atmósfera en esta casa. También la muerte resulta un acontecimiento infinito para los mortales.

—Pensé que guardaba *El libro de arena* en la Biblioteca Nacional de Buenos Aires —comentó Saint-Germain.

—No, no está en la Biblioteca Nacional, sino acá, en casa. No me he separado de ese libro ni un solo día. Hacerlo hubiera sido lo mismo que abandonar mi alma. Los libros, como las personas, tienden a juntarse por afinidades, aunque también sucede que esa afinidad se dé entre una persona y un libro. Entonces la relación va más allá incluso de la más perfecta relación amorosa entre dos personas. De hecho, siempre he pensado que el verdadero amor, el más puro, es el que se produce entre una persona y un libro, lo que llamamos libro de cabecera. No, en la Biblioteca se hubiera perdido, como andan perdidos los bibliotecarios y también los propios lectores. Si se fija usted en la arquitectura de la gran mayoría de bibliotecas, llegará a la conclusión de que han sido diseñadas para que tanto libros como lectores se pierdan.

Saint-Germain tendió su brazo al escritor. Luego, preguntó:

—¿Desde cuándo está ciego?

Borges esgrimió una leve sonrisa.

—Empecé a quedarme ciego el día que abrí por primera vez *El libro de arena* —dijo a continuación—. Otro tanto le ocurrió a mi viejo. Es el inconveniente que tiene *El libro de arena*. Va dejando ciegos a quienes leen sus páginas, no de forma inmediata, sino cada día un poco. Claro que se trata de una lectura irresistible. Pero de la misma manera que me cegó los ojos, me iluminó por dentro. La gente está convencida de que *El libro de arena* no es más que un cuento que ha dado título a uno de mis libros de relatos. Nadie me tomó en serio cuando escribí que basta con que un libro sea posible para que exista.

—Lo sé. Pero es mejor así. La mayoría de los seres humanos no cuestionan la existencia de Dios, en cambio, ninguno cree en una biblioteca infinita y en un libro igualmente infinito, cuando el Universo no es más que una biblioteca sin principio ni fin.

—Tengo previsto un relato que tratará precisamente ese punto. He llegado a la conclusión de que el mundo no es redondo, sino rectangular, con la forma

de un libro. Sólo hay que contemplar los mapas de la antigüedad o incluso los medievales para comprobar que el mundo está representado como una superficie plana con forma de rectángulo, exactamente igual que un libro abierto. El fin del mundo, el abismo que los antiguos representaban sería, pues, el final del libro... Pero detrás de ese final siempre hay un nuevo principio, un nuevo renacer, una nueva repetición del mundo, de sus habitantes, de las palabras, pensamientos y obras de éstos.

—Una teoría muy ingeniosa que no carece de verdad. Los antiguos, cuando representaban el fin del mundo, en realidad estaban aludiendo a los confines del conocimiento, a aquellos lugares ignotos que la mente del hombre aún no había transitado —completó la reflexión el aristócrata.

—No camine como un ciego, Saint-Germain, que el ciego soy yo. A este paso nos cagarán las palomas encima antes de que llegemos a la casa de comidas se quejó el escritor.

En el restaurante del hotel Dora, Borges pidió arroz blanco con mantequilla espolvoreado con queso rallado, y un poco de dulce de leche de postre.

—Veo que usted tampoco come demasiado —observó Saint-Germain.

—A veces también pido un huevo duro. Trato de imitarle, Saint-Germain. Aunque entre comer poco y no probar bocado hay la distancia que separa la mortalidad de la inmortalidad.

—La inmortalidad y la mortalidad vienen a ser la misma cosa, amigo Borges, porque lo que las antecede y lo que las sigue es la nada —observó Saint-Germain.

—¿Existen muchos ejemplares de *El libro de arena* en el mundo? —se interesó el escritor.

—Sólo existe el ejemplar que usted posee, pero libros que son como *El libro de arena*, hay varios cientos. Llevo siglos requisándolos allí donde se encuentren. A pesar del celo que pongo en mi trabajo, siempre hay ejemplares que quedan fuera de mi alcance. Por ejemplo, el manuscrito Voynich. Afortunadamente, nadie ha conseguido descifrar su contenido, y después de todo, la universidad de Yale es un lugar seguro.

—No sabe cuánto me gustaría estar en su posición. Custodiar libros durante una eternidad. Custodiar los libros eternamente en un mundo que sólo existe en nuestra imaginación.

—Cada ser humano es un libro. Cada día de nuestra vida es una página de ese libro. De ahí que, tal y como usted predijo en su relato titulado «La

biblioteca de Babel», exista una relación verídica de la muerte de cada persona que ha vivido, vive y vivirá en la Tierra.

—Pero cuando lo escribí volvió a pasar lo mismo de siempre. Dijeron: «El universo de Borges». Me convirtieron en «borgiano», que es lo mismo que si llamaran a mi literatura «marciana». Cuando lo que yo estaba haciendo era hablar del universo real, de la casa de la esquina, como quien dice.

—Es mejor así. De hecho, si he de preservar la sabiduría de los libros que oculto es precisamente para proteger a los seres humanos de sí mismos.

—¿Adónde llevará *El libro de arena*?

—A la Biblioteca Nacional de Madrid. Hace un siglo participé en su construcción, y allí establecí mi centro de operaciones.

—Una biblioteca dentro de la biblioteca —reflexionó el escritor en voz alta.

—En efecto. Un laberinto dentro de otro laberinto. Aunque no dispongo de una sala secreta, puesto que se hubiera descubierto más tarde o más temprano. Desde su inauguración, la Biblioteca Nacional de Madrid ha sido objeto de numerosas reformas. Los libros están escondidos entre las obras que componen los fondos de la institución. Las signaturas de los libros catalogados me sirven de coordenadas para ocultar mi biblioteca.

Disponemos, además, de un croquis que indica dónde está ubicado cada libro. Si un ejemplar cambia de lugar, entonces se rehace el plano dejando constancia de las nuevas coordenadas. En un primer momento, mi intención era la de disponer de un espacio dentro de la propia biblioteca, pero los arquitectos que proyectaron el edificio me hicieron desistir. Me convencieron de que el mejor lugar para esconder un libro era entre libros. Un libro desordenado entre un millón de libros ordenados es muy difícil de encontrar.

—¿Y si un bibliotecario toma por error uno de los libros?

—Varias personas nos ayudan desde dentro de la biblioteca, de modo que es muy improbable que suceda algo así.

—Imagino que su trabajo es infinito.

—Así es. Aunque en ocasiones, y ésta es una de ellas, el trabajo merece la pena. Otras, en cambio, las cosas se tuercen. Llevo mucho tiempo tratando de poner a salvo un libro titulado *La biblioteca*.

—Nunca he oído hablar de esa obra. ¿Qué tiene de particular?

—Toda ella es particular, amigo Borges, empezando por la cita que la abre, que es suya.

—¿Mía?

—Así es. Una cita suya de su relato «La biblioteca de Babel».

—Publiqué ese relato en 1941.

—Lo sé. Le sigue otra cita de Lucilio Vanini.

—¿El polemista que fue condenado por hereje y quemado en la hoguera en Toulouse?

—El mismo. Vanini no sólo se anticipó a Darwin doscientos cincuenta años al emparentar al hombre con el simio, también creía en la circularidad del tiempo. Sí, *La biblioteca* es capaz de citarle a usted con años o incluso siglos de antelación. Pero el libro cuenta con otra particularidad aún más sorprendente: el autor es el propio libro.

—Un libro que se escribe a sí mismo. El auténtico y verdadero autor apócrifo. Prodigioso. ¿Cuál es su argumento?

—Narra mi propia búsqueda de ese libro a través del tiempo, es decir, cuenta la historia de una repetición. Eso supone que esta conversación que estamos teniendo figura también en la obra, de modo que también usted es protagonista.

—De modo que anda detrás de un libro circular que se repite vez tras vez. Es realmente interesante. ¿Me permitirá que escriba un relato sobre esta conversación que estamos manteniendo? —solicitó el escritor.

—¿Tendría algún sentido? —reflexionó Saint-Germain—. Piénselo.

—Veamos, si digo, por ejemplo, resulta fascinante, el lector de *La biblioteca* leerá: Veamos, si digo, por ejemplo, resulta fascinante, el lector de *La biblioteca* leerá: Veamos, si digo, por ejemplo, resulta fascinante, el lector de *La biblioteca*...

—*Ab initio ad infinitum*, Borges. Si repitiera esa frase un millón de veces, otras tantas aparecerían en el libro, con el consiguiente frenazo de la acción. Es decir, el lector tendría que leer un millón de veces las mismas palabras antes de que la acción de la obra prosiguiera.

—Así que siempre he tenido razón, imaginar un libro hace que exista, de la misma manera que la muerte tiene una dimensión tan gigantesca para los seres humanos primordialmente no porque exista, sino porque pensamos en ella.

—Así es, amigo Borges, basta con imaginar un libro para que exista. Basta con introducir todos los lenguajes en un ordenador capaz de llevar a cabo todas las combinaciones posibles para que todos los libros que se escribieron, que se están escribiendo y que se han escrito se hagan realidad. Ese libro sería tan extenso que incluso contendría lo que usted y yo estamos hablando en este instante.

Doña Consuelo se movía por el portal con una agitación inusual, como quien ha sido atacado por sorpresa y derrotado en su propio terreno.

—¿Has visto a Federico? —me espetó al tiempo que esgrimía una hoja de papel sobre la que, a tenor de cómo temblaba, recaía toda la convulsión que acumulaba su portadora.

—No, pero he quedado con él más tarde.

—¿Para irnos a Hiperbórea, tal vez?

El corazón me dio un vuelco, pues recordaba haber leído ese nombre en varios de los capítulos de *La biblioteca*.

—¿Irnos a Hiperbórea? ¿De qué diablos está hablando?

—De lo que pone en esta carta —me informó bruscamente, al tiempo que me extendía la hoja para que la leyera.

*Querida madre:*

*Marcho a Hiperbórea, el único lugar del mundo donde la felicidad es consustancial al ser humano. Llego allí, además, con la promesa de la inmortalidad y con la esperanza de que en ese largo, eterno lapso de tiempo, mi amor por Natalia Santos sea correspondido. Como se suele decir, dispongo de todo el tiempo del mundo. Te ruego, por tanto, que no te preocupes por mí. Y si algún día te asalta la melancolía por no verme a tu lado, mira a tu alrededor, échale un vistazo al chiscón y piensa que entre sus cuatro paredes se encontraba todo lo que el mundo podía ofrecerme. No, madre, no quiero vivir enjaulado, atado a un mísero sueldo que da justo para no morir asfixiado, pero que no permite respirar como Dios manda. Sí, quiero ser libre, habitar en un mundo sin invierno ni ataduras. Ese lugar existe y se llama Hiperbórea, de donde son originarios los Santos. Con ellos emigro, pues, hacia el septentrión, más allá de todas las tierras conocidas de este mundo. No trates de buscarme, comprende la oportunidad que me brinda el destino y centra todos tus esfuerzos en encontrar tu propia felicidad.*

*Tu hijo que te quiere,*

*Federico.*

Cuando hube terminado de leer busqué los ojos de doña Consuelo para trasladarle mi incredulidad y estupor. ¿Cómo interpretar aquellas palabras, salvo que Federico había decidido llevar hasta las últimas consecuencias el amor que le profesaba a Natalia? Teniendo en cuenta que llevaba una temporada trabajando para Santos, y que éste no era más que un ladrón de libros, lo más probable era que hubiese convencido al librero para que le permitiera continuar a su servicio allá donde el destino les llevara. De esa forma, siempre estaría cerca de Natalia.

—¿Lo ha llamado al móvil? —le pregunté.

—Cien veces, pero lo tiene desconectado —me respondió—. Llevo toda la tarde dejándole mensajes en el buzón de voz, pero no da señales de vida. Cría cuervos y te sacarán los ojos. De todo lo que dice Federico en esa carta sólo hay una cosa que entiendo: ha perdido definitivamente la cabeza. ¿Qué lugar es Hiperpóbera? ¿Dónde se encuentra? Jamás había oído hablar de ese país, territorio, comarca o lo que sea.

—Hiperbórea no existe, por supuesto. Se trata de una tierra mitológica, nada más —le aclaré.

—¿Quieres decir que Federico va a vivir a partir de ahora en un país que no existe? ¿Acaso se va a convertir en Peter Pan? Es lo que me faltaba después de su amor por las piedras. Todo esto es una locura.

—No, ni Federico es Peter Pan ni tampoco va a refugiarse en el País de Nunca Jamás.

—¿Entonces? —preguntó con manifiesto desconcierto.

—Entonces tendremos que darnos prisa en dar lo antes posible con el hospital o clínica donde está ingresada Natalia, puesto que lo que insinúa Federico en su carta es que piensa marcharse con los Santos a... bueno, pongámonos manos a la obra. ¿Tiene las *Páginas amarillas*?

—Tengo tantas *Páginas amarillas* acumuladas de años anteriores que podría fabricar una escalera con ellas y alcanzar el cielo.

—Nos repartiremos el trabajo. Usted llamará a los hospitales y yo a las clínicas.

—La culpa es mía y nada más que mía. ¿Cómo iba yo a imaginar que la mosquita muerta de Natalia pudiera erigirse en un peligro para *mi* Federico? Y el pobre, que es un bobo y lo será siempre, se ha dejado engatusar —se reprobó a sí misma.

Acababan de dar las once de la noche cuando llegamos a la conclusión de que Natalia Santos no había estado ingresada en hospital o centro sanitario alguno en los últimos seis meses. La noticia le causó tanta sorpresa y desasosiego a doña Consuelo que, acto seguido, se puso en contacto con la policía para denunciar la desaparición de su hijo. El problema era que Federico no sólo era mayor de edad, también había dejado una nota escrita despidiéndose y solicitando de manera expresa que no se le buscara. En cuanto al hecho de que el lugar al que supuestamente se dirigía no existiera, fue interpretado por el agente que atendió la llamada como una muestra inequívoca de que Federico no quería ser molestado, de ahí que hubiera utilizado un topónimo metafórico, como si decir «me marchó a Hiperbórea» fuese lo mismo que decir, por ejemplo, «parto para la Conchinchina, dejadme en paz». Es decir, no había nada que hacer, salvo en el caso de que se pudiera demostrar, aportando el correspondiente certificado o historial médico, que el fugitivo padeciera alguna clase de trastorno mental, ya fuera permanente o transitorio.

—Mi hijo lleva varios meses enamorado de una de las ninfas de piedra del Casino de Madrid, ¿acaso no es suficiente prueba de que padece un severo desorden mental? —insistió la portera—. Si no lo encuentran rápido, será usted responsable de las locuras que pueda cometer.

Y tras comprobar que su interlocutor había obviado su insinuación y dado por finalizada aquella conversación, añadió:

—Me visto y me planto en comisaría, y si no me hacen caso, me encadeno y me declaro en huelga de hambre.

Mi siguiente paso fue registrar el local comercial que albergaba la librería. Pero como cabía esperar, no quedaba rastro de los libros que había albergado. No obstante, encontré una nota firmada por el señor Santos, que descansaba en una de las baldas ahora vacías junto con un par de juegos de llaves.

*Querido Pepe:*

*Aquí tienes las llaves de la librería. Ya no voy a necesitarlas. Lamento de veras que nuestra relación finalice de manera, digamos, tan abrupta, pero así de imprevisibles son a veces los caminos del destino. Sé que los motivos de mi marcha, de nuestra marcha, te interesan menos que encontrar una respuesta adecuada a la pregunta que últimamente no dejas de formularte: ¿quién, quiénes somos en realidad? Me temo que para responder a esa pregunta primero tendrás que resolver otra cuestión: ¿quién eres tú? Al mismo tiempo, para encontrar lo que buscas tendrás a su vez que preguntarte quiénes son ellos, y a continuación qué es el mundo, y después de preguntarte por el mundo, te verás obligado a hacerle un hueco al Universo, y tras pensar en el Universo le llegará el turno a Dios, y así, sin darte cuenta, al tratar de averiguar qué hay detrás de todas estas cosas, que con su influencia han determinado tu forma ser y la de quienes te*



*rodean, volverás a la pregunta inicial: ¿quién o quiénes somos en realidad? Me temo, pues, que la pregunta y su respuesta forman parte del mismo círculo. Lo importante, en consecuencia, es saber que todo se repite, no saber quiénes somos, sino que seamos lo que seamos no dejaremos de serlo nunca. De modo que, si me permites la recomendación, no busques las respuestas a tus preguntas de cara al exterior, sino mirando hacia dentro, hacia ti mismo. Como dice William H. Hodgson, «la historia interior debe descubrirla personalmente cada lector, según su capacidad y su deseo». Tal vez así comprendas que lo que has descubierto es una historia grande metida dentro de otra más pequeña, tu propia vida, paradoja que no es tal paradoja.*

*Un saludo,*

*Santos.*

Al levantar la vista, encontré a la señora Consuelo mirándome desde la puerta, con el rostro consumido por la preocupación:

—¿Alguna pista? —preguntó.

—Todo lo contrario —respondí; Santos asegura que las respuestas a mis preguntas he de encontrarlas dentro de mí.

—¿Eso qué quiere decir?

—No estoy seguro. Creo que es su manera de pedirme que no trate de seguirles el rastro.

—Sigo sin entender a qué viene tanto misterio —se descolgó la mujer.

—Al parecer, el señor Santos pertenece a una organización delictiva dedicada al robo de libros valiosos.

—¿Y qué pinta Federico en ese cuadro?

—La ninfa de la que estaba enamorado era Natalia. Su plan es seguirla a ella y a su padre.

—Comprendo. No hay peor veneno que el que vierte el amor sobre su víctima. Creo que lo mejor será que me presente en comisaría. Me van a oír.

Me enfundé el abrigo y tomé asiento en la terraza, donde la temperatura no superaba los nueve o diez grados centígrados. No en vano, mi propósito pasaba porque el viento gélido que bañaba la noche me ayudara a refrescar las ideas y a ponerlas en orden. Al cabo, alcancé tal grado de concentración que me aisló tanto del frío como del murmullo de la ciudad, que poco a poco se fue haciendo inaudible. Aquel repentino silencio me hizo revivir de inmediato el vacío que reinaba en la casa de mi padre. Fue precisamente al verme rodeado de esa vaciedad cuando de pronto eché en falta algo, caí en un detalle que había pasado por alto y que ahora se me antojó revelador: en la vivienda no había constancia de recetas médicas ni presencia de medicamentos que corroboraran la enfermedad que mi padre decía padecer en la carta que yo había recibido horas después de su muerte. ¿Dónde estaban los informes

médicos? Yo no era ningún experto en *alzheimer*, pero había oído que la intervención farmacológica en las fases iniciales podía modificar para bien el curso de la enfermedad. Ni siquiera había un folleto donde figuraran los ejercicios de memoria o sensoriales más recomendados para los enfermos. Pero aún había más: en la carta que mi padre había depositado en el despacho del abogado de Málaga, firmada el último verano, no hacía alusión a la enfermedad, cuando ya se la tenían que haber diagnosticado. El único propósito de esa misiva era prevenirme precisamente contra el señor Santos. Por no mencionar el extraño método elegido para quitarse la vida. A nadie partidario de la incineración, como era el caso de mi padre, se le ocurriría suicidarse rociándose con gasolina y prendiéndose fuego. El escalofrío que partió mi cuerpo en dos mitades fue seguido de una reflexión que iba un paso más allá en mis suposiciones: ¿y si la carta de mi padre que doña Consuelo me había entregado no era más que una falsificación? ¿Y si la misiva había sido redactada por Natalia, por ejemplo, habida cuenta su extrema pericia para la caligrafía, después de que el señor Santos sonsacara a mi padre a la fuerza? Tal vez ni siquiera había sido necesario llegar a ese extremo. Quizá mi padre se había ido de la lengua con una copa de más. Semejante posibilidad me sumió en tal estado de angustia que despertó el lado más macabro de mi imaginación. Horribles imágenes de mi padre abrasándose estando todavía vivo, allí mismo, a pocos metros de donde me encontraba, asaltaron mi pensamiento y me hicieron estremecer.

Entré en la casa y busqué la carta en cuestión. Pero después de analizarla con detalle, no pude llegar a una conclusión satisfactoria. Desde luego, la letra parecía la de mi padre, pero al mismo tiempo se trataba de una grafía fácilmente imitable.

Mi estado de turbación llegó a su cénit cuando de pronto caí en que, además de todo lo anterior, los *honorables* que había mutilado aquella misma jornada obraban en mi poder. ¿Cabía un mayor sinsentido? Era obvio que, en cualquier caso, Santos no pensaba utilizarlos para sacar dinero con el que costear el tratamiento médico de Natalia, puesto que ésta ni siquiera había sido ingresada, tal y como nos habían hecho creer. Pero con eso y con todo, quedaba fuera de toda lógica que me hubieran involucrado en el robo de un libro para huir a última hora sin parte del botín. Las palabras de la carta de Santos no dejaban lugar a la duda: «Entrégale los *honorables* a Federico, él sabrá qué hacer con ellos». ¿Qué se suponía que tenía que hacer yo ahora con todas esas hojas sueltas, máxime cuando Federico, al parecer, se había quitado de en medio?

Al ir a revisar los *honorables*, encontré en la funda del ordenador la hoja donde Santos había apuntado las firmas de los libros que me había encargado de mutilar, del primero al último. Después de repasar la lista de arriba abajo en varias ocasiones, mi vista acabó posándose en el guarismo en rojo con que Santos había señalado la referencia del volumen de Serafín Estébanez Calderón que yo me había comprometido a consultar en último lugar, siguiendo los deseos de Saint-Germain. La cuestión era que, ocupado en mutilar el grueso de *honorables* de la segunda reserva y los ejemplares que se habían quedado fuera de la misma, no lo había hecho, me había olvidado por completo de su existencia, lo que significaba que aún no había terminado el trabajo. Teniendo en cuenta que no tenía nada a lo que agarrarme, pensé que tal vez aquel último volumen pudiera procurarme alguna pista de lo que estaba pasando.

Al retirarme a dormir, la oscuridad de mi dormitorio despertó en mí un intenso sentimiento de horror, una sensación de desasosiego que, tras secarme la garganta, se aposentó en mitad de mi pecho, oprimiéndolo, golpeándolo con la fuerza de un puño que, lleno de furia, quisiera hacerme reaccionar. Al cabo de un rato, conseguí controlar los pesados latidos del corazón y sosegarme, pero entonces la idea de que Natalia se hubiera prestado a convertirse en cómplice de Santos, pues eso era lo que había hecho al falsificar la carta de mi padre, me enardeció de nuevo. Desde luego, podía imaginarla realizando muchas y distintas actividades, incluso empezaba a admitir que pudiera tratarse de la pequeña *savant* de la que hablaba *La biblioteca*, pero nunca tomando parte en un crimen a sabiendas. Que yo supiera, jamás le había hecho mal a nadie, más allá del mal que se infligía a sí misma soportando ella sola la pesada carga de su enfermedad. Incluso ahora que había reconocido haberme engañado, no había dudado en admitirlo por escrito y lamentarlo. ¿Qué criminal hubiera hecho lo que ella? ¿Participar como cómplice en la muerte de mi padre para al cabo de los días enviarme una carta pidiéndome disculpas por haber permitido que Santos me engañara con su consentimiento? No podía imaginar una mayor muestra de cinismo. Y Natalia era cualquier cosa menos una persona cínica. A lo sumo, se le podía reprochar ser poseedora de una mente demasiado fantasiosa, lo que derivaba en que, en ocasiones, su carácter resultara demasiado hermético y huidizo. Pero era precisamente ese exceso de sensibilidad, sus estrechos vínculos con el mundo sensorial, lo que la invalidaba para el crimen. Sí, tenía que haber un

error de apreciación por mi parte. Había llevado mis elucubraciones más allá de lo que era razonable. Era indudable que todo lo ocurrido me había sugestionado, tenía además que reconocer que mi padre llevaba muchos años dándole la espalda a la vida, de modo que no podía descartar que, motu proprio, hubiese decidido renunciar a tomar la medicación. Si se había despojado de todo lo que rodeaba su vida, ¿por qué no pensar que también había decidido desembarazarse de todas aquellas cosas que le recordaran a su enfermedad? De la misma manera que no había encontrado un frasco de pastillas para el *alzheimer*, en cambio sí que en la casa había una botella de *whisky* empezada, lo que significaba que mi padre había consumido alcohol hasta su último aliento. ¿Por qué motivo? ¿Porque no estaba enfermo, o, por el contrario, porque lo estaba y bebiendo pretendía olvidar el terrible futuro inmediato que la enfermedad le tenía reservado? Obviamente, la resolución de este enigma pasaba por dar con el galeno que lo estuviera tratando. Tal vez en las oficinas de la Seguridad Social pudiesen facilitarme el nombre de su médico de cabecera, y en el supuesto de que éste no supiera nada, quizá encontrara alguna pista en los movimientos de sus cuentas bancarias, un pago con tarjeta, el abono de una póliza de un seguro médico, etc. Lo único que parecía seguro, por tanto, era que una profunda oscuridad seguía ocultando la verdad a la que debía enfrentarme.

En cuanto amaneció, puse rumbo a la Biblioteca Nacional del brazo de la vigilia, que me había hecho compañía durante toda la noche.

Entré en la biblioteca con el ánimo que lleva el pecador cuando ingresa en un templo con el propósito de lavar su pecado. De hecho, me embargaba un sentimiento de vergüenza y oprobio a partes iguales. Al mismo tiempo, sentía la necesidad de buscar en aquel lugar tanto el perdón que aliviara mi conciencia como la esperanza que me ayudara a reconstituirla. ¿Acaso el mejor terreno para expiar los pecados no era aquél donde se habían cometido? Por otro lado, sentía una enorme curiosidad por leer el último texto de *La biblioteca* que, por mor del destino, satisfacía la exigencia impuesta por el conde de Saint-Germain. ¿Se trataba de una casualidad? Deseaba, además, que se tratara, esta vez sí, del último episodio de aquel extraño y desagradable asunto en que se había convertido el robo del libro, con sus ramificaciones en la vida de todos nosotros.

He de reconocer que el impacto que experimenté cuando, después de expurgar el texto de Serafín Estébanez Calderón, di por fin con el párrafo que buscaba, produjo en mí el más terrible de los efectos, pues en el encabezamiento del capítulo figuraba mi nombre:

**Para José Dalmau**

*Vengo de una raza notable por la fuerza de la imaginación y el ardor de las pasiones. Los hombres me han llamado loco; pero todavía no se ha resuelto la cuestión de si la locura es o no la forma más elevada de la inteligencia, si mucho de lo glorioso, si todo lo profundo, no surge de una enfermedad del pensamiento, de estados de ánimo exaltados a expensas del intelecto general. Aquéllos que sueñan de día conocen muchas cosas que escapan a los que sueñan sólo de noche. En sus grises visiones obtienen atisbos de eternidad y se estremecen al despertar después de haber descubierto que han estado al borde del gran secreto. De un modo fragmentario aprenden algo de la sabiduría propia y mucho más del mero conocimiento propio del mal. Penetran, aunque sin timón ni brújula, en el vasto océano de la «luz inefable»...*

EDGAR ALLAN POE, *Eleonora*

*Querido Pepe, toda lectura, toda vida en definitiva, persigue una revelación. Tú has llegado hasta el final de esta historia, por momentos te has fundido (o confundido, como prefieras) con ella. Llega, pues, el momento de indicarte lo que va a ocurrir a continuación, el siguiente paso que habrás de dar en este interminable camino. Ése y no otro era el propósito de este capítulo, el último eslabón de esta cadena a la que estaremos eternamente unidos. Sí, muchacho, dice el más insigne de los hiperbóreos que la manada busca seguridad dentro de sí misma, creando reglas, moralidad y leyes, mientras que los superhombres cuentan con una fuerza vital interna que les conduce a ir más allá de la manada. Esa fuerza les exige y les conduce a mentir a la manada para poder permanecer independientes y libres. Sucintamente, ése es nuestro caso, el de Natalia y el mío. Durante los últimos años hemos tenido que sobrevivir dentro de la manada, pero ahora ha llegado el momento de regresar a casa, donde Natalia pueda restañar la hemorragia que la consume.*

*Conocí a Natalia en el campo de concentración de Auschwitz-Birkenau. Había sido internada en el pabellón 31, el de los niños, donde le aguardaba el peor de los finales posibles. Gracias a sus excepcionales habilidades, nos fijamos en ella y pudo librarse de una muerte segura. Lo demás vino por añadidura. Hiperbórea se nutre de personas únicas, capaces de superar las limitaciones, tanto morales como físicas, que conlleva en su esencia la especie humana: como imaginarás, el primer y mayor de estos límites es la muerte. Natalia, por tanto, acabó superando ese tránsito, si me permites llamarlo así. Sin embargo, y a pesar de haberse convertido en «uno de los nuestros», cada vez que Natalia se somete al proceso de rejuvenecimiento que hace de nosotros los únicos seres inmortales, sufre siempre la misma anomalía, la porfiria se reproduce de manera recurrente, contamina su*

sangre. Naturalmente, no voy a entrar en detalles que no vienen al caso, pero la inmortalidad es un proceso más natural que científico. El problema es que no está al alcance de la inmensa mayoría de los seres humanos. A lo largo de mi dilatada existencia, he tenido ocasión de contemplar, a veces no sin estupor, los extraños procedimientos empleados por los hombres para alcanzar la inmortalidad. Todos vanos y fútiles intentos, pues, por encima de cualquier otra consideración, la inmortalidad ha de merecerse. ¡Oh, cuán celosos viven los hombres de la inmortalidad!

Ahora te ruego que prestes mucha atención. Has entregado tu carné falso en el mostrador central, y en este preciso instante estás sentado en el pupitre número 190, leyendo estas palabras, tratando de encontrar una pista, por pequeña que sea, capaz de conducirte a nosotros. Sin embargo, lo que va a ocurrir dentro de cinco minutos exactos es lo siguiente: cuatro hombres se acercarán hasta el pupitre que ocupas, y te rogarán amablemente que los acompañes a un despacho. Una vez allí, los dos hombres uniformados que se han encargado de custodiarte cederán el protagonismo a los otros dos caballeros, los que visten de paisano. Uno de ellos, el más alto, es un responsable de la Biblioteca Nacional, mientras que el cuarto individuo es un inspector del cuerpo nacional de policía, llamado Martín Sammartino. A este último lo conoces de sobra, aunque no en persona, pues algunos de sus avatares vitales forman parte de La biblioteca. Sammartino anda detrás de resolver la muerte en extrañas circunstancias de un escritor de media fama y poca fortuna que, llevado por esa circunstancia, se vio obligado a robar libros para subsistir. Casavieja, como ya habrás imaginado a estas alturas, es el ladrón al que encargué en primera instancia el robo de La biblioteca. La mala suerte, es decir, el propio libro, quiso que pronto sospechara sobre lo que rodeaba aquel trabajo, digamos, tan peculiar, y empezó a querer saber más de la cuenta sobre mi persona y los fines que perseguía. Como consecuencia de estas sospechas, creció su codicia y, guiado por el prurito creador que todo escritor padece, escriba o no, creyó haber encontrado un buen argumento para una novela, la resurrección de su talento narrativo, una historia que, en caso de funcionar bien desde el punto de vista comercial, podía situarlo de nuevo en el parnaso de los escritores españoles en activo, y liberarlo del trabajo de ladrón de libros. Pero vayamos al grano. Ayer por la tarde, Sammartino recibió en comisaría una llamada anónima que situaba a Casavieja en la Biblioteca Nacional el día antes de su muerte, mutilando una serie de volúmenes del autor romántico Serafín Estébanez Calderón. El informador anónimo le ha contado también al señor inspector jefe Sammartino que Casavieja fue reemplazado en su cometido tras su defunción por el señor Leandro Malo de Molina, quien se encuentra en estos momentos ultimando el trabajo. Establecida, pues, la relación entre los señores Casavieja y Malo de Molina, es decir, tú, el inspector jefe Sammartino, tras tomarte las huellas dactilares, comprobará que éstas se corresponden con las encontradas en el maletero del coche que se utilizó para atropellar al malogrado escritor, y que tú cometiste la imprudencia de tocar en la calle Mayor cuando huía con Natalia en su interior. El vehículo, naturalmente, fue alquilado y no devuelto por su arrendador, un individuo que, casualmente, responde también al apellido Malo de Molina. Para completar este círculo de evidencias, el inspector Sammartino hallará en el pertinente registro que realice en el domicilio de tu padre los diez últimos honorables pertenecientes a las obras mutiladas de Serafín Estébanez Calderón, además del ordenador de vientre hueco que has estado empleando para esconder y transportar el material robado en la Biblioteca Nacional. También encontrará la obra titulada Compendio histórico, geográfico y genealógico de los soberanos de Europa, de Manuel Trincado, cuya procedencia es la Biblioteca Nacional de Perú, donde fue sustraída, y que te regalé en su

momento para apuntalar las pruebas que te incriminen como principal sospechoso. Sammartino creará que estás vinculado con una organización internacional de ladrones de libros que opera bajo el nombre de Sanctus Germanus, de la que soy artífice. Durante siglos realicé toda clase de actividades que me permitieran llevar, digamos, un estilo de vida desahogado y poder huir con la suficiente prontitud en caso de ser necesario, pero a mediados del siglo XIX, cuando el interés del libro llegó a ciertas esferas de la sociedad adinerada, comprendí que lo más fácil era crear una estructura empresarial que satisficiera la creciente demanda de los nuevos coleccionistas de libros. Mi misión era la de recopilar cierta clase de obras para que no cayeran en manos de los hombres, así que se me ocurrió que nada había más convincente para ocultar la finalidad de mi misión que incluirla dentro de un organización cuya actividad principal fuera precisamente el robo de libros. Ahora que hemos conseguido por fin vaciar la Biblioteca Nacional, nos encontramos con un problema: la policía estaba cada vez más cerca, de modo que era conveniente desviar la atención hacia otro lugar que, en apariencia, tuviera que ver con nosotros. Ahí es donde erais necesarios tanto Casavieja como tú. Ya ves, nuestro interés por recuperar el texto de La biblioteca era ficticio, pues lo que en realidad necesitábamos era un comodín, una serie de acontecimientos que centrara la atención de la policía en vosotros. ¡Ay, muchacho, son tantas las capas que envuelven el corazón de la cebolla! ¡Pero dejemos de hablar de mí y centrémonos en tu persona! He de reconocer que semejante cúmulo de pruebas en tu contra deberían preocuparte, pero si pones el caso en manos de un abogado, el señor Carlos Font Feliu, por ejemplo, no encontrará excesivas dificultades para demostrar la circunstancialidad de estos indicios acusatorios, así como el hecho de que los robos cometidos por Casavieja tuvieran lugar mientras tú aún estabas en los Estados Unidos. Por descontado, en algún momento de este proceso, cuando hables con el señor Font y le cuentes la existencia de este «texto aclaratorio», ambos contemplaréis la posibilidad de utilizar este fragmento como prueba de la defensa. Tanto tú como tu abogado podéis ahorraros las molestias, pues este libro, una vez abandones por la fuerza el pupitre número 190, no volverá a los anaqueles del depósito; simplemente, desaparecerá. De esa forma, la historia de La biblioteca, nuestra historia, se convertirá pronto en una novela, una más de las muchas que se publican en España y pasan desapercibidas. Te aseguro que ni Natalia ni yo hemos tenido el más mínimo interés por perjudicarte, pero al mismo tiempo creemos que convertirte en el centro de atención de un caso tan engorroso nos dará cierta ventaja para poder desaparecer con una relativa comodidad. Como buen hijo que eres de tu difunto padre, insistirás delante de la policía en las extrañas circunstancias que, en tu opinión, rodearon su suicidio, la ausencia de evidencias médicas que demuestren que padecía alzheimer, y la carta que recibiste horas después de su incineración, y cuya grafía, ahora, te resulta sospechosa. Y cuando el inspector te pregunte qué motivos podía tener el señor Santos, Saint-Germain o como quiera que me llame para querer acabar con la vida de tu padre, tú le responderás: «Porque sospechaba de Santos, porque llegó a saber y a contar más de lo que debía, y porque al meterse donde no le llamaban incumplió el pacto que los Dalmau habíamos suscrito con ciertas organizaciones que surgieron a raíz de la caída del III Reich». Eso será lo que le dirás. En unos cuantos meses, pues, habrás superado este desagradable asunto. Desgraciadamente para ti, hombre mortal, en tu próxima vida volverás a repetir los mismos errores que has cometido en ésta, así que no será esta ocasión la última vez que hablemos o nos veamos. Sé lo que sientes por Natalia y sé lo que, a su manera, ella también siente por ti. Si te sirve de consuelo, también volverás a verla a ella, sólo tendrás que esperar a que el tiempo complete una vez más su círculo eterno.



No obstante, para que sobrellevés con un mejor ánimo las vicisitudes procesales a las que has de enfrentarte en los próximos meses, aquí tienes la transcripción de una carta firmada por Natalia que recibirás en el transcurso de tu detención.

Considera este adelanto como una muestra más del afecto que siento por ti:

Querido Pepe:

La única manera que se me ocurre de corregir mi conducta es proponerte que, una vez las aguas hayan vuelto a su cauce, te unas a nuestro proyecto. Sí, existe una forma de llegar hasta Hiperbórea, un camino que ha de completarse atravesando diversas obras de la literatura universal. Trataré de ser lo más clara y concisa posible. Contamos a nuestro servicio con una serie de guardianes que custodian y vigilan el tránsito de este camino. Se trata de coleccionistas de libros, auténticos bibliófilos, que en algún momento de sus vidas recibieron la ayuda de la organización llamada Sanctus Germanus. En manos de estos guardianes se encuentran, pues, una serie de libros, ediciones especiales, de obras como *Los viajes de Gulliver*, *El principito*, *Alicia en el país de las maravillas* o *La isla del tesoro*, en las que el peregrino —así llamamos a la persona que aspira a llegar a Hiperbórea— ha de introducirse y donde los personajes de dichas obras le proporcionarán una clave para seguir el camino. ¿Qué cómo consigue el peregrino entrar en estos libros? Muy sencillo. Leyendo, leyendo hasta la extenuación, hasta que los párpados se cierran irremisiblemente sobre las palabras. Obviamente, el efecto, como digo, sólo se logra a través de estas ediciones especiales, que, por descontado, cuentan también con su propio sistema de seguridad. ¿Has leído *Orlando de Virginia Wolf*? En dicha obra, Orlando, el protagonista, un ser muy parecido a nosotros en cuanto a su longevidad, escribe un poema titulado «La encina» que cuenta con una singularidad: se borra conforme Orlando lo va escribiendo. Se trata, pues, del verdadero y auténtico texto suicida. Pues eso es, exactamente, lo que ocurre con estos libros que conducen a Hiperbórea. Si una persona no deseada violenta la obra, el texto desaparece, se suicida, impidiendo así el avance del intruso. Los libros, naturalmente están repartidos en distintos lugares de mundo y en manos de personas que, por descontado, no se conocen entre sí. El esqueleto que soporta todo este entramado es, como digo, Sanctus Germanus.

Comprendo tu resentimiento, incluso tu odio y desprecio hacia mi persona, que reconozco merecer, pero ni siquiera las cosas más simples y evidentes en apariencia lo son en realidad. Te garantizo que no existe mejor lugar en la Tierra que Hiperbórea para restañar las heridas del espíritu. Sólo si llegas hasta aquí comprenderás que las bondades morales que adornan a los seres humanos no son tales, sino una extensión del mal que, desde hace ya siglos, corrompe el espíritu de la especie: el egoísmo como Dios supremo; la injusticia como pilar sobre el que se ha construido una sociedad que no hace otra cosa que tambalearse; el odio y la intolerancia como forma de relación entre las personas. Sí, únicamente podrías entender nuestro punto de vista si fueras capaz de aceptar que para vosotros los libros son, en esencia, una excusa para mantener en pie la extravagante civilización que habéis creado. No, no los merecéis, ni siquiera sois dignos de las bellas historias que han alumbrado vuestros escritores. ¿Para qué os han servido? Mira a tu alrededor, contempla el mundo que te rodea y los seres que lo habitan, mira hacia tu interior y dime qué es lo que ves.

Si algún día decides dar el paso adelante que te propongo, dirígete a la Biblioteca Casanatense, en la Via di San Ignazio, número 52, de Roma, y pregunta por un conservador llamado Girolamo. Dile que vas de mi parte. Él te instruirá convenientemente para convertirte en «peregrino». Tal vez, si los dos ponemos de

*nuestra parte, podamos hacer que el círculo que conforma toda existencia se complete antes de que nuestras vidas tengan que repetirse.*

*Besos,*

*Natalia Santos.*

Bueno, muchacho, ya tendrás tiempo de sobra de releer esta carta a su debido momento.

Sí, ha llegado el momento, levanta la vista, pues ya vienen...

Instintivamente levanté la cabeza, y para mi asombro allí estaban los cuatro hombres referidos dirigiéndose hacia mí. Hundido en la butaca, con el último volumen de Estébanez Calderón aún en las manos, esperé acontecimientos.

—Señor Malo de Molina, soy el inspector Martin Sammartino, y nos gustaría que respondiera a unas preguntas. ¿Sería tan amable de acompañarnos?

—Aunque no lo crean, les esperaba —dije al tiempo que levantaba el libro como si se estuviese proponiendo un brindis.

—¿Me permite? —intervino el otro caballero que iba de paisano arrancándome el libro de entre las manos.

Mi estancia en la comisaría resultó tan confusa, y al mismo tiempo tan predecible, como cabía suponer. Hice una exposición pormenorizada de cada uno de mis pasos, desde que pusiera los pies en España, hablé de Natalia, de mi relación con ella y de su enfermedad, anticipé lo que encontraría la policía en mi casa, unas cuantas hojas cercenadas de los volúmenes de Serafín Estébanez Calderón editados por don Luis Usoz, y un libro robado perteneciente a la Biblioteca Nacional de Perú, tal y como evidenciaba la página 43 de dicho volumen, que presentaba una burda manipulación. Planteé mis sospechas de que la muerte de mi padre no había sido voluntaria, dije contar con una carta supuestamente autógrafa de mi progenitor confesando padecer *alzheimer*, cuando en realidad no existía prueba médica alguna que lo corroborara, y con otra, ésta sí auténtica, en la que mi padre decía sospechar de la identidad del señor Santos, quien tenía arrendado el local familiar desde hacía varios años. Aseguré no conocer al escritor Marcos Casavieja, con el que ni siquiera podía haberme cruzado por la calle en los últimos seis años por haberlos pasado yo en la ciudad de Nueva York. Y, por descontado, evité mencionar la existencia de *La biblioteca*, pues en caso de hacerlo lo único que hubiera conseguido hubiese sido empeorar las cosas, restar credibilidad a mi discurso. Después de todo, me bastaba con la idea que Sammartino se había hecho del señor Santos: se trataba de un peligroso ladrón de libros, jefe de una organización delictiva conocida como *Sanctus Germanus* con ramificaciones en Uruguay, Argentina, España, Italia y algún país centroeuropeo, al que la Interpol le seguía los pasos. ¿Acaso hubiera servido de algo insinuar que dicha organización delictiva no era más que una tapadera, una más, de las que a lo largo de los siglos Saint-Germain había utilizado para ocultar su identidad y sus verdaderas intenciones? ¿Hubiera ayudado algo mencionar el nombre de Hiperbórea como si se tratara de un lugar real? No, Sammartino hubiese creído que estaba fingiendo un desarreglo mental de cara a mi defensa, así que lo mejor era seguir los consejos del propio Saint-Germain, no

decir nada fuera del mundo de la razón que pudiera comprometerme, y solicitar los servicios de un abogado.

Y en esas reflexiones andaba cuando un subordinado entró en la pequeña sala donde estaba teniendo lugar mi interrogatorio, e hizo entrega de un sobre abierto a su superior, en cuyo reverso leí el nombre de Marcos Casavieja escrito en letras mayúsculas.

—¿Qué diablos es esto? —se preguntó a sí mismo Sammartino, al tiempo que extraía unas hojas que, a tenor de su color amarfilado y los caracteres del tipo bodini, reconocí al instante.

—Parecen las hojas de un libro viejo —añadió, un segundo antes de comenzar a leer el contenido de las mismas para sí.

Mientras Sammartino examinaba el texto que acababa de recibir, yo aproveché para elucubrar, siempre en base a lo que había leído en *La biblioteca*, lo que podía haber pasado: Casavieja había descubierto que su vida corría peligro, de modo que había enviado uno de los textos del libro a Sammartino con el propósito de que le sirviera de pista. Lo que evidenciaba que el escritor no había tenido acceso al libro en su totalidad, pues en ese caso habría podido evitar su asesinato. El problema era que la carta, probablemente, había permanecido en las dependencias policiales demasiado tiempo olvidada, a la espera de que un funcionario se dignara abrirla, pues Sammartino no había superado aún su aversión por todo lo que tuviera relación con la correspondencia.

—¿Le han dado ese sobre abierto porque usted no puede abrir una simple carta, verdad inspector? —me atreví a preguntarle materializando mis elucubraciones.

A tenor de la expresión que puso Sammartino, mi comentario le sorprendió más si cabe que aquella carta.

—¿Cómo sabe usted eso?

—Incluso sé que sale con una mujer groenlandesa que se llama Aquí.

Sammartino dio un respingo en la silla, antes de formular una nueva pregunta, esta vez sin ocultar su enojo:

—¿Quién le ha dado información sobre mí?

Ahora tuve la impresión de que mis palabras habían logrado acentuar más si cabe tanto la delgadez como la palidez de su rostro, enmarcado por una mata de cabello de color ala de cuervo.

—Me temo que usted y yo hemos caído en la misma trampa —dije.

—¿De qué diablos está hablando?

El aliento del policía me golpeó el rostro con desdén.

—De *Sanctus Germanus*, inspector, hablo de *Sanctus Germanus*.

Verme en aquella situación, víctima de un monumental engaño, hizo que me acordara de Federico. Tal y cómo habían evolucionado los acontecimientos, era evidente que Santos, Saint-Germain o como quiera que se llamase, no hacía prisioneros, por decirlo de una manera suave, así que temí lo peor.

—¿Han encontrado el cadáver de un varón de unos treinta años de edad en las últimas horas? —solté al fin.

—Sí, ¿acaso es usted adivino? ¿Cómo diablos sabe eso?

Como temía, Federico, al parecer, ya había viajado a Hiperbórea, de donde jamás regresaría.

—Es una historia larga de contar. Pero cuando investiguen la lista de contactos de su teléfono móvil, descubrirán que en ella figura mi nombre.

—¿Puede explicarme de una vez qué es lo que está pasando?

Me sorprendió que el tono de voz de Sammartino se llenara de calma, como si sólo a través de ella pudiera alcanzar la comprensión que demandaba.

—Con mucho gusto, inspector, pero antes permítame echarle un vistazo al texto que acaba de recibir para comprobar una cosa.

Sammartino hizo que las hojas resbalaran de un extremo a otro de la mesa, hasta que quedaron al alcance de mi vista. Aún tuve ocasión de pensar que explicar lo que había sucedido me llevaría todo el tiempo del mundo.

Entonces, leí:

## I

*Delante del nicho cinerario de mi padre recordé la frase que más le había oído repetir en los últimos años: «Un hombre puede ser esclavo de otro hombre y conservar la dignidad, pero no ocurre lo mismo con quien es esclavo de sí mismo. El éxito y el fracaso son sólo estados alterados de la conciencia y resultan siempre transitorios». El hecho de que se hubiera quitado la vida era la prueba irrefutable de que la frustración se había tornado en una dolencia crónica, en una de esas enfermedades que si bien el organismo se acostumbra a soportar acaban a la larga minando el espíritu, hasta disolverlo por completo. Pero incluso cuando uno ha tomado la decisión en firme de acabar con su vida, tiene la opción de hacerlo de la manera más indolora posible y, hasta bajo esas circunstancias, la elección de mi padre había resultado tan traumática como incomprensible: salió a la terraza de su ático de la calle Virgen de los Peligros (en el edificio conocido como Casa de los Portugueses), se roció con gasolina y se prendió fuego. Lo hizo además pasada la medianoche, cuando Federico, el hijo de doña Consuelo, la portera de la finca, joven prometedor licenciado en Ciencias Económicas que, a tenor de la situación económica general, había decidido consagrar su vida a la observación de la ciudad de Madrid desde la azotea del edificio, al menos hasta que su madre se jubilara o abdicara de su cargo para heredarlo como si fuera un reino, no pudiera intervenir o, en su defecto, dar la voz de alarma. Fue, por tanto, el aspirante a portero quien divisó el cuerpo carbonizado de mi padre a la mañana*

*siguiente, sentado en una posición tan extraña que, de no conocer todas y cada una de las esculturas de coronación que adornan las cúpulas de los más nobles inmuebles de esta zona de Madrid, hubiera asegurado que se trataba de una nueva Victoria Alada, como la que culmina el vecino edificio Metrópolis. Según declaró Federico a la policía, mi padre parecía un funambulista a punto de subirse al alambre cuando una ráfaga de viento derribó su cuerpo carbonizado. El impacto que semejante escena causó en el espíritu del joven tuvo que ser comparable a mi asombro cuando me fue comunicada la noticia (con todos sus detalles escabrosos), pues mi padre siempre se había manifestado partidario de la incineración, de modo que carecía de sentido que fuera él mismo quien iniciara el proceso de cremación. ¿Quemarse vivo sabiendo que iba a ser incinerado después de muerto? El sinsentido de la pregunta lleva consigo la respuesta...*



EMILIO CALDERÓN (Málaga, 1960) es historiador, editor y escritor. Durante diez años se dedicó exclusivamente a la literatura infantil y juvenil y publicó, entre otras, *Continúan los crímenes en Roma*, *Julieta sin Romeo*, *El último crimen de Pompeya* y *El misterio de la habitación cerrada*. Su primera novela para adultos, *El mapa del creador*, fue editada en 2006, después de disfrutar de una beca de creación literaria en la Real Academia de España en Roma. Esta obra se convirtió inmediatamente en un éxito internacional y ha sido publicada en veintitrés países. En septiembre de 2007 publicó *El secreto de la porcelana*, y en junio de 2008 *El judío de Shanghai* (XIII Premio de novela Fernando Lara, Planeta), que ya ha sido traducida al inglés, y cuyos derechos se han vendido también en Alemania, Holanda, Rumanía, Ucrania y Croacia.

En octubre de 2009 fue Finalista del Premio Planeta con la obra *La bailarina y el inglés*, y en noviembre del mismo año, fue galardonado con un Micrófono de Plata de la Asociación de profesionales de Radio y Televisión de la Región de Murcia por su aportación al mundo de la cultura.

*Los sauces de Hiroshima* (Editorial Planeta), publicada en octubre de 2011 y traducida al inglés, cierra su «trilogía asiática». En 2012, con *La cosecha humana* (Editorial Planeta), el autor se introduce en el género negro.

En marzo de 2013 será publicada su esperada nueva novela, *La biblioteca* (Editores de Zut), una apasionante historia sobre libros que transcurre en la Biblioteca Nacional de Madrid.

La narrativa de Emilio Calderón ha recibido críticas excepcionales en todo el mundo: «Tiene mucho que decir y lo dice bien», *The New York Times* (Estados Unidos); ofrece «momentos de reflexión», *Financial Times* (Reino Unido); cuenta con «una imaginación extraordinaria», *The Sunday Business Post* (Reino Unido), y compone «obras que se disfrutan de principio a fin», *The Bookseller* (Reino Unido).